

interruqciones



valeria flores

ensayos de poética activista

escritura, política, pedagogía

Editora La Mondonga Dark

interruqiones

Ensayos de poética activista

Escritura, política, educación

valeria flores

Editora La Mondonga Dark

[1]

Foto de tapa: Fragmento de la obra “Inoculaciones” de macky corbalán y valeria flores –Horror Vacui - ANAP- 2013 - Neuquén

“interrupciones”. Ensayos de poética activista, de valeria flores, fue editado de manera independiente y autogestiva por La Mondonga Dark (Neuquén, 2013 - Argentina)

mondongadark@gmail.com
<http://mondongadark.blogspot.com>

interrucción: modo poético de cortar una conversación a la que no fuiste invitado pero de la que se es objeto de su dicción. procedimiento afectivo de desconectar el circuito del sufrimiento infinito. práctica política de desmontar las convenciones de lo escuchable. indisciplina de un saber que irrumpe en las coordenadas del corpus hegemónico del conocimiento. falla en la serialización subjetiva en la que múltiples vidas exigen pasaje perforando la lengua del poder. deseo de molestar todo universo jerárquico de creencias. inversión de la mirada, giro del habla. intervalo provocado por la implantación de un piquete de problemas en la reiteración de un hábito perceptivo o mental.

las minúsculas en el nombre propio, una estrategia de minorización del nombre propio, de problematización de las convenciones gramaticales, de dislocar la jerarquía de las letras, una apuesta al texto antes que a la firma de la autora, percibir el propio nombre como un espasmo de una ficción llamada "yo", un yo deslenguado que funciona como eco de muchas otras voces, que reviste un tono singular en las ondulaciones del texto en el que no cesa de latir ese murmullo colectivo, contra la mayúscula como forma de la ley, una falta de ortodoxia que rige la escritura y sus regulaciones de la decencia, una territorialización del yo que pasa desapercibido, un error que impulsa el deseo de normalidad, una dislexia gráfica que interrumpe los enlaces de sentido, un deseo de designar una fuerza, un movimiento y no una persona, y contra toda justificación previa, porque me gusta verlo y sentirlo de ese modo.

Índice

<i>Aquí se escribe (y se corta) con la lengua,</i> por Morgan Ztardust	9
El pulso de la interrupción	19
I	
Pedregullo del habla	51
Escrituras cuir. El texto bastardo	53
Las purulencias del lenguaje	69
La palabra como territorio político	78
Prácticas indigestas de escritura	84
II	
Aprender	101
Una intersección mitopoiética: feminismos y disidencia sexual	103
El(los) cuerpo(s) lesbiano(s): ficciones somáticas en la era post-sexual	125

¿Un feminismo zombi? Promiscuidad y contagio: políticas tortilleras trans feministas cuir descoloniales	144
¿Por qué el feminismo no coge? Dame placer y te daré la vida, dinero o teoría	165
Topografías de disidencias: masculinidades lésbicas y deconstrucciones heteronormativas	185
III	
La infancia lesbiana	209
Pedagogías antinormativas: una herida en el corazón del saber	214
La pedagogía como aparato de producción corporal	253
Prácticas pedagógicas e imaginarios estéticos: políticas de (hetero)normalización de lo sensible	270
Educación sexual y dispositivo pornográfico: un currículum postpornográfico o la blasfemia sexo- educativa	284
Escupamos sobre la diversidad. Discursos de normalización y borramiento de identidades	303
Entre saber y no-saber. Desobediencia epistémica	318

Atravesar esta experiencia de escritura fue posible por el impulso, cariño, amor y éxtasis de quienes me acompañaron, interpelaron, sostuvieron, debatieron y dialogaron conmigo. A todxs ellxs mi entrañable agradecimiento, en especial a: macky, Lola, Marina, las potencias tortilleras, las ferneteras cordobesas, lxs participantes de los talleres de feminismos cuir en Neuquén del 2012 y 2013, fabi, Gabby, Irene, Marry, Poly, Pao, Bele, las feministas desobedientes, Morganita, la Martita, la Noe, la Euge, mi vieja, Leticia, Gracia, Mabel.

Aquí se escribe (y se corta) con la lengua

*“Si la herida del lenguaje nos constituye, nos apremia herir al lenguaje
con rupturas y saltos de imaginarios”.*

val flores. “Las purulencias del lenguaje”.

“You’re just so physical to me”.

“Sos tan físic para mí”.*

Adam & The Ants. “Physical (You Are)”

interrucciones. Primer hiato. La lengua astilla irremediablemente contra el desnivel de la palabra adulterada; palabra que renunció a la gravedad del lenguaje por algo todavía mejor: la fisicalidad infértil de la onomatopeya (el lugar abyecto de la infancia en el lenguaje por excelencia). La ‘q’ obtusa que extraña, golpea y tajea convierte a la secuencia silábica ya conocida, en acontecimiento y accidente extraordinario. La ‘q’ que parte al medio, que fisura con volátil ternura y sugestiva brutalidad aquella promesa de completud, aquel proyecto orgánico tan caro a la civilización occidental, llama a revisar aquella consigna peligrosa sobre la que nos había advertido dadá hace casi un siglo atrás: *el pensamiento comienza en tu boca* (y retorna al cuerpo perplejo como intervención).

....

Una *interrucción* como la del título se hace efectiva a partir de la boca, esfínter ineficaz para abarcar y fraguar exitosamente todos los sonidos; y esa dimensión rugosa del esfuerzo, que hace física y presente la tensión del nombre y la imposibilidad de nombrar, es aquella que intercepta y compromete un cuerpo cruzado por

la duda. Esa 'q' no habla de presencias que se administran como sentidos en un alfabeto perceptual, sino que, en todo caso, produce la presencia como espasmo de sentido, o mejor dicho, desplaza la saciedad congruente de la presencia por la ansiedad eléctrica e incoherente de la insistencia.

De esta manera, la *interrupción* opera como un gesto de lúdica disidencia en relación a las demandas de los órdenes de visualidad contemporáneos: a diferencia de otras manifestaciones que florecen de mil maneras sustantivas en imágenes, la interrupción sólo se hace visible como acción (sobre la imagen), a través de sus efectos abrasivos sobre otras superficies, materiales y sentidos.

....

La apuesta por las interrupciones es siempre altamente estimulante. El teórico cinematográfico Jacques Aumont habla de *libido decorticandi* para referirse al goce perverso por el descortezamiento de la imagen, al gusto profundo por resquebrajar, romper, desgranar, trocear, descomponer, desarreglar, incorporando con fruición al cuerpo en una ocupación (física, mental y afectiva) que infringe un daño minucioso a la intimidad, tersura y unidad dérmica (y que supone -voluntaria e involuntariamente- la liberación, en forma de dispersión, estrépito y enchastre, de todos aquellos otros posibles que estaban reclusos bajo el imperio de una armonía muda).

Aquí la cualidad perversa se conecta directamente con una actividad y actitud de desvío: en el marco del heterocapitalismo, podríamos decir que toda perversión es tal por improductiva; desafiada -por descuido, por convicción, por una convicción en el descuido- de un sistema de vectores y funciones

regladas/reguladas en términos de causa-efecto, cóncavo-convexo, sexo-reproducción, etc. La inmoralidad es tan voluptuosa como improductiva (el crimen no paga, ya lo dicen siempre l*s superhéroes y otr*s adalides policíac*s del bien). En la perversión (santa capital de extranjería del deseo) se interrumpe el flujo temporal de re/producción (de materiales, de relaciones, de significados) para introducir y alimentar un enrarecido paréntesis temporal y afectivo que convoca a detenernos y atender a manías arbitrarias, inútiles y poderosamente desconcertantes, y a probar nuevas economías de la deserción apasionada (a contrapelo, a destiempo, fuera de lugar, innominables, pasadas de estilo).

....

La *interruqción* es una práctica vandálica que habilita canales para pensar histéricos reenvíos entre cuerpo y escritura (y política) sobre los que este libro, ardoroso apologista de la disonancia, vuelve una y otra vez, con renovadas ganas. *Escribir es poner un cuerpo. Escribir es poner en acción un cuerpo. Escribir es acción sobre el cuerpo* (un cuerpo que, por otra parte, se escribe en la acción, y en una acción que puede llegar a conjurar inquietantes cuotas de pasividad, abstención, inmovilidad, espera, silencio y elusión). Los ejes cuerpo/escritura/acción son llamados a confabular y potenciarse de maneras porosas mediante el gesto-herida de la *interruqción*. Quizás porque interrumpir un texto es una provocadora perversión basada en desenhebrar y discontinuar –entre otras cosas- la cadena lineal que hace de la escritura una acción discreta desprendida de un cuerpo de impermeable y remota materialidad.

....

Gran parte de lo que se ha hablado hasta el momento acerca del lazo entre cuerpo y escritura proviene de un acuerdo del antropocentrismo occidental, en el cual la escritura es considerada una actividad humana protagónica (borrando la potencia centrífuga del cuerpo bajo la clausura ‘civilizadora’ de lo ‘humano’), cuyo grado de ‘utilidad’ le asegura un valor diferencial en las narrativas evolucionistas. Desde esta perspectiva, la escritura es una actividad ‘limpiamente’ ejecutada por un cuerpo individual que parece existir en un primer (y privilegiado) término, a resguardo de toda marca o desborde.

El foco en las reflexiones sobre la escritura suele estar puesto de manera preferencial en ‘lo que el cuerpo hace’ y no en ‘lo que hace al cuerpo’. Sin embargo, en la escena de la escritura (que es tanto escena de orfandad como de encuentro fortuito), encontramos que los regímenes de forma y tiempo del cuerpo son dislocados dramáticamente. El cuerpo pasa a ser aquello que se contrae, arrebatada y ejecuta cuando se escribe, ingresando en un cuadrante de la experiencia en el que se pone a disposición de ser perforado, intervenido, duplicado, fabulado, redimensionado, estremecido, modificado en un modo sorprendente de literalidad que rápidamente cobra acceso a la carne y a nuestros sentimientos. El cuerpo es aquello que nos sucede cuando estamos escribiendo.

....

Y aquí cuando la pregunta por el cuerpo de la escritura exhibe escandalosamente su vocación paradójica. Muchas veces, cuando se escribe (se esté escribiendo acerca del cuerpo o no), se escribe con la intención de construir un cuerpo (o mejor dicho, valga la paradoja, se escribe con la intención de *intentar* un cuerpo). Elevar literalmente una porción de volumen, un efecto de *lugar ocupado* que tiene sospechosamente algo para proponernos.

Para much*s (aquí paso a confesarme), escribir es orfebrería, una forma clínica y mor(b)osa de amor, una mezcla difícil de disciplina y artesanato, vinculada de a ratos a la deriva y de ratos, al naufragio. Escribir puede significar exprimir/se el alma en obsesivos rituales de relojería, extraviarse en el deslumbramiento por el detalle (experimentando una curiosa miopía temporal hacia las totalidades) y en una devoción coleccionista por las respectivas alquimias e ingenierías del lenguaje (enlaces, giros, remates, etc.). Para much*s, escribir es planear y extender tejidos de afecto, decidiendo y modulando qué grados de dureza o blandura saldrán al encuentro de interlocutor*s que aún siquiera imaginamos, pensando qué tramas de accesibilidad tendrá ese crispado cuerpo invertebrado en proceso.

....

Escribir es comprometerse desde el deseo en la escritura de cuerpos, eso está claro, pero mientras tanto vamos dejando el nuestro –ése que creemos tan confiado y amparado tras una ilusoria cuarta pared- en el camino. Fatigado, abrumado, perdido, sin saberlo, durante el proceso de escritura vamos construyendo nuestro errático historial de despiece recorrido a pie, diezmándonos a los ojos de un* lector* estupefact*: ¿no se suponía que el acto de escritura debía desarmar, por lo pronto, a otr*s? Dentro de esos plexos textuales, vamos dejando y vamos hallando esquirlas del propio pellejo haciendo coágulo y grumo obstinadamente, aún una vez que el estrobo de la goma de borrar es despejado y creemos ver la capa reluciente de nuestros sentidos terminados.

....

Pero también el cuerpo de la escritura respira (jadea) en el feaciente placer que nos genera. Escribimos porque nos urge, nos mantiene despiert*s toda la noche y nos calienta, nos inflama el cuerpo de vigor *froteur*, trabar, jugar, fluir, combustionar en el texto, dentro del texto, junto al texto sin tregua alguna. La lucha con el texto es indudablemente una lucha erótica.

Una negociación fracasada y permanente, profusa de heridas narcisistas e implacables asaltos de placer, de eso también se trata la escritura (y en eso no se diferencia en absoluto de cualquier otro camino escarpado que el deseo haya planificado para nosotr*s).

Pero también el deseo amoroso de construir y dar forma a través de la escritura también puede encabalgarse o desfondarse dentro de otro deseo más turbulento (y ciertamente más problemático de enunciar), uno que surge en íntimo pacto de sombras con un principio lúbrico de crueldad, de la mano de un instigador placer por depredar, fustigar, malograr, destrozarse cualquier tentativa de curso armónico dentro del texto, cualquier proyecto de galope gentil, de simetría autoconsciente, de coherente arquitectura planeada para el reposo de la razón estética y erótica. Escribir también es inscribir el ladrido tanático y voluptuoso de la maldad en el texto.

....

Terminamos con un texto y el texto termina con nosotr*s, nada de esto es verdaderamente cierto, pero tampoco falso.

....

Por todos estos motivos, difícilmente haya texto que no guarde, interpele, fomente ni expanda cuerpo o temblor deseante, ni que no pueda conectar y dialogar a su vez con otros cuerpos o

temblores, y esta red de parcialidades vulnerables es lo que convierte a la escritura en una densa constelación erótica de superficies interferidas.

La propuesta de *interrucciones* es partir del corte y el desvío (con su poderosa indecencia contranatura), del rubor anárquico del borrador y de la feroz antología de escansiones, ruidos, grafismos, perspectivas quebradas, afonías, *glitches*, borras, borrones y alborotos residuales que pueblan la escritura, y llegar ahí al cuerpo. Echar una luz que despierte el hervor de todas sus estrías dormidas y que amplifique la respiración (en famélico *crescendo*) de los jirones que antes creíamos tramas compactas.

....

Escritura. Política. Educación.

El recorrido de este libro está pensado en estas tres estaciones que se ensamblan e intersectan, a fines de señalar que las cuestiones de lejanía entre estación y estación no son más que cuestiones de perspectiva y geometría política que bien vale la pena dejar de tomarse en serio: ¿hay distancia alguna entre el rigor y la virulencia agitativa de un programa (la pornográfica lucidez *agit-prop* conmoviendo y revolucionando el cuerpo), y otras formas de compromiso con el instante como la agilidad espontaneísta de quien centellea y viaja con el lenguaje sin la permanencia parental de un propósito?, ¿existe distancia verdadera entre el deseo por aprender y la inocencia en tanto rara virtud de la impaciencia para vaciar las razones aprendidas, y la desvelada risa prosti-pornógrafa que sólo quiere extender los ecos del goce probando y poniendo a prueba al lenguaje en una multiplicidad de posiciones?

Más allá de suscribir a una política de distanciamiento radical, la *interrupción* lejos está de ser la puesta a punto de una distancia; no se trata de un corte que separa y cierra, reafirmando un sistema de pertenencias y clausuras alejadas la una de la otra (la especificidad es otra forma del sentido de propiedad). La *interrupción*, en todo caso, hace posible una instancia de fractura a partir de la cual estas asignaciones territoriales (una política separada de una estética separada de una erótica) se tornan blandas, felizmente imprecisas y desmenuzables, y se puede comenzar a jugar con ellas, intercambiándolas, superponiéndolas y ecualizándolas en un collage de profundidades variables.

.....

En los films *Existenz* de David Cronenberg (1999) u *Otto; or Up With Dead People* de Bruce LaBruce (2008), la propuesta de la interrupción es un comienzo de transgresión que se abre paso a través de la carne tierna. La consigna ero-jihadista pasa a ser la de sembrar la piel de nuevos orificios elegidos porque ya no es suficiente ni satisfactorio contentarnos con el reparto mezquino de placeres ‘naturales’. La legislación topográfica de funciones, entradas y salidas es tan agobiante que la ansiedad y la alegría de generar y gestionar nuevos puntos de apertura, mutación y goce se vuelve tan apremiante como posible.

Por otro lado, ¿cuántos puertos de placer tiene un texto interrumpido para hundirnos y empaparnos?, ¿cuántos pasajes oblicuos, trampas de perspectiva, superficies de fricción, estridencias, *glory-holes* y sismos de entre-líneas acechan en un cuerpo de texto? Ciertamente, una interrupción es una herida furtiva en el lenguaje y una necesidad imperiosa de abismarse dentro, de perforar las capas y producir nuevos circuitos tubulares para la circulación y el colapso de la experiencia sensible. Un pequeño corrimiento y una pequeña intervención en

el momento indicado (es decir, en el más azaroso de todos) pueden movilizar grandes e impensadas transformaciones, siempre que queramos abrazar la formidable violencia de lo aleatorio e inesperado y nos sepamos atener (o dejarnos sorprender) a sus consecuencias.

....

La escritura puede ser un arma radical de balbuceo y desgarró, conspiraciones sigilosas que comienzan apenas se enciende un lugar para la duda, la intemperie y el problema, esto es, apenas se enciende un lugar para el deseo.

Morgan Ztardust

Videasta y activista sado queer feminista

El pulso de la interrupción

Interrumpir es cortar, suspender, interceptar, impedir el paso. La propuesta que les hago consiste en pensar la práctica educativa como una interrupción, un interceptor crítico de las programaciones estatales de la subjetividad y los cuerpos. Pensemos que educar es interferir los guiones hegemónicos del género binario, del régimen político de la heterosexualidad, de la blanquedad autoinvisibilizada, de los procesos de normalización de los sujetos. Y como se trata de interrumpir, vamos a suspender algunas lógicas prescriptivas que se instalan silenciosa y poderosamente en los formatos educativos.

Podría hacer un desarrollo teórico acerca de la escuela como industria heteronormativa de sujetos. Podría relatar mi propia experiencia como maestra lesbiana con actos de visibilidad institucional y las violencias y sanciones padecidas, así como las inauguraciones de diálogos inéditos. Podría analizar el colapso y la tensión de la identidad docente cuando se resquebraja por las identificaciones con identidades no heteronormativas. Podría señalar a la infancia como el tropo heteronormativo por excelencia y constituido como una población despolitizada bajo la presunción de la “inocencia”. Podría sugerir modos críticos de intervención en educación sexual para habilitar deseos, cuerpos, identidades, expresiones de género no normativos. Podría interpelar el trabajo docente como dispositivo altamente moralizador. Podría extenderme en una crítica hacia la categoría de diversidad, a cuya inflación discursiva hoy asistimos, porque es el modo legitimado y la palabra tolerada para la institucionalización de las demandas lgtb, que opera por borramiento y fijación de identidades así como por el silenciamiento de la norma que produce las diferencias. Podría invocar una retórica del coming out, incitando a docentes lesbianas y gays a salir del armario en las aulas, como modo de autoafirmación personal y colectiva, pero más que nada como discurso encarnado de la diferencia. Podría problematizar la visibilidad como meta política, y ubicarla con sus ventajas y riesgos como estrategia política. Podría describir cómo opera la matriz heterosexual en el currículum escolar. Podría articular una serie de reflexiones sobre la pedagogía como aparato de producción corporal. Podría advertir sobre los procesos de patologización y criminalización de las infancias que hacen entrar en crisis los modelos institucionales escolares, al que maestras y maestros aportamos con legajos, informes y diagnósticos.

Pero si se trata de interrumpir, vamos a suspender por un momento el libreto de las lógicas hegemónicas del saber. Para eso les propongo un ejercicio de pensamiento colectivo, de mayor implicación, pensando que el diálogo que se geste aquí tiene que funcionar como interruptor de los modos heterosexualizados del pensar¹.

Al trazar una genealogía de las interrupciones discursivas y prácticas -incluso afectivas-, que componen estos textos, como primer indicio encuentro una plaqueta de poesía que edité en forma artesanal llamada “La interrupción” (2002), que circuló entre gente muy cercana de Neuquén. Aunque me desafíe el reconocermé a mi misma como poeta y aún cuando no me reconozcan como tal, la poesía forma parte de la vitalidad de mi ejercicio del pensar. Un pensamiento poético que pretende tramar de formas singulares e inéditas la producción teórica con modos de sensibilidad que adquieren el formato de una estética poética tortillera cuir del sur sur, todas localizaciones móviles y contingentes tensionadas entre el desplazamiento y el enraizamiento, que marcan el cuerpo de la escritura para desmarcarme de la autoinvisibilidad colonial y heteropatriarcal. “Un lugar en el mapa es también un lugar en la historia”, dice Adrienne Rich, y en la geopolítica del conocimiento la localización supone una conciencia dinámica de adhesiones discrepantes, una serie de ubicaciones, encuentros y viajes dentro de espacios diferentes pero limitados por las condiciones históricas.

La genealogía era para Foucault un método de trabajo, una analítica del poder, una búsqueda histórica de los rastros de esos discursos sumergidos, sin origen fundante. En retrospectiva, la

¹ Texto presentado en el Panel “Educación no sexista”, realizado durante las I Jornadas Interfacultades de Género, Degenerando, organizada por CAUCE (Corrientes de Agrupaciones Universitarias Contra la Explotación). Universidad de La Plata. Junio del 2011. <http://escritoshereticos.blogspot.com/2011/07/interrupciones.html>

puesta en circulación de ese poemario fue una condición de posibilidad para tramar entre la voluntad y la coacción, entre el deseo y la necesidad, una política escritural que desbordara los moldes de la intimidad, y sin perjuicio de ella, se inscribiera en las zonas de intenso conflicto de la cultura. Tal como lo señala Franz Fanon, “Hablar significa estar en una posición de usar una cierta sintaxis para asir la morfología de este o aquel lenguaje, pero significa sobre todo asumir una cultura, soportar el peso de una civilización” (1967:17-18).

Operar poéticamente es hacer del pensamiento una provocación permanente, inmiscuirse en las turbulencias de lo que (me) está pasando, abandonarse al tránsito de la vida practicando una política del detalle. Salpica una pasión que solicita otro lenguaje², una palabra que arrastra al balbuceo, el temblor, la incomodidad de pensar una y otra vez. Compromete un “quizás” en el que la propia subjetividad queda expuesta a la contingencia y, muchas veces, lanzada a la intemperie conceptual. Ya lo aseveraba Audre Lorde, “la poesía no es un lujo”, es una forma de unir ideas y sentimientos. La poesía en el pensamiento no es un género literario, es un movimiento que deja huellas sobre lo escrito, produce penumbras, introduce el equívoco, orillando la negación de la reducción de cada momento al mundo de la necesidad y el pensamiento literal. El lenguaje deseante de la poesía desconoce la funcionalidad, transgrede lo útil, insiste en su fracaso³, y como experiencia del lenguaje no sirve para nada salvo para liberarnos

² Suely Rolnik describe muy bien cómo toda práctica estética es política: “El arte es una práctica de problematización (desciframiento de signos y producción de sentido), una práctica de interferencia directa en el mundo. Precisamente en esta interferencia en la cartografía vigente actúa la práctica estética, siendo la forma indisociable de su efecto de problematización del mundo. El mundo se libera de una mirada que reproduce sus formas constituidas y su representación, para ofrecerse como campo trabajado por la vida como potencia de variación y, por lo tanto, en proceso de gestación de nuevas formas.” Suely Rolnik, “¿El arte cura?”

³ Así lo afirma Severo Sarduy.

de la servidumbre. Así, el pulso poético que late en estas reflexiones intenta interrumpir un estado de anestesia de la beligerancia y la sospecha que estimula todo pensamiento crítico, ensayando una poética de los saberes desde curiosas e inusitadas maneras de intervenir en la guerra interminable que prescribe lo que puede un cuerpo.

La interrupción es una práctica mal-educada, mal-avenida. Su acto consiste en insertar un corte en una conversación, un modelo, un acto, un movimiento, una quietud, un tiempo...y abrir la posibilidad a otros devenires u acontecimientos, a otras líneas de pensamiento. Desbarata el orden lineal del discurso, alterando la inmovilidad y pasmosa inercia de lo que se da por obvio. Su uso disloca el escenario cotidiano de las prácticas, introduciendo un mínimo gesto de discordancia, encendiendo la chispa de una sensibilidad fogosa que se deja afectar por lxs otrxs. Porque es el territorio de las prácticas, de los modos de hacer que se inscriben en modos del pensar, lo que hay que alterar. Descomponer, desmontar, desnombrar, deconstruir, como ejercicios críticos de inmiscuirse en esos silencios que cada identidad construye en las sombras que toda luz proyecta, en esos blancos que toda escritura genera, en esa indecibilidad que todo régimen del decir provoca.

Interrumpir la lógica identitaria de los géneros literarios, las disciplinas académicas, los trabajos y profesiones, produce cruces narrativos, interfaces identitarias, ficciones somáticas, imaginarios híbridos, que descolocan los horizontes de lectura sostenidos bajo la promesa de un objeto delimitado y definido, ya sea desde la pedagogía, el activismo, la literatura. Desplegar una política del deseo que se escurre por diferentes y disímiles campos, escenarios y públicos, que se encarna en prácticas educativas, afectivas, sexuales, políticas, textuales, epistemológicas, éticas. Activar un deseo de política bajo una

epistemología de la ironía⁴, que reivindico como práctica crítica frente a los procesos de institucionalización de las líneas más rebeldes de la disidencia sexual y de los feminismos, y la neutralización de una praxis agonística y belicosa tanto como de su sensibilidad contestataria. Una ironía que, sin perdonar siquiera – y por sobre todo- al sujeto de la enunciación, a fuerza de demoler ídolos y problematizar los protocolos discursivos de la era de la gubernamentalidad, potencie nuestra capacidad para reconquistar la dimensión intensiva de lo político, los antagonismos de poder y representación en torno a las prácticas de constitución de lo social, los micropoderes y las resistencias cotidianas.

Montar un texto con el pulso trashumante, amarrando ideas, ligando residuos de experiencias, sosteniendo amores y desamores, exhalando un aliento cimarrón, impulsada por un ánimo pendenciero, es una tarea profundamente política. Aunque haya quienes en el activismo desestimen el trabajo sobre el lenguaje como campo de disputas, aunque haya quienes escriben que desestimen las políticas de enunciación localizadas en la experiencia corporal, la identidad sexual, el trazado geopolítico, como modos de la decibilidad y visibilidad, aunque tengamos que confrontarnos con los peligros de una cartografía identitaria que funcione como un acta de vigilancia. Ocupar un lugar es una práctica clave que implica responsabilidad en nuestros conocimientos, en general, organizados

⁴ La ironía como la constante interrupción de la ilusión narrativa por medio de una intrusión, es trabajada por Paul De Man. “La ironía es la parábasis (permanente) de la alegoría –la inteligibilidad de la narración (representacional) interrumpida constantemente”, en El concepto de ironía, de Paul De Man, pág. 254. A su vez, Donna Haraway la utiliza como método político, afirmando: “La ironía se ocupa de las contradicciones que, incluso dialécticamente, no dan lugar a totalidades mayores, y que surgen de la tensión inherente a mantener juntas cosas incompatibles, consideradas necesarias y verdaderas. La ironía trata del humor y de la seriedad. Es también una estrategia retórica y un método político para el que yo pido más respeto dentro del feminismo socialista” (Manifiesto para cyborgs).

occidentalmente en torno a la imaginería de la visión. Siempre se escribe desde algún lugar pese a que se intente borrar sus huellas.

*“Cada libro es sangre, es pus, es excrementos, es corazón destrozado, es nervios fragmentados, es corazón en retazos, es choque eléctrico, es sangre coagulada que chorrea como lava hirviendo por la montaña”*⁵. Ebullición del trabajo de escritura, tan certera y emotivamente expresado por Lispector, que al mismo tiempo provoca el desarraigo de los domicilios seguros, estables, conocidos. *Interrucciones* es una tentativa por “destilar teoría de los textos de nuestras vidas”, siguiendo la pulsación del proyecto de la poeta y ensayista negra-lesbiana-bulldagger, Ekua Omosupe⁶.

Escribir es armar una máquina ficcional para que cada cual la haga funcionar de manera novedosa, a su modo, a su tiempo. Es un dispositivo terrorista cuyas líneas de fuerza pueden hacer estallar los modos de lectura convencionales, ortodoxos, rectos, neoliberales. Porque leer también es una tarea política que desafía a pensar los problemas en otras claves, a establecer una distancia crítica con los términos establecidos en fórmulas o convenciones, a subvertir la conformidad y autocomplacencia con los relatos que delimitan y circunscriben los territorios vitales de la imaginación política radical. Porque escribir no es más que leer en la tensión de lo propio y lo ajeno, transformando la relación con el lenguaje, al mantener una continua actitud de sospecha, una vacilación acaso imprecisa, que interroga sin miramientos ni condescendencia la unidireccionalidad de la mirada, y cuya intensidad no busca ni precisa subordinarse a

⁵ Frase del autor como personaje, en la novela “Un soplo de vida”, de Clarice Lispector, pág. 103.

⁶ Citada en Teresa de Lauretis. Teoría queer: sexualidades lesbiana y gay. Pág. 41

ninguna institución que la legitime. De algún modo, el fragmento inicial de esta introducción, que corresponde a un ejercicio pedagógico de ciencia ficción feminista-cuir, se inscribe en ese gesto que rebasa las meras descripciones o prescripciones sexopolíticas en educación y en las políticas escriturales del activismo.

La escritura se constituye como espacio para liberar problemas, en un permanente quehacer del experimentar y problematizar, con la crítica de una misma y la re-escritura de sí. Siempre se escribe contra el libro anterior, porque se está en guerra contra el propio pensamiento, un pensamiento que se compone en una relación de yuxtaposición de mapas de lectura, en la que se corre el peligro de abismarse. No hay escritura sin intercambio libidinal, una seducción por el acto de la palabra, un erotismo que se despliega en la propia práctica de un pensar escritural en el que nos habilitamos a comportarnos como lo que todavía no somos. Montar un texto tiene afinidades con el (re)montarse drag, un ensamblaje hiperbólico del género que revela y se rebela contra todo atisbo de naturalización.

Mi adscripción feminista oscila como un ejercicio estratégico vinculante, como una práctica performativa en la que se reconocen identificaciones variables, discontinuas y permeables. Habito el feminismo como desborde de los límites, como una práctica que continuamente se interroga a sí misma y nunca deja de preguntarse por su relación con la pauta dominante, trazando una experiencia incesante alrededor de una poética que desestabilice la semiótica del poder heterocapitalista patriarcal y racista. Es preciso mantener ciertas problematizaciones abiertas como una forma de rehusar el dogmatismo, la doxa del sentido común, como capacidad de mantener una relación crítica con las cosas que más apreciamos. Abandonarse a una práctica de desajuste del orden existente con preguntas convulsivas que se

salen de los libretos sociales, prendadas por los huecos donde quedan alojadas las sombras de lo residual y lo desintegrado, lo inconexo y lo vagabundo, lo divergente y lo refractario, que expresan malestar y desencaje, paradojas e incertidumbres⁷. Estar atentas a una disidencia que no puede estar segura de sí misma, que se empeña en esa sensación de incomodidad frente a los axiomas que nos van aprisionando en inequívocas y excluyentes formas de pensar, como la positividad, la productividad, la política de redención de la afirmación, el progreso, las narrativas de éxito, las retóricas de la esperanza y el imperialismo de la felicidad, todas ellas conformando las políticas de la heteronormatividad.

Sin temor a estar absolutamente a contracorriente de la atmósfera de consenso político de este tiempo⁸, estoy convencida que precisamos más ficción teórica, más especulación literaria, más imaginación política, más vitalidad poética. La ficción teórica, tal como afirma Teresa de Lauretis, es una práctica de escritura experimental en la forma, crítica y lírica, autobiográfica y filosófica, que atraviesa los límites impuestos por los géneros (los límites entre poesía y prosa, entre palabra e imagen, entre narrativa y crítica) creando nuevas correlaciones entre signos y significados, nuevas mediaciones discursivas entre lo simbólico y lo real, entre lenguaje y cuerpo. Asimismo, Donna Haraway sostiene que la ciencia-ficción, los futuros especulativos, la ciencia-fantasia, la ficción especulativa, son modos escriturales adecuados para investigar lo artefactual como una tecnología

⁷ Nelly Richard, "Intelectuales". En Separata "Imaginario culturales para la izquierda - 2009", en www.imaginariosculturales.cl

⁸ La retórica de los derechos humanos ha hegemonizado en los últimos tiempos el lenguaje del activismo de la disidencia sexo-genérica, convertido en discurso casi absoluto legitimador de demandas y articulado sobre una concepción liberal del Estado. "Los disturbios no existen en el reino de la respetabilidad", afirmaba la activista Yasmin Nair, cuestionando las políticas asimilacionistas en un contexto racista, neoliberal y capitalista como Estados Unidos.

reproductiva de la que podría resultar algo diferente a la imagen sagrada de lo idéntico, algo inapropiado, impropio, y por tanto, quizá, inapropiable. Estos estilos nos motivan a comprometernos activamente con imágenes, argumentos, figuraciones, artefactos, maniobras lingüísticas, en definitiva, con mundos, no tanto para hacer que se revelen de manera “correcta”, sino para hacer que existan y se muevan de manera “diferente”. Por eso, hacer teoría desde un punto de vista lesbiano o trans es un trabajo de invención, porque somos un producto de silencios, borramientos, más que de marcas e inscripciones.

Saber y lengua se enlazan sobre la eventualidad de la mutación y la versatilidad, un abanico de posibilidades en la que escritores y hablantes encuentran palabras para crear ficciones inéditas. Sin embargo, el lenguaje fue uno de los núcleos de la despolitización neoliberal y la transparencia de los significados culturales se implanta como imperativo que conmina a entender todo por todos, por igual, de la misma manera, y arrastra a la impugnación quejosa de aquellas iniciativas escriturales, estéticas y culturales, que no se adscriben a este proyecto totalizante. “Semejante ilusión de transparencia no sólo es imposible, es además indicio de una pulsión anti-intelectual reaccionaria que censura la experimentación con la lengua, con las formas y con las prácticas. Lo común no equivale al sentido común ni a la opinión pública –que no obstante el adjetivo suele ser privada, estar privada–. Lo común no aspira a un mundo de la comunicación total”⁹. Entonces, entre saber lesbiano y lengua tortillera no habrá relación de claridad ni luminosidad sino entrelíneas a desplegar, gestos furtivos a desenterrar y pasadizos a transitar. No hay aquí texto llano, traslúcido, fácil y militante a

⁹ “La lengua del saber”, por Diego Tatián, en Página/12, 26 de octubre del 2012. <http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-206420-2012-10-26.html>

la típica usanza; sólo retos de lectura y una provocación a la re-escritura.

Este libro se inmiscuye en aquello que Nelly Richard llama “zonas residuales”, aquellas que “señalan inestables formaciones de depósitos y sedimentaciones simbólico-culturales, donde se juntan las significaciones trizadas que tienden a ser omitidas o descartadas por la razón social”¹⁰. En el campo del activismo sexo-político podríamos identificar esas zonas en aquellas prácticas que aparecen desconectadas, insensibles unas a otras, como la producción teórica, la educación, la escritura, la reflexión sobre la propia práctica como modo de autogestión del saber. Mi insistencia subraya la intuición de que en esos vacíos, cortes, grietas, restos, que se van configurando entre los límites que impone cada praxis, nos estamos perdiendo algo que pensar y articular. Como el interés que movía a Walter Benjamín, al enfocar sus deslizamientos hacia lo supuestamente secundario, hacia los desperdicios anacrónicos, que le permitía iluminar mejor el discurrir de una época. En el detritus de cada disciplina, de cada práctica, de cada género, efectos de la descomposición y recomposición de coyunturas y campos de acción, hay una fertilidad insospechada para la disidencia, para el placer de perturbar.

Las filiaciones híbridas componen un collage de pertenencias para muchxs activistas y teóricxs, sin embargo, la prevalencia o jerarquización de una pertenencia por sobre las demás de manera recurrente, opaca emergentes posibilidades de reflexión. En este sentido, lo “residual” como hipótesis crítica connota el modo en que lo secundario y lo no integrado son capaces de desplazar la fuerza de la significación hacia los bordes más

¹⁰ Nelly Richard (2001) Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural en el Chile de la Transición). Editorial Cuarto Propio. Pág. 11

desfavorecidos de la escala de valores sociales y culturales, para cuestionar sus jerarquías discursivas desde posiciones laterales y descentradas¹¹. “A veces se trata de fragmentos de discursos juzgados insustanciales por las categorizaciones fuertes del saber disciplinario, de detalles (formas, estilos) considerados superfluos y derivativos en relación al central predominio del contenido y la representación, de formulaciones intermedias que convierten lo tenue y lo flotante en sus claves predilectas de exploración conceptual, de símbolos y metáforas cuyas ambigüedades referenciales levantan la sospecha de serias lógicas del fundamento sobre su falta de peso en materia de verdad y de conocimiento objetivo”¹².

La producción de conocimiento como práctica situada y en este caso implicada, es una línea vertebral de mi activismo como lesbiana feminista cuir. Más que la lucha de titanes, espectacularizada y masiva, la apuesta es la revolución a escala local y con minúscula, la pugna lúdica, política y mordaz por una producción minoritaria de saber disidente. Colaborar con el archivo de microrrevoluciones cotidianas, ahí donde no hay difusión mediática ni flashes de esplendor, donde sólo nosotrxs sabemos que algo está sucediendo. Una especie de resistencia *impolítica* a los modos modernos de la política.

Escribir en primera persona es un punto de partida para pensar las condiciones más amplias que posibilitan el yo, cómo cualquiera de nosotrxs se establece en un mundo a través de una serie de normas o restricciones sociales y condiciones de agencia que no han sido hechas por nosotrxs. Ese yo no son más que momentáneas identificaciones, y para no quedar atrapada en él es ineludible des-orientarlo, fracturarlo, hacerlo trabajar en una

¹¹ Idem.

¹² Idem.

multitud de yo-es, perderse en su laberinto de hilos de sentido, buscando los bordes, los tabiques, los pasillos. Como quien lee un texto, así es la vida, un relato que nos contamos a nosotras mismas, estableciendo una relación de des-identificación o extrañamiento de esos acontecimientos que lo van tramando, para abrir un campo de reflexión. Si uso la primera persona del singular no es para exponer mis sentimientos individuales, sino para rumiar sobre lo que me pasa con lo que lxs otrxs hacen. Ya lo planteaba Foucault, la ontología crítica de nosotros mismos debe considerarse como una actitud, un ethos, en la que la crítica de lo que somos es, a la vez y en el mismo tiempo, el análisis histórico de los límites que se nos imponen y un experimento con la posibilidad de ir más allá de ellos. Aúlla en el gesto de mi escribir, el derrotero de Félix Guattari; su escritura era un flujo esquizofrénico que arrastraba todo, que provocaba fugas, retenciones, resonancias, precipitaciones y larvas en la página. Su preocupación sobre los discursos y posiciones en tanto modos de vida, entre los que experimentaba un cierto desgarramiento, lo salpicaba de interrogantes: “¿Cuáles son tus máquinas deseantes? ¿Cuál es tu manera de delirar el campo social?”¹³. Si de algo estoy segura es que mi delirio activista no se especializa en cuestiones de sexualidad restringida a una identidad, sino que desvarío sobre el ámbito íntegro de lo político.

En este libro las zonas residuales que se organizan como recortes de territorios de antagonismos y proliferación de prácticas discrepantes son: la escritura, las políticas tortilleras y la educación, en cuyos entremedios se inscribe la desobediencia de “los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento

¹³ Conversaciones. Pág. 29

verdadero”¹⁴. En esas zonas de espacio-tiempo, que no son superficies extensas y homogéneas, sino una coexistencia de diferencias, simultaneidad de historias, de discontinuidad y ruptura, se dibuja una crítica del diseño del (mi/tu/nuestro) presente. Entre urdimbres de sentidos formadas por lo que no recibe una definición precisa, una explicación segura, una clasificación estable, la inversión de significados dentro del mapa pretrazado de racionalidades y argumentos autorizados, y la exploración de las diagonales que giran hacia las zonas menos regulares y más desconcertantes del entorno, se derrama la escritura de este deseo.

Estimulada por la fuerza perturbadora de la escritura en tanto incitación a hacer una experiencia que altera, cuestiona, disputa, nuestros modos habituales de mirar, decir, hacer, el tejido de este cuerpo de pensamiento que se compone de feminismos, políticas de identidad, activismo cuir, busca desmarcarse de las políticas liberales LGTTTB y feminista que actúan como formatos limitantes de los devenires políticos. Leer al tiempo que se es leída por esa persistente pulsión de crítica y desencuadre enunciativo, para una practicante de políticas de hipervisibilidad y postidentitarias supone un estar atenta a sus opacidades, fragmentos y entrelíneas, trabajando contra un pensar regulado por el precepto de unidad. Si estamos ante estilos de política que exigen un cierto nivel de funcionalidad y distancia afectiva, tramada sobre la lógica productiva y racionalista del capitalismo, escribir supone para mí un combate contra la percepción de rozar cierta locura si una no logra funcionar dentro de su marco; entraña una respuesta afectiva cargada de rabia, grosería, ira, rencor, impaciencia, intensidad, ironía, manía, seriedad, falta de civismo, honestidad brutal, como ejercicio terapéutico espiritual para confrontar las (im)posibilidades de nuestro tiempo. En

¹⁴ Michel Foucault, Defender la sociedad.

suma, practicar una política y una poética de la escritura alentada por el “sueño una libertad que cabe en el hueco de una mano de niño: la de no rendir cuentas”¹⁵.

Interrucción I

Queer/cuir refiere a la malla abierta de posibilidades, las lagunas, solapamientos, disonancias y resonancias, lapsos y excesos de significado que cuestionan la concepción binaria del género, la heteronormatividad y las identidades, por lo que sus esfuerzos teóricos, analíticos y de acción, se dirigen hacia cualquier tipo de normatividad social. La escritura bastarda/cuir constituye una práctica de poder, que traza las coordenadas para viajar y extraviarse en innumerables y vastos mapas de posibilidad. Su estilo revisa críticamente los gestos e intenciones totalizantes de la economía de significación que impone la esclerotización del pensamiento, haciendo estallar las redes demasiado comunes de nominación y designación, trivializadas por la lengua dominante de la actualidad y el estándar mediático de la comunicación. Aunque reticente y rebelde a la adjetivación como clasificación de una escritura o literatura, lo cuir pone de relieve el valor de incertidumbre del pensar concebido como torsión reflexiva entre sujeto, lengua y saber, cada vez más cercenado en su expresión por el realismo técnico del saber operativo. Una torsión que se manifiesta en el deambular por las orillas del saber normalizado al que cuestiona desde su provisionalidad y la furia callejera.

Como palimpsesto teórico y poético, la escritura cuir no trata de historias, biografías e identidades premoldeadas, más bien insiste en el ejercicio incesante de la pregunta y la crítica, animada por el malestar de la clasificación, deshaciendo la

¹⁵ Susana Thénon. La morada imposible. Tomo 2. Corregidor (2005). Pág. 220

solidaridad entre los géneros. Su opción por la ruptura y el desvío compone una galaxia de significantes y no una estructura de significados; no tiene principio, pero sí diversas vías de acceso, sin que ninguna de ellas pueda calificarse de principal. Su gesto propio es lo furtivo, antes que el anuncio notorio, instalando un hiato, un matiz, que desorganiza y colapsa la administración de la inteligibilidad. Reincide en “convertir lo intermitente y lo fronterizo de los trazados de unión y desunión de los límites –lo académico y lo comunitario; lo artístico y lo extra-artístico; lo archivable y lo que desborda el archivo- en un vector nómade que, en lugar de asegurar resultados, prefiere el “quizás” o el “tal vez” de lo hipotético”¹⁶.

Esta escritura abyecta, monstruosa, deforme, torcida, extraña, suele mostrar una incompatibilidad de voz con los tonos regulados de las instituciones, sean estatales o del mercado, diseminando otros regímenes de habla susceptibles de desajustar los formatos regularmente conocidos, legibles y legítimos, decires no reconocibles culturalmente, impresentables académicamente por no cumplir con los protocolos de transmisión del saber autorizados por la verdad disciplinaria. Porque lo abyecto no cesa, desde el exilio, de desafiar al amo, diría Kristeva¹⁷.

Una política escritural se obstina en la pregunta por el destino de lo estético-literario en cuanto dimensión figurativa del saber-poder, persistiendo en el desmontaje y estallido de la homogeneidad de las hablas meramente notificantes que forman la masa comunicológica contemporánea. La escritura crítica se presenta hoy amenazada por la dominante instrumental de un saber práctico que censura los pliegues autorreflexivos de la escritura. El espesor de la palabra se sustituye por la lisura en la

¹⁶ Nelly Richard.

¹⁷ Poderes de la perversión.

recepción de lo visual, y el lenguaje se torna un campo sin hendiduras ni rasgaduras simbólicas, al eliminar todas las marcas de profundidad, el enigma del pliegue, los dobleces de la multivocidad.

Cuirizar una política escritural supone reconocer una posición enunciativa que no tiene un impacto masivo pero sí un fuerte cuestionamiento al orden político imperante. Exhala su aliento desde textos apasionados que rompen la clausura de las especializaciones disciplinarias y que atraviesan umbrales de pensamiento, sensibles a encontrar nuevas formas de composición. Sus posiciones de voz y registros de habla se inscriben en rotundo antagonismo con el valor de autoridad del discurso normativo. De este modo, la escritura cuir hace tajos en la superficie de los conocimientos, colisionando sus enunciados desensamblados con experiencias y localizaciones ásperas y conflictivas.

Interrucción II

¿Cuál es la relación del saber con el poder que hace que nuestras certezas epistemológicas sostengan un modo de estructurar el mundo que forcluyen posibilidades de ordenamiento alternativas? ¿Hasta qué punto, sin embargo, tal certeza está orquestada por determinadas formas de conocimiento precisamente para forcluir la posibilidad de pensar de otra manera?, se interroga Judith Butler¹⁸, cuestionamiento que se hace extensivo a cualquier saber que pretende algún tipo de estatuto de verdad.

18 ¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault, de Judith Butler.

Mi adscripción, siempre infiel y marginal, a la teoría queer¹⁹ ha sido objetada desde muchas compañeras feministas y lesbianas feministas, planteando una especie de frontera con límites excluyentes. Mi filiación con lo cuir se dispone como una práctica epistemológica, como operación política, como crítica cultural a todo proceso de normalización, en una combinación de estrategias situacionales de hipervisibilidad de la identidad y postidentitarias, condicionadas por el contexto de actuación, por las marcas que activan o no, y las disputas y tensiones que esas marcas vehiculizan.

Me inscribo en las genealogías de un feminismo que siempre se encuentra expectante a la propia interpelación y a las fricciones que desestabilizan desde dentro; en esos feminismos "sombra" que perciben la oscuridad de su tiempo como algo que le corresponde y no deja de acechar con el riesgo de la duda y la pregunta. Derrida afirmaba que es posible reconocer un heredero auténtico en quien conserva y reproduce, pero también en quien respeta la lógica del legado lo suficiente para volverla, en algunas ocasiones, en contra de quienes dicen ser sus guardianes, lo suficiente para revelar, pese a los usurpadores y en contra de ellos, lo que nunca se vió en la herencia; lo suficiente para sacar a la luz, por medio del acto inusitado de la reflexión, lo que ha estado siempre en la oscuridad. Como una heredera que traiciona, porque el feminismo, o cierto feminismo me aportó en algún momento esa caja de herramientas teóricas, políticas y afectivas para pensarme y vivir de otro modo, también fui desechando, renovando y re-examinado esos artefactos al tiempo que sentía que me constreñían y asfixiaban. Es así que mi

19 El término queer ha sido reemplazado en este texto por su versión sudaca: cuir. Sin dejar de lado los problemas de traducción, que descarga la cita como injuria histórica, me interesa retomarla como operación política.

reconocimiento como feminista cuir ha sido un proceso – inacabado- de desadscripciones contingentes²⁰.

“Por definición queer es todo aquello que se opone a lo normal, lo legítimo, lo dominante. No hay nada en particular a lo que se refiera necesariamente. Es una identidad sin esencia... En cualquier caso, queer no designa una clase de patologías o perversiones ya objetivadas, sino que describe un horizonte de posibilidad cuyo alcance preciso y su heterogeneidad no pueden delimitarse de antemano. Desde la posición excéntrica ocupada por el sujeto queer se puede llegar a englobar una variedad de posibilidades con vistas a una reorganización de las relaciones entre actos sexuales, identidades eróticas, construcciones de género, formas de conocimiento, regímenes de enunciación, lógicas de representación, modelos de constitución de sí y prácticas comunitarias, es decir, con vistas a una reconstrucción de las relaciones entre poder, verdad y deseo”²¹. Es desde este ademán convulsivo y alborotador de tradiciones, costumbres y legitimidades, que presumo ciertas escrituras y ciertas formas de escribir como cuir.

Los modos crítico-reflexivos de producir pensamiento por fuera de los límites institucionales, con voluntad contaminante y afán vírico, que se mantienen tensos y desajustados en relación a los criterios de legalidad discursiva del pensamiento académico, siguen siendo rehusados y resistidos por el régimen de escritura académico. Ya lo decía Stuart Hall, “trabajo intelectual y trabajo

²⁰ Sin desconocer la genealogía feminista de lo cuir, tal como recuerda Nelly Richard: “Es cierto que el feminismo debe agradecerle a la teoría queer el haber desplegado la experimentalidad de lo múltiple-tránsfuga para fragmentar y diseminar la representación unitaria de identidades finitas. Pero la teoría queer no sería lo que es sin las teorizaciones previas del feminismo que supo trabajar rigurosamente en desnaturalizar el sintagma cuerpo-sexo-género, para hacer vibrar la tensionalidad del signo ‘mujer’ en todos sus pliegues y contradicciones”. En “Deseos de...”. Por un Feminismo sin mujeres. Pag. 75.

²¹ David Halperin, en San Foucault. Para una hagiografía gay, El Cuenco de Plata, 2004.

académico: coinciden en parte... pero no son lo mismo". Si la teoría es un conjunto de conocimientos en pugnas, localizados y coyunturales, las políticas de la teoría son políticas de escritura, porque es en ella donde encuentra su inscripción, registro y archivo. Una teoría, tanto como un libro, es exactamente como "una caja de herramientas y un aparato de combate"²². La teoría no se totaliza, se multiplica y multiplica, pluralizando sus formas y estilos de producción. En este sentido, el activismo que practico y la producción teórica emergente del mismo tienen más que ver con los circuitos autogestionados, sometidos a un estatuto de marginalidad institucional.

La teoría y acción política tortillera-trans-feminista cuir supone un trabajo de contrabando político e intelectual, constituyendo un espacio de mercancías camufladas, de desplazamiento de textos, de conversión de conceptos en útiles políticos. Si los verbos en infinitivo designan devenires y acontecimientos que desbordan modas y tiempos, cuirizar palpita como verbo indómito, insólito, excéntrico e inusitado, y se efectúa en una práctica de lectura y escritura que consiste en la visibilización constante de zonas de exclusión, la crítica del dominio de ciertas categorías de análisis en detrimento de otras como el género, la raza o la clase, un trabajo sobre las construcciones discursivas que incluye los silencios producidos por toda identidad, señalando los fallos de la representación. De este modo, la identidad del "nosotrxs" se asume como una interrogación política sin certeza.

La disidencia sexual es la denominación política y crítica que incorpora la teoría queer/cuir como parte de su aparataje conceptual para el análisis de las políticas sexuales y del activismo sexual, que no necesariamente o exclusivamente toman la

²² Gilles Deleuze. Los intelectuales y el poder, 1972-1980.

identidad sexual y de género como fuerza motriz de la acción política. De este modo, la teoría cuir no se circunscribe al ámbito de las sexualidades no heteronormativas ni a evidenciar el heterosexismo como dispositivo de configuración de (a)normalidades, sino que traza una crítica radical de los dispositivos de normalización que construyen identidades al mismo tiempo que proscriben ciertas posiciones de sujeto y subjetividades que devienen abyectos. La disidencia sexual es un emplazamiento estratégico que marca cierto distanciamiento de los discursos, prácticas y estrategias de los movimientos homosexuales más tradicionales, cuya política se ve hegemonizada por la centralidad del Estado como único interlocutor y gestor de demandas, una agenda liberal que tiende a reclamos normalizadores o asimilacionistas como el matrimonio gay y una política de representación articulada sobre identidades cerradas que sectorizan y aíslan las múltiples luchas por la autonomía corporal.

Forma singular, móvil y mudable de práctica teórico-política-estética de resistencia y desobediencia, la disidencia sexual supone un cuestionamiento de la ortodoxia homosexual y feminista, siempre relativas y dependientes de los lugares donde se sitúe el sujeto de su afirmación, de su locus de enunciación. En general, aunque sus discursos y prácticas minoritarias suelen aparecer como “desviantes” porque socavan las políticas de manual irrumpiendo con fuerza en los escenarios sociales de disputa, tienden a ser minimizadas y excluidas de la memoria y de la tradición del pensamiento crítico del activismo sexual. Mediante la interrupción y subversión situada y provisional de los sentidos comunes de la política LGTTTB y feminista, pone de manifiesto su condición de extrañamiento radical ante las miradas –y autoridades- más convencionales y canónicas del activismo.

No hay política de la identidad que no sea una política de enunciación, por lo cual una lectura cuir trata de saber quién tiene el poder de hablar, dónde y sobre todo de qué²³. Su tarea crítica no sólo es deconstruir los discursos de las identidades LGTTTB sino también interrogar las condiciones que debemos cumplir para devenir inteligibles como humanos, formulando la pertinaz pregunta sobre la configuración del horizonte de lo representable. En este sentido, las dinámicas identitarias establecidas a partir de la oposición nosotrxs/otrxs no expresan un antagonismo estable y primario, sino que es perforado y perforable, abierto a convergencias o articulaciones diversas, con heterogeneidades y disidencias al interior de cada una de ellas.

El cuerpo como campo de insubordinación política busca en la escritura una complicidad anónima. Si la lógica de la subjetivación política consiste siempre en una identificación imposible, tal como subraya Jacques Rancière, la demostración de la diferencia que supone este proceso no consiste en el logro del consenso, sino que se constituye en el topos de una polémica. Y el lugar de exposición de ese topos es un intervalo, es decir, de una interrupción. Por lo tanto, el lugar del sujeto político vendría

²³ “En este sentido, continúa siendo políticamente indispensable reivindicar los términos “mujeres”, “queer”, “gay”, “lesbiana”, precisamente a causa de la manera en que esos mismos términos, por así decirlo, nos reivindicamos a nosotros antes de lo que lo advirtamos plenamente. A la vez, reivindicar estos términos será necesario para poder refutar su empleo homofóbico en el campo legal, en las actitudes públicas, en la calle, en la vida “privada”. Pero la exigencia de movilizar el necesario error de identidad (según la expresión de Spivak) estará siempre en tensión con la oposición democrática del término que se alza contra los despliegues que se hacen de él en los regímenes discursivos racistas y misóginos. Si la política “queer” se situara en una posición independiente de todas estas otras modalidades de poder, perdería su fuerza democratizadora. La deconstrucción política de lo “queer” no tiene por qué paralizar el empleo de tales términos, sino que, idealmente, debería extender su alcance y hacernos considerar a qué precio y con qué objetivos se emplean los términos y a través de qué relaciones de poder se engendraron tales categorías. Judith Butler. “Acerca del término “queer”, en *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Paidós. Pág. 321-2.

a ser una falla: un ser-junto como ser-entre: entre los nombres, las identidades o las culturas²⁴.

En estos últimos años, la reivindicación y reconocimiento jurídico-legal de ciertos derechos sexuales en Argentina marcan un giro histórico. La modificación del Código Civil para permitir el casamiento civil entre lesbianas y gays, con el correlato del acceso a la adopción, así como la aprobación de la ley de identidad de género bajo los preceptos de desmedicalización, despatologización, desjudicialización y desestigmatización de las identidades autopercibidas, con acceso al reconocimiento legal y a las condiciones biotecnológicas capaces de expresar corporalmente esa identidad, suponen motivos de satisfacción. Sin embargo, en este contexto el reconocimiento del derecho al aborto continúa aún pendiente.

Así, y sin desestimar el impacto sobre la vida de muchas personas que tienen estas legislaciones²⁵, me interesa y me seduce más, explorar y centrar la mirada y la acción política

²⁴ “La lógica de la subjetivación política es así una heterología, una lógica del otro, según tres determinaciones de alteridad. Primero, ella nunca es la afirmación simple de una identidad, sino que siempre es a la vez, una negación de una identidad impuesta por otro, determinada por la lógica policial. La policía quiere en efecto nombres “exactos”, que marcan la asignación de las personas a su posición y su trabajo. La política por su parte, es una cuestión de nombres “impropios”, *demisnomres* que expresan una falla y manifiestan un daño. Segundo, la política es una demostración, y ésta supone siempre un otro al que se dirige, aunque este otro rechace la consecuencia. Es la constitución de un lugar común, aunque no sea el lugar de un diálogo o una búsqueda de consenso según el método habermasiano. No hay ningún consenso, ninguna comunicación sin daño, ningún arreglo del daño. Pero hay un lugar común polémico para el tratamiento del mal y la demostración de la igualdad. Tercero, la lógica de la subjetivación consiste siempre en una identificación imposible”. Jacques Rancière, “Política, identificación y subjetivación”.

²⁵ Un asunto interesante de explorar es la articulación entre las políticas (neo)liberales y el fetichismo legal de las políticas de reconocimiento de derechos. Éstas últimas no siempre conducen al cambio material de la realidad, de la vida cotidiana de opresión y vulneración; sin embargo, el discurso jurídico crea una realidad simbólica y ampara derechos que han sido ultrajados a lo largo de la historia. Muchas veces, queda sin examinar por parte del activismo, ante la disyuntiva de que se prefiere obviamente el Estado o la cosa pública a la cosa privada, que el habitus ideológico de lo público es suficientemente conservador para sostener las matrices de sentido y prácticas institucionales que generan exclusiones, discriminaciones, etc.

sobre/desde esa falla o intervalo, como lo denomina Ranciére, donde también tiene lugar *lo* político; esos saberes y experiencias que no están autorizados ni consolidados, sino más bien abiertos a las errancias crítico-creativas de los inestables y fluidos imaginarios sexuales de la disidencia. Podemos advertir en el escenario socio-cultural actual, cómo ciertas expresiones del activismo sexo-générico son recodificadas desde las instituciones como meras demandas administrativas, desactivando su aspecto disruptivo y transformador, marginando las voces más extrañas y confrontacionales. Una persona curiosa es aquella que dispone sobre la mesa sus pasiones, y éstas son algunas de las más aunque vayan a contrapelo del aplastante pacto de conformidad actual.²⁶

²⁶ Me interesa señalar el análisis que realiza el colectivo Situaciones del escenario político actual, a partir de la reposición de un imaginario estatal-nacional, plagado de añoranzas por las formas salariales. Las formas gubernamentales proponen, por un lado, un retorno al trabajo y a la producción (el consumo, la familia, etc) como eje de recomposición social tras décadas de erosión de los derechos laborales y colectivos; y por otro, se convive con unas condiciones (mediaciones financieras, precarización del empleo) que cuestionan la efectividad de su imaginario y determinan los límites de su efectución. Esto es posible por la movilización de afectividades, a partir de viejos segmentos imaginarios de la política que bloquean, en lugar de reanudar, una dinámica problematizadora. Una sutil eficacia performativa permite fundar autoridad y producir cohesión en un contexto social determinado. “De la dictadura al triunfo del neoliberalismo vivimos en Argentina... la instalación de un nuevo tipo de gobierno, cuyo funcionamiento ya no depende de la soberanía única y preexistente del estado, sino que se desdobra en infinitas instancias de gestión, a partir de acoplamientos contingentes capaces de intervenir ante cualquier hipótesis de conflicto. La novedad reside en una invención permanente de dispositivos políticos, jurídicos, de mercado, de asistencia y de comunicación, que son articulados cada vez para tramitar situaciones puntuales. A esta forma de enraizamiento del gobierno en la sociedad Foucault la denominó gubernamentalidad. Se trata de la incorporación de dispositivos monetarios, de gestión de la opinión pública, de la influencia mediática y de reglamentación de la vida urbana que hacen del neoliberalismo una forma de control immanente de las vidas, de su cálculo y de su disposición mercantil, al mismo tiempo que toma en cuenta el desarrollo de las libertades e iniciativas como valor máximo” (19). Notas sobre el impasse. Colectivo Situaciones. Además, resido en Neuquén, una provincia en la que la judicialización de la protesta es récord y está primera en todo el país. A través de un informe de la Justicia neuquina, se revela que son más de 1400 las causas relacionadas con protestas sociales. Desde el 2008 se iniciaron 281 causas por corte de ruta y 1100 por delitos catalogados como de “usurpación”. 22 de septiembre de 2012. <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-203972-2012-09-22.html>. Entre esas

Interrupción III

Luchar contra las posiciones reaccionarias, conservadoras, fascistas, nos compromete a elaborar, imaginar y diseñar otros modos de pensar las relaciones entre lo educativo y la disidencia sexo-genérica, registros de una realidad que al tiempo que se escabulle clama por ser pensada.

Foucault decía que "una teoría no expresa, no traduce, no aplica una práctica: es una práctica" (Foucault, 1972-1980). La práctica es un conjunto de conexiones de un punto teórico a otro, y la teoría, un empalme de una práctica a otra. La educación se compone de una multitud de prácticas, es una práctica, así como lo es el género y la identidad. No son entidades ontológicas, sino que performativamente son prácticas que hacen y deshacen cuerpos. Una práctica, entonces, implica conexiones y relaciones, por lo tanto, la división entre, por un lado, una supuesta "acción", y por el otro, una supuesta "reflexión" sólo limita la capacidad de inventiva que puede desplegarse en la intersección entre ambos campos.

Deconstruir, disolver, hacer extraño lo habitual, pensar de otro modo, pensar en contra de las convenciones, problematizar lo obvio, introducir una diferencia en una cadena de repetición, hacer tajos, desnaturalizar, reactivar, des-sedimentar, son metáforas que expresan las prácticas críticas del pensamiento. La enseñanza como práctica en estos términos estimularía a sacudir la modorra de las percepciones domesticadas.

causas, hay 347 mapuches criminalizados por defender el territorio contra la industria extractivista, las empresas y los terratenientes. Ver "Derechos vulnerados en el sur". Darío Aranda. <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-218515-2013-04-22.html>. -22 de abril del 2013.

La práctica educativa está íntimamente vinculada a estas operaciones. Y participa en el incremento de experiencias heterogéneas, donde nacen las líneas de fuga y las posibilidades de subjetivación que interrumpen el tiempo de la dominación. Si las formas de subjetivación suponen siempre una manera de ocupar un intervalo entre dos identidades. ¿Qué desafíos implica ese intervalo, esa falla, para la política identitaria LGTTTB? Irrumpir en el terreno en el que se arman sus preguntas, contra las lógicas explicativas, atontadoras de la escuela, nos pone en el compromiso de arriesgarnos a postular que una pedagogía antinormativa se configura sobre una paradoja o una tensión inmanente: entre las luchas contra la pasión por la ignorancia como casos de normalidad exorbitante y un no-saber del/sobre el otro como enclave de la singularidad²⁷. En este sentido, no se trataría de enseñar qué es una lesbiana, una travesti, un/a trans, un gay, sino de desaprender las formas heterosexualizadas del pensar, mirar, sentir e interrogar.

Así, una maestra podría ser una posición encarnada de alguien que tiene una formación pedagógica dispuesta y ejercitada en las vicisitudes de una problematización política. Problematizar es interrumpir lo obvio, ocupar el tiempo de otros modos, para hacer centellear el reverso monstruoso de la norma al exhibirla en su sin sentido. De este modo, la práctica pedagógica es diseño de una cartografía de la interferencia, cuyo modelo de difracción no indica dónde aparecen las diferencias, sino dónde aparecen los efectos de la diferencia, en la que más que reproducir la

²⁷ La pasión por la ignorancia es un concepto desarrollado por Débora Britzman, que plantea que la normalidad es sinónimo de cotidianidad en el aula, y que la ignorancia no es falta de conocimiento, sino el efecto de un conocimiento hegemónico. Este no saber sobre las identidades LGTTTB no tiene que ver con la falta de información, sino con la hegemonía de la norma heterosexual que construye al otro como desconocimiento. A diferencia del otro no-saber, que supone un modo de conocimiento descolonizador del otro, sin pretensión de transparentarlo y encapsularlo en una identidad fija.

ilusión de una posición esencial y fija, nos invita a desplegar visiones más astutas²⁸.

Conquistar una espontaneidad, advertía Nietzsche, es buscar lo más difícil. La inquietud como tercer término entre la pasividad resignada y el activismo reactivo quiere desanudar la pacificación a la que invita la época y desactivar el puro rechazo especular. Una práctica educativa articulada desde la disidencia sexual comprende que “Las preguntas etiológicas: ¿cómo se llega a ser homosexual? ¿tuvo la culpa papá o mamá?, son reemplazadas por la interrogación política: ¿cuáles son las causas de la normalidad heterosexual? ¿cuáles son los mecanismos de control y represión que aseguran que la heterosexualidad (con su ritual coreografía corporal y sus rígidas instituciones de relación y filiación) siga apareciendo como la única sexualidad natural? Ya no es cuestión de explicar qué es “el deseo homosexual”, sino de llevar a cabo un análisis detallado sobre las técnicas de domesticación, castigo y recompensa que hacen posible la regularidad estricta y calculada del “deseo heterosexual”²⁹.

En las políticas del saber institucionalizado, ya sea en el espacio de la escuela o en la academia, las interferencias sobre las regulaciones epistémicas del conocimiento y sus agentes productores tienen que abrirse paso. Desde la aguda mirada de la crítica cultural Nelly Richard, la academia constituye un

²⁸ Al respecto, señala agudamente Carlos Skliar: “Sin embargo, lo que en la Universidad se produce puede ser todo lo contrario: ninguna reflexión sobre uno mismo, ningún saber o sabor acerca de nuestra intimidad y un cúmulo de contenidos sobre el otro que le definen, le identifican y le encierran en un opaco envoltorio tecnicista que hace de los demás los especiales, los discapacitados, los diferentes, los extraños, los diversos y de nosotros los obviamente normales, los capacitados, los nativos, los iguales”. “Pequeño manual del buen especialista”. Carlos Skliar

²⁹ Terror anal. Apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual. Beatriz Preciado. Melusina. Pág 161

“estratégico campo de batalla, un sitio de pugnas en torno a la legitimidad de los saberes considerados socialmente transmisibles y sus escalas de valoración social... las universidades son territorios en los que se despliegan las máquinas de producción y reproducción del saber –un saber organizado en disciplinas, disciplinado por los ritos institucionales de la enseñanza de las profesiones y sus técnicas de competencia- que modelan una determinada relación entre conocimiento y sociedad según criterios de validez, utilidad y rendimiento técnico, científico, administrativo... se dictan las reglas y métodos que norman la pureza epistemológica del conocimiento, en función de un canon de autoridad superior que habla en nombre de lo exacto, lo verdadero, lo universal”. Entonces, tensionar y cuestionar las reglas que legislan el saber legítimo bajo requisitos de pureza epistemológica y distanciamiento identitario³⁰, es tarea imprescindible de la disidencia sexual. ¿Cómo se conjugan, en el desbaratamiento del cuerpo omnipresente de la teoría, los (des)marcamientos de las identidades sexuales y genéricas con las marcas visibles de las filiaciones académicas? ¿Qué alteraciones al cuerpo del conocimiento, del sujeto que conoce, del sujeto de la academia, se producen al postular, ya sea una posición contingente de sujeto sexual así como una desclasificación de las identidades normativas (hetero-homo)? ¿Cómo subvertir un territorio donde la posición autoinvisible del sujeto es parte del protocolo para el estatuto del conocimiento lícito? Asumir interpelaciones que tensen la producción académica y la práctica educativa, que no se sometan a la implementación de lógicas de pasteurización de las identidades para ser incluidas o asimiladas sin conflicto

³⁰ Sobre la política de la distancia en la producción de conocimiento, advierte Haraway: “El poder de la vida y de la muerte debe delegarse a favor del ventrílocuo más epistemológicamente desinteresado, y es fundamental recordar que todo esto se refiere al poder de vida y muerte”. Haraway, Donna. Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles.

alguno bajo la mirada profiláctica de discursos asfixiantes y del estigma, es parte de la tarea descolonizadora por hacer.

Estos ensayos se traman desde una economía de los saberes fugados, en los márgenes de las sistematizaciones y del formalismo técnico del saber universitario que, rebelde al tutelaje del portavoz autorizado, pone en juego una tensa práctica de los bordes, lo que Suart Hall llamó la "política del trabajo intelectual".

Interrucción IV

Encuentros y pérdidas, afinidad y desarraigo, nomadismo y localización, son los ejes que vectorizan mi propio discurso y han agitado una multitud de interrogantes de lo más sustanciosos y prolíficos. Un hervidero de intercambios políticos afectivos bajo distintos formatos (congresos académicos, celebraciones de amantes, charlas informales de amigxs, mails de listas electrónicas, cenas íntimas, diálogos colectivos, camas compartidas, marchas y tetazos, entre otras), en que los cuerpos se entremezclan y también se distancian, se ponen en juego sensibilidades a veces de manera afable y otras, repelente, en geografías muy variables, desde la gran metrópoli porteña a la estepa patagónica pasando por la capital del fernet, fueron escenarios del rumiar que tramó estos escritos.

Son las hablas no-registradas que transitan en las afueras del recinto universitario sin la garantía de un domicilio conocido. Ante el peligro y la amenaza del desorden de estos deslengués, de estos decires indomables e indisciplinados, los saberes son regulados por una política de los espacios que traza las fronteras de reconocimiento y valoración social del conocimiento. Es la máquina universitaria la que marca el límite que distingue los saberes legítimos y autorizados de los saberes ilegítimos para, de

esta manera proteger, el área reservada de los saberes certificados.

La crítica, escribe Foucault, será el arte de la inservidumbre voluntaria, de la indocilidad reflexionada. ¿Cómo arrancar ese fascismo incrustado en nuestro comportamiento? Es el filoso interrogante que articula el ingente trabajo de desujeción. Desde el ensayo como experiencia escritural de la disidencia, que deviene poética activista, desajustándose de criterios de legalidad del pensamiento oficial, pruebo diseñar una extraña zona de diálogos e interpelaciones, en la que las diversas configuraciones teórico-intelectuales hacen entrar en juego los saberes irregulares y no legitimados.

Derivas de la perplejidad y provisoriedad del pensamiento, las ideas que atraviesan y componen este libro son parte de mi vida, sostenidas corporalmente, ideas que circulan entre quienes buscamos la emancipación por múltiples procedimientos y trayectos. La práctica de pensar y escribir dinamiza el movimiento vital en la que encuentra su sentido a través de un borronero obsesivo, un conjunto de intentos de insospechado desenlace. “Probá pensar sin lenguaje”, desafiaba Susana Thénon dando cuenta de que el lenguaje es el propio pensamiento, y remataba: “...me apropio de una vez por todas de otra facultad maravillosa: contradecirme a mi misma cuando me dé la gana”³¹. Un remate que hago propio como vindicación de un hacer pensamiento, mediante el “*sumar*, incorporar, dejar paso, abrir puertas y ventanas. Bienvenidos los perfumes, las pestes, las carcajadas, el aburrimiento, las lágrimas, las tonterías, las muertes”³².

³¹ La morada imposible. Susana Thénon. Tomo 2. Corregidor (2005). Pág. 220.

³² Idem. Pág. 221

Visto en retrospectiva, estos textos persisten en ese “intersticio forjado entre azarosas circunstancias y voluntades estimuladas por reponer en escena la pulsión política de muchas de las voces, debates y prácticas silenciadas por una política de institucionalización, direccionada por el sector más hegemónico del movimiento, tanto feminista como lgtb”³³.

Para habitar los umbrales del pensamiento y la escritura, de la ficción política y la práctica educativa, nos apremia una poética, una sensibilidad que desfigure los contornos del parcelamiento de la vida. Una poética cuya demencia atesore acontecimientos minúsculos, de suspicaz y exquisita belleza, como éste: *“me preguntaron qué tienen en común un pájaro y un árbol. Yo, intrigada: ¿y vos qué contestaste? Que los dos vuelan, me dijo, muy satisfecha”*³⁴.

³³ De este modo se pensaban los Diálogos críticos del activismo lésbico (2011). “Sin un programa predeterminado, los diálogos fueron un espacio contingente gestado como una apuesta por: fisurar la clausura del debate político que, interpretamos, se dio por la fuerza hegemónica de la demanda del matrimonio igualitario; construirnos como interlocutoras legítimas entre las propias lesbianas, con nuestras perspectivas, voces, cuerpos y estéticas heterogéneas y hasta antagónicas; circular saberes y memorias que de otro modo quedan minimizados o excluidos de lo público; poner a vagar la imaginación política más allá de lo delimitado por la razón instrumental de las agendas del consenso y demandas al Estado”. En texto de convocatoria a los V Diálogos críticos del activismo lésbico (2011). Disponible en <http://potenciatortillera.blogspot.com>

³⁴ “Desarticulaciones”, de Silvia Molloy (Eterna Cadencia). pág. 16. Son una serie de relatos, escritos por la autora “para tratar de entender este estar/no estar de una persona que se desarticula ante mis ojos”, por el Alzheimer, y que lo hace no para remendar huecos, sino “para atestiguar incoherencias, hiatos, silencios”. El último relato se llama, casualmente, “Interrupción” y dice en un fragmento: “siento que dejar este relato es dejarla”, anudando de manera deslumbrante y dolorosa, escritura y vida, la de ella, la de la otra.

[I]

[49]

Pedregullo del habla

...la lectura forma parte de un encarnizado trabajo de despojamiento

Jorge Larrosa

Escribir es una técnica de descreimiento. Quien busca la salvación como dogma de fe en el texto está de antemano esclavizado a la creencia. La política de cría de humanos distribuye las lecturas canónicas. *El/la*, criatura tarasca, persigue las letras con su mandíbula inmóvil. La voz severa y suave se impone sin esmero, mientras una llovizna de piedrecillas se arroja, brutal, al trote de su lectura. En el interior de las bocas oscurece. Un murmullo iridiscente fuerza un pedazo de lenguaje que interrumpe la devoción del pastoreo. *Quien escucha* se incomoda en el andar del texto. Granos involuntarios de gesto espasmódico pugnan por ocupar un espacio de aire en la mansedumbre del terreno. Temblorosa, la tonalidad dicta el tiempo de la incrustación. Se disuelve, acuosa, la forma encorsetada en el vibrar de la cuerda parlante. No hay credo en la catapulta de *El/la*. *Quien escucha* tropieza en el encauce habitual de las cosas. La saliva cuaja en la rugosidad de la sílaba que desarticula la sentencia. Fiestas mínimas de la lengua interrumpen el desapaciguado imperio letrado. Falla la dicción que late con arrítmica destreza. Se curva la respiración en el tartaleo del silencio. *Quien escucha* siente el filo del pedrusco rasgando la seguridad de su estirpe ilustrada. Las palabras aletean en el cuerpo de *El/la* y desordenan el curso del decir. Y ahí, el vacío indecible, el gesto dubitativo, el equívoco ingenioso de niña bárbara. La contorsión inesperada muestra, impudente, el trabajoso laberinto del hablar. Las vísceras desechables de la sintaxis decente que *El/la* colecciona, se arriman a entonar la

onomatopeya del titubeo. *Quien escucha* muele el dolor que supura en la capilaridad de las palabras. Apenas un preámbulo de la incisión. En el declive áspero del texto, donde el ojo soberano no alcanza, el fracaso de la fuerza logopédica tajea el tiempo de la razón. Cuando *El/la* concluye la piel de la escritura, las escaras ya han sido repartidas. Una estela de perplejidad gravita aún entre los polígrafos obsesivos del escarpado; otros, arrastran su mano dentro del calzado para inspeccionar el lugar de la punzada. *Quien escucha* se acomoda el peinado de entropierna y en cuclillas emprende la retirada para no resbalar. El reloj del amansamiento entrecorta el tiempo. Y en la penumbra, la lengua tartamuda de *El/la* reposa en la abundancia del pedregal.

Escrituras cuir. El texto bastardo

La "escritura", sí: entre otras cosas, se designaría así cierto modo de apropiación amante y desesperada de la lengua, y a través de ella de una palabra tan interdictora como interdicta (la francesa fue ambas cosas para mí), y a través de ella de todo idioma interdicto, la venganza amorosa y celosa de un nuevo adiestramiento que intenta restaurar la lengua, y creo que reinventarla a la vez, darle por fin una forma (en principio deformarla, reformarla, transformarla), y de tal modo de hacerla pagar el tributo de la interdicción o, lo que sin duda viene a ser lo mismo, satisfacer ante ella el precio de la interdicción. Esto da lugar a extrañas ceremonias, celebraciones secretas e inconfesables. Por lo tanto a operaciones cifradas, a una palabra sellada que circula en la lengua de todos.

Jaques Derrida

Nunca se preguntará lo que quiere decir un libro, sólo se preguntará con qué funciona, con qué conexiones hace o no pasar intensidades, en qué multiplicidades introduce y metamorfosea la suya, con qué cuerpos sin órganos hace converger el suyo.

Deleuze y Guattari

...¿existe una manera de pensar sin palabras? Como si la humanidad fuese un abecedario y cada existencia estuviese formada por letras.

Fleur Jaeggy

Las palabras son una guerra para mí.

Cherrie Moraga

¿Una cita con/de la abyección? ¿El domicilio provisorio de un poder? ¿La escritura del desvío y lxs desviadxs de las normas? ¿Hay un desvío dentro del desvío/desvarío? ¿Lengua interdicta

como campo de concentración de lxs desviadx? ¿Una hipótesis teórica, una práctica política? ¿Más que preguntar qué es cuir pensar cómo operar cuir? ¿Cómo hacer funcionar lo cuir en un régimen de escritura? Cartografías de los desvíos, de los accidentes y equívocos de la norma hetero, de la ley binaria del género, o el desviarse de los modos disponibles del pensar. La cita de/con la invención. Decía Silvina Ocampo: “Soy adivina. Sospecho a veces que no adivino el porvenir, sino que lo provocho”. Una escritura en guerra de astucias, que esparce el arte del sigilo, valiéndose de la cavidad y el recoveco, optando por el secreto y las opacidades, simulando y disimulando, enmascarada, en poses de combate. Una escritura que irrumpe cuando no se lo espera, que produce la diferencia en la propia repetición; una re-escritura que detecta el fraseo fantasmático, el palabreo, el silabeo, “la ruina del lenguaje”. Una escritura del doblez de las identidades, donde la costura revela que la prolijidad de la norma es un pliegue de la (in)visibilidad, una convocatoria inusual y masticada en la cadena iterativa como marca de sangre. Porque antes que el afincamiento estable de una territorialidad segura, la escritura se vierte como confinamiento en la zozobra de un barco sinuoso. Por eso hace tartamudear a la lengua, destrozando la sintaxis política de las doxas establecidas por el régimen de transparencia (hetero)comunicativa que impera socialmente, atado a la exigencia y ambición de la masividad³⁵. Una escritura bastarda como palimpsesto dialógico que no encubre los momentos de ambigüedad.

³⁵ “La intervención social de un texto (que no tiene por qué realizarse en el momento en que ese texto se publica) no se mide ni por la popularidad de su audiencia ni por la fidelidad del reflejo económico y social que se inscribe en él o que proyecta para algunos sociólogos ávidos de recogerlo, sino por la violencia que le permite superar las leyes que una sociedad, una ideología, una filosofía se otorgan para ser acordes consigo mismas, en un hermoso movimiento de inteligibilidad histórica. Este exceso tiene un nombre: escritura”, en Roland Barthes, “Sade, Fourier, Loyola”. Cátedra. 1997, pág.17.

Contra las lecturas cuir de las prácticas artísticas y políticas que lo sitúan en las cercadas geografías porteñas o del norte yanqui y europeo, estableciendo paradójicamente un nuevo canon del desvío y la subversión, efecto del circuito metropolitano que reinstitucionaliza —por conducto académico— nuevas formas de dominio internacional, aquí se disputa lo cuir como localización de la disconformidad con las hegemonías no sólo identitarias sino también geopolíticas. Descolonización del canon cuir³⁶, convertido en emblema del mercado. Contratextos capaces de desnaturalizar la rutina de la competencia del saber y dar batalla a los códigos que decretan y sancionan el poder de la representación, la tutela del habla. Cuir no como marca, sino como práctica, en la que la escritura se mueve como un lugar de contrapoder frente a los lenguajes hegemónicos y binarios del habla cotidiana subsumida bajo la matriz del manual de escuela. Escritura bastarda en la que el silencio mismo es ruptura, resistencia a un sistema de signos, que piensa por sustracción, en las páginas en blanco, las lagunas, las fronteras, los espacios, los agujeros en el discurso.

Cuando Teresa de Lauretis usó el nombre de “Teoría queer” para titular un artículo, pretendía provocar y dislocar la complacencia de los estudios gays y lésbicos que se venían desarrollando en la academia norteamericana desde los `80, a la vez que intentaba

³⁶ “La oposición entre representación (abstracción, teoría, discursividad) y experiencia (concreción, práctica, vivencialidad) afirma la desigualdad de poderes trazada entre quienes patentan los códigos de figuración teórica que dotarán a sus objetos de estudio de legitimidad académica, y los sujetos representados por dichos códigos —hablados por su teorización de la otredad— sin mucho acceso a los beneficios institucionales de la teoría metropolitana ni derecho a ser consultados sobre la validez de las categorías que los describen o interpretan. Subvertir esta dicotomía de poder requiere producir teoría local, conocimiento situado, discurso y conciencia situacionales, que generen un desequilibrio de funciones en el interior de la repartición hasta ahora dividida entre el proliferar latinoamericano de las diferencias (como excedente de irracionalidad) y la función de quienes están encargados de producir “la narrativa de restitución del orden” que el latinoamericano usará para otorgarle a cada diferencia un lugar clasificable e interpretable” (Masiello 1996: 751)”, en Nelly Richard. Teoría sin disciplina.

fisurar los modelos analíticos identitarios con efectos excluyentes que éstos empleaban. Implicaba, además, una disrupción de los supuestos heteronormativos de lo que convencionalmente se entiende como teoría en los circuitos académicos. Apropiación de la injuria “queer” (tortillera, puto, marica, degenerado, extraño, anormal) como eje de enunciación y de producción de saber, como crítica de la hetero y homonormatividad a través del desplazamiento de las oposiciones tradicionales hombre/mujer, hetero/homosexual, masculino/femenino, cultura/naturaleza, público/privado, conocimiento/ignorancia, etc.

Lo cuir es hoy un territorio complejo, inasimilable y heterogéneo de lecturas y escrituras de feminismos críticos y de la disidencia sexual, que no se ocupa de definir identidades ni representarlas como un objetivo en sí mismo, sino que se resiste a las prácticas normales y a las prácticas de normalización no sólo sexo-génerica, sino también de orden racial, corporal, nacional, de clase. Lo cuir asume la teoría como una práctica y en tanto práctica, no sólo consiste en la expropiación de la injuria como cita de la violencia en el cuerpo y de la identidad. Como práctica abyecta, extraña, “la teoría queer no es una afirmación sino un compromiso. Sus molestos y descarados principios son explícitamente transgresores, perversos y políticos: transgresores porque ponen en duda las regulaciones y los efectos de los condicionamientos categóricos binarios tales como lo público y lo privado, el interior y el exterior, lo normal y lo raro, y lo cotidiano y lo perturbador; perversos porque rechazan la utilidad a la vez que reclama la desviación como un ámbito de interés, y políticos porque intentan desestabilizar las leyes y prácticas instituidas situando las representaciones subversivas en sus propios términos cotidianos” (Britzman,2002; 202-203). No es un conjunto de contenidos que haya que aplicar, sino un

conjunto de reglas y dinámicas metodológicas útiles para leer, pensar e implicarse en la vida diaria. En una antología de Sue Golding (1997), lxs autorxs ofrecen ocho tecnologías de la otredad o estrategias cotidianas utilizadas para crear relaciones y singularidades como superficies de emergencia que no figuran en el mapa institucional de los estudios repertoriados, gestos transversales que se ubican en las brechas y fisuras de las disciplinas, que serían: tomar partido por los objetos menospreciados, establecer relaciones impertinentes, considerar el juego ambivalente en la constitución de la experiencia, prestar atención a las condiciones que permiten que la normalidad ejerza control, comenzar en las líneas erróneas de las ideas para encontrar dónde rompe el sentido, se desafía a su objeto e inconscientemente invierte sus intenciones, y suponer el juego de la diferencia, la división y la alteridad de las prácticas de lectura. (2005; 55).

De este modo, David Halperin nos dirá que, por definición, cuir “es todo aquello que se opone a lo normal, lo legítimo, lo dominante. No hay nada en particular a lo que se refiera necesariamente. Es una identidad sin esencia... En cualquier caso, queer no designa una clase de patologías o perversiones ya objetivadas, sino que describe un horizonte de posibilidad cuyo alcance preciso y su heterogeneidad no pueden delimitarse de antemano. Desde la posición excéntrica ocupada por el sujeto queer se puede llegar a englobar una variedad de posibilidades con vistas a una reorganización de las relaciones entre actos sexuales, identidades eróticas, construcciones de género, formas de conocimiento, regímenes de enunciación, lógicas de representación, modelos de constitución de sí y prácticas comunitarias, es decir, con vistas a una reconstrucción de las relaciones entre poder, verdad y deseo”³⁷. En este sentido, pienso

³⁷ San Foucault. Para una hagiografía gay, El Cuenco de Plata, 2004.

lo cuir como una práctica bastarda al operar como fuerza de descentramiento y extrañamiento político-culturales, cuyo trabajo de desfamiliarización no se efectúa por medio de la definición, sino a través de la cadena de reapropiaciones que suscita. Así, el término cuir deja de ser un mero genérico acumulativo de gay, lesbiana, bi, trans, etc, para situarse como posición crítica al interior de toda afirmación de identidad homosexual y, en definitiva, a toda identidad que se diga hegemónica, monolítica, esencializante y naturalizante.

Pensar y escribir cuir implica confiarse a una lengua en tránsito y en trance, que pulsa la huella bastarda de sus prácticas y/de saberes provenientes directamente del activismo; se trata de un “saber situado” que emerge de las estrategias de lucha contra la normalización inventadas durante el último siglo por la disidencias sexopolítica. Comprender la complejidad de las relaciones de poder y de producción de la vida nos permite intervenir críticamente en ellas, a través del desmantelamiento de los dispositivos de género y sexualidad que regulan el capitalismo neoliberal y del cuestionamiento radical de los modos de producción de subjetividad. Tal como insiste Beatriz Preciado, “la cuestión clave en los movimientos queer no es cambiar de identidad sexual para poder integrarse en la sociedad neoliberal, sino cómo intervenir críticamente en los procesos de producción y reproducción de la vida que implican no solamente distinciones de clase, sino también de género, sexuales, raciales, corporales, etc.”³⁸, reconociendo el potencial político y expresivo de una práctica/saber que desorienta el orden normativo de lo que se debe hacer -y lo que no- con los cuerpos. Por eso, escribir cuir no se inscribe en la pasión de lo categórico, sino en la seducción de la secuela y la deriva, cuya letra es reticente a la

³⁸ Preciado, Beatriz (2009) “Terror Anal”, en *El deseo homosexual*, de Guy Hocquenghem. Melusina.

horma moral de la utilidad, la generalidad, la espectacularidad y la actualidad. Al mismo tiempo que leer cuir es desasignar, tal como decía Libertella, es ante todo una manera de cortar³⁹, que trastorna y produce una mutación en la percepción desde la que se produce toda subjetividad.

Sin embargo, como en toda traducción transcultural, hay tráfico de saberes, impurezas disciplinarias, contaminaciones de lenguas, y la teoría queer ha tenido una recepción problemática y resistente en nuestro país por parte del feminismo, dado que pone en cuestión la identidad monolítica y genitalizada de las mujeres como sujeto de la acción política. Por otro lado, la mayor parte de los usos y apropiaciones académicas han omitido y borrado los aportes de las lesbianas en su híbrida genealogía conceptual. En particular, en el activismo lésbico local, centrado en la noción identitaria de la lesbiana como mujer, lo cuir es acogido como una amenaza, desestimando sus cuestionamientos políticos a las políticas asimilacionistas del movimiento LGTTTB. A su vez, lo cuir se ha convertido en una etiqueta de moda de las corporaciones publicitarias, en una palabra clave de las financiadoras, en un sugerente recurso para evitar cualquier tipo de identificación sexo-genérica contingente, en un nombre con estatus glamoroso para fines comerciales o lisa y simplícidamente en sinónimo de marica. Además, en términos geopolíticos, sólo se han leído como cuir -casi con exclusividad- producciones y prácticas de grupos y activistas de Buenos Aires. Esas formas de lectura también construyen sus propias opacidades, dejando en las sombras producciones estético-políticas que no acceden a los circuitos publicitarios y de difusión de la capital.

³⁹ Citado en *La conspiración de las formas*, de Mariano Crespi. 2012. Pág. 34.

En la misma dirección se encuentran las advertencias y alertas sobre la producción de teorías en la metrópoli, señaladas por Felipe Rivas y Nelly Richard. Por un lado, Rivas afirma que “la “Queer Theory”, junto con otras formas de saber minoritario (estudios feministas, culturales, subalternos, poscoloniales, etc), a partir de lo excesivamente particularizado y lo estratégicamente situado de su posición analítica, han venido a interrogar las pretensiones desmedidamente generalizantes de la “teoría”, que opera hegemonizando ciertos asuntos particulares, al mismo tiempo que borrando o eludiendo la consideración de otros asuntos igualmente particulares. Este sería el caso, por ejemplo del marxismo más tradicional”⁴⁰.

A su vez, realiza una distinción entre “teoría queer” y “queer theory”, dado “el modo en que su enunciación hispánica hace perder las complejidades del nombre” y la rápida institucionalización por su éxito académico de la “queer theory” no sólo en EEUU, sino que en “América Latina o España ese proceso parece verse aún más acelerado por la falta de tensiones que provoca su recepción en los espacios académicos locales que no ven en la nomenclatura un peligro o cuestionamiento, sino una glamorosa nueva fórmula de saber exportada desde los EEUU” (Rivas, 2011; 68). Mientras tanto, Richard también previene sobre el “creciente éxito universitario de la teoría queer en la academia internacional. Sin duda que lo queer ha demostrado tener la productividad conceptual de un instrumental teórico que usa la ambigüedad sexual como pliegue y doblez, como intersticio, para hacer girar las representaciones de identidad fuera de las programaticidades de género. Pero así y todo no podemos sino desconfiar de su tan rápida

⁴⁰ Felipe Rivas. “Diga “queer” con la lengua afuera: sobre las confusiones del debate latinoamericano”. En Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (eds), *Por un Feminismo sin Mujeres*, Chile, Territorios Sexuales Ediciones, 2011.

estandarización académica. Al zigzaguear de canon en corpus y de corpus en canon para acomodarse finalmente en el visitado nicho académico de las bibliografías internacionales, la teoría queer está hoy archivando todo tipo de “rarezas” en materia de identidades sexuales sin ni siquiera preocuparse por cómo la lengua que, en nombre de lo queer, archiva lo estafalario y lo discrepante, es una sola y quizá la menos rara de todas: la lengua consagrada de la reproducción académica universitaria”⁴¹.

Latinoamericanización de lo cuir, así es. Burlarse de lo cuir, de su seriedad simuladamente paródica. Producirlo y bastardearlo en gesto irreverente como acrónimo: C.U.I.R. = Cuando Urdimos Ideas Raras, Culo Ulcerado en Intrépidos Recorridos, Contrabando Urgente Impropio de Registros, Circuito Under de Imaginarios Rumiantes, Conspiración Urticante de Inventiva Rapsódica. Y así, y más.

¿En qué consistiría una escritura cuir? ¿Cómo sería identificable una escritura cuir? ¿Por su recepción? ¿Por la posición política de su autoría? ¿Por la identidad sexual de su autor/a? ¿Por las operaciones al interior del texto? ¿Tendría interior, entonces, el texto? ¿Y qué efectos tendría hacia el supuesto exterior? ¿La intervención de la economía de los sentidos? ¿Se trata de nombrar y narrar a los sujetos LGTTTBI? ¿De pronunciar toda una serie de extrañezas sexuales -algunas devenidas en familiares estereotipos-? ¿Qué disputas establecería con una escritura straight? ¿Cómo deshacerse de lo cuir como mercancía y, sostener al mismo tiempo, sus operaciones críticas más ex -céntricas?

⁴¹ Richard, Nelly (2007) Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico. Capítulo: El fragmento errático de una actuación en los bordes. Siglo Veintiuno Editores Argentina, Buenos Aires. Pág. 194.

Más que definir, operar. Más que visibilidad, gesto clandestino. Más que habla, escritura. Textualidades discordantes, escrituras "ladinas"⁴², de movidas tácticas, prácticas astutas, sagaces, taimadas, expertas en la burla, la confusión y desorganización, recalcitrantes al orden central de las clasificaciones y sus sistemas de valoración. Una escritura que mira por debajo y entremedio de las codificaciones estables principales, recorriendo lateralidades y sinuosidades de sentido. Acentúa lo rebajado, lo devaluado, lo subrepresentado, lo dejado de lado por los relatos de autoridad y sus narraciones hegemónicas. Fabrica una oportunidad de hacer destellar fragmentos sueltos y dispares de experiencias en tránsito, pedazos que carecen de una traducción formal en la lengua instrumental productora de la obviedad como naturalización del presente, y que permanecerían a la deriva si ciertas operaciones de lectura no se decidieran a incorporar lo difuso y lo precario a sus trayectos de pensamiento.

Escritura que no sutura los intervalos de no identidad (reserva, diferimiento, malestar), que separan lo dado de aquello que se resiste a los automatismos de signos de una realidad preasignada, sino que insiste sobre ellos, en ellos, en su reverso, en su exceso, contra cualquier verdad monorreferencial de los hechos que promueva la empresa de la transparencia. Gramática de sabotaje del lenguaje directo, el saber utilitario y la razón instrumental, de las poderosas burocracias y tecnocracias del sentido que conspiran para borrar todo intervalo crítico-reflexivo que complique su abreviado trámite de la comunicación con dilatados suspensos interpretativos.

Traza de escrituras que abren paso a líneas activas de fuga frente a los flujos ordinarios de pensamiento, que dibuja un mapa de

⁴² Concepto de Pablo Oyarzún, 1994, citado en Richard.

circunstancias, que se fatiga de tanto héroe consagrado, que hace una conexión heteróclita de conceptos procedentes de los más diversos géneros y de dominios teóricos, que arroja y recoge trozos y desechos lingüísticos. En cada locución hace estallar el yo en una sintaxis fracturada y poliforme, como en un discurso esquizoide o un delirio informado y transgresor con su eco encadenatorio de escenas divergentes. Escrituras que forman comunidades aleatorias poniendo en cuestión la división predeterminada de lo sensible, la distribución de papeles, territorios y lenguajes, en las que adviene la subjetivación política no mediante la identificación sino a través de la des/incorporación.

Una escritura que juega con los artificios del sentido, en la que lo inconcluso y lo fluctuante se desliza abriendo un abanico de formas y estratificaciones de lenguajes, profanando la simpleza de lenguaje a la que nos condena la política del dato objetivo. Grañas de disconformidad a la palabra institucionalizada, que en sus borroneos y ensayos van rompiendo el molde del sentido prefabricado, deshaciendo y rehaciendo una subjetividad des-sujetada.

Escritura como práctica política que sostiene el lenguaje como campo de batalla de las luchas del deseo⁴³, esas que Guattari identifica como relativas a las libertades, que pasan por diversos cuestionamientos de la vida cotidiana y están asociadas al registro de la revolución molecular en tanto intensificación de múltiples vectores de mutación subjetiva. Porque en definitiva, “la realidad social son nuestras relaciones sociales vividas,

⁴³ A diferencia de las luchas de interés, que señala como las luchas económicas, sociales y sindicales en el sentido clásico.

nuestra construcción política más importante, un mundo cambiante de ficción”⁴⁴, nos señala Donna Haraway.

Escritura como un modo de hacer, una forma de actuar, una estrategia de intervención teórico-discursiva que selecciona sus instrumentos críticos en función de la coyuntura de signos que se propone analizar y desmontar. Un escenario que involucra corporalmente al lectorx en una tarea compartida de vigilancia crítica con el propósito de desocultar los artificios de representación dominantes y de producir, a la vez, contralecturas susceptibles de impugnar su sistema de valores y de jerarquizaciones canónicas.

En este sentido, dos dimensiones excitan estos textos: la escritura como teoría y la escritura frente a la hegemonía de lo visual. Por un lado, se rebelan contra un régimen de escritura articulado por la lógica expositiva de demostración de saber, en el que el "contenido" es el núcleo sustancial de la verdad del conocimiento mientras que la "forma" es el in-sustancial decorado que "se pierde" en la desviación de artificios y metáforas, despreciando sus enredos, la oblicuidad significativa de los "como si" (Derrida) y castigando la in-consistencia del estilo, llamando a la superficie decorativa de la forma a volver a la razón en nombre de una economía de la profundidad del contenido. Este régimen de escritura censura el giro autorreflexivo y extraviante de la escritura por el imperativo neoliberal de la transmisión lineal del saber.

Este procedimiento de higiene textual, que limpia y desinfecta todo sesgo subjetivo y de estilo, actúa como metáfora performativa de la escritura académica, ya que produce la

⁴⁴ "Se trata de una lucha a muerte, pero las fronteras entre ciencia ficción y realidad social son una ilusión óptica". Manifiesto cyborg.

asepsia al mismo tiempo que la describe e instituye, rigiéndose por la operatividad tecnocultural del dato que encuentra su símbolo desapasionado en el paper. Las relaciones entre saber académico y des-academización del saber también localizan en el centro de la escena a la escritura cuir y las políticas del texto escrito.

Pensemos en lo que Barthes llamaba "la teoría como escritura", es decir, la teoría que piensa sus formas y dice cómo se dice, y pensemos en la teoría como escritura académica, que sacrifica la espesura retórica y figurativa del lenguaje. Para desinstrumentalizar el simple "referirse a" de ese saber práctico, cuya escritura está regulada por criterios de funcionalidad, calculabilidad y manipulabilidad, para su conversión económica y cultural en un saber descriptivo, hay que rastrear, hacer emerger y crear esas palabras que retienen, en su urdimbre reflexiva, la memoria del deshacer y del rehacerse de la significación.

La "teoría como escritura" fantasea con abrir líneas de fuga por donde la subjetividad crítica pueda desviar la recta del conocimiento útil para explorar ciertos meandros del lenguaje que recargan los bordes de la palabra de opaca intensidad. Tal como afirma Barthes, "La escritura, en el sentido actual que puede concederse a la palabra, es una teoría. Tiene una dimensión teórica, y ninguna teoría debe rehusar la escritura, ninguna teoría debe moverse únicamente en el interior de una pura 'escribanca', es decir, desde una perspectiva puramente instrumental respecto al lenguaje... La teoría sería un lenguaje que... se observa a sí mismo en una especie de autocrítica permanente"⁴⁵. La práctica de escritura cuir no puede quedar

⁴⁵ Roland Barthes, en La teoría, varios autores, Barcelona, Anagrama, 1971, p. 9.

ajena a las políticas de la teoría como escritura, porque hay un índice de singularidad por diseminar.

Por otro lado, hoy la literatura ha sido desplazada por el protagonismo que coloca lo visual y sus tecnologías de la imagen en el lugar antes ocupado por lo textual. La sustitución del espesor de lo verbal por la planitud en la recepción de lo visual marcaría el triunfo de superficies sin hendiduras ni rasgaduras simbólicas, al eliminar todas las marcas de profundidad (el enigma del pliegue, los dobles de la multivocidad) que asociaban lo literario a sutiles protocolos de desciframiento estético.

Una escritura cuir renuncia a un standard discursivo y a un idioma profesionalizante, viajando sólo con la guía de una cartografía invisible y con la ausencia de solución en el horizonte. Se inventa un estilo insumiso, en el que lo que es políticamente relevante no son las obras, sino la ampliación de las capacidades ofrecidas a todos y a todas de construir de otro modo su mundo sensible. Y parafraseando a Rancière acerca de la percepción de la imagen, hay quien se arriesga a la capacidad del otrx, suponiendo a lxs lectorxs la facultad de percibir la complejidad del dispositivo que proponen y dejarles libres para construir por sí mismxs el modo de visión y de inteligibilidad que supone el mutismo de la letra. La emancipación pasa por una mirada-lectura del espectadorx que no sea la programada⁴⁶.

“escribir para mí es situarse en un espacio fronterizo entre la poesía, la teoría y la práctica”. La escritura bastarda busca la interrupción en el cuerpo del texto, en su organización grafopolítica, en su topografía de sentidos, en la seguridad identitaria de los géneros, en los estatutos de legitimidad del

⁴⁶ Jaques Rancière, entrevista en revista Desacuerdos.

discurso. Como una paciente y creativa labor de dar forma a nuestra impaciencia por la libertad, trabaja sobre nuestros límites de inteligibilidad, de nuestras obediencias. La escritura cuir no es de antemano ni puede definirse a priori, emerge en el devenir del propio proceso de escritura (o no), dispuesto a des-sujetarse de las convenciones del sentido, forcejando con las normas de legibilidad que restringen y constriñen nuestros modos de decir y sentir. Con hálito de monstruosidad, asume la localización del paria, del lumpen de los regímenes que regulan lo decible, y su condición vírica habita en la diáspora de las tramas del poder.

Ensayo, empecinada, lo cuir como experiencia de una excursión en el campo sin fronteras de la letra, comprometiendo el cuerpo en la disposición de una mirada con restos de lenguajes, con lo que queda pegado en los tachos de basura de la academia que lo hacen prolijito y bienpensante. Situarse como enigma abierto que disloca las lógicas oficiales de lectura⁴⁷, (re)componiendo un artefacto para des/leer, una pequeña máquina de guerra que talla grietas sobre el imaginario sexo-político, que haga estallar el desacuerdo vital con el orden de legibilidad hegemónica de nuestra época que draga toda política y poética radical.

Escrituras bastardas que, sin supeditarse obedientemente a una moral, interroguen el presente y abran problematizaciones y

⁴⁷ Mariano Crespi señala: "Durante la última década, una creciente estatalización de la esfera pública y una lamentable fetichización de una serie de resarcimientos y reivindicaciones históricas, sociales y políticas, justas y necesarias, han contribuido a cristalizar un imaginario humanista, burgués y bienpensante cuyos límites y miserias empiezan a evidenciarse. Ese imaginario "progre" -las cruzadas reaccionarias que lo resisten son tan responsables de su vigencia como de su necesidad- ha consolidado a su vez una demanda y un mercado que acorralan a la crítica en un círculo de baba, bajo el chantaje de imputaciones de hedonismo o descompromiso, y la instan a aferrarse a un contenido político predecible y políticamente correcto, que coincide con la oferta en que se sostiene el imaginario hegemónico", en entrevista "Hacer literatura es inventar formas de vida contra natura", por Silvina Frieria, Página 12. 28/05/12.

ficciones que por el momento están por completo fuera de la escena de la reflexión político-literaria. En suma, escribir para inventar(se) formas de vida bajo la potencia de lo inútil, lo desechado/ble y lo mínimo.

Las purulencias del lenguaje

Deslenguada la vaca por la carnicería humana, deslenguada la escritora por las normas del lenguaje. Se secciona el miembro de la boca, se traza el mapa de una interrupción del decir y el pensar. En la escena del matadero corre sangre, en la escena de escritura corren palabras de latidos aulladores del gesto disidente. Citas que marcan y desmarcan cuerpos, lugares, tiempos. ¿Teoría? ¿Poesía? ¿Narrativa? ¿Ensayo? Poco importa cuando quiero que te dejes tocar por el deslengüe, cuando busco que me toques en la lengua la insurgencia que me chorrea.

Practicar el deslengüe, cada una, cado uno, todas, todos, como se quiera, donde se pueda, para diseminar las diferencias, exponer la violencia de las instituciones, desorganizar la política corporal de la lengua. ¿Acaso la lengua tiene un cuerpo? ¿Hace un cuerpo? ¿Dice un cuerpo? ¿Borra un cuerpo? Vibrar en la lengua del deslengüe, la tuya, la mía, la nuestra, la de ellos, la de ellas, la de lo que no tiene nombre aún, la que hace del nombre mudanza permanente.

El deslengüe

...aunque no me mueva, aunque no viaje, hago, como todo el mundo, mis viajes inmóviles que sólo puedo medir con mis emociones, expresándolos de la manera más oblicua y desviada de mis escritos.

Gilles Deleuze

No puedo leer este relato sin reescribirlo; esa es una de las lecciones de la capacidad de leer y escribir feminista, intercultural y transnacional. El interés de la reescritura diferencial/ opositiva no es hacer la historia «correcta», fuera la que fuera.

Donna Haraway

La desafiliación verbal de la inmunidad idiomática, introduce las señas críticas del desacomodo en las rutinas del habla. Una cita

con la des-confianza sobre la normalidad de su decir. Un salirse de marco. Un construir desajustes de representación. Un romper el equilibrio funcional de categorías predefinidas. Los saberes en desorden, las teorizaciones fronterizas, las ficciones extrañas, hacen implosionar el monologismo del significado absoluto. Porque “Escribir no tiene nada que ver con significar, sino con medir, cartografiar, incluso las comarcas por venir”⁴⁸.

Intensificar las oblicuidades del lenguaje con la práctica del zigzag en los intrigantes juegos de metáforas. Defender sus opacidades y refracciones contra la tiranía lingüística de lo simple, directo y transparente, al inventar-nos una lengua de giros fabuladores. Situar, sin miedo o con él, en el recoveco poético-narrativo de las duplicidades y ambigüedades del sentido; ahí donde se gesta la supuración de las fugas e interrupciones de experiencias, relatos y teorías. Animarse a descatalogar los equívocos como gesto de infiltración de las memorias y ceremonias del pensar.

Fabricar lenguajes en cuyas hendiduras simbólicas perviven nombres fugados, narrativas desensambladas, estilos excéntricos, dialectos rezagados, que incitan y excitan a transformar la gramática de circulación de los mensajes dominantes, deshaciendo los diagramas textuales de la uniformidad, del consenso y del mercado, encadenados a la moderación.

Si la herida del lenguaje nos constituye, nos apremia herir el lenguaje con rupturas y saltos de imaginarios. Inscribir la herida en el lenguaje, encarnando la falla de la interpelación normativa, de sus lógicas de hegemonía, normalización y naturalización, a través de la promiscuidad entre géneros, disciplinas y cuerpos,

⁴⁸ Rizoma. Deleuze y Guattari. Pág. 11

que evite la construcción sistémica de silencios. Nuestros arrebatos y desarreglos pasionales, con sus desvíos y extravíos de la significación, quiebran la razón convencional.

Entonces ¿por qué conservar nuestros nombres? Por costumbre, para hacernos irreconocibles, para comunicarle al Yo una velocidad artificial capaz de llevarlo hasta la ruptura o el desmoronamiento. Para señalar una intensidad en la que no tiene ninguna importancia decir o no decir yo, porque “El yo de la autobiografía nunca será la certeza de una identidad o la continuidad fantasmática que se reconoce en la filiación o la sangre, sino el núcleo móvil de una ceguera constitutiva que se traslada al ritmo de cuanto se escribe”⁴⁹.

“Un libro no tiene objeto ni sujeto, está hecho de materias diversamente formadas, de fechas y de velocidades muy diferentes”⁵⁰. Un libro es una composición maquínica de líneas de fuga, movimientos de desterritorialización y desestratificación, que no cesa de deshacer el lenguaje en tanto organismo, de hacer pasar y circular partículas asignificantes, intensidades puras, resquebrajando sus imperativos categóricos de armonía y pacificación.

“La única cuestión cuando se escribe está en saber a qué otra máquina, la máquina literaria puede estar conectada y debe estar conectada para poder funcionar”⁵¹. Copia de copia. Error de error. Falla de falla. Escrituras diseminantes de pulso moroso y envolvente. Si el rito institucional alisa los sentidos, como clave y garantía de normalidad, la potencia ponzoñosa es antagonismo,

⁴⁹ Variaciones sobre la literatura. La inscripción autobiográfica. Jorge Panesi. Por amor a Derrida. Pág. 88

⁵⁰ Rizoma, Pág. 8.

⁵¹ Idem. Pág. 10

dramatización de enfrentamientos contra la economía unilateral y estandarizada de las palabras.

Hoy, el patrón comunicativo de vocabularios técnico-instrumentales disciplina el ademán heterogéneo y rebelde de la letra para hacerla entrar pasivamente en el molde de la integración social. El paisaje del lenguaje neoliberal no presenta acentuaciones ni variaciones de intensidad, de tonos, de ritmos, de vibraciones, porque se ajusta servilmente a la medida y a no contrastar con el exceso.

Vivir en el (des)decir la tensión crítica del límite con el ardor de lo improbable y el furor de lo imposible, sin resignarse al mezquino horizonte pretrazado de lo realizable y lo verificable. Poner a vagar la imaginación política más allá de lo delimitado por la razón técnica, segregando disparates conceptuales que conmocionan el registro de formas y sentidos en el combate de lo sensible y lo inteligible, haciendo espacio para el absceso de poéticas desobedientes que desestabilizan las reglas del consumo, trama al mismo tiempo, afectos emergentes y efectos innumerables, incalculables, inútiles para la eficacia de la modelización serial. Estéticas de lo inanticipable que interrumpe cualquier horizonte de espera conocido. Porque el entrometerse de/en la ruina, de/en lo intraducible, de/en la errancia, es sumirse a que siempre hay algo que interrumpe, corta, tumba, precipita, arruina, desvía, hace fracasar, amenaza. Estallido de un decir que carece de palabra y de lenguaje, lo inauditamente nuevo.

Supurar es trabajar sobre lo no-dicho del contrato social primero, el lenguaje. Táctica de la lengua, menos visible, menos audible, menos palpable. El pus que plantea las preguntas imprevisibles y que se afana contra las reglas de formulación de interrogantes codificados por las programaciones de la obviedad.

Lengua fisurada por travesías oníricas que desarreglan los protocolos de la identidad normativa y desorganizan sus requisitos. Pústulas de escape a la fijeza de una subjetividad unidimensional. No hablar la lengua monumentalista de la transgresión implica participar del complot de las ínfimas e íntimas rebeldías en el escenario microinsurreccional de nuestras biografías abyectas. “Escribir es confrontar nuestros demonios, verlos a la cara, y vivir para escribir de ellos”⁵².

Habitar el fuera de plano de la mirada estandarizada con nuestras actuaciones heterodoxas y monstruosas que forjan su anónimo desacuerdo con el paradigma de lo inteligible. Letra de memoria subjetiva, que traiciona en primera persona la regla objetivadora del saber oficial y su pretensión de indefinición, precario detalle y accidente de la contingencia enunciativa del sujeto.

Purulencias del temblor emotivo, del pánico corporal, que somatizan una falla, muestran la inestabilidad y la fragilidad de una lengua vagabunda e impredecible. Entre sus errancias poéticas y sus desvíos políticos se diseña una política del titubeo contra el discurso viril, firme y seguro. La mueca burlesca que profana la verdad re-escrita como naturaleza, porque “la lengua auténtica es la lengua de la locura, la del error, la de la estupidez”⁵³.

Secretar textos como escenas de pensamiento, como contextos vitales y experienciales, heridos con nombres y conceptos de riesgo, al construir la errata visceral como cita intraducible e impresentable para los requisitos de una normativa capitalística.

⁵² Hablar en lenguas, de Gloria Anzaldúa. En Cherrie Moraga y Ana Castillo “Esta puente, mi espalda”. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos.ism press. San Francisco.

⁵³ En El concepto de ironía, de Paul De Man, pág. 256.

Si la claridad es la supresión de imágenes y texturas en nombre de las leyes del recto razonamiento, el fracaso de la totalidad es el lapsus de la sintaxis convencional.

Ficciones divagantes sobre los bordes de la ley de gravedad-seriedad del contenido, estas escrituras bullentes de pensamiento polemizan con el saber hegemónico. Alegorías del deslengüe, figuras intensivas de la duda y el suspenso. El sabotaje de la institucionalidad del lenguaje acontece en las prácticas de inscripción que erosionan los márgenes de lo nombrado, silbidos inadecuados, murmullos de nuevas formas de habla.

La fuerza crítica de estos textos anfibios, flotantes y sumergibles, despedazan la clausura de las especializaciones, al no conciliar con lógicas instrumentales de lo vacuamente decible, transparentable, sospechando de la oferta exhaustiva -y coercitiva- de todas las palabras para explicar el mundo. Como juegos de pasiones rbdomantes que ahondan los pliegues de sensibilidad, la escritura hurga en los residuos de los discursos instituidos, para esbozar lo múltiple y lo incompleto con su tono vandálico que impugna la indigencia del sentido. A la vez que entrecorta y fragmenta la historia para postular el excedente atópico de la letra.

Pasaje del monólogo del lenguaje programático al polílogo de las guerrillas disléxicas y afásicas que desorganizan las máquinas binarias de representación dominante. Si la mismidad encorseta, hay que resistir a la herencia amorosamente. Traicionar la tradición de la compulsión lineal, encarnando la complicidad con la discontinuidad y la interferencia, para explorar en la repetición, la ocasión de la provocación del (des)citar, del (re)citar, del (in)citar.

Entre huir y la imposibilidad de crear habla se traza una experiencia tartamudeante de trastornar los campos de legibilidad. Un modo de decir siempre abierto a multiplicidades, direcciones móviles, rizomático. Montar un espacio y tiempo para confabular saberes punzantes en las brechas y fisuras de la docta. Así se desposta el saber categorial, con el filo de vocabularios híbridos de lxs pobladorxs subalternxs de la geografía del conocimiento oficial.

Explosiva búsqueda de la convulsión de una palabra ¿cuáles son nuestras heridas de acceso al lenguaje propio? Prepararse para la cisura sin compensación que arrastra la operación de catástrofe inmunitaria ante el shock séptico del nombrar. Nuestras lenguas bastardas corrompen los léxicos oficiales con las impurezas y la impudicia del desecho.

El descontrol del pensar ocupa la micro-escena de la escritura, que se sustrae y rehuye la vigilancia policial de la forma que sujeta los estilos del conocimiento seguro y controlado, y fuerzan la creación de estereotipos y estigmas. Ensayamos el filo de la vibración de lo más desobediente de los corpus disciplinarios, con una graffía no autorizada ni consolidada, abierta a las polifonías culturales, somáticas y sexuales.

Practicar nuevos registros de conocimiento de sujetos u objetos marginados y segregados por el abusivo predominio de lo central (lo metropolitano, lo occidental, lo masculino, lo heterosexual, lo burgués, etc.), capaces de abrir nuevos contextos de re-escritura/lectura que modifiquen el trazado del habla dominante. Estas posiciones de voz, estos registros del decir, arraigan el gesto disidente en el interior de la lengua, acontecimiento que funciona como interruptor de máquinas textuales. Sus desgarraduras o escisiones se imprimen en la

arquitectura de la ficción, sacudida por el temblor de vidas que no se dejan capturar.

Hacer supurar el lenguaje contra la servidumbre de los modos codificados de lectura, oponiendo prácticas de infiltración e hibridación de los lenguajes que minan las funciones normativas y naturalizantes de las instituciones políticas y sociales, sumergiéndolas en una deriva irreversible. Pus instigador de episodios en las zonas más revulsivas, esquivas del lenguaje falogocéntrico, esa estructura única de pensamiento que da tanto prioridad a la voz como al logos y a la disposición masculina.

Secretar es emprender una excursión insólita, audaz y temeraria a la urdimbre de la lengua, empaparse con el silencio viscoso de las entresílabas, que desestima el aplanamiento de la vida en un fetiche textualista. Inaugurar un portal al terrorismo textual, a esos textos capaces de intervenir socialmente, gracias a la violencia que permite que excedan las leyes que una sociedad, una ideología, o una filosofía se dan para constituir su propia inteligibilidad histórica (Barthes, 1972, 14)⁵⁴.

La escritura es una técnica del cuerpo desacreditada por la razón colonial. Como técnica de producción de subjetividad, constituye un exorcismo sexopolítico idóneo para devolver la “potencia de actuar” a aquellos que han sido desautorizados por los lenguajes hegemónicos, una potencia heurística que se desata al colectivizar tu/nuestra escritura.

En la lengua hetero, la lengua que estamos condenadxs a hablar, el desacierto es un gesto alquímico, una práctica que tantea, mezcla, combina y experimenta con el lenguaje; es el atavismo de la química de la letra, de sus combinaciones, mutaciones, transformaciones. El silencio de su guión cristalizado en

⁵⁴ Terror anal, de Beatriz Preciado, pág. 138.

identidades encapsuladas no pacifica ni apacigua nada, ninguna tormenta, ninguna tortura. Nunca hará callar nuestra memoria.

Lenguas sin itinerario que moran en las aguas pantanosas de la no neutralidad, ambiguamente, en el espacio del *entre* con sus posiciones de luz y de tinieblas, vidas que en la zona liminal recorren, buscan, contrastan, añoran, generan una nueva forma de ver y entender. Por eso, la purulencia es incompatible con la enseñanza, es acontecer en la práctica, experiencia inédita por hacer.

La palabra como territorio político

Sabe que el poema, en cierto sentido, es siempre la ausencia de otro
poema...

Jacques Rancière

Un territorio de intervención política es un campo de fuerzas – cualquier campo de fuerzas- atravesado por relaciones de poder que gobiernan a prácticas, discursos, representaciones, cuerpos e identidades mediante sistemas de imposición, subyugación y exclusión de lo que no se ajusta a sus reglas de dominancia. Existe politicidad ahí donde operan codificaciones de poder susceptibles de ser interrumpidas y desviadas mediante actos críticos de oposición que subviertan sus jerarquías de valor y distinción, sus normas autoritarias y sus totalizaciones represivas.

Nelly Richard

El acto de escribir es el acto de hacer el alma, alquimia.

Gloria Anzaldúa

¿A quién le hemos entregado nuestras palabras? ¿En qué bocas han quedado abandonadas? ¿A qué monopolios se las hemos cedido? ¿A qué administraciones utilitarias del (sin)sentido hemos sucumbido? ¿Qué subversiones acometer contra las axiomáticas del poder, del poder como lenguaje, que canonizan ciertas lecturas y modos de leer, ciertos modos de vida, ciertos cuerpos como legibles, ciertas vidas como vivibles?

El lenguaje es un estratégico campo de batalla, un sitio de pugnas en torno a los modelos de (in)inteligibilidad del mundo, de los

mundos. Es el cuerpo en la experiencia de la herida, de la ofensa, de la venganza, de la lesión, del terror, de los golpes, de las cicatrices, de los crímenes, de los asesinatos colectivos. En su territorio se despliegan las máquinas de producción de saber/sentir/hacer que modelan una determinada relación entre el conocimiento y la sociedad.

El lenguaje, así como cualquier documento territorial, es una herramienta epistemológica porque codifica el conocimiento acumulado y delimita espacios territoriales y de significado. Como señala la geógrafa feminista Irit Rogoff acerca de los mapas, históricamente vinculados con la emergencia del colonialismo, han servido –y sirven– para naturalizar fronteras, regímenes, estados, modelos de gobernanza y sistemas de gestión de la población. Son significantes geográficos pero también identitarios, culturales, económicos y políticos. Lo mismo sucede con el lenguaje que, como sistema de ordenación del conocimiento al igual que un mapa, al objetivizar las estructuras de poder las normaliza.

En las palabras acontecen los saberes bajos o inferiores en tanto saberes “locales, discontinuos, no centralizados, diferenciales, incapaces de unanimidad” entre los que se cuentan, los saberes del feminismo y de la disidencia sexual. Esos saberes están poblados de géneros y estratos textuales que han sido rechazados, reprimidos, desvalorizados, aminorados, deslegitimados, ocultados, por los cánones hegemónicos

La diseminación de las palabras a partir de la iterabilidad atraviesa diferentes contextos socio-culturales y geográficos, poniendo en juego la temporalidad misma del discurso. Repetición que crea una tensión constante con su otredad: en su diseminación, su citación, la palabra es la misma y no es la misma a la vez. La palabra en permanente distancia de sí misma, con

infinitos dobleces que su propio hacer/se ha efectuado, ya no le/se pertenece. En la fuerza de la reiteración se juega la ficcionalidad de la autoría. Las palabras ya no son de nadie y, sin embargo, le competen a alguien; aquí está el hacer imposible del habla y de la escritura. Así, “...mi lengua propia es una lengua inasimilable para mí. Mi lengua, la única que me escucho hablar y me las arreglo para hablar, es la lengua del otro”⁵⁵.

La voz, única y coherente, es una de las implicaciones de la autoría, en la que la metafísica del sujeto –de la presencia, del autor-, y su arqueología que diseña el armazón en que se apoya la lógica de la definición, cobra toda su potencia. Fuerza anudada desde el comienzo al poder performativo del nombre: es la firma la que compromete al/la autor/a y la que permite el olvido de estas multiplicaciones y traducciones de un hacer que cristaliza en la voz unitaria de un sujeto. No obstante, para quienes fuimos privados de existencia por la normatividad sexual, de género y racial, que nos expulsaba al campo de lo irreal o lo fraudulento, la autoría es una comunidad de citas abyectas, la afirmación de una presencia que no descoloca la ausencia, sino que habla desde ella, desde su habitar fantasmático. La firma como política eventual del nombre propio, estimula “la intensa política de/por la lengua en la que se instala el feminismo. Políticas de la enunciación... que han logrado redescubrir, en términos verosímiles, nuevas prácticas sociales y culturales”⁵⁶.

Hueste en movimiento de metáforas, metonimias, parábasis, las palabras son relaciones, ilusiones de las que se ha olvidado esta condición, porque en su endurecimiento y petrificación funcionan como engranaje del compromiso social tácito por mantener un orden y una jerarquía social.

⁵⁵ En *El monolingüismo del otro*. Jacques Derrida. Pág. 39.

⁵⁶ *Nudos feministas*. Alejandra Castillo. Pág. 25

Las palabras como territorio político invitan a deconstruir el entramado de reglas y conceptos que instituyeron lo real como tal, creando un mundo de leyes, privilegios, subordinación y delimitación. Una práctica crítica de/con/sobre las palabras, enervada por una cierta forma de interrogar, maniobra como una traducción balbuceante a un lenguaje completamente extraño, haciéndoles perder su significación habitual solidificada por el lenguaje de los universales. El reto es la práctica de una lectura o escritura que no esté dominada únicamente por la voluntad de legibilidad. De este modo, las palabras insinúan desclausurar y desestabilizar estructuras de forclusión para dejar pasaje a la experimentación de la inaccesibilidad del sentido. Entonces, "...lo que se lee es una cierta ilegibilidad que no es un límite exterior a lo legible, como si el lector se topara con una pared sino que es en la lectura donde la legibilidad surge como legible"⁵⁷.

La poética del lenguaje, progresivamente despoltizada, ha sido uniformada bajo el registro de una mortal desintensificación del sentido; un registro en el que la palabra deja de ser teatro o acontecimiento para volverse simple moneda de intercambio práctico carente de todo brillo, fulgor o dramaticidad. Despoltización de las palabras, descargadas y aligeradas de sus sentidos y efectos políticos capaces de afectación, disecadas y vueltas meros tránsitos "naturales" por las superficies discursivas. El lenguaje se reduce así, a la administración de lo real en su dimensión más constreñidamente adaptativa, conciliando lógicas y horizontes tecno-instrumentales de una cultura opresora, donde todo aparece como fútilmente decible y transparentable. "La homogeneidad discursiva, entonces, se despliega en la lisura de la letra, una letra sin rugosidad, siempre legible y transparente, que no ofrece a la mirada de la lectura

⁵⁷ En *Lectura y escritura como metáforas. Indecidibles en la ley del género*, de Roberto Ferro. Por amor a Derrida. Mónica Cragnolini comp. La Cebra. Pág.75.

ninguna vacilación, no prolifera, desaparece una vez que ha transmitido el sentido, es un mensajero efímero que tenazmente insiste en ser unívoco, no tiene variaciones, aparece y desaparece sin deslizamientos, está fijada definitivamente”⁵⁸.

Pensar la palabra como territorio político es practicar la crítica de la homogeneidad de las hablas meramente notificantes de los medios masivos de comunicación y la tiranía instrumental de “un saber práctico que censura los pliegues autorreflexivos de la escritura en cuya reserva se trama la relación entre sujeto, lengua y malestar crítico”⁵⁹. De esta manera, acontece la irrupción de lo impensado, de algún elemento tácito agitado que invalida las herramientas mentales elaboradas en función de una estabilidad. Un acontecer que hace de la imprevisibilidad una amenaza bienvenida. Quien lee emprende el texto a su manera, se debate con él, lo rodea, lo mide, lo toma por asalto, y algo lo atrapa ahí dentro, algo que sólo ese quién podía atrapar. Algo que encuentra de pronto, por azar. Y arranca por propia cuenta y riesgo vaya unx a saber dónde. La lectura incluye la rareza y el azar como contingencia. Puesto frente al texto puede permitirse errar, en su doble significado de vagar y de equivocarse.

El texto como máquina lectora que no escamotea a quien lee la experiencia del enloquecimiento, tejiendo no sólo una red de sentidos sino también de resonancias. Con ansias desmesuradas, con avidez de apropiación caníbal, quien lee se ofrece al texto porque “el texto leído no basta, hay que comerlo, chuparlo”⁶⁰. De este modo, la relación con la lengua es un hábitat atravesado por la intemperie y asentado en el abismo. Sin relación cómoda con

⁵⁸Idem. Pág.80.

⁵⁹ En Residuos y metáforas. Nelly Richard. Pág. 16.

⁶⁰ Derrida, Circonfesión.

la lengua, una lengua que provoca toda clase de insensateces, encrucijadas imaginarias, protestas.

Por eso, “habitar la escritura no supone ser un escritor-a reconocido-a ni consagrado-a, es aceptar el juego de levantar cosas tapadas, mirar al otro lado, fisurar lo que parece liso, ofrecer grietas por donde colarse, abonar las desmesuras, desafiar los límites de lo instituido, construir otros imaginarios, horadar las ideas cristalizadas, politizar un sufrimiento, explorar los territorios de frontera, desplegar alguna pasión a punto de apagarse, batallar contra un silencio, enfocar hacia las sombras que toda luz construye, inventar otro orden de visibilidades, crear zonas de sensibilidad insospechadas, señalar matices y actos mínimos como políticas de la diferencia”⁶¹.

⁶¹ Notas sobre la escritura. valeria flores. Texto elaborado como aporte al XVI Congreso pedagógico de UTE “Por el derecho a la identidad. Hacia una educación emancipadora”, durante el desempeño en la Coordinación de tutorías de escrituras (Unión de Trabajadores de la Educación- setiembre del 2011- Buenos Aires). En <http://escritosheticos.blogspot.com.ar/2012/02/notas-sobre-la-escritura.html>

Prácticas indigestas de escritura

Cuando hablo me contengo, en cambio, cuando escribo me derramo...

Escribir es peligroso porque tenemos miedo de lo que la escritura revela: los temores, los corajes, la fuerza de una mujer bajo una opresión triple o cuádruple. Pero en ese mero acto se encuentra nuestra sobrevivencia porque una mujer que escribe tiene poder. Y a una mujer de poder se le teme.

Gloria Anzaldúa

Toda posición de deseo contra la opresión por muy local y minúscula que sea, termina por cuestionar el conjunto del sistema capitalista y contribuye a abrir una fuga.

Félix Guattari

¿A qué llamarle crítica? Diría primero a una operación de desnaturalización del sentido. Mostrar, revelar que los signos, las formas no son nunca inocentes, ni las palabras, ni las imágenes, que la realidad no habla por sí misma, que cobra sentido a través de mediaciones discursivas y que esas mediaciones discursivas deben ser precisamente desmontadas y remontadas. Me parece que hay una tarea de la crítica que tiene que ver con el hacer, el deshacer y el rehacer las significaciones, que es absolutamente clave para quebrar la neutralidad pasiva del sentido.

Nelly Richard

Exiliada de la legalidad del sentido común, una fantasía de desacato se rebela contra el marco confinador de las identificaciones rígidas. La toma de la palabra cuir, la toma cuir

de la palabra, tiene la forma de una negación del canon⁶² académico y militante, de una perversión de la cita⁶³, de una protesta contra los mega-relatos del logos epocal. Afirmación o estallido de una identidad, la escritura cuir se desidentifica de las lecturas des-sexualizadas de los imaginarios hetero-culturales de la familia y la nación.

Escrituras que desencajan la linealidad opresiva del sentido, con las trizaduras de la representación que habilitan narrativas fugitivas de la sedimentada indiferencia in(di)fundida por el temor a la contaminación con las pulsiones de los deseos abyectos. No hay normatividad del orden cuya malla de vigilancia no presente ciertas zonas de mayor relajo o distracción por donde liberar la expresión nómada de deseos de no clausura. Tretas del débil⁶⁴ como clave del andamiaje de una guerrilla textual/ficcional de voces -y yoes- erráticas y problematizadoras de lecturas normalizantes. Traficantes de saberes y contrabandistas de lecturas, que fundan un callejeo escritural

⁶² “El canon como huella cultural de una topografía en nuestras vidas escolares se ha plasmado en nuestras formaciones académicas, en nuestras prácticas de lecturas, llegando a conjugar una taxonomía interna del sujeto para su propio paisaje cultural o su propio desenfoque. La lectura constituye la inscripción que marca las formaciones culturales cuando es cristalizada en lo que debemos leer, cómo leer y lo que ya es residual” (pág. 72). A su vez, “la construcción del canon ha borrado toda huella de disidencia escritural en las historias literarias nacionales en América Latina. Maquinación lenta y formalizada en operaciones de exclusión, ordenamiento y producción” (pág. 73). En Nación marica. Prácticas culturales y crítica activista. Juan Pablo Sutherland. Ripio ed. 2009.

⁶³ “La cita en la evocación del lenguaje como una iteridad o repetición infinita de una autoridad. La cita siempre es historicidad y autoridad que reclama su función. En ese sentido, la cita marica es una narrativa cultural que ha estado mediada por las lecturas epocales, por las prácticas discursivas hegemónicas que taparon sus pliegues para constituir un palimpsesto de una memoria literaria bastarda, des-territorializando la pulsión homosexual, lésbica y transgénica”. Op. Cit. pág. 72.

⁶⁴ “Las Tretas del débil” es un artículo de Josefina Ludmer (1985), que ilustra ciertas estrategias textuales que el propio feminismo utilizó al intentar construir nuevas posibilidades en las batallas culturales del siglo XX. En ese marco, se construyen andamiajes internos en los textos para generar posibilidades otras en su lectura, textualidades que pueden ser leídas esquivando la omnipresencia de una maquinaria cultural hegemónica (Sutherland, 2009:83).

cargado de un conjunto de operaciones de producción y multiplicación de interpretaciones por los territorios vallados de la política de las particiones.

Su tonalidad afectiva resignifica la cita histórica de la violencia, sensible a la experiencia del daño. Sin disipar el valor de historicidad dolorosamente cifrado en la experiencia, se abren a las formulaciones inconclusas de lo nuevo y se pregunta por lo que cada novedad deja atrás, atenta y alerta a las reiteradas operaciones de borradura. Porque “el terror se ejerce al precio de heridas que se inscriben directamente en el cuerpo”⁶⁵. Astillas de corporalidades textuales que punzan el vacío de la construcción canónica, y que en su incisión drena la sangre de los cuerpos acumulados en su perímetro amortajado por el pudor de la historia.

Las prácticas indigestas de escritura necesitan de superficies de inscripción donde grabarse, garabatearse, para que la relación viva entre marca, textura y acontecimiento libere nuevos efectos de sentido. Escrituras indisciplinadas que exceden y confunden las convenciones, la tipología del género, y levantan la sospecha del lectorx contra el falso supuesto de la inocencia de las formas y la transparencia del lenguaje, que ocultan los pactos de fuerza y los convenios que atan tácitamente valores, poderes y significaciones en torno del disciplinamiento moral de la nación.

Escrituras trastornadas, que no la hacen consumible, digerible fácilmente, porque su tarea fundamental es el trastocamiento completo de la óptica heterocentrada, de la perspectiva literal y de la lógica académica. Un ojo escriba ajeno a la ley del hábito y la mirada domesticada, una constelación deseante de palabras al ritmo zigzagante y azaroso de la incógnita creativa.

⁶⁵ En *El monolingüismo del otro*, de Jacques Derrida. Pág. 42

Carnivalización del texto. Hacerlo carne, carnaval de palabras que no exhiben su rareza sino el extrañamiento del lectorx. “Armar/desarmar/montar/desmontar palabras no es un juego del que se salga indemne o sin cicatrices, es una apuesta arriesgada por hacer correr la sangre sin el adiestramiento del latido afín a la utilidad y la plusvalía del ejercicio literario”⁶⁶. Por eso es una escritura del otrx como base de la propia escritura, una hetero y autobiografía, ficción de tránsito y de viajes sexuales clausurados, prohibidos, expulsados, inhibidos, enmudecidos.

No hay escritura sino por la interrupción, por un cortocircuito inicial que instituye su ejercicio como despliegue de un litigio fundamental con las restricciones normalizantes de una sociedad. Escribir a petición de nadie, como requisito de nada, con mérito ausente, cuyo efecto consiste en que otrxs se animen a recorrer huellas y esbozar escrituras nuevas, inusuales, insólitas. El escribir como ingreso al territorio del sonambulismo, de la suspensión/ disipación/diseminación de la identidad y la apertura a todo advenimiento; lugar al que concurren las migraciones de sentidos, la composición de equívocos, el aplazamiento de las determinaciones conceptuales, el juego de errancias, opacidades e inflexiones. Su fisonomía cambiante y elusiva requiere una mirada bizca, estrábica, con un ojo en la línea y otro en la entrelínea, doble lectura, inspección estereoscópica. Un acto de hacer una raspadura, de producir una impronta sin quedar presx en ella, como palimpsestos textuales que en sus entrelíneas acogen las ilegitimidades sexuales en huida y emanación.

⁶⁶ “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”, de Valeria Flores. En Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano. Yuderkys Espinosa Miñoso coord. – editorial en la frontera – Buenos Aires, 2010.

Escribir una palabra es encarnarla en el cuerpo de una práctica, hurgar por dentro de lo dicho para impedir que se nos imponga como edicto del deber ser o se volatilice en el frenesí voraz de estos tiempos, evaporándose en una pronunciación insustancial y altamente estereotipada. Una enérgica incitación a pensar, una ocasión para la experiencia turbadora de consagrarse a lo aleatorio, el caos y lo intempestivo. Importa el gesto, la estrategia, el diseño, la composición, de/en el escribir que cobra un espesor persuasivo, que demanda un pequeño acostumbramiento del lector a pausas raras, marcadas por la respiración inter e intra-textual, compás de sujeciones y desujetamientos que registra las fluctuaciones del sentimiento, los humores o los temores, las infracciones gramaticales. Como un tejido/fluido más, la escritura que profunda e inaccesible mana de y circula por el cuerpo, se hace órgano o deshace la organización corporal del deseo prescripto, desterritorializando el deseo proscripto, reinventando una topografía corporal/ficcional impugnada.

Movilizar una práctica del escribir sin áreas reservadas ni protegidas, que trasponga los límites de la política de los espacios, de las particiones y sus operaciones de restricción y custodia. Escritura de la propiedad, una desapropiación. “La escritura es el término relegado, subsumido en la oposición logocéntrica habla/escritura; pero a su turno integra otra oposición como término dominante: la buena escritura siempre fue comprendida. Comprendida como aquello mismo que debía ser comprendido en el interior de una naturaleza o de una ley natural, creada o no, pero ante todo pensada en una presencia eterna. Esa escritura impone sólo un modo de lectura, recorta toda posibilidad de leer los sentidos textuales que trastornen la transmisión de la verdad unívoca. La escritura se presenta como

portadora de una anterioridad, la lectura como una tarea derivada, exigida por el saber retenido en la letra"⁶⁷.

Experimentaciones escriturales en los bordes de la ininteligibilidad, una libertad de movimientos que es generalmente censurada por la cartografía de hablas sedentarias fijadas por la utilidad social y económica del lenguaje. Desorden del mapa de las escrituras funcionales y de sus verdades objetivas, por la fuerza insinuante de la interrogación crítica, las significaciones inconclusas, los saberes en suspenso. Un conjunto multiforme de textos imprecisos en sus contornos, que se despliegan al margen del aval institucional y que desalinean la voluntad del canon de querer siempre ordenar en tipologías y nomenclaturas.

Los modos enunciativos y sus rebeldías (sus técnicas de discurso, sus reglas de exposición, sus modos de presentación) son vitales para sacudir la rutina institucional de las escrituras normalizadas. No sólo disociar, desarticular, separar, sino también afirmar una cierta positividad. Como injerto o como costura que se descose, estas escrituras valoran el riesgo creativo de lo incierto, lo tentativo, lo inexacto, lo impuro. Desestiman la búsqueda del aplauso masivo porque saben que algo de su radicalidad se pierde y es capturado en la aclamación, por eso prefiere el silencio atónito frente a lo inaudito que deja un margen para lo indescifrable, ahí donde se renuncia "a la unicidad demasiado clara de las verdades finitas del "pensamiento-teorema"⁶⁸.

⁶⁷ En *Lectura y escritura como metáforas. Indecidibles en la ley del género*, de Roberto Ferro. Por amor a Derrida. Mónica Cragolini comp. La Cebra. Pág.79.

⁶⁸ Rizoma. Deleuze

Textos en los márgenes y marginales, con subtextos, paratextos, pretextos, infratextos, hipertextos, intertextos, sexotextos, transtextos, que vindican para sí esa condición de orilla al desbordar una fácil y dócil inscripción en la retícula del saber. Se trata de textos animados por el propósito de desenvolver -en un registro verbal que premeditadamente se aparta de las doxas institucionalizadas- una mirada perceptual a la vez que conceptual, sobre coyunturas significantes. Prácticas escriturales que ejercitan la interrupción como invención, lo que “supone siempre alguna ilegalidad, la ruptura de un contrato implícito, introduce un desorden en el pacífico ordenamiento de las cosas, perturba las buenas costumbres”⁶⁹.

Escribir para activar críticamente lo que se resiste al poder normalizador del régimen sexual, de género, racial, de clase, corporal, esa potencialidad discordante de los trazos y estrías más contestatarias de los textos de la cultura, que entran en disputa con sus relatos legitimadores. “¿Podría una misma escribir en su contra? ¿Qué procesos de desidentificación sobre el yo se activan? ¿Qué empresa política podría deducirse de una escritura que litigue contra sí, contra Una, contra la sedimentación de un yo que tiende a estabilizarse? ¿Qué potencia asume una política escritural que se construye como un contra-mapa de la identidad? ¿O como los mapas ocluidos por la identidad? ¿Podría articularse como una modalidad para trazar líneas de desplazamiento y de fuga de lo ya constituido? ¿Qué significa para una escritora feminista disidente sexual blanca tortillera trabajadora precarizada no madre habitante de una urbanidad periférica, escribir contra sí misma? ¿cómo afectaría la geopolítica cultural de la escritura de los cuerpos, esa disposición de lugares asignados que limita las prácticas y las formas de saber y de placer? ¿Acaso no se convertiría en un

⁶⁹ En Por amor a Derrida, Mónica B. Cragolini (comp.) La Cebra, 2008. Prólogo, pág. 11.

despropósito negar/dislocar/fisurar los sentidos una vez afirmados? ¿O podría constituirse en el impulso vital de un pensamiento capaz de no someterse más que provisoriamente a los postulados de lo inteligible?”⁷⁰. Textos que producen un margen de movilidad, que desafían el sentido recto(r) de las palabras, que descolocan los guiones de las ficciones que vivimos y hacemos –y hacen- cada día de nuestras vidas. Las que escriben contra sí mismas, las queerland⁷¹, las como mil flores⁷², l*s interdicciones⁷³, lxs trans-piradx⁷⁴, las deslenguadas, las desobedientes⁷⁵, las perturbadas entre lilas, las oscuras⁷⁶, las lumpéricas⁷⁷, las mendigas chupa concha, las hijas de perra⁷⁸, las

⁷⁰ “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”, de valeria flores. En Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano. Yuderkys Espinosa Miñoso coord. – editorial en la frontera – Buenos Aires, 2010.

⁷¹ Queerland. Gabby de Cicco. Hipólita ediciones (2011)

⁷² Como mil flores. Macky Corbalán, Hipólita ediciones (2007)

⁷³ Interdicciones. Escrituras de la intersexualidad en castellano. Mauro Cabral (comp.). Anarres (2009).

⁷⁴ Poemario Trans-pirado. Susy Shock (2011).

⁷⁵ Experiencias y reflexiones sobre poliamor, relaciones abiertas y sexo casual entre lesbianas latinoamericanas. Norma Mogrovejo Aquise, marian pessah, Yuderkys Espinosa Miñoso y Gabriela Robledo (eds). Editorial en la frontera (2009)

⁷⁶ Escritos de una lesbiana oscura: reflexiones críticas sobre feminismo y política de identidad en América Latina, de Yuderkys Espinosa Miñoso. Editorial en la frontera (2007).

⁷⁷ Lumpérica, de Diamela Eltit. Ediciones del Ornitorrinco. Santiago (1983).

⁷⁸ En su doble vertiente, por un lado, el libro de poemas de Malú Urriola (“Hija de perra”, Editorial Cuarto Propio, 1998), y por otro, la performista trash chilena del underground. Hija de Perra dice: “Yo soy una sobreviviente de este selecto grupo de individuos marginados y sepultados por el oficialismo que nos sistematiza y gobierna. Soy de una raza sospechosa y mi trabajo es corromper nuestras tradiciones que nos mantienen siempre conformes, provocando la reflexión en los cerebros que no quieren remecerse con nada y prefieren estar ciegos al bombardeo y segregación del control que existe sobre nos”.

locas, lxs algo⁷⁹, las pu zomo wekuntu mew⁸⁰. Y más, que quedo en deuda y responsabilidad por no-nombrar.

Si existe la entrelínea ¿por qué no suponer que existe el entre-cuerpo? “¿Por qué deberían nuestros cuerpos terminar en la piel o incluir, en el mejor de los casos, otros seres encapsulados por la piel?”⁸¹. La piel como superficie de inscripción, como soporte de escritura. Leer entre-líneas, leer entre-cuerpos. Escrituras entre escrituras. Sentidos entre sentidos. En las entrelíneas del texto hay otro texto mudo, en blanco, por descifrar, por leer, por interpretar, por olvidar, por desleer, por borrar. Entre los cuerpos hay otros cuerpos, sobre-entendidos o implícitos. Las entrelíneas son grietas en el texto, pliegues que dan lugar a hendiduras, estrías que alojan los excesos, los restos, los apéndices.

Un tipo de escritura indigesta resalta en mis/las políticas del texto escrito, y se ciñe al tema de las relaciones entre saber académico y des-academización del saber. La teoría como escritura académica realza el dato que reemplaza la espesura figurativa de la metáfora, intensifica la descripción que amansa y amaina la insurgencia de los cuerpos. Por el contrario, en un trabajo de desficcionalización, la teoría como ficción antinormativa anhela abrir líneas de fuga por donde la subjetividad crítica pueda desviar el ethos del conocimiento útil, para explorar ciertos meandros del lenguaje que recargan los bordes de la palabra con opaca intensidad. “La escritura, en el sentido actual que puede concederse a la palabra, es una teoría. Tiene una dimensión teórica, y ninguna teoría debe rehusar la

⁷⁹ “El andrógino”, de Susana Thénon.

⁸⁰ “Mujeres a la intemperie” (Pu Zomo Wekuntu Mew en su traducción al mapuzungun), de Liliana Ancalao. Coedición de Bajo los Huesos y el Suri Porfiado.

⁸¹ Donna Haraway.

escritura, ninguna teoría debe moverse únicamente en el interior de una pura 'escribancia', es decir, desde una perspectiva puramente instrumental respecto al lenguaje... La teoría sería un lenguaje que... se observa a sí mismo en una especie de autocrítica permanente"⁸². Es así que, para una política textual monstruosa, escribir teoría es "hacer visibles modelos sobre cómo moverse y a qué temer en la topografía de un presente imposible pero absolutamente real, para encontrar otro presente ausente, aunque quizá posible"⁸³.

Este modo de escribir recorre múltiples latitudes en los cruces de fronteras, de las migraciones de identidades y de las hibridaciones del conocimiento, en las desarticulaciones y discontinuidades de los lugares geográficos, las clases sociales, los géneros sexuales y los saberes teóricos, que trazan un corte en el mapa del estándar discursivo del trabajo intelectual. Escrituras incómodas e incomodantes por puercas, bastardas, por pulsión deseante, por gordura en/de sentidos y silencios. Su voluntad crítica de nomadismo e itinerancia sin refugio confortable, tensiona y violenta las formaciones sedentarias de la escritura institucional. Escrituras que traccionan las negaciones y borraduras del saber hegemónico: el cuerpo mismo y sus vicisitudes, sus trabas, sus defectos, la carne delatora y traicionera. Exponen un cuerpo sobrante que contamina intempestivamente, que resulta impresentable para el corpus decente de la patria.

Escrituras de tortilleras, maricas, trans, travestis, drag, bisexuales, intersex, y otras identidades y corporalidades no heteronormativas, con sus conflictos y diferenciaciones, con sus

⁸² Roland Barthes, en *La teoría*, Varios autores, Barcelona, Anagrama, 1971, p. 9.

⁸³ *Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles*. Donna Haraway

afinidades y comunidades, intervienen como inscripciones contranormativas en el cuerpo, del cuerpo, sobre el cuerpo, desde el cuerpo, son cuerpo. “Y cuando aludimos al cuerpo, nombramos tanto el cuerpo de la lengua y la escritura como lo que hace una cosa del cuerpo”⁸⁴. Escrituras en desorden, desordenadas, indisciplinadas, antidisciplinarias, que interpelan con la fuerza extrañante de lo desclasificado, de lo inclasificable, la lengua policial del régimen. Operación de destramar y retramarse de la escritura crítica, para evitar que se reinstalen nuevas programaticidades de conocimiento y formatos escriturales autorizados.

Grañas de voces que asumen la duda y la sospecha, sin presuponer ya saberlo todo, que dicen el resto imperceptible, el desecho inaudible, el suplemento de la des-identidad, el acontecimiento por-venir. Así, las palabras arman ideas en el devenir propio de la escritura, con su impulso contagioso en el mismo juego de activación al que da lugar.

Otros regímenes desreglados de escrituras que desertan de uniformar-se, que se localizan en la extra-territorialidad o la desterritorialización de los modelos tradicionales atados a una misma convención escrita, que traiciona con su enunciación en primera persona la regla objetivadora de la in-definición. Desde este precario detalle de la contingencia enunciativa, trabaja con/las expresiones y los lenguajes que necesitamos para pensar contra las realidades que nos violentan y aniquilan, re-escibiendo el accidente de sus modos, tiempos, voces, números, personas y géneros.

Ubicadas en el filo de las disciplinas académicas y de los géneros convencionales, disparan metáforas salvajes, agrestes,

⁸⁴ En El monolingüismo del otro, de Jacques Derrida. Pág. 42

autofágicas, que dan a leer lo oculto, reprimido, tachado, suprimido, del paisaje social y su violencia desestructuradora. Escritura desprogramada, aleación inestable de categorías y experiencias no cristalizadas en seguras definiciones conceptuales, urde su indigestión en las fisuras del conocimiento disciplinario. Máquinas escriturales hechas con los destrozos de vidas, con trozos de vocabularios de vidas. Una política de las armas hecha de prácticas, de modos de hacer, de formas de actuar, de estrategias de intervención para montar conexiones, desmontar sentidos, sospechar tramas, desocultar artificios, contra-leer jerarquías. Pero fundamentalmente, hecha de prácticas adivinatorias, entre la magia, la conjetura y el enigma.

Escrituras que politizan el discurso denunciando su trama de violencia, control y lucha en torno a la autoridad simbólica del poder de la palabra y del control de la representación. Sus poéticas disidentes entran en pugna con la tradición oficial, el canon dominante, la normativa institucional, rescatando lo plural y diseminado que habitan, minoritariamente, en las franjas de exclusión y subalternidad de la geografía diseñada por la lengua normalizada.

El efecto de disrupción al interior de la lengua misma, perturbando radicalmente la adecuación, inquieta, divide y conmociona los léxicos demasiado en regla consigo mismos, con el verosímil dominante del canon y sus índices de legibilidad mayoritariamente aprobados. Escrituras que, en su fuerza de dispersión, no establece relaciones fijas sino relaciones móviles y cambiantes, hechas de líneas y de segmentos variables tanto en su consistencia de enunciados como en la variabilidad de sus ubicaciones. Erotización de la práctica de escritura que escenifica un campo de disputas por/de la experiencia, desafiándose y desprendiéndose de una parálisis de las dinámicas críticas del pensar.

La escritura desorbitada entra y sale de las palabras, no respeta el pequeño panóptico que conforma el sujeto que mira con aquél que es mirado, sino que se derrama sobre las fronteras, infringe los géneros literarios y el orden de los géneros sexuados en su reinención del mirar. El atrevimiento de vecindades no contempladas por la gramática, enerva y disloca las reglas de la mirada a través de la escritura, en la que el encuentro entre cuerpo y visión se reformula fracturando la frase, dejando de manifiesto su imposibilidad de decirse en su orden.

Como laboratorio del pensamiento, la escritura redefine la organización y estructura de las certezas que sentimos poseer -al tiempo que nos poseen-. Al empujar los límites de las capas sedimentadas del saber desde las cuales pensamos y actuamos, la práctica de la escritura es una potente tecnología subjetivante que puede introducir la diferencia y la discontinuidad, al desnaturalizar los sentidos hegemónicos del hacer, desbaratando la economía textual de la institución. Frente al poder somnífero de su texto fundacional, reivindica la condición heurística del acto de escribir, dando lugar a otro orden de visibilidades, creando zonas sensibles, elaborando tramas situadas, desplegando matices como política de diferencias.

La escritura funciona como apertura a la in-inteligibilidad, un pase para atravesar el entremedio de lo decible y lo indecible, de las ficciones normativas y disruptivas, abriendo un agujero en el lenguaje hegemónico, modelando una estética de vida. Escribir es armar y disponer de nuestra propia caja de herramientas conceptuales y sensibles, a través de establecer una relación de extrañamiento con lo que hacemos, posibilitando crear una distancia crítica para ensayar otros ángulos de la mirada, una distancia poblada de otras lecturas, de experiencias ajenas, de otras escrituras, y también de una sensibilidad que sea capaz de

hospedar lo que nos resulta extraño, paradójico, contradictorio, conflictivo, doloroso.

Hoy, “en la era de las tecnologías blandas, ligeras, viscosas, de tecnologías gelatinosas, inyectables, aspirables, incorporables”⁸⁵, en la que el poder se hace cuerpo, el cuerpo se hace escritura.

⁸⁵ Beatriz Preciado, 2008; 66.

[II]

Aprender

*Pero ya que hay que escribir, que al menos no aplastemos con palabras
las entrelíneas*

Clarice lispector

aprender a desollar el silencio que cubre el fragor del estrépito incesante, aprender la calma cuando no hay otra cosa que esperar en el hambre de explicaciones, aprender el éxodo de la certeza que cayó al vacío al tocar su boca, aprender la espontaneidad de la mueca ínfima tallada en el cielo impenetrable de nuestra cama vacía, aprender la desconexión del pensar recto que se vuelve obsesivo daño flagelante, aprender la consistencia del miedo acurrucado en las axilas que nos inunda de un sudor efervescente, aprender el error en el cálculo del futuro que siempre es traición certera, aprender el caos del deseo encostillado en las palabras, aprender la incisión de la poesía reservada entre los dientes, aprender la distancia de un nombre que ya la lengua se rehúsa a pronunciar, aprender el margen gélido de una vida asestada por la crueldad, aprender la picazón de unos ojos arremolinados en el vientre, aprender la ceguera de una ráfaga polvorienta en rumor solitario, aprender el número del olvido forzado en la historia clausurada, aprender una justa dosis de ponzoña para ahogar el sueño del porvenir, aprender el tacto impalpable entre los cuerpos que se excitan en festividad obscena, aprender la transparencia que secciona el destello de un lenguaje copiosamente opaco, aprender el enmudecimiento asentado en el viaje sin regreso, aprender la velocidad que degüella la frecuencia cardíaca del reposo, aprender la muerte como el murmullo incierto de lo vivo, aprender la mentira incrustándose en la garganta con la elegancia del sofoco, aprender el vagar desmarañado de la

sonámbula, aprender la aspereza que nos roza la jerga carnívora del vicio, aprender la grieta con su perplejidad hediendo en el crepúsculo de la mirada, aprender el temblor del labio que coagula en una palabra helada, aprender la sombra con su piel furtiva y parpadeante, aprender la pausa que se derrama oscura y líquida entre las piernas, aprender la fórmula herrumbrosa que insiste en su fracaso de amortiguarnos la demencia, aprender, aprender mi amor, aprender a zurcir la sangre con la fauna, el pliegue con lo indómito, el límite con la herida, y vos, como todas, en las entrelíneas del humedal carnoso y huracanado de mi escritura.

Una intersección mitopoiética⁸⁶: feminismos y disidencia sexual

No quiero saber qué hay dentro de los mitos, ni cómo se entrecrocán y resuenan, ni sus concentrados resplandores, ni sus límites y génesis.

Quiero la forma, la textura, lo que sientes cuando los rozas en un camino oscuro, cuando ves cómo se alejan en la niebla, el peso que sientes en los hombros cuando te saltan desde atrás; quiero saber cómo te acostumbras a llevar tres cuando ya soportabas dos.

Araña, en *La intersección de Einstein*

...el problema no es definirse como lesbiana o como trans, sino cuál es el acceso a las tecnologías del género y cuáles son las normas sociales y políticas que en cada caso se ven movilizadas. No olvidemos que antes de que uno o una pueda decidir definirse como lesbiana o heterosexual, una identidad le ha sido asignada a través del reconocimiento médico o jurídico, de la aceptación social o de la exclusión, de la aprobación o de la injuria, de la inserción en un sistema educativo... Por tanto, ser lesbiana, más que una naturaleza que uno puede reconocer y aceptar o

⁸⁶ Cada intento de transformar la realidad tiene sus mitos. La creación colectiva de mitos y la invención de figuras informes tanto así como de ficciones desde las que hablar, establece una dinámica activa entre la comunidad y sus narraciones. Sin embargo, los mitos tienen tendencia a cristalizarse, y se convierten en una forma cuasi-religiosa de identidad colectiva, con sus héroes, sus rituales y su particular gramática de clasificación de lo existente. Entonces, antes que descartarlos, podemos apropiarnos de la máquina mitológica para sabotear y producir mitos. Esta máquina, más que con la identificación, trabaja contra la moral interna y, al mismo tiempo, insiste en la necesidad comunitaria, tal como propone el Manifiesto Cyborg de Donna Haraway y su “esfuerzo blasfematorio destinado a construir un irónico mito político fiel al feminismo, al socialismo y al materialismo”. O como en *La intersección Einstein*, la obra de ciencia ficción de Samuel Delany, en la que los humanos han abandonado la Tierra y una especie de seres espirituales han decidido ocupar los cuerpos mutantes de los humanos para intentar reconstruir un planeta arrasado por la radiación. En esa reconstrucción del mundo y de sus significados, los mutantes deben resignificar la cultura y los mitos. Delany se apoya en la idea de que los mitos son pistas de las potencialidades espirituales humanas. Tal como expresa Araña, uno de los personajes de la novela: “Hemos tomado por nuestra cuenta ese mundo abandonado, y algo nuevo le ocurre ahora a los fragmentos, algo que ni siquiera podemos definir con el vocabulario que nos legaron los hombres. Tienes que darle esta exacta importancia: es indefinible; te implica necesariamente; es maravilloso, terrible, profundo, inefable si quieres explicarlo; opaco si quieres ver a través; sin embargo te incita a viajar, decide los puntos de escala y de partida, puede impulsarte con amor y odio...” (Pág. 108).

no, es una condición histórica, policial, que se puede convertir también en espacio de agenciamiento político.

Beatriz Preciado

El feminismo es por sobre todo una práctica deslocalizadora, por lo mismo no puede ser sólo localizada en un movimiento, en la identidad.

Alejandra Castillo

También, la palabra “feminismo” designa el trabajo crítico de desmontar los artefactos culturales y las tecnologías de la representación, para construir significados alternativos a las definiciones hegemónicas que fabrican las imágenes y los imaginarios sociales.

Nelly Richard

Hablo desde un feminismo quimérico⁸⁷, cimarrón⁸⁸, gogo⁸⁹, situado, irónico, lúdico, poético, molecular, prosexo, disidente, que produce subjetividades que se niegan a resolverse e identificarse de modo único y absoluto, que incita a reflexiones híbridas sobre las sexualidades, que promueve novedosas y porosas estéticas y políticas de representación sexual. Moviéndose entre la injuria y el error, en estos feminismos la teoría ocupa un lugar de práctica somato-política que no se subsume a la escena académica ni desiste de ella. Desde la fuga y la errancia, interfiriendo los territorios del dolor y del goce, la

⁸⁷ *Como* si quisiéramos un feminismo sin mujeres. Jorge Díaz Fuentes. Por un feminismo sin mujeres. 2º circuito de disidencia sexual. CUDS. Territorios sexuales. 2011.

⁸⁸ Escribir contra sí misma: una microtecnología de subjetivación política. valeria flores, en *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Yuderkys Espinosa Miñoso coord. – editorial en la frontera – Buenos Aires, 2010. Pág.228.

⁸⁹ Los gogos son pequeños juguetes de plástico de 2 cm de alto. Hay cientos de personajes individuales, cada personaje con un rostro y nombre único, y no tienen un sexo ni género asignado.

emancipación late en las microprácticas, los gestos mínimos, en el ademán menor que se desarrolla en los espacios intersticiales. El trabajo de la crítica feminista opera como una interrupción atravesada por la convicción (des)ilusionante que la transformación social no está resuelta en una fórmula, una acción, una identidad, una ley, una demanda, un manifiesto, una impugnación, una prohibición, una coalición. Siempre un gesto crítico, ubicado y situacional, buscando desacotar las marcas contingentes que recortan las zonas de efectuación del poder. Contradiendo el discurso del “más allá” o del “no lugar” que termina borrando la materialidad de todas las inscripciones, esta interrupción siempre se efectúa en un contexto, en el sentido que le da Appadurai, al interrogar(nos) “a partir de qué, en oposición a qué, a pesar de qué o en relación con qué se produce una articulación espacio-temporal de situaciones y efectos”⁹⁰.

Feminismo y disidencia sexual no son campos de praxis desvinculados, por el contrario, componen un territorio de límites difusos y conexiones profundas, desvinculantes de ciertos modos puristas de hacer política con los que aprendí a pensar(me) en mi propio activismo sexo-político disidente. Más que un programa predefinido de antemano, con una secuencia de acciones ordenadas coherentemente y con proyección duradera, feminismo y disidencia sexual se ensamblan en una sintaxis insólita y potente como modos de agenciamientos provisorios de flujos, intensidades y deseos, orillando sobre los márgenes, afilando los riesgos, diseminando aventuras, apostando a derivas de la fuga y la promiscuidad. Más que zona de conciliación, campo experimental de fuerzas creadoras; más que discurso de unidad, intersección de dudas y derrumbes de fronteras cristalizadas; más que punto de equilibrio, sitio de conmoción y pugnas. Territorio mitopoiético de resistencia y

⁹⁰ Nelly Richard, citada en Matías Marambio, 98.

remodificación de los flujos de saber-poder, como en la ciencia ficción, la magia de una narración tiene la habilidad de persuadirnos a compartir sus mundos.

La disidencia sexual opera como matriz de interpretación que penetra o interrumpe los cuerpos, preguntándose por las identidades que están disponibles –o no– en las bases de ese poderoso mito político llamado “nosotrxs”. Su diagrama de operaciones se traza sobre una articulación de prácticas y reflexiones teóricas-políticas-afectivas capaces de problematizar las normas hegemónicas, las matrices de inteligibilidad corporal y su administración de lo (in)vivable. La disidencia sexual se juega en la capacidad de “generar una copia fallida de esta institucionalidad, de proveer de una interpretación capaz de permear los cuerpos y las subjetividades como un poder en red [...] no estamos hablando de la legitimación de un sujeto, sino de un proceso de agenciamiento interpretativo que penetra y subvierte los cuerpos, propone subjetividades abiertas a cuestionamientos”⁹¹.

Conjugar feminismo y disidencia sexual nos exige aventurarnos a diseñar, reconocer y transitar una zona vírica de contiendas teóricas y políticas, que combina con más o menos suerte, la desorganización crítica con la utilidad contingente de las identidades. Conlleva un tráfico de prácticas y teorías ante/contra los límites, la estigmatización y la prohibición, además de complicidad, transferencia, interdependencia. También exige (de)construir archivo, memoria, ese trabajo material con las condiciones de producción de la cultura en términos de lenguajes, espacios, temporalidades, cuerpos, que no es historia, sino cartografía de contrabandos. Como “Potencia

⁹¹ Cristian Cabello. Por un feminismo sin mujeres. Pág. 138

Tortillera”⁹², el archivo digitalizado del activismo lésbico de Argentina, un amasijo de documentos que no cuentan *Una* historia, sino que conforman mapas de prácticas, discursos, personajes, políticas de visibilidad, experiencias colectivas, invenciones activistas y modos de conocimiento, desplegados por la politización de las identidades lésbicas en tiempos y lugares determinados, imbricadas a otras posiciones enunciativas y geopolíticas.

Feminismo y disidencia sexual se pliegan en un acontecimiento que se produce al interior de un régimen de verdad, y por su turbulencia palpita en la temporalidad de lo intempestivo. Su modo de locomoción es la travesía, en un intermitente fecundar y huir del campo. En su resistencia al fascismo de la lengua, renuncia a la definición metafísica y esencialista del “es” para afiliarse estratégicamente al “como”. Pone bajo sospecha la fetichización y glamorización de los momentos de insurgencia o revuelta de la disidencia sexo-genérica para el beneficio de las agendas asimilacionistas, que bajo una retórica acomodada ubica esos legados de oposición al Estado dentro de una lógica institucionalizada, lo que implica un modo de control de nuestra memoria y la administración neoliberal de los saberes que se producen en el seno de las comunidades LGTTTB más discrepantes.

Intersección decisiva que se arma en el intercambio de prácticas y teoría locales e importadas, cuya vigilancia crítica acentúa su localización estratégica. En este sentido, la teoría queer/cuir ha sido vista con recelo desde cierto feminismo hegemónico, mujerista y latinoamericano que, pivoteando de modo redundante sobre la denominación anglosajona, cuestiona su carácter foráneo, asunto mismo que podría imputársele a la

⁹² <http://potenciatortillera.blogspot.com>

propia teoría feminista. Más que aspirar a la pregunta por el origen puro de un saber o por un saber originario, habría que atender a delatar el accidente de traducción, a generar retorsiones más perversas de las teorías producidas en las metrópolis, estimulando las desviaciones locales que tuercen los parámetros de lectura. Revelar el tránsito y permuta de citas internacionales que efectúa la estandarización académica y su lengua consagrada que descarta el tropiezo de lo local y regional, nos provoca a desplazarnos por el mapa teórico que se elabora en los centros hegemónicos de producción de saber, disputando sus jerarquizaciones y asimetrías, aunque dicha elaboración lleve, contradictoriamente para América Latina, el sello de la academia metropolitana. Abono lo que agudamente señala Nelly Richard: “Ya no es posible una teoría latinoamericana que se piense independiente de la trama conceptual del discurso académico metropolitano porque, entre otras razones, la misma categoría de subalternidad periférica que modula el pensamiento de lo latinoamericano está siendo hoy acaparada —en su clave postcolonial— por el programa de los Estudios Culturales y del Latinoamericanismo (cf. de la Campa 1996: 715) que pasan así a anexarla, haciendo que un modelo teórico globalizado sobredetermine su uso local y amenace con borrar el detalle — y accidente— de las memorias y localizaciones que precisan cada singularidad cultural que debemos salvar del abuso de las generaciones macro-operativas”⁹³. La trama del feminismo y la disidencia sexual en América Latina se trenza como conocimiento situado que, tal como lo señala Walter Dignolo, sin caer en el determinismo ontológico que postula una equivalencia natural y fija entre lugar, experiencia, discurso y verdad, intenta “establecer conexiones epistemológicas entre el lugar

⁹³ “Intersectando Latinoamérica con el latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural”. Nelly Richard, en *Teorías sin disciplina* (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate). Edición de Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.

geocultural y la producción teórica" (Mignolo 1996b: 119). Se trata de insistir en la marca concertada de historicidades y localidades concretas que hacen de la "diferencia" un proceso múltiple y relacional de negociadas y conflictivas reinscripciones de la tensión identidad-alteridad en cada contexto particular.

Muchas veces encontré en los textos queer de autorxs yanquis o europeas, desde una lectura estrábica, innovadores modos de lectura e interpretación que aquí estaban silenciados, censurados o aniquilados por ciertas estrategias hegemónicas de lectura sostenidas por los feminismos y los estudios sobre (homo) sexualidades⁹⁴. La perspectiva descolonial y su desprendimiento-corrimento de aquellas narraciones canónicas desplegadas por la matriz política-epistémica propia de la modernidad, no puede sólo concentrarse en un despunte denunciante de las citas sacralizadas por el canon académico de la metrópoli, sino que nos compromete a interpelar y boicotear la autoridad teórica de la función-centro y su monopolio del poder de representación, que funciona a través de la subordinación a una economía conceptual e institucional declarada superior. Sin embargo, en el desmontaje de esa economía de producción teórica, la heteronormatividad como eje articulador de la cultura moderna, apenas si es puesto en cuestión o mencionado en algunas autorxs post/descoloniales.

Me reconozco ejercitándome en un discurso teórico experimental, más a la intemperie que bajo resguardo institucional, borroneando una producción ficcional especulativa, cruzando autorxs canónicos internacionalizados por la crítica académica del centro del feminismo y la teoría queer, con residuos heteróclitos de lenguajes culturales fuertemente

⁹⁴ Podemos convenir que no ha habido en la región el desarrollo y constitución de un campo de estudios lésbicos y gays.

desafiliados de todo legado teórico-universitario. Desde una pulsión de saber, erótica y política, mi interés pasa por activar el potencial divergente de los usos locales en las microexperiencias ubicadas entre los pliegues irregulares de la trama cultural que no son necesariamente perceptibles ni descifrables desde el reticulado académico-institucional. Lo queer/cuir funciona aquí como matriz de denuncia de la violencia estratificante de la norma, como resistencia a las formas clasificatorias y diagnósticas que imputan identidades

Vagar entre las ambigüedades y contradicciones de los mapas de hegemonías y contrahegemonías de saber, nos conmina a repensar el valor de cada localización teórica y política. De ahí que el acto de pensar la teoría inserto en “una determinada localidad geocultural a través de la relación —construida— entre emplazamiento de sujeto y mediación de códigos, entre ubicación de contexto y posición de discurso”⁹⁵, constituye una experiencia singular de teorización heterodoxa, de un saber tráfuga, emergente en los extramundos del conocimiento legitimado. De este modo, estos saberes establecen su diferencia no sólo con la academia metropolitana, sino también con ese saber seguro, con ese universo disciplinario de competencias profesionales.

Una traza irregular de recorridos, trayectorias, desvíos, cortes, saltos y pliegues en la composición de mi activismo, lo transforman en un acontecimiento endémico, convidándome a pensar de nuevo y de otro modo el presente. Mi propia formación como activista se compone de escritos acuciados por

⁹⁵ Idem. Sería inviable hoy oponer “centro y periferia como localizaciones fijas y polaridades contrarias, rígidamente enfrentadas entre sí por antagonismos lineales. La contraposición geográfica entre centro y periferia como puntos radicalmente separados por una distancia irreversible entre dos extremos se ha rearticulado de un modo más fluido y transversal debido a la nueva condición segmentada y diseminada del poder (translocal) de los medios y de las mediaciones” (Nelly Richard).

el desgaste tipográfico de materiales que se mantienen en la clandestinidad de la fotocopia hasta de la borrosa y porosa memoria de prácticas desafiantes completamente residuales. En huida constante de la especialización política, del funcionariado homosexual que se ocupa de la defensa de derechos, el activismo que practico, que vivencio, que encarno, tiene que ver más con una praxis apasionada por lo híbrido, las fronteras, la impureza, la adulteración, el gesto de atravesar pertenencias no homogéneas, el uso de registros comunitarios fragmentados, y con una práctica de traducciones, reconversiones y apropiaciones de producciones teóricas, políticas y estéticas.

La activista que (me) pienso no es una exigente insatisfecha con todo lo que encuentra, sino una ocurrente que siempre siente ganas de aventurarse sobre los límites. Por eso, más que sugerente me resulta la práctica del activismo político que describe Lazzarato, en la que “el militante no es el que detenta la inteligencia del movimiento, que condensa sus fuerzas, que anticipa sus elecciones, que extrae legitimidad de su capacidad para leer e interpretar las evoluciones del poder, sino que es, de manera más simple, el que introduce una discontinuidad en lo que existe. El militante hace bifurcar los flujos de las palabras, de los deseos y de las imágenes para ponerlos al servicio de la potencia de agenciamiento de la multiplicidad; reúne situaciones singulares sin ubicarlas en un punto de vista superior y totalizante. Es un experimentador” (2006; 205). Activista como ensayista en/con su/nuestra propia vida, que apela a la autogestión y la autoproducción de saberes, prácticas y experiencias, que entra y sale del mapa académico, moviéndose y merodeando en sus bordes.

Las condiciones de movilidad de lxs activistas crean condiciones de posibilidad para el intercambio de saberes, prácticas, discursos. Esa ocasión de desplazamiento está anudada a

recursos financieros y a las lógicas de reconocimiento político e institucional. El acceso a otras experiencias organizativas, a otros universos de construcción política y teórica, a otras comunidades afectivas, a otras disposiciones del pensamiento y circulación de discursos, a la disponibilidad de bibliografía que de otro modo sería inalcanzable, así como a la oportunidad de ser escuchadxs, supone una malla de desigualdades materiales y simbólicas que van configurando los estilos del activismo sexo-político en cada geografía particular.

Me atrae, fascina y convoca un activismo que persigue la creación de saberes sobre los dispositivos de control que producen nuestras categorías sexuales, nuestras identidades y las normas que regulan su constitución, que escape a las trampas del saber académico así como también a los discursos confesionales y victimizantes⁹⁶ concentrados en las narraciones de la culpa y de las peticiones de respeto. Un activismo que potencia la fuerza de descentramiento de los márgenes y de las periferias que bordean la cultura institucionalizada, manteniéndose vigilante frente al peligro de inadvertidos conformismos de estilo, que terminan clausurando la lengua política y poética en un realismo sin dobleces, ondulaciones, sombras y densidades. Gravito sobre una práctica activista que desconfía de los formatos legitimados de la acción política, donde es requisito la masividad, la cantidad, la transparencia del lenguaje, y apuesto a acciones que buscan un impacto o afectación diferencial en la subjetividad de la gente, con producciones que muchas veces interpelan, incomodan, perturban, y que no causan una rápida –ni tan siquiera- adhesión espontánea.

⁹⁶ Porque estar en contra de la victimización no implica negar que existen personas que en términos materiales estén sufriendo, pero otra cosa es sostener un estatuto victimológico como fundamento de la acción política, que deriva en la ontologización del carácter de víctima.

Esta zona de intersección indómita entre feminismo y disidencia sexual está hendida por un antidisciplinamiento teórico que, ubicándose en el filo de las disciplinas académicas y de los géneros convencionales, dispara metáforas salvajes, ensaya gestos transversales y localizaciones imprevistas sobre superficies de emergencia que no calzan en el mapa de las instituciones. Sus des-marcaciones, conflictos de hablas y lecturas intersticiales, desorganizan y alborotan los repertorios instituidos.

Como máquina de escritura, esta intersección mitopoiética se moviliza desde la radicalidad de la sospecha crítica que afecta su sistema de nominaciones y denominaciones, hurgando y reseñando las asimetrías del poder discursivo que rubrican el hablar *sobre* y el hablar *desde*. Saberes dispersos que pugnan por políticas de conocimiento que reorganicen los planos del saber en complicidad de voces e identidades hasta ahora subrepresentadas por el canon de la academia metropolitana y local, con desbordes de nombres que diseminan sus significaciones heterodoxas para nombrar lo silenciado, reprimido, suprimido, suspendido, fuera de las redes oficiales de designación. Una práctica discordante en que las subjetividades sociales y sexuales rompen las filas de la identidad normada por el libreto político o el spot publicitario, con zigzagueantes huidas de imaginarios.

La afirmación “soy tortillera” –que aún practico- no es un enunciado soberano, sino una inversión performativa, una “citación descontextualizada” de la injuria. Lejos de tener un valor ontológico o de revelar verdad alguna sobre la identidad de quien habla, opera como un boomerang político. Nos/me dice que el sujeto que hasta ahora ha sido construido como abyecto excede la injuria, no se deja contener por la violencia de los términos que lo constituyen y hablan, creando un nuevo contexto

de enunciación, abriendo la posibilidad a otras y futuras formas de ocupar el término.

¿Cómo conciliar la identidad localizable con la ubicuidad desbordante?, se preguntaba Derrida al evocar la tensión entre filosofía e institución. Toda producción de identidad es situada, está sometida a la contingencia de las sujeciones, por lo tanto, las condiciones de existencia de cada sujeto son reformulables en las intersecciones de contextos que surgen del enfrentamiento entre lo mismo y lo otro, entre lo convenido y lo reimaginable. Por eso, la potencialidad subversiva de los cuestionamientos político-sexuales a las identidades (hetero y homo) normativas surge del modo y de las mediaciones con que las prácticas transgresoras se articulan políticamente, para involucrarse de manera contingente en el marco de las luchas culturales y sociales.

“Un movimiento permanece vivo mientras exista un conflicto en torno a su identidad colectiva”⁹⁷. Las identidades son localizaciones en las redes de poder del espacio político, y siempre nos enfrentan a una paradoja en su uso estratégico, porque al mismo tiempo que resulta el impulso de la protesta también produce omisiones y repudios. Sin embargo, su uso estratégico dentro de un contexto como requisito de visibilidad de una cierta violencia y una forma de habitar una vida de un modo diferente pero impugnado, excede cualquier intento de supresión o de deriva ontológica. Por un lado, no cabe duda que la lucha antidiscriminatoria LGTTTBI que promueve la inserción de los grupos minoritarios en diferentes estructuras públicas, ha obligado a una redefinición más amplia y flexible de los criterios tradicionalmente establecidos de selección, valoración y reconocimiento de las identidades culturales. No obstante, por otro lado, la "política de representación" de los "grupos de

⁹⁷ Nancy Whittier, citada en Deseo y Resistencia, de Gracia Trujillo Barbadillo.

identidad" ha también simplificado la cuestión de la identidad y de la representación, al reducirlas a la formulación monocorde de una condición predeterminada y fácilmente integrable a una sola coordenada (mujer, gay, pobre, etc.) que debe ser ilustrada en términos siempre reivindicativos, sin líneas de escape que desuniformicen su bloque de consistencia homogénea. En este sentido, una interesante hipótesis se puso a jugar en el debate de los III Diálogos críticos del activismo lésbico: "Las políticas de diversidad que se han propulsado desde los sectores hegemónicos del movimiento lgtb y feminista, en alianza con sectores gubernamentales, han construido nuevas homonormatividades, cuyas matrices de sentido se articulan sobre renovadas visibilidades de identidades y cuerpos, que deben cumplimentar ciertos requisitos para el acceso a la visibilidad pública. A su vez, estas políticas de renegociación de las normas sexuales, han supuesto nuevas invisibilidades y opacidades de identidades, identificaciones sexo-genéricas y cuerpos que no alcanzan, no desean o no cumplen dichos requisitos para entrar en el campo de la "ciudadanía respetable". La clausura pública de muchas existencias y modos de relación sexo-afectiva, que no se encuadran en una identidad de carácter totalizante e instituida como legítima, se inscribe en una coordenada política liberal que marca que el derecho de unos cuerpos se paga con la impugnación de otros"⁹⁸.

En la frágil y lábil línea entre una acusada facilidad para formatear las identidades como esencias, volviendo a sustancializar el sujeto político, y la anulación identitaria que rearticula tácitamente los privilegios, se abre una tarea política compleja, arriesgada y fangosa. La deconstrucción de las categorías y la resignificación de los términos no es tarea fácil y

⁹⁸ <http://potenciatorpillera.blogspot.com.ar/2011/08/iii-dialogos-criticos-del-activismo.html>

no funciona por decreto. Las categorías son cauces que nos habilitan a vivir, vivimos en las categorías y no basta darlas por malas para deshacernos de ellas⁹⁹. Las políticas de identidad como emergencia de las rearticulaciones hegemónicas nos exigen ser más minuciosxs en el análisis de las condiciones de las luchas culturales, prestando atención y poniendo en tensión la distancia entre el carácter automáticamente inclusivo de las democracias y las formas de diferenciación que se reconfiguran en los borramientos por la exclusión y en la inclusión estratificante y jerarquizante.

La tiranía de la estampa adoctrinante que habla el lenguaje tipificador de las marginalidades clasificadas, llama a la univocidad y limpidez expresivas de una identidad o de una diferencia que deben militar en el único registro propietario de la ubicación institucional. El “nosotras” público que aglutina la identidad colectiva se dibuja con el libreto de un guión predeterminado y (se) recorta sobre la cancelación de la capacidad de invención de los yo y sus diferentes escenas de figuración. La identidad colectiva se hace legible en la atrofia de la multiplicidad y el descarte de la fractura, bajo los términos del lenguaje monovalente de las correspondencias funcionales entre *ser y hablar como*, un lenguaje coaccionado a seguir una pedagógica consigna de identidad. De este modo, las "políticas de identidad" suelen bloquear las líneas de fuga y ruptura que el imaginario simbólico de las poéticas culturales es capaz de desatar en los registros convenidos de identificación social, así como la sinuosidad de las fantasías o errancia de sentidos.

Ahora bien, siguiendo la trama de la novela de Delany, “La intersección Einstein”, inspiradora del título de este ensayo, el mutante se convierte en la figuración oportuna para cartografiar

⁹⁹ Sabsay. Pág. 39

la identidad contemporánea como jeroglífico, en tanto síntoma de anomalía de una época y falla al deber ser de lo enunciable, sugiriendo su inadecuación al régimen de visibilidad. “El jeroglífico, que es el revés de la trama de las formas ceñidas al orden de significación y al servicio de transmisibilidad, balbucea una verdad resistente a todo desciframiento: hace ver, en el relámpago de lo insostenible, lo desconocido, las fuerzas sin nombre que se arremolinan detrás de toda conciencia y toda significación”¹⁰⁰.

La identidad como jeroglífico es un habla, no es el lugar de ninguna indecibilidad, es una “lengua apretada en el significante”, un resto que señala una zona de pertenencia y no-pertenencia al sistema de significación. Si una época se define por lo visible y lo enunciable, por sus superficies de visibilidad y zonas de legibilidad, la identidad es esa arruga que hace visible ese extraño desajuste, una disfunción de los artefactos del ver y decir que la misma época produce para reproducirse. “Lo que el jeroglífico dice en el trueno de su acontecimiento, es decir, aquello de lo que da cuenta, es aquello que hace ver: el centelleo engeguecedor de un sentido en retirada”¹⁰¹, de allí la inactualidad, inutilidad y singularidad de la identidad, como desgarramiento y extranjería que acontece en la lengua. La identidad es una forma que conspira contra la concurrencia homogénea, forma hermética y obscena de cuya negatividad radical extrae su carácter conspirativo. La identidad, como el jeroglífico, no se descifra porque sería rubricar su acta de aniquilamiento. Voz episódica y sin contorno que conspira contra el principio binario, no deja de dar cuenta de la hendidura en el totalitarismo del lenguaje. “Lo que la presencia del jeroglífico trae a escena es, en efecto, un conjunto de interrogantes que el

¹⁰⁰ Mariano Crespi. La conspiración de las formas. Pág. 17

¹⁰¹ Idem.

régimen de verdad en función no es capaz de resolver sin que esa resolución comprometa su hegemonía, es decir, la razón de su existencia. Es esa inteligencia paradójica (por fuera de la doxa) que pone en funcionamiento el jeroglífico lo que resulta en sí insoportable para el régimen de verdad, que sólo atina a derivarlo... al saco sin fondo de “el arte y la literatura” o, en su defecto, de asignarlo al no menos conjugatorio espacio de la embriaguez, la sin-razón o el sueño. Es su manera de darle y quitarle la razón”¹⁰².

Tortillera, marica, trans, travesti, transexual, bisexual, intersex, pansexual, mujer y cada nombre ausente y omitido del listado conocido, como jeroglífico, como una pequeña máquina de guerra frente a un aparato de Estado, abre una grieta para pensar nuevas posibilidades de vida. Son vidas que confabulan contra un orden de verdad imperante, contra una ficción históricamente naturalizada, que presentan nuevas zonas de visibilidad en virtud de su capacidad para producir enunciados inesperados¹⁰³.

Entonces, contra la identidad como algo dado, sin conflictos, lesbiana es puesto entre comillas porque es una etiqueta que simplifica pero que todavía necesitamos estratégicamente para nombrarnos. Las lesbianas estamos inmersas en esta maraña de implicaciones y sobredeterminaciones del discurso científico como así también de designación exhaustiva o de silencio absoluto. En general, el discurso de las lesbianas tiene una posición subordinada en el activismo LGTTTBI y en el feminismo. Continuamos siendo el punto ciego del espejo retrovisor, una presencia invisible/ invisibilizada en un marco de visibilidad hegemónica. En este sentido, el “nosotras” de la movilización

¹⁰² Idem. Pág. 18.

¹⁰³ Idem. Pág. 24.

colectiva para las lesbianas, tan ficcional y contingente como problemático, se convierte en un dilema que se presenta entre dos opciones: construir una identidad colectiva del lado de las mujeres o del movimiento LGTTTBIQ. Sin embargo, ese dilema o encrucijada no tiene por qué resolverse en la elección entre uno u otro territorio de pertenencia, sino que se modela en el tránsito, en el pasaje, en la tensión del “entre”, de una zona de intersección y contaminación. “Intercalar estos planos de identidad y desidentidad (con todos sus juegos de atracciones y refracciones) le da fuerza al “sujeto” del feminismo para ser siempre otro para sí mismo: para no tener que comportarse siempre del mismo modo ni narrarse en el mismo tono. Esta intercalación de planos no-homólogos permite, por ejemplo, que el feminismo pueda dejar momentáneamente de lado su tono denunciante y reivindicativo de las luchas de identidad y de las políticas de representación –cuando ese discurso amenaza con caer en la redundancia y la programaticidad-, para aventurarse más bien en aquellos márgenes donde un carnaval de formas y estilos desobedientes busca fisurar la ortodoxia del mundo de las protestas y de las respuestas. A estos márgenes, Haraway los llama márgenes de “heteroglosia” y “polivocalidad”. Son márgenes de des-identificación que reúnen todo lo que se sale de las reglas normativas de la univocidad: lo no-integrado, lo difuso, lo errante, lo inconexo; lo que vaga fuera de las localizaciones identitarias. La fuerza descentradora de estas ambigüedades y paradojas de sentido le permite al sujeto arrancarse de las identidades reconocibles y catalogables, para oscilar creativamente entre “la pertenencia (o identificación) y el extrañamiento (o desorientación)”¹⁰⁴.

El desafío que enfrentamos consiste en no renunciar a las luchas colectivas movilizadas por una política de identidad que requiere

¹⁰⁴ Nelly Richard. *Feminismo, género, diferencia(s)*. Pág. 62.

de una comunidad de referente y de saber, a la vez que nos convoca a ejercitar una constante sospecha teórica y crítica sobre el peso homogeneizador de la refundamentación de un "nosotrxs" absoluto que vuelve a cerrar la diferencia sobre si misma mediante una nueva totalización identitaria. En este sentido, Chandra Mohanty en "Bajo los ojos de occidente", expone la violencia epistémica que comprende la homogeneización de las experiencias de mujeres de distintos grupos étnicos y raciales en un proceso de colonización discursiva que acompaña procesos de dominación material y formas concretas de violencia. Este mismo proceso puede ser pensado cuando todas las lesbianas somos subsumidas en el colectivo de las "mujeres", aunque estemos declarando frente a sus ojos que no lo somos.

En el orden policial del género y la sexualidad, administrado por el dogma de la diferencia sexual que define al sujeto con respecto a su pertenencia de manera exclusiva y excluyente a uno o a otro sexo, una ambivalencia constitutiva del régimen de conocimiento (hetero)sexual tiene lugar. Ese régimen designado como armario o closet, funciona como una administración de voces, palabras, silencios, discursos, mediante el lenguaje de y desde las instituciones que regulan, reprimen, vigilan, persiguen, controlan, violentan, exotizan, exponen, desaparecen y exterminan las diferencias, al simplificarlas como atributos identitarios de lxs sujetxs. El encierro en el clóset, es decir, no (de)mostrar pública y abiertamente la sexualidad no heterosexual, se fue implantando como una "etapa" de la sexualidad leída como proceso identitario: volverse, asumirse, saberse, devenir unx mismx homosexual, gay, lesbiana, bisexual, trans, produciendo la naturalización de un modo normativo de construcción identitaria. Tal como señala provocativamente Juan Pechin, el clóset se convirtió "en axioma dogmático de la sexualidad, a su vez institucionalizada, desde donde se exige la

militancia de la definición, del (des)ciframiento de unx mismo como sujetx sexualizadx: foucaultianamente argumentando, saber “la verdad sexual” de lxs sujetxs para regular hasta el sistema nervioso de su cuerpos, operar sobre esa “certeza” la exigencia del protocolo identitario adecuado”¹⁰⁵. El clóset en tanto red discursiva y disciplinaria de poderes, se institucionaliza como capilaridad que atraviesa y (des)compone los cuerpos, convirtiéndose en obligatorio marco ideológico de inteligibilidad impuesto por el imperativo público de confesión identitaria de las propias prácticas sexuales no hegemónicas; entonces se presenta así, simultáneamente, como fuerza política de liberación y como expediente policial de la sexualidad. Por eso mismo, las narrativas del clóset nos exigen pensar qué visibilizar, qué más visibilizar, para qué hacerlo, para qué seguir haciéndolo como consigna política y qué otras luchas antihomo/lesbofóbicas desafían esa consigna y qué estrategias alternativas explorar.

En el siglo XXI, frente a los sistemas de control y vigilancia de género, sexo, sexualidad, raza y normalidad corporal que prevalecen en las democracias occidentales, Beatriz Preciado plantea como inminente una rebelión de cuerpos, no limitada a asignaciones identitarias, una revolución somática. Esta rebelión comienza por un rechazo de las normas que establecen los límites entre el cuerpo normal y el deforme, el válido y el inválido, que afectan de manera transversal a la institucionalización de las diferencias de género, sexo, sexualidad, nacionalidad y raza. Inquieta por los siempre paradójales caminos de la revolución y cuerpos de la revolución, me pregunto: ¿cómo interferir las prácticas cotidianas de la mirada, percepción y experiencia hetero para que esa rebelión de

¹⁰⁵ Juan Pechin, “La muerte del closet”. Revista *Oficios Terrestres*. Editorial Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. 2009, p. 21 - 43.

los cuerpos no termine siendo una tropa de los más privilegiados por las mismas normas que queremos derribar? ¿qué operaciones de (des)subjetivación nos reclama una revolución somática? ¿se puede hacer efectivamente una rebelión de cuerpos sin haber atravesado las identidades como matrices de la violencia a la vez que de la existencia? En todo caso, la revolución acontece y no se programa. En todo caso, micro-rebeliones están sucediendo y no están siendo cartografiadas por la persistencia de la colonialidad que regula tanto las identidades de sexo/género como las raciales y políticas en el ojo académico, activista, metropolitano, estatal, etc.

Resulta atractivo pensar las relaciones entre feminismo y disidencia sexual como zona de intersección mitopoiética para encontrar las hendiduras descoloniales que desestabilizan el sistema¹⁰⁶, tal como propone Rita Segato, y en afinidad con Alejandra Castillo, practicando una política de la interrupción, lo que entraña un cuestionamiento profundo al modo moderno de la política¹⁰⁷, rastreando lo impensado dentro de los propios términos del paradigma de la modernidad. En este cruce, “este feminismo se instaurará en tanto zona fronteriza, intermedia, trabajando interpretativamente sobre la pesada herencia y legado del pensamiento occidental (en especial bajo la forma de la narración histórica) y sobre su incesante re-elaboración o traducción. Feminismo que sospechará, primero de las retóricas universalistas de la política y del concepto de lo humano a ellas relacionado; en segundo lugar, cuestionará el canon instituido por las narrativas científicas (incluidas las sociales e históricas); y por último, desdibujará los límites establecidos entre lo

¹⁰⁶ Rita Segato. “Brechas descoloniales: las formas de la política hoy”.

¹⁰⁷ Alejandra Castillo. Nudos feministas. Pág. 22.

literario y lo no literario para la escritura de las ciencias sociales”¹⁰⁸.

Feminismo y disidencia sexual como zona de intersección mitopoiética que burla, a través de sus ambigüedades y paradojas de representación, el llamado de las políticas institucionales a seguir una línea recta, continua y estable de contenidos de identidad a transmitir mediante un idioma sin vueltas ni revueltas de sentido, que sólo busca darle cumplimiento normativo a una lógica de derechos, necesidades y satisfacciones públicas-estatales. Desde la indisciplina de su torsión estética, esta zona incursiona en ciertos márgenes, difusos o reticentes, de no representación que cuestionan el régimen de visibilidad dominante, tanteando esos bordes recargados de una intensidad cuya verdad permanece entre el enigma y el suspenso. Porque va más allá de la visibilización de las problemáticas que inscriben a ciertos cuerpos como minoritarios o excluidos, no busca la normalidad de sus prácticas, no tiene una verdad sexual que deba develar, y cuestiona la supuesta coherencia de un orden sexual que se responde a sí mismo en el binomio hombre/mujer al apostar, más bien, por un tránsito que trastoque y desestabilice tales categorías¹⁰⁹.

Esta dimensión imaginativa de la intersección y el plus del trabajo sensible que demanda su configuración, acorrala a la desapasionada lengua funcionaria que borra de sus trámites cualquier emoción, destello o matiz que se liga al tembloroso perfil de las palabras. Intersección que (se) compone las pequeñas heterologías de ficciones diferenciales que se escabullen por las rendijas de las disciplinas y los géneros

¹⁰⁸ Ídem. Pág. 23.

¹⁰⁹ Imaginarios culturales para la izquierda (2011). Hombre/mujer. Jorge Díaz y Cristián Cabello, Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual (CUDS).

admitidos, animándose a formas de escritura capaces de cruzar variados, múltiples y disímiles registros discursivos para “convertirse en ficciones apasionadas, que no reconocen fronteras entre la reflexión especulativa, la estética y la política”¹¹⁰.

¹¹⁰ Nelly Richard. *Feminismo, género, diferencia(s)*. Pág. 61

El(los) cuerpo(s) lesbiano(s): ficciones somáticas en la era post-sexual

Las lesbianas no tenemos vagina.

Monique Wittig

Un cuerpo lesbiano es una fuga del tiempo cronológico...es un truco de magia.

La celebración de las amantes¹¹¹

El estallido de tus dientes tu alegría tu dolor la vida secreta de tus vísceras tu sangre tus arterias tus venas tus huecos tus habitáculos tus órganos tus nervios su estallido su brote la muerte la lenta descomposición la peste la devoración por los gusanos tu cráneo abierto, todo le será de igual modo insoportable.

Monique Wittig

Y cuando fueron a recoger sus cenizas, todo se había quemado menos la lengua, que llameaba juguetona sobre el montoncito que había sido ella, negándose a ser Ceniza.

Djuna Barnes

...armada como un rompecabezas/desparramo mis partes en la mesa/y juego a inventarme un cuerpo nuevo/en mis manos la palabra/en mis piernas el abrazo/en mis pies el pasado/en mi cara los astros y el cielo/en mi piel la memoria/en mi vientre el erotismo/en mi espalda la música/en mi boca el estremecimiento/en mis ojos el hambre/en mis sienes la tierra/en mi cabello el paisaje y el llanto/en mis muslos el alimento/en mi cintura la sed/en mis brazos lxs otrxs/en mis oídos la huella de haber estado unida a otro cuerpo/en mis tetas las cosquillas/en mi pecho el camino/en mi clítoris la vida/en mi cabeza el

¹¹¹ Producción colectiva "El cuerpo lesbiano exquisito" -7 de abril de 2012 - Jornadas de orgullo y disidencia lesbiana - Córdoba- Argentina.

sexo/en mi panza el hacer/en mi garganta la mente/en mi mente el amor y el dolor/en mi nuca el andar/en mis sobacos la belleza/y en mi ombligo el futuro/en mi nuevo cuerpo/atrás está la feminidad/al frente el paso del tiempo/a los lados el trabajo/abajo la fortaleza/arriba el signo de mi destino.

mónica palacio¹¹²

La muerte de Foucault en 1984 nos introdujo, siguiendo el razonamiento de Beatriz Preciado, en la era postsexual: “un tiempo políticamente enigmático (por no decir maquiavélico) en el que el hecho de haber desvelado colectivamente los procesos de construcción cultural a través de los que se producen nuestras identidades de género y sexuales no impedía que siguiéramos inmersos en los circuitos de la opresión, la exclusión o la normalización”¹¹³. Más que interrogar acerca de qué sería lo post de lo sexual, perturba este saber que acusa pero no impide, que revela pero no libera, que evidencia pero no desactiva. ¿La impotencia de un saber? ¿el agotamiento de un poder? Pero más me incita a experimentar en la letra la potencia de los cuerpos, del cuerpo, del cuerpo lesbiano. ¿Es admisible socialmente y pertinente políticamente hablar/ pensar el cuerpo lesbiano en la era post-sexual? Esto es una prueba provisoria, una tentativa inconclusa, un atentado minúsculo de un saber/poder que busca en la escritura el despliegue de umbrales y vectores, planos y flujos. Sabemos que el prefijo “post” no es pasado ni progreso, es alteración de matrices normativas de interpretación. El cuerpo lesbiano es una cuña figurativa, sin pretensiones universalistas ni totalizantes ni supremacistas, para seguir comprendiendo y agitando la sexo-política en la particularidad de cada contexto.

¹¹² Lesbiana, feminista, artesana, de la ciudad de Córdoba.

¹¹³ Beatriz Preciado. Cartografías queer: El flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multicartográfica, o cómo hacer una cartografía "zorra" con Annie Sprinkle. Cartografías Disidentes (2008)

En la era del capitalismo mediático globalizado que gira sobre las tecnologías de hipervisibilidad que cuadriculan la sociedad de la imagen, el cuerpo lesbiano del siglo XXI es un hipertexto, un cyborg racializado, una interface que interrumpe los modelos de ordenamiento del cuerpo moderno y sus modos de inteligibilidad. No es algo a alcanzar ni algo que (no) se tiene ni una entidad autoevidente. El cuerpo lesbiano se efectúa como una desprogramación que se opera al interior de nuestras conexiones intelectuales, eróticas y afectivas. Archivo político y cultural de las prácticas de sabotaje sexual, el cuerpo lesbiano asoma desde la memoria orgánica del silencio y el placer improductivo.

Cuerpo individual, cuerpo social, cuerpo político. Los tres en sus múltiples conexiones. El cuerpo lesbiano “es una ficción somática que reinventa nuestra existencia”¹¹⁴, al diseñar reorganizaciones corporales de los modelos políticos del cuerpo. Sobreimpreso al cuerpo normal, introduce una avería, haciéndolo entrar en cortocircuito como espacio biopolítico delimitado por las tecnologías de control de la medicina, el derecho y otros regímenes disciplinarios. Desde esta experiencia de interrupción, desde las fuerzas implicadas que interrogan sus límites, se producen otros desvíos y tensiones que inauguran posibles devenires. “Un cuerpo no se define por la forma que lo determina, ni como una sustancia o un sujeto determinados, ni por los órganos que posee o las funciones que ejerce. En el plan de consistencia, un cuerpo sólo se define por una longitud y una latitud: es decir, el conjunto de los elementos materiales que le

¹¹⁴ valeria flores, “Una economía de la pregunta para impugnar el régimen heteronormativo. 112 interrogantes sobre un cuerpo lesbiano”. Texto presentado en el Conflicto: “Cartografías del cuerpo lesbiano: narrativas, mapas e itinerarios identitarios”, durante “La celebración de las amantes”- Jornadas de orgullo y disidencia lesbiana - 5, 6 y 7 de abril del 2012 - Córdoba.

pertenecen bajo tales relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y lentitud (longitud); el conjunto de los afectos intensivos de los que es capaz, bajo tal poder o grado de potencia (latitud). Tan sólo afectos y movimientos locales, velocidades diferenciales”¹¹⁵. El cuerpo lesbiano como plan es una actividad de ficción, en tanto la realidad nunca la rebalsa porque la ficción es condición de la realidad, como señala Suzanne Jacob (2001, 37). Multitud de micro-infartos en la mente hetero que causa trastornos en la inteligibilidad corporal.

Inserto en los entramados de producción y cultivo propios de la tecnociencia, el cuerpo lesbiano no tiene sus límites en la envoltura carnal delimitada por la piel. Si tal como afirma Donna Haraway, el cuerpo contemporáneo no es ni naturaleza, ni cultura, ni organismo, ni máquina, sino que adviene entidad tecnoviva multiconectada que incorpora tecnología, la era Wittig con su ficción de cuerpo lesbiano desorganizando el cuerpo hetero de la mujer, da paso en las sociedades multimediáticas al cuerpo post-lesbiano. Insisto, ni pasado ni progreso, sino efecto de re-articulación de discursos políticos y teóricos que construye una nueva materialidad. “Un mundo articulado tiene un número indeterminado de modos y localizaciones donde pueden realizarse las conexiones. Las superficies de un mundo así no son planos curvados sin fricción. Cosas desemejantes pueden unirse —y cosas semejantes pueden separarse— y viceversa”¹¹⁶.

Procurar desnaturalizar el discurso heterosexual, ese lenguaje como amalgama de signos, sistemas de comunicación, técnicas coercitivas, ortopedias sociales y estilos corporales; gravita sobre la intervención crítica y creativa en la red de saberes y de

¹¹⁵ Mil Mesetas. Deleuze y Guattari. Pág. 264.

¹¹⁶ Donna Haraway, Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles.

representaciones que producen el cuerpo como organismo, generando contra-narrativas y contra-representaciones. No reducir el cuerpo al texto, sino que el texto haga cuerpo. Hacer del cuerpo lesbiano un invento lúdico-político-erótico-semiótico como técnica de des-subjetivación del único lenguaje biopolítico normativo sobre el cuerpo y la especie, como es la heterosexualidad.

El cuerpo lesbiano como ficción somática acontece, por lo menos en este proyecto lábil y precario, sobre tres planos de conexiones: la desorganización orgánica, la gestión corporal del espacio público, los modos somáticos de atención o la reinención de la mirada.

La desorganización orgánica

El cuerpo de la identidad lesbiana sigue siendo leído desde la matriz de inteligibilidad del binarismo de género por el feminismo hegemónico y el sector más liberal LGTTTBI, diluyendo y suprimiendo de este modo, los diferentes grados de (in)visibilidad y de (i)legibilidad de las expresiones de género que se perfoman (masculinidades y feminidades), los minúsculos pero potentes desajustes a los ideales del género normativo, los heterogéneos gestos de desarticulación entre expresión de género, rol de género, performance sexual y práctica sexual. Se anula y extirpa una multiplicidad de modos de habitar esas programaciones corporales, que interpelan el género como violencia, colaborando así a redefinir la hermenéutica de la violencia de género al subvertir los límites del menguado reducto de las mujeres.

El cuerpo lesbiano no designa tanto el cuerpo de la identidad lesbiana como fundamentalmente la fuga del cuerpo hetero, de la

servidumbre a la cópula¹¹⁷. Es el artefacto cultural y semiótico que hace/deshace/rehace un cuerpo para citarlo a actuar en modulaciones singulares, deslizándose entre las asignaciones normativas y los cortes o interrupciones de los flujos deseantes. Su definición no se vincula a una certeza anatómica o a la función de un órgano particular, sino que cobra complejidad en la desconfiscación de nuestros órganos al servicio del heteropatriarcado. No es la vagina lo que distingue al cuerpo lesbiano, es la inscripción en otra economía del deseo, desplazando el uso hetero-funcional de las partes del cuerpo, configurando otros modos de la percepción y la afección. Su ficción encarnada, in/corporada, supone agenciamientos colectivos que problematizan y discutan qué asumimos y de qué desertamos de la organización moderna del cuerpo y su economía erótica encadenada a la productividad/reproductividad. Ficción que no presupone un cuerpo con genitales estándar, por lo tanto, suscribe la pregunta abisal acerca de qué cuerpos pueden interrogarse de tal modo. Por eso, el cuerpo lesbiano –entre muchos otros- es uno de los campos de batalla donde se libran las guerras biopolíticas.

El cuerpo lesbiano funciona como un proceso de reasignación de género en el que se interrumpe la economía libidinal de la heterosexualidad centrada en los genitales como “órganos sexuales”. La desmembración iniciática del cuerpo por la asignación asimétrica del género (hetero)normativo para llegar a ser un cuerpo humano, bajo el ideal anatómico del dimorfismo sexual, recorta –o construye quirúrgicamente¹¹⁸- nuestros

¹¹⁷ “Nuestra experiencia sexual está limitada y reforzada por la imaginación erótica que cada una de nosotras poseemos”. Pat Califia, en “El don de Safo. El libro de la sexualidad lesbiana”. Hablan las mujeres. Pág. 19.

¹¹⁸ En personas intersex, la construcción quirúrgica y hormonal de la “diferencia sexual” bajo el ideal regulador anatómico del género y la heteronormatividad, es al mismo tiempo la destrucción y el aniquilamiento de la diversidad corporal. Al respecto y en relación al presupuesto de esas cirugías como prevención de una supuesta homosexualidad y

“órganos sexuales” como (en)clave de la diferencia sexual, haciéndolos coincidir con los órganos reproductivos. Estos órganos sexuales adquieren su significación y estatuto “sexual” en el contexto de las relaciones heterosexuales (penetración pene-vagina), a los que se adhieren determinados afectos y sensaciones. El pene goza de un estatuto biopolítico privilegiado y sólo aparece como un órgano sexual, siendo el ano y la vagina relegados a órganos excretorios y gestadores respectivamente.

El cuerpo lesbiano resignifica esta partición y territorialización del placer haciendo de todo el cuerpo un órgano sexual, una cartografía anatómica expandida: la mirada, el movimiento de las manos, la precisión del tacto, el grado de apertura de la boca, la cantidad de sudor o de flujo¹¹⁹. Hipótesis de acceso a la reinención del ordenamiento orgánico, su ficción lleva en las manos y deslices de la lengua sus tecnologías de escritura diferencial, tal como las ejecuta Evangeline Musset¹²⁰. Una cadena de montaje de un sexo diferente, de un género diferente,

lesbianismo, afirma Mauro Cabral: “bajo su apariencia de restauración del orden natural violentado por un síndrome u otro, trabajan el temor a la homosexualidad (¿un hombre con un pene demasiado pequeño o disfuncional no terminará convirtiéndose en homosexual? ¿un clítoris demasiado largo no abre el camino al lesbianismo?), el temor a una sexualidad femenina emancipada (¿acaso es posible que una mujer goce sexualmente de algo distinto, algo más que el sexo vaginal? ¿cómo serían aprendidas, contenidas, controladas las mujeres con otros cuerpos?), el temor a la destrucción de ese mismo orden que le sirve de fundamento. Ninguno de estos supuestos es inocuo: las personas sometidas a cirugías *correctivas* sufrimos durante años, y muchas veces durante toda la vida, las secuelas de la intervención destinada a *normalizar* nuestros genitales: insensibilidad, cicatrices internas y externas, infecciones urinarias a repetición, hemorragias, traumas *post* quirúrgicos. Pero las cirugías *intersex* no solamente conllevan una pérdida irreparable –e innecesaria- de la *integridad corporal* sino también, en muchos casos, y deliberadamente, la de la *historia personal*”. “Pensar la intersexualidad hoy”, en Sexualidades migrantes. Género y transgénero. (Diana Maffia, compiladora). Feminaria Editora (Argentina). Para más bibliografía sobre intersexualidad ver: Iain Morland, Morgan Holmes, Margriet van Heesch, Paula Machado, Ellen Feder, Fausto Sterling, Beatriz Preciado, Judith Butler, entre otrxs.

¹¹⁹ Beatriz Preciado, Testo yonqui. Pag. 168.

¹²⁰ Personaje central de la obra “El almanaque de las mujeres”, de Djuna Barnes.

de un coger diferente, de un sentir diferente; diferente que no es más allá del cuerpo, sino en el más acá del cuerpo mismo.

El cuerpo lesbiano como ficción somática trastoca la soberanía heterosexual de los órganos mediante una operación de desterritorialización del cuerpo heterosexual, de desgenitalización de la sexualidad reducida a penetración pene-vagina, efectuando un proceso de desjerarquización y descentralización que haría de cualquier otro órgano, orificio o poro, un posible biopuerto de placer, creando nuevas espacializaciones de lo sexual. La vagina que no procrea, que es extraída de la máquina heterosexual y de la economía de reproducción sexual de la especie, deja de ser una “víscera hueca” que busca ser “llenada” para convertirse en un órgano des-institucionalizado. De ahí la expresión de Monique Wittig: “las lesbianas no tienen vagina”¹²¹.

Incorporado como programa de experimentación, el cuerpo lesbiano perfora el cuerpo sin órganos de Deleuze y Guattari, y lo traspasa con la mano lesbiana que desdibuja las fronteras del organismo/orgasmo. “El organismo es un estrato en el cuerpo sin órganos, un fenómeno de acumulación, de coagulación, de sedimentación que le impone formas, funciones, uniones, organizaciones dominantes y jerarquizadas, trascendencias organizadas para extraer de él un trabajo útil. Los estratos son ataduras”¹²². Ante el organismo como cuerpo hetero, que organiza normativamente la relación entre órganos, flúidos y producción de placer, el cuerpo lesbiano se puebla de intensidades, de desplazamientos anatómicos que afectan la disposición y regulación de los órganos (tanto bio como

¹²¹ Terror anal. Beatriz Preciado. Pág. 172.

¹²² Mil mesetas. Pág. 164

tecnoprótesis), su cinemática y las mutaciones de energía. “Deshacer el organismo nunca ha sido matarse, sino abrir el cuerpo a conexiones que suponen todo un agenciamiento, circuitos, conjunciones, niveles y umbrales, pasos y distribuciones de intensidad, territorios y desterritorializaciones”¹²³. Desorganización orgánica que vislumbra otras posibilidades de vivir el cuerpo.

La gestión corporal del espacio público

El cuerpo moderno sólo existe en la encrucijada de un conjunto de prácticas discursivas, epistemológicas, científicas, farmacológicas, económicas, mediáticas y visuales, a través de las políticas de inmigración, de gestión del riesgo, de ensayos clínicos, de técnicas farmacológicas, de prácticas de diagnóstico y de discursos de prevención, control y vigilancia, que le otorgan su estatuto biopolítico y performativo¹²⁴. De este modo, el cuerpo lesbiano como ficción somática funciona como una recitación perversa del cuerpo heterosexual, contaminando los espacios públicos de los que permanentemente intenta ser sustraído por los dispositivos conversores de ilegibilidad corporal.

La organización del espacio y del tiempo estructura la disciplina corporal, mediante técnicas que consiguen fijar a la gente en lugares precisos y reducirlos a un cierto número de gestos o hábitos. En particular, el cuerpo lesbiano se desplaza por la ciudad como relación de entre-cuerpos en la que se establecen normas y disputas por la espacialidad, la visibilidad, la audibilidad, en definitiva, por la existencia. No podemos pensar el cuerpo lesbiano como entidad aislada de las formas

¹²³ Idem.

¹²⁴ Beatriz Preciado. Cartografías queer: El flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multcartográfica, o cómo hacer una cartografía "zorra" con Annie Sprinkle. Cartografías Disidentes (2008)

contemporáneas de urbanidad, que van transformando el espacio de acuerdo a las relaciones de poder y, que por lo tanto, producen la propia corporalidad.

En este sentido, “la forma y la estructura de la ciudad orientan y ayudan a organizar las relaciones familiares, sexuales y sociales, coproducen el contexto en el cual las reglas y las expectativas sociales se interiorizan en hábitos para asegurar la conformidad social. El espacio, por ello, no es algo inerte, sino un lugar cambiante y significativo en la construcción de la identidad”¹²⁵, y a través de las formas arquitectónicas extendemos nuestros cuerpos, prolongamos nuestras pieles, dilatamos nuestros deseos. Las ciudades condensan, articulan, conforman y son conformadas por el cuerpo humano, que de acuerdo a las normas imperantes sobre clase, género, raza, sexualidad, estándar corporal, edad, configuran mapas cognitivos, sensoriales y sexuales que ponen de relieve –o invisibilizan- los conflictos que producen las diferencias y desigualdades.

Localizar el cuerpo lesbiano en la ciudad supone apreciar la dimensión espacial del poder, la existencia de ciertas ficciones sociales o convenciones sobre el uso u ocupación habitual de los espacios, considerando los distintos niveles de normatividad vigente que operan como tecnologías de subjetivación. Esta maniobra nos conmina a pensar la arquitectura implícitamente visual de la relación cuerpo/poder en la ciudad y las estructuras de espacialización (el muro, la ventana, la puerta, la mirilla, el armario, los urinarios, la distribución vertical u horizontal de viviendas, etc.), y de temporalización que éstas proponen.

¹²⁵ José Miguel G. Cortés. Cartografías disidentes. Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior de España, SEACEX (2008).

Las urbes actuales se caracterizan por la fragmentación social y la hipervigilancia¹²⁶, poniendo el acento en la seguridad. El urbanista Mike Davis afirma que se trata de “una expansión “caníbal” de lo urbano, de la destrucción de su entorno natural y del abuso de sus recursos, de la pérdida de las fronteras entre la ciudad y lo que no es, de la confusión cada día mayor entre esfera pública y dominio privado, de la estandarización de las normas y actitudes, de la homogenización de las redes de información y los valores culturales, de la creación de un hiper-espacio de ciudades invisibles y mundos virtuales”¹²⁷.

La imagen que se tiene de la ciudad es una especie de mapa y es este mapa el que se habita, no la construcción física específica que organiza los espacios y edificios. ¿Cómo está diseñado el mapa del cuerpo lesbiano? ¿Qué zonas de habitabilidad y exclusión señalan sus coordenadas? ¿Qué lugares y movimientos se pueden trazar frente a la ubicuidad del cuerpo hetero? Si el paisaje urbano se constituye como una historia pública totalitaria ¿Qué experiencias del cuerpo lesbiano quedan interdictas en la memoria retenida, expuesta, hecha presente? Este es un intento de dotar de topos, de lugar, de ciudad, de memoria, al cuerpo lesbiano, una geografía invisible, extranjera, exiliada, que puede ser clave para la comprensión del territorio de la ciudadanía admitida y de la micropolítica del poder.

Poner en marcha nuestro propio SIG¹²⁸ disidente, para gestionar la localización cinemática del cuerpo lesbiano, sus capas de

¹²⁶ Sólo como dato ilustrativo, ver la nota “Nunca hubo tantos” del diario Página/12, que señala que jamás hubo tantos efectivos policiales y de Gendarmería, ni tantas cámaras, vehículos y equipamientos como hay en este momento. 26 de agosto del 2012 <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-201910-2012-08-26.html>

¹²⁷ En José Miguel G. Cortés. Op. citada.

¹²⁸ Un Sistema de Información Geográfica (SIG) es un modelo de gestión de información espacial (una integración organizada de hardware, software y datos geográficos), diseñado para capturar, almacenar, manipular, analizar y desplegar en todas sus formas

invisibilidad, sus condiciones de accesibilidad, sus rutas de circulación y desplazamiento, para subvertir la forma que tenemos de transitar por la ciudad, escapando de las reglas de uso y reglamentación de los espacios urbanos que espacializan el género. Si en el espacio urbano se proyectan múltiples formas de vida y maneras de actuar o de expresarse que superan los límites encorsetados que se le quieren imponer, la ciudad puede comprenderse como un acervo de significados y experiencias producto de las prácticas efectuadas por los sujetos que la habitan. Diseñar la ficción del cuerpo lesbiano sobre las coordenadas urbanas es parte de proyectar cartografías que pugnan contra la visión unitaria, central y universal del sujeto hegemónico de la modernidad. En tanto los espacios de circulación de los cuerpos actúan como teatros de subjetivación, requerimos cartografías queer en el sentido guattariano del término, como relevamiento de dispositivos de subjetivación, que más que localizar identidades, posiciones o representaciones pueda distinguir movimientos, performatividades, tecnologías políticas y de relacionalidad.

Si la sociedad moderna se caracterizó por implementar nuevas estrategias de producción de saber sobre el sexo (la medicina, la psiquiatría, la justicia penal, la demografía), este proceso precisó de la fabricación de exoesqueletos técnicos, arquitecturas políticas específicas para la normalización de los cuerpos. De este modo, el gobierno del sexo y la creación de las identidades sexuales y de género (tanto normales como patológicas) fueron efectos de una gestión política de los ámbitos privados y públicos y de sus modos de acceso a lo visible. “Sin una espacialización política del cuerpo (verticalización, privatización del ano, control de la mano masturbadora, sexualización de los genitales, etc.), sin una gestión del espacio y de la visibilidad del cuerpo en el

la información geográficamente referenciada con el fin de resolver problemas complejos de planificación y gestión geográfica.

espacio público no hay subjetivación sexual”¹²⁹. Por eso, el espacio público en la modernidad occidental será un espacio de masculinidad heterosexual, tensada entre la homofobia y el homoerotismo, que oscila entre la exclusión de la feminidad y la homosexualidad y el placer derivado de estas segregaciones. La producción del sujeto sexual fue tarea mancomunada del trabajo de arquitectos, urbanistas, fotógrafos, cinematógrafos, demógrafos, ingenieros del territorio, entre otros. Y especialmente en la Patagonia, de los viajeros y sus relatos de conquista bajo la mirada imperialista y supremacista blanca occidental.

Teresa de Lauretis sugiere, haciendo referencia a la paradójica situación de la figura de la lesbiana en relación con las tecnologías visuales, que ésta se encuentra en el punto muerto del espejo retrovisor. Entonces, más que adoptar el rol de detective de lo invisible capaz de descubrir las geograffias ocultas del cuerpo lesbiano bajo el mapa dominante en pos de una cartografía identitaria¹³⁰, nos queda el rol de inventorxs de una contra-historia, una contra-política-, una contra-teoría. Más que técnica de representación de las subjetividades políticas dadas, cartografiar es una práctica revolucionaria de transformación estética y política al intervenir/interrumpir la espacialización de

¹²⁹ Preciado. Op. citada.

¹³⁰ Preciado examina las limitaciones de las cartografías identitarias -o del “león”-, en las que el cartógrafo ideal es un etnógrafo desencarnado que, haciendo abstracción de su propia posición identitaria, aparece como neutro. En este mapeo, la lesbiana se ve desmaterializada, como una identidad visual que se mide más por su capacidad de escapar de la representación y, por tanto, por su ausencia más que por su presencia. De modo que su inscripción en el espacio es fantasmática, tiene la cualidad de una sombra, posee una condición transparente o produce el efecto antireflejo del vampiro. “El carácter topofóbico de la identidad lesbiana tal como ha sido representada por la mayoría de los estudios, hace de la noción de cartografía lesbiana un curioso oxímoron: la lesbiana en cuanto identidad vendría definida precisamente por esta ausencia de localización espacial, presentándose como un elemento radicalmente anticartográfico”. Cartografías queer: El flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multicartográfica, o cómo hacer una cartografía “zorra” con Annie Sprinkle.

la sexualidad, la visibilidad y la circulación de los cuerpos, alterando y distorsionando los espacios públicos y privados. Esta práctica repta sobre la escritura, un acto performativo capaz de hacer y deshacer la identidad, idónea para la apertura de territorios narrativos no isomórficos, inimaginables desde el ventajoso lugar del ojo ciclópeo y autosatisfecho del sujeto dominante.

El género, la sexualidad y el sexo son códigos visuales. La mirada pública siempre está mediada tecnológicamente y regulada por una serie de convenciones. Por tal motivo, la transformación de la subjetividad en tanto artefacto imaginario, surge de un trabajo de deconstrucción de esos códigos normativos y del trazado de un espacio público de conflicto y contestación en el que representaciones múltiples y diferentes discursos compiten por producir “ficciones del sexo”. Crear estos micro-espacios implica el discurrir de otras temporalidades. El cuerpo lesbiano no está circunscripto al tiempo cronológico, a la economía reproductiva, por el contrario, es una ficción aiónica. “Aión, que es el tiempo indefinido del acontecimiento, la línea flotante que sólo conoce las velocidades, y que no cesa a la vez de dividir lo que ocurre en un déjà-là (ya hay) y un pas-encore-là (aún no hay), un demasiado tarde y un demasiado pronto simultáneos, un algo que sucederá y que a la vez acaba de suceder”¹³¹. Espacio público interferido, tiempo (re)productivo dislocado y cuerpo lesbiano modelan una ficción insumisa a las formas de gobierno del cuerpo.

Los modos somáticos de atención o la reinención de la mirada

¹³¹ “Y Cronos que, por el contrario, es el tiempo de la medida, que fija las cosas y las personas, desarrolla una forma y determina un sujeto”. Mil mesetas. Pág. 265

El cuerpo lesbiano es una práctica somática, una técnica del cuerpo (Marcel Mauss), una maniobra de escritura, re-escritura y des-escritura, que habilita otros modos de subjetivación, de movilizar procesos de des-incorporación o desbarajuste de las normas de percepción e inteligibilidad.

En este sentido, Donna Haraway apela a “una escritura feminista del cuerpo que, metafóricamente, acentúe de nuevo la visión, pues necesitamos reclamar ese sentido para encontrar nuestro camino a través de todos los trucos visualizadores y de los poderes de las ciencias y de las tecnologías modernas que han transformado los debates sobre la objetividad. Necesitamos aprender en nuestros cuerpos, provistas de color primate y visión estereoscópica, cómo ligar el objetivo a nuestros escáneres políticos y teóricos para nombrar dónde estamos y dónde no, en dimensiones de espacio mental y físico que difícilmente sabemos cómo nombrar”¹³².

¿Cómo percibir un cuerpo lesbiano? ¿Cómo atender a un cuerpo lesbiano? ¿Cómo ver un cuerpo lesbiano? Si el arte de mirar se presenta como pericia fundamental en el acto de reconocer y ser reconocid^x¹³³, entrenar el ojo y educar la atención para percibir de modo diferenciado es una técnica fundamental. Será cuestión de prácticas, de acciones corporales significantes que involucran disposiciones o hábitos, a manera de una memoria cultural corporizada, que puedan operar activa y creativamente. Las lesbianas algo sabemos de ello, sabemos identificar y reconocer, sin que medie palabra alguna, a otras lesbianas en contextos de hostilidad, invisibilidad, aislamiento y coacción social,

¹³² Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiadas/bles.

¹³³ Lacombe, Andrea (2006) “Para hombre ya estoy yo”. Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro. Antropofagia, Buenos Aires. Pág. 56.

transformándolos en espacios de seducción y goce¹³⁴. Lo que se suele llamar el “radar” lésbico, es lo que podemos poner en términos de Thomas j. Csordas, como “modos somáticos de atención”, modos culturalmente elaborados de prestar atención a, y con, el propio cuerpo, en entornos que incluyen la presencia corporizada de otros¹³⁵.

La atención implica un compromiso sensorial y siempre está culturalmente elaborada. “Prestar atención a una sensación corporal no es prestar atención al cuerpo como un objeto aislado, sino que es prestar atención a la situación del cuerpo en el mundo”¹³⁶, es decir, al entorno intersubjetivo compuesto de sensibilidades interactivas, morales, estéticas. Prestar atención a las formas corporales de lxs otrxs es una práctica elaborada performativamente que implica un esfuerzo multisensorial. De esta manera, los modos somáticos de atención conectan con la maquinaria somatopolítica de confección de un cuerpo lesbiano permitiendo no sólo identificar otros cuerpos lesbianos, sino que reinventa los modos de ver justamente para captar aquello que sencillamente se vuelve ininteligible para el sistema perceptivo heteronormativo.

El cuerpo lesbiano como ficción somática se disemina por el cuerpo lesbiano de Wittig y el de la Pepa Gaitán, el bollo-lobo de Preciado y la Evangeline Musset de Djuna Barnes, la india ladina de Gloria Anzaldúa y las trébedas punkis de Tribe8, las dykes de

¹³⁴ “En palabras de Muñiz: la positivización de la clandestinidad, la administración del secreto en la construcción de la carrera homosexual y la maximización del uso del lenguaje no verbal, ya sea en el acto de la paquera [coqueteo] como en todo el proceso de identificación, la presta al amor entre mujeres una configuración poco directa y más implícita (...) por lo tanto, a través de aquello que parece enmudecerlo el lesbianismo hace audible su lenguaje (1992: 66)”. Idem. Pág. 70.

¹³⁵ Thomas j. Csordas, Modos somáticos de atención. En Silvia Citro. Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos. Biblos 2011. Pág. 87

¹³⁶ Idem 87.

los comics de Alison Bechdel y el joven cuerpo amoratado de Valeska Salazar¹³⁷, los drag king de Jack Halberstam y las dominatrixes de SAMOIS¹³⁸, la trabajadora sexual lesbiana criminalizada y clandestinizada del tercer mundo y el cuerpo de la joven negra Sakia Gunn¹³⁹; la soberana pirata y cruel de Madame X de Ulrike Ottinger y la sarcástica Patty Bouvier de los Simpson, el cuerpo de la puta multimediática Annie Sprinkle penetrado por el muñón de Long Jeanne Silver¹⁴⁰ y la líder gorda Beth Ditto del grupo The Gossip, de la pionera activista intersex Cheryl Chase¹⁴¹ y el de la vieja lesbiana bostoniana, una multiplicidad de cuerpos expandida en la urbanidad normativizada.

No es una convocatoria a ligar y amistar estos cuerpos bajo una unidad disciplinante, o a una pertenencia comunitaria no problemática –incluso, a la posibilidad misma de la pertenencia-. Es el registro arbitrario y selectivo de determinadas interpelaciones a los regímenes de verdad heterosexual que, a través de la medicalización, patologización, criminalización y estigmatización, organizan el aparato de producción de normalidad. Una cohorte de cuerpos, atravesados por el signo de lo lésbico, con diferentes grados de identificación y contingencia enunciativa que ponen de manifiesto los fallos constitutivos del sistema heterosexual. Una multitud de cuerpos aspirados, violentados, cosidos, mutilados, pero también llenos de alegría, éxtasis y orgullo que, apremiantemente colectivos y ávidamente

¹³⁷ Joven chilena de 16 años brutalmente agredida por los familiares de su exnovia, en la ciudad de Concepción en julio del 2012.

¹³⁸ Organización lésbica feminista BDSM situada en San Francisco (1978 a 1983)

¹³⁹ Lesbiana negra de 15 años asesinada en el 2003, en Newark Pennsylvania, un crimen de odio que apenas se conoció públicamente. Citado en “Crímenes de odio en Estados Unidos. La distinción analítica entre excluir y discriminar”, de María Mercedes Gómez.

¹⁴⁰ Actriz porno que, en una entrevista realizada en los 70, se presentaba a sí misma como “una minusválida cachonda”.

¹⁴¹ Fundadora de la Sociedad Intersexual de Norteamérica (ISNA)

políticos, articulan un saber sobre los flujos de poder (libidinales, económicos, lingüísticos) que nos constituyen así como del estatuto vulnerable y perecedero de la vida y de la carne.

La política cultural de la mirada marca la ilegibilidad del cuerpo lesbiano, el que se funda como punto ciego del panóptico heterosexual. Por lo cual, la producción de inteligibilidad del cuerpo lesbiano desborda el ámbito de lo discursivo y se abre a un diagrama (afectivo, imaginario, corporal) mucho más amplio, en la visibilidad pública y mediática, en los espacios callejeros, en las economías domésticas-informales, en nuestros órganos fisiológicos.

¿Qué es lo que puede un cuerpo? se preguntaba Spinoza. Lo que puede un cuerpo es esa especie de experimentación de la capacidad, que en esta oportunidad se tensa bajo la cuerda de la escritura. Si el sistema sexo- género es un sistema de escritura en el que “el cuerpo es un texto socialmente construido, un archivo orgánico de la historia de la humanidad como historia de la producción-reproducción sexual, en la que ciertos códigos se naturalizan, otros quedan elípticos y otros son sistemáticamente eliminados o tachados”¹⁴², hay que sacudir las tecnologías de inscripción.

Natahalie Sarraute proponía una clara distinción entre dos planes de escritura: “un plan trascendente que organiza y desarrolla formas (géneros, temas, motivos), que asigna y hace evolucionar sujetos (personajes, caracteres, sentimientos); y otro plan completamente distinto que libera las partículas de una materia anónima, las hace comunicar a través de la “envoltura” de las formas y de los sujetos, y sólo mantiene entre esas partículas relaciones de movimiento y de reposo, de velocidad y

¹⁴² Beatriz Preciado, El manifiesto contra-sexual, pág. 23.

de lentitud, de afectos flotantes, de tal forma que el propio plan se percibe al mismo tiempo que nos permite percibir lo imperceptible (microplan, plan molecular)”¹⁴³. Escribir el cuerpo lesbiano como plan molecular, de composición, de proliferación, de poblamiento, de contagio, desde la inflexión geopolítica del sur y desde las periferias, marca un contrapunto a la epistemología colonial. Convertirse en escriba apóstata de la heterosexualidad es empuñar la escritura no como mera representación objetiva del mundo, sino como organizadora de un nuevo tipo de realidad y técnica de invención de otros modos de subjetividad.

El cuerpo lesbiano como ficción somática es una técnica de sí, un modo somático de atención, una práctica corporal, en la que se libra una batalla política sobre el acceso y uso de las tecnologías del género, del cuerpo y del espacio. El escenario de disturbios está más cerca de lo que creemos y las armas más accesibles de lo que imaginamos.

¹⁴³ Mil mesetas. Deleuze y Guattari. Pág. 270.

¿Un feminismo zombi? Promiscuidad y contagio: políticas tortilleras trans feministas cuir descoloniales

No estamos reconciliadas con los opresores que afilan su gemido con
nuestro lamento. No estamos reconciliadas.

Gloria Anzaldúa

El combate entre la subjetividad crítica y la subjetividad funcionaria es
un combate que reúne varias fuerzas dentro de instituciones que son
ellas mismas heterogéneas, con ciertas tendencias dogmáticas o
conservadoras y otras que no lo son. Hay que reevaluar
permanentemente los poderes hegemónicos en curso de constitución y
deshacerlos en la marcha sin la ilusión de que vayamos a acabar con la
hegemonía para siempre. Debilitar una hegemonía puede significar
también volver a instituir otra, por lo cual la vigilancia crítica no debe
descansar nunca.

Jacques Derrida

La práctica activa de la deslealtad tiene su precio, así como sus
recompensas.

Chandra Talpade Mohanty

...si tuviera que arriesgar contra todo contexto o posición una
definición propia del ser feminista (¡una y solo una!) arriesgaría sin
duda una posición afín a una política del *duelo del feminismo*.
Atendiendo por supuesto a todas las complejidades y sentidos
entrevistos en el sintagma: *el duelo del feminismo*.

Alejandra Castillo

El único mito moderno es el de los zombis, esquizos mortificados,
buenos para el trabajo, conducidos a la razón.

El Antiedipo

En el espacio del tartamudeo político, a la deriva entre la vida y la muerte, desde la densidad intersticial del espectro que reencarna la negatividad, a media voz reverbera una pregunta *¿un feminismo zombi?* Aferrada a la escritura como forma de sobrevivencia, cotejo un cierto feminismo, un cierto modo de la teoría feminista, una cierta acción política feminista, con la figuración del zombi. Una figura ambigua, problemática, dudosa, con lecturas contrapuestas sobre su descomposición móvil e itinerante. La proliferación de ficciones sobre zombis marca una condición de época, de transición entre el régimen de poder disciplinario a las sociedades de control, una lucha entre los diferentes modos del cuerpo y sus técnicas de vigilancia, control y producción.

El zombi en la literatura fantástica es sinónimo de muerto viviente, y en el lenguaje común designa en sentido figurado a quien hace las cosas mecánicamente como si estuviera privado de voluntad. Ente creado a partir de un maleficio del vudú, este encantamiento lo convierte en un ser atontado y esclavo de su amo creador, por lo tanto, simboliza la antítesis de la creatividad. En la literatura, el zombi aparece al margen como ese ser monstruoso que sólo vive a la sombra de y para su creador. En los relatos de zombis, éste jamás actúa como narrador, pues su estado de conciencia no le permite hablar su misterio, nos enteramos por terceros de sus costumbres y manías.

Uno de los íconos del cine de clase B¹⁴⁴, aparece recurrentemente en películas de terror, de ciencia ficción y en el cine fantástico. Hoy transita como representación de la condición no humana en

¹⁴⁴ En un principio, como clase B eran consideradas las películas realizadas con bajo presupuesto y actores principiantes, no reconocidos o en decadencia. La clasificación se siguió usando después de la caída de dicho sistema y se asocia comúnmente a producciones de baja calidad. También este género es conocido como cine bizarro, que en este contexto significa raro, extravagante, insólito. Es un tipo de cine con tintes surrealistas y en ocasiones casi de tipo pornográfico.

la era del capitalismo avanzado, identidad política en las formas de la democracia tardía, antihéroe¹⁴⁵ que personifica una parodia repulsiva del ciudadano ideal, metáfora del trabajador automatizado. Podemos leer al zombi en el cruce entre Donna Haraway, cuando nos advierte que “nuestras máquinas están perturbadoramente animadas, mientras que nosotros mismos estamos aterradoramente inertes”¹⁴⁶, y el Antiedipo que insinúa que la muerte inmanente, difusa, absorbida, es el estado que toma el significante en el capitalismo, la caja vacía que se desplaza por todas partes para taponar los escapes esquizofrénicos y agarrotar las huidas¹⁴⁷.

A su vez, la figuración zombi inculca también al pensamiento académico. El sociólogo alemán Ulrich Beck habla de “categorías zombis” como categorías del pasado que seguimos usando aunque ya no sean de utilidad y enmascaren una realidad diferente. Son términos que en una época tenían vida y

¹⁴⁵ Tal como dice el Manifiesto zombi: “Los zombis son personajes poco glamorosos en comparación con otros seres del mundo del cine. Desprovistos de conciencia, personalidad y ambición, los zombis son más bien trágicos anti-héroes, una parodia repulsiva del ciudadano ideal, sin más relación con la experiencia vital que la repetición automática de viejas costumbres de socialización. Y sin embargo, aunque se empeñen en perseguir a los vivos, uno no puede evitar sentir simpatía por estos inquietantes sonámbulos. En una sociedad en que el significado de la palabra ‘libertad’ es cada vez más escurridizo, no es difícil ver a los muertos vivientes como la reencarnación de aquellos bufones cortesanos, eso sí, en un extraño estado de descomposición y sujetando un espejo que refleja nuestro sentir cívico y humano. Qué poderoso debe sentirse uno dentro de su piel. Rechazar toda lógica y objeto de la vida, dejar de correr y empezar a tambalearse, gimiendo y gesticulando con torpeza. Atravesar dando traspiés los suburbios en letargo, rondar sus centros comerciales abrazando la promesa consumista de la liberación individual. Si alguna vez te has pellizcado para despertar de ese sueño trivial llamado vida, consuélate porque no estás solo. Únete a nosotros en una melancólica revolución sin líderes ni consignas. Únete a nosotros para tomar las calles en esta marcha hacia un nuevo amanecer”. Marcha Zombi Barakaldo, 14 de junio de 2008. Proyecto ideado por los artistas Iratxe Jaio y Klaas van Gorkum junto a Consonni con la colaboración de Casas de Cultura de Barakaldo y Arteleku (Diputación Foral de Gipuzkoa) y el apoyo del Ayuntamiento de Barakaldo, Diputación Foral de Bizkaia y la Caja Laboral-Euskadiko Kutxa.

¹⁴⁶ Manifiesto Cyborg.

¹⁴⁷ El Antiedipo. Pág. 346

significado, pero que para muchos significa hoy muy poco. Es probable que las sigamos empleando en la actualidad porque no tenemos mejores argumentos para esgrimir, no obstante, están muertas.

Recurrir a la figura del zombi no es una propuesta por una alegoría del fin del feminismo, nada más lejos. Por el contrario, agita una turbación sobre los efectos en las prácticas teóricas, epistemológicas y políticas de cierto feminismo, el feminismo de primera mano, el que tiene capacidad de hegemonía por su connivencia con el aparato discursivo estatal, que intensifica el uso de categorías y prácticas políticas que nos mantienen como muertxs vivientes. El modo personal en que habito y transito el feminismo supone una trayectoria que conlleva una gran pulsión de reinención y re-posicionamiento de aquello que llamamos feminismo, donde no hay una distinción unificada entre teoría y práctica, sino prácticas diferenciadas y sobredeterminadas. Ubicar en la centralidad de la reflexión la pregunta política por si algo de zombi tiene el feminismo que practicamos, deja oír sus ecos performativos, marcando el tono de una preocupación persistente por prácticas de resignificación y de recodificación antihegemónicas frente a los regímenes de la normalidad. La posibilidad de experimentar ideas, más que compartir una doctrina, implica hacer aparecer nuevas luchas y nuevos problemas políticos que redibujen el vasto territorio de confrontación y diálogo de los feminismos, en el que resulta inminente el estallido y colapso de las identidades ante cualquier pretensión de clausura.

El zombi opera aquí como atravesamiento intempestivo, al estilo escritural cyborg de Haraway, para quien “las herramientas son a menudo historias, cuentos contados de nuevo, versiones que invierten y que desplazan los dualismos jerárquicos de las identidades naturalizadas. Contando de nuevo las historias sobre

el origen, los autores cyborg subvierten los mitos centrales del origen de la cultura occidental”¹⁴⁸. La potencia de las imágenes que nos muestran a la vez movilidad y relación, nos permiten traducir los modos de interpretación de un tiempo particular y su entrecruzamiento político y social, entreabriendo marcos de lecturas no protocolizadas donde incluir miradas sospechosas del canon del feminismo y de la propia mirada. Tramar la reflexión como reescritura constante de los feminismos para que no se conviertan en axioma de verdad, desde la iconografía de la literatura gótica y la ciencia ficción, es zambullirse en los pantanosos cruces entre lo orgánico y lo inorgánico, el terror y el miedo así como en los tropos de la desviación. Si el monstruo gótico nombra la muerte, los monstruos de la ciencia ficción aparecen en un contexto simbólico estructurado alrededor de la idea de vida y sus posibilidades.

“Estamos asistiendo a una mutación de los dispositivos biopolíticos de producción y control del cuerpo, el sexo, la raza y la sexualidad. La transformación a gran escala que afecta a la naturaleza de los procesos de producción de la vida en el capitalismo vendrá a modificar también la topografía de la opresión y las condiciones en las que la lucha y la resistencia son posibles. Será necesario crear nuevas formas de combate que escapen al paradigma dialéctico de la victimización, pero también a las lógicas de la identidad, la representación y la visibilidad que en buena medida ya han sido re-absorbidas por los aparatos mercantiles, mediáticos y de hipervigilancia como nuevas instancias del control. Parte del reto político consistirá en cómo las minorías sexuales y los cuerpos cuyo estatuto de humano o su condición de ciudadanía han sido puestos en cuestión por los circuitos hegemónicos de la biotanatopolítica puedan tener acceso a las tecnologías de producción de la

¹⁴⁸ Manifiesto para cyborgs, D. Haraway (1991)

subjetividad para redefinir el horizonte democrático”¹⁴⁹. Reflexionar hoy sobre feminismo es, por ello, hacer explícita la invisible trama que anuda un nombre y una escritura, una vida y una política, una identidad y un cuerpo, un momento histórico y una acción política, un paradigma epistemológico y un régimen económico.

Bajo una pulsión descolonizadora, este anhelo de interrogación desde el feminismo hacia el propio feminismo requiere, tal como sugiere Mohanty al revelar el universalismo etnocéntrico, “dos proyectos simultáneos: la crítica interna de los feminismos hegemónicos de “Occidente”, y la formulación de intereses y estrategias feministas basados en la autonomía, geografía, historia y cultura. El primero es un proyecto de deconstrucción y desmantelamiento; el segundo, de construcción y creación. Estos proyectos —el primero funcionando de forma negativa y el segundo de forma positiva— parecen contradictorios, pero a menos que sus labores respectivas se aborden de forma simultánea, los feminismos del “tercer mundo” corren el riesgo de verse marginados y *ghettizados* tanto en las tendencias principales (de derecha e izquierda) del discurso feminista como en el discurso feminista de occidente”¹⁵⁰. En este sentido, la colonización discursiva refiere a una cierta forma de apropiación y codificación de “producción académica” y “conocimiento” acerca de los sujetos generizados y sexuados en el tercer mundo por medio de categorías analíticas particulares, y en casi todos los casos implica una relación de dominación estructural y una supresión, muchas veces violenta, de la heterogeneidad del sujeto o sujetos en cuestión.

¹⁴⁹ Beatriz Preciado (2011) Transfeminismo y micropolíticas del género en la era farmacopornográfica.

¹⁵⁰ Descolonizando el feminismo. Descentrando la Teoría -Bajo los Ojos de Occidente: Feminismo Académico y Discursos Coloniales - Chandra Talpade Mohanty.

La práctica de una política feminista demanda necesariamente interrogar y cuestionar aquellas identidades y diferencias que subyacen a las prácticas y discursos del orden heterocapitalista racista y patriarcal, para desestabilizar la organización de las identidades a partir de la diferencia de los sexos, cuestionando en primer lugar la naturaleza del “ser mujer”, obligando a multiplicar los desvíos, los posicionamientos e inscripciones. Sin embargo, la cristalización de una política feminista que tiene en la identidad “mujer” y en las luchas feministas contra las estructuras de dominación patriarcal, sus dos lugares principales de referencia y apoyo, mantiene una idea de sujeto autocentrada y exclusivista. Las luchas por la igualdad de derechos entre hombres y mujeres constituye la agenda principal de un feminismo afirmativo que ve en la mujer el principio de definición de toda política feminista, lo que tiene efectos excluyentes para otros cuerpos y subjetividades reguladas asimismo por la tecnología del género.

Una práctica feminista crítica, de resistencia y negatividad, “debe estar abierta a lo inesperado, al porvenir; debe trabajar abierta y secretamente a favor de lo intempestivo, de lo inesperado, de aquello que urgentemente reclama un presente, pero que al mismo tiempo es extraño o extranjero a todo presente. En otras palabras, afines quizás a las que podemos encontrar en los posicionamientos de Rosi Braidotti o Donna Haraway, podríamos decir que una práctica feminista no puede ser definida positivamente, pues en tanto ella es partidaria de la revolución o de la utopía requiere de un cierto no-saber en el corazón de su saber, exhorta a practicar una política sin identidades y definiciones preestablecidas”¹⁵¹, las que siempre son un asunto contextual y posicional, alerta a los aparatos de captura que quieren mantenerlas fijas y lineales. El feminismo zombi sigue

¹⁵¹ Tránsitos: Entre la academia y el feminismo. Entrevista a Alejandra Castillo.

trabajando con el género como sinónimo de mujer y punto de confluencia, en vez de activarlo como un régimen normativo fundante de la opresión y territorio de discusión y disputa política. Por eso, la desencialización de la categoría de género, que no supone abandonar el feminismo aunque sí cuestionar su heterocentrismo y racismo, es una tarea imprescindible para comprender las actuales incertidumbres a la vez que el compromiso político que entraña una concepción antisustancialista del sujeto en general y del sujeto del género en particular.

Desear y practicar una política feminista que se vuelva incómoda, palpita en un activismo bastardo que se mueve entre lo teórico y ficcional, que comprende la configuración del espacio común como una figuración múltiple y no clausurada, y que reflexiona sobre lo político y lo impolítico de su constitución como territorio de disputa entre lo representado y lo que queda fuera de campo. Esta política del feminismo nos exige más contaminación de prácticas y discursos y menos deseo de pureza, contagios que nos obligan a cruzar arte y política, economía y sociedad, cultura e historia. Un trabajo de lectura y reescritura creativa capaz de desarticular los saberes y dominios existentes para dar lugar a nuevas travesías del pensamiento, reconociendo filiaciones y trayectos, y multiplicando los “desórdenes anarco-barrocos”¹⁵². Unas políticas de promiscuidad que infectan las políticas de la interrupción del feminismo, y que cuestionan el patrón moderno de la política a través de las estrategias de la ficción, del trabajo de pensar mundos posibles e inapropiables que el lenguaje de la universalidad humanista decreta como menos “real” o menos “efectivo”, lo que impulsa también a discutir las formas que adquieren nuestros cuerpos para

¹⁵² Fórmula de Nelly Richard que utilizó al presentar la novela “Impuesto a la carne”, de Diamela Eltit.

desaprender, sin melancolía, la morfología actual de nuestras identidades¹⁵³.

Prácticas de promiscuidad que expresan una hibridación de dinámicas, de conjuntos heterogéneos y proliferantes en los que el sentido no está nunca a salvo de reversiones parciales, que coexisten sin un sentido a priori que pueda ordenar los intercambios y los flujos o dar coherencia y estabilidad circunstancial a las prácticas colectivas. Demanda una lectura de las micromutaciones incesantes del lazo social, variaciones que sólo se perciben y son interpretables por la experiencia de la cercanía. La promiscuidad no se deja confundir con un caos “a ordenar”, sino que comprende “ese ambiente abigarrado constituido por las combinaciones que se engendran en el terreno fangoso y en el que los tejidos políticos, capaces de constituir una fuerza en un espacio concreto durante, al menos, un breve lapso de tiempo, resultan siempre provisorios”¹⁵⁴.

Los conflictos y antagonismos de saberes que emergen de las fisuras de autoridad del discurso centrado, operan como la fuerza de des-ajuste que debe sacudir la lengua normalizada del feminismo y su disciplina académica, generando una apertura de las fronteras del conocimiento a problemáticas hasta ahora marginadas del paradigma monocultural de la razón occidental-dominante. De este modo, se enciende y mantiene vivaz la condición aporética del pensamiento feminista.

¹⁵³ Castillo. Op. citada

¹⁵⁴ Notas sobre dilemas del impasse. Colectivo Situaciones. “Cuando la realidad funciona según operadores de conexión que simulan o clonan esa cercanía, la ambivalencia que rige lo promiscuo es traducida de manera inmediata como nuevo código, secuestrándole su potencia innovadora, gobernando su devenir. Las “y” que comunicaban heterogeneidades dejan lugar a otras “y” que ponen en serie, sobre un mismo código mediático, diferencias recortadas y recombinadas en el terreno de la imagen y del lenguaje prefabricados”.

Asistimos hoy a un tiempo marcado por la hegemonía de la reproducción sexual, del binarismo de género, de la visión, del habla, de la movilidad y de la inmunidad, en que la naturalización y privatización del cuerpo contrasta con la invención y distribución diferencial de órganos y fluidos (útero, seno, semen, sangre, morfología facial, masa muscular, grasa, color de la piel) y con la tecnificación creciente de las funciones reproductivas y del ámbito del “bienestar” y de la salud. El feminismo tortillero marica trans cuir y descolonial se distancia, por una parte, de lo que Jackie Alexander y Chandra Tapalde Mohanty denominan “feminismo de libre mercado” que ha hecho suyas las demandas de vigilancia y represión del biopoder y exige que se apliquen (censura, castigo, criminalización) en nombre y para protección de “las mujeres”. Pero también, se construye en oposición frente a un movimiento gay normalizado cuyas retóricas de liberación han sido recuperadas por los círculos de socialización individuo/familia/nación, un activismo mayoritario manso y amnésico que busca el consenso y la integración, el respeto justo de la diferencia tolerable, a menudo reducida a fetiche multicultural en su propio proceso de espectacularización. Las políticas de identidad gays y lesbianas han aceptado la lógica liberal en que la existencia y representación políticas significan derecho al consumo y la visibilidad mediática. ¿Cómo sobrevivir a los efectos normalizantes de las políticas de identidad?¹⁵⁵ No hay ni puede haber pretensión de purificación del sujeto político sino a riesgo de normalización, opresión y reproducción de nuevas exclusiones. La higienización sexual de la política a través de una narrativa de los derechos que satura el campo, se produce al promover que los sujetos se hacen más “humanos”, más “persona” a la vez que pierden su marca de diferencia que gestó su agitación. El ingreso al reconocimiento del derecho que se propagandiza como automática resolución de las

¹⁵⁵ Terror anal. Beatriz Preciado. Pág.163

desigualdades mismas, en realidad las aumenta al despolitizarlas. “Los derechos son el emblema de la fantasmagórica soberanía del individuo no emancipado” (Wendy Brown)¹⁵⁶.

Hostigar con el espectro zombi al feminismo apunta a repensar los procesos de sublevación de los sujetos excluidos del contrato democrático ilustrado, el archivo que surge de las prácticas de saber de la crítica de la normalización y la emergencia de corporalidades disidentes, menores, subalternas que se han reapropiación de las tecnologías de producción del cuerpo y de la identidad. El cuerpo¹⁵⁷ no es naturaleza sino un índice político de lenguajes y técnicas, producido por los poderes soberanos y biopolíticos. ¿Qué modelos de corporalidad operan en el feminismo de la igualdad y de la diferencia, en el feminismo liberal y abolicionista, así como en los movimientos lgtttb, queer, trans, intersex y postporno? En las últimas décadas, por la fuerza de interpelación de los sujetos excluidos de la acción y el discurso político, de los activismos radicales, de teorías deconstructivas y posestructuralistas, el feminismo y su sujeto “mujer” se fragmentan; lo que para muchas supone una pérdida de poder y presión política, para otras es una oportunidad de multiplicar posibilidades, de apertura de intereses, realidades y diversificación de autorías. La eclosión de las identidades y la emergencia de una polifonía de voces (tortilleras, travestis, transgénero, maricas, putas, migrantes, etc.) han provocado el descentramiento de toda gran narrativa, y privilegiado la especificidad situacional de las prácticas y discursos. En esta

¹⁵⁶ “Iguales no somos. Libertad, sexualidad y liberalismo en la discusión mediatizada sobre matrimonio homosexual en Chile”. Cristian Cabello (CUDS). Texto leído en las Segundas Jornadas Estudiantiles de Teoría de Género realizadas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile durante octubre de 2011.

¹⁵⁷ “El cuerpo moderno es ante todo un aparato somático estratificado, denso, siempre intervenido por técnicas biopolíticas que al mismo tiempo le avasallan y le confieren potencia de actuar”. Beatriz Preciado. Somateca.

nomadía de voces, cuerpos, personajes, escenas, no se trata de grandes gestas, tampoco de alcanzar un sitio o una forma definitiva, sino de un incesante desplazamiento para reinventarse soberanías provisorias, alertas y gozosas, para crear escenarios de coincidencia efímera.

No obstante, predomina en el escenario político y cotidiano local un pánico moral/sexual que se desata en la opinión pública ante la presencia de figuras socialmente reconocidas que son abiertamente gays, lesbianas y trans, y trabajan para promover las causas políticas dentro de sus propias instituciones. Este pánico revela lo que constituye el discurso legitimado sobre un sujeto no heteronormativo: quién está autorizado a hablar, a quiénes va dirigido y con qué efectos de verdad, poniendo en evidencia la notable facilidad con que ciertos individuos con autoridad social pueden comunicar “verdades” sobre un sujeto LGT: si el mensaje ya está presente en el destinatario, no necesita ser enviado; sólo necesita ser activado. “Los discursos homofóbicos funcionan más bien como piezas de estrategias más generales y sistemáticas de deslegitimación”¹⁵⁸. Por eso, aún cuando el establishment gay ha producido sus propios regímenes disciplinarios, sus propias técnicas de normalización, debemos enfrentar no sólo a los agentes específicos de opresión, como la policía o los agresores de la población LGTTTBI, ni las prohibiciones formales, explícitas, ni las instituciones hostiles como la educación y salud, sino más bien las estrategias pregnantas y polimorfas de homofobia que modelan los discursos públicos y privados, y saturan todo el campo de la representación cultural.

La promiscuidad y el contagio entre feminismo y disidencia sexual se sostiene sobre una tensión ineludible, por un lado, esa

¹⁵⁸ Halperin, San Foucault. Pág. 54

fuerza vital huidiza de la cristalización de formas; por otro, la maquinaria cultural con sus moralidades, imperativos y fabricaciones. En esa suspensión y tracción, se producen los desencuadres identitarios de sujetos que no se piensan en las coordenadas marcadas por los cuerpos políticos convencionales del movimiento feminista y lgtb. Poéticas de la fuga de voces y cuerpos, prácticas y teorías, políticas y estéticas, que polemizan y disputan desde la disidencia sexual y de género con los discursos hegemónicos. De este modo, esas otras narrativas de sí y de los otros, esos nombres “impropios” para la lógica policial del Estado, van ocupando y des-habitando los márgenes que las políticas feministas y lgttbi van construyendo.

El sustrato identitario demasiado fijo y arraigado de la lucha feminista y lgttbi suele obturar las líneas de expresión de aquellos materiales convulsionados, de los quiebres de identidades, de los vagabundeos de la imaginación que representan la incertidumbre de lo no garantizado en el horizonte de previsibilidad de la política. El discurso más institucionalizado LGTTTB y feminista privilegia narrativas suturadoras y apaciguadoras para que las voces incomodantes de la queja, la confrontación y la impugnación, no desajusten la prudente búsqueda de equilibrios de la política institucional. De ahí su gramática zombi. Por eso, habilitar un espacio activo de cuestionamiento para reflexionar cómo las propias prácticas de resistencia crean sus propios silencios y márgenes, y poder dar cuenta de la multiplicidad que nos habita y transita, forma parte de interceptar el espíritu zombi del momento.

Son muchas las líneas discontinuas, las roturas y torceduras de una memoria de la disidencia no plena, disgregada y convulsiva, que vuelven problemáticas las programaciones de identidades bajo narrativas monolíticas y uniformes del discurso de derechos, que inhibe la variación continua de las diagonales

cuyos enunciados flotantes designan composiciones heteróclitas e identidades de paso. Para recoger estas desconexiones de identidad, hacen falta narrativas abiertas a las separaciones, las multiplicidades y las dispersiones de voces que se cuentan, heterogéneamente, en los intervalos de relatos no unificados.

Las voces insumisas que se atreven a cuestionar la ritualización zombi de la identidad que homogeniza el formato de la protesta, desbloquean lo sedimentado por la política institucional y potencian una fuerza crítica de extrañamiento al interrumpir y desviar los discursos, prácticas, políticas y estéticas más ortodoxas hacia la rotura de los marcos que sujetan los paisajes que habitualmente nos rodean. Es la licencia poética del activismo más lúdico y radical la que rompe la clausura del saber y la identidad corporativa, la que despliega una oblicuidad de juegos de lenguajes capaces de descentrar las catalogaciones sociales, históricas y políticas más habituales. Los libretos político-ideológicos suelen rechazar como defecto lo irregular de las fallas de textura y de los vacíos de representación que justamente nos hacen saber que ningún relato debe mantenerse autocentrado en la falsa pretensión de verdades enteras, de significados totales. Nos urge como activistas y teóricxs feministas y de la disidencia sexual la tarea de una crítica vigilante de nuestros lenguajes que no quieren mimetizarse con la superficialidad mediática de la actualidad; una crítica que se oponga y resista tanto al realismo práctico del saber instrumentalizado de lxs expertxs como al sentido común del mercado cultural y a sus trivializaciones comunicativas de la globalización neoliberal.

Promiscuidad y contagio de prácticas que descabece a un feminismo zombi, introduciéndose en las zonas de roces, fricciones e intersticios, donde se vuelven materiales de lectura y análisis distintos tipos de prácticas sociales, de simbolizaciones

culturales y de modelaciones estéticas que no logran juntarse fácilmente en una misma composición de paisaje, porque la operación de espacialización en esferas autónomas que conlleva la especialización de los protocolos de la academia o de la lucha política, fijan las delimitaciones de sujetos y objetos de estudio. Promiscuidad y contagio para provocar que el discurso de la violencia contra las mujeres no se articule con el discurso de la (in)seguridad; que la denuncia de explotación sexual no impugne a las trabajadoras sexuales autónomas y organizadas; que el discurso del abuso sexual no sostenga supuestos homofóbicos; que la denuncia de la mutilación genital de las niñas africanas no tenga como telón de fondo el silencio de la mutilación genital infantil intersex; que el discurso por el derecho al aborto no promueva fundamentos que sean lesbo o transfóbicos; que las narrativas sobre el cuerpo contemporáneo no reivindique la naturaleza y los matices moralizantes sobre sus usos y placeres; que los estudios de género no presupongan un cuerpo estándar; que el discurso de las mujeres no subsuma a las lesbianas bajo una coaccionada unidad; que los relatos sobre las experiencias de aborto no vivifiquen el trauma sino como prótesis de la maternidad compulsiva y forzada; que el discurso de la heteronormatividad comprenda la criminalización del aborto como modo represivo de su institucionalidad, que el discurso LGTTTBI sea más que identitario y exprese un rechazo compartido a la diferencia sexual como matriz natural y necesaria de subjetivación; que los estudios académicos de género no reduzcan las presiones, constricciones y restricciones del género sólo al cuerpo de las mujeres; que los discursos sobre el placer se articulen y sobreimpriman a los discursos del cuidado; que las posiciones prosexo sean escuchadas y valoradas para repensar las modalidades de regulación de los placeres en un tiempo histórico estructurado por la industria pornográfica; que el discurso sobre la intersexualidad no sea casuístico sino

que sea pensada como algo que nos pasa a cada paso a tod*s¹⁵⁹, entre muchas e infinitas otras inquietudes.

Promiscuidad y contagio que lejos de la lógica de unidad y consenso, de un relato único y lineal, habilite una articulación sin premisas de pureza ni promesas sin fallas, sino que incite a la multiplicidad en la dispersión, haciendo de la vulnerabilidad corporal su plataforma de acción y resistencia común. Un pasaje de una semiótica política de la representación a una semiótica política de la articulación, porque cuando la diferencia política es reconstituida en términos de opciones binarias, la experiencia constituyente termina siendo reemplazada por una representación codificada de la misma.

En la materialidad de las vidas concretas, situadas, diarias, encontramos -o no- las condiciones para desplegar nuestras posibilidades corporales, siempre en un marco epistémico/discursivo hegemónico de inteligibilidad genérica que otorga coherencia y estabilidad a los cuerpos. Los cuerpos ya no se definen por su independencia y soberanía sino por su constitutiva relacionalidad, al expropiar las tecnologías de producción corporal y de la subjetividad de la tutela jurídica y médica, y reclamar su uso crítico y redefinición colectiva. Esta situación nos conduce a poner en práctica un feminismo molecular contra un feminismo de Estado, que desborde las políticas de identidad y de la representación. Si la medicina es el modo hegemónico de regulación y construcción de los cuerpos,

¹⁵⁹ “Cada vez que se da por sentado que todas las mujeres tienen vagina, o que todos los hombres pueden orinar de pie, cada vez que alguien afirma que los únicos cromosomas humanos son XY ó XX, cada vez que se dice que sólo los hombres tienen testículos y ovarios sólo las mujeres, cada vez que se asume que los genitales “normales” hacen a la felicidad, cada vez que se cree que esa “normalidad” debe pagarse a cualquier precio... la intersexualidad nos pasa. Y forma parte de lo que somos, aunque ni remotamente se nos pase por la cabeza o el cuerpo que, entre otras cosas, eso somos”. Mauro Cabral, Interdicciones.

con la consecuente pérdida de autonomía de la soberanía decisional, la dependencia de los medicamentos y del modelo hospitalario, y la constante patologización de conductas, sensaciones y placeres; si el dispositivo jurídico y mediático penaliza y estigmatiza prácticas e identidades a través de las normativas legales y el aparato represivo de las fuerzas de seguridad; si las instituciones del Estado establecen las regulaciones de lo público (espacio, conocimiento, sujetos, política, etc), nos urge construir un feminismo que persiga la desmedicalización, descriminalización, desestigmatización, desestatización de las sexualidades, los cuerpos, las subjetividades. Un feminismo que, sea cual sea el nombre que se adjudique, será de cualquier manera y por suerte, desbordado por sus propias fuerzas discrepantes y del disenso. Un feminismo que resalte su potencia como laboratorio de propuestas de acción de resistencia a la normalización institucional, creando las condiciones de la enunciación para producir un saber sobre nosotrxs mismxs y trabajando con múltiples intersecciones de fuerza y vectores de subjetividad, incluso divergentes entre sí, porque ni el “yo” ni el “nosotras” son categorías fijas y absolutas.

Son las condiciones históricas de los modos de subjetivación zombi, modelando sujetos autómatas perennes y prototipos de consumo, las que nos demandan un feminismo que visibilice nuestras contradicciones y conflictos, que asuma su condición de fragmentado y escindido, que permita entrar y salir de las composiciones de identidad, según los desafíos que plantean los distintos escenarios que van desde la teoría al activismo, pasando por el trabajo intelectual, la militancia ciudadana y la creación estética. Un feminismo que evite las totalizaciones identitarias¹⁶⁰, moviéndose en planos de interrelaciones que se

¹⁶⁰ En el mismo sentido expresaba mi aporte en los 1 Diálogos del activismo lésbico, como parte de un conjunto de reflexiones de otras activistas lesbianas: “Una de mis tantas preocupaciones en torno al activismo lésbico así como del movimiento de la disidencia

deshacen y se rehacen según las circunstancias, liberando los mundos simbólicos de los imaginarios culturales y estéticos donde la relación entre discurso y subjetividad se vuelve más oblicua, y que a menudo se inhiben en los discursos demasiado programáticos de la reivindicación y la militancia.

Dejar de vivir bajo la mirada de los ojos de Occidente significa distanciarse de la naturalización del cuerpo, del yo esencializado y de la metafísica de una identidad femenina cautiva del binarismo de género, es decir, de entender a las mujeres como una realidad biológica predefinida, pero, sobre todo, las mujeres como deben ser, blancas, heterosexuales y de clase media. Pero además, y fundamentalmente, implica cuestionar la codificación colonial de la diferencia que considera a todo “otro” como receptor pasivo de múltiples estratos de dominación, para así desestabilizar la unidad que reinstituye una y otra vez la subordinación como condición misma de su posibilidad en base a exclusiones. Porque los ojos de Occidente no sólo los porta quien nos mira, sino que también son parte del fondo de nuestra retina donde componemos nuestra propia mirada.

Me arriesgo por una política feminista que asuma la pregunta desfigurada y desconcertante de *¿un feminismo zombi?*, que no pretenda clausurarla con las respuestas históricas de lo ya

sexual y genérica, se centra en la reducción de la política a ciertas prácticas, espacios y voces, que se ha venido instalando desde hace algún tiempo. Este modo predominante de hacer política, que se convierte con exclusividad en el legítimo, abona los supuestos de que más allá de las instituciones del Estado, no hay poder posible, por lo tanto, desconoce -y se encarga de silenciar- aquellos agenciamientos y modos de organización que no tienen al Estado como principal interlocutor. De esta manera, se uniformizan los lenguajes, las acciones, los discursos, las consignas, los interlocutorxs, bajo las convenciones de una lengua técnico-administrativa. Así, los pliegues de las identidades, los quiebres de la identificación sexual, las formas singulares de habitar los cuerpos, si no se inscriben en el catálogo estatal de lo reconocible, desaparecen del discurso público y se desactiva la potencialidad refractaria de de sus gestos convulsivos y perturbadores de los procesos de normalización”. valeria flores. Aporte a los I Diálogos críticos del activismo lésbico.

pensado, neutralizándola como espacio de problematización, amenazándola con la posibilidad de un cierre. Una pregunta que, aunque exigua, sea un desafío para la imaginación teórica, la capacidad para fabular por nuestra cuenta y para la sensibilidad presente en nuestras prácticas, suministrando el impulso inaplazable para relanzar las preguntas políticas radicales -hoy en suspenso- y una invitación a recrear una nueva gramática política.

Feminismos disidentes, indomables, que recuperan la existencia de fragmentos discursivos e identitarios de memorias de luchas con las que hemos aprendido a hacer de “lo personal es político” el horizonte de la invención colectiva y de procesos de aguda conflictividad subjetiva. Feminismos cuyos sujetos de su enunciación son un vasto universo de sediciosxs del género, la sexualidad, la clase y la raza, críticos de los procesos de purificación y represión de los proyectos feministas que establecen alianzas con el estado, el aparato represivo y el puritanismo. El "proletariado del feminismo" como lo llamó Virginie Despentes o, en una versión local, el “lumperío lgttbi”¹⁶¹, hacen y deshacen las contraseñas de una subjetividad feminista constituida por múltiples corporalidades: las putas, las tortilleras, l*s intersex, las marimachos, l*s trans, las travestis, las mujeres no blancas, las violadas, las activistas prosexo, l*s practicantes del S/M, las trabajadoras sexuales lesbianas, las afrodescendientes, las mujeres de los pueblos originarios, l*s consumidor*s de drogas, l*s discapacitad*s, las presas, las gordas, y un tumultuoso etcétera sin nombre que rebasa toda descripción.

¹⁶¹ “Un pensamiento lumpérico. De comunidades imaginadas, protocolos identitarios y lenguaje de derechos”, valeria flores. Texto presentado en las II Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos: “Feminismos del siglo XX: desde Kate Millett hasta los debates actuales”. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata - septiembre de 2011

Si el feminismo comprende el movimiento de pensar bajo un régimen de asignación forzada del género acerca de las prácticas de libertad, con el propósito de intensificarlas en los cuerpos ¿vale circunscribir su lucha a un solo cuerpo –mujeres-, cuya inteligibilidad está dada por las normas reguladoras del género, que al mismo tiempo lo limitan y oprimen? Por eso, más que de una pregunta lúgubre acerca del feminismo, ¿*un feminismo zombi*? se trata de una oportunidad política para construir una membresía que no esté sujeta al dominio genital, sino a la activación de pragmáticas que desplieguen y aumenten la potencia de vida de todos los cuerpos. Esa es la fuerza activadora de la deconstrucción que precisamos lubricar, muy distinta de la lógica de la supresión o expulsión. Entonces, sin dejar de estar alerta a que cualquier identidad es una ficción reguladora que construye sus propias exclusiones y silencios, la tarea política para tramar estas articulaciones supone una crítica de las categorías de identidad que las estructuras jurídicas contemporáneas engendran, naturalizan, inmovilizan, y también, de las propias identidades que se activan como estrategia política para la movilización de demandas.

En complicidad y perseverancia de un deseo vital por la libertad corporal, que asume la tensión de no delegar en el Estado la posibilidad de su ejercicio, “el arte de la inservidumbre voluntaria” que inaugura toda práctica crítica, ubica y apunta al poder cómodamente instalado en el lugar de las épistemes prevalecientes de una cultura como centro de su embate. La crítica constituye una práctica en la que formulamos los límites de nuestros más seguros modos de conocimiento, de los modos de saber que se reconstruyen dentro de nuestra vida cotidiana y que regulan nuestro sentido común, y requiere una cierta paciencia al igual que la lectura demanda que actuemos un poco más como vacas que como humanos, aprendiendo el arte del lento rumiar, diría Nietzsche.

¿Un feminismo zombi? es la pregunta-péndulo suspicaz para un feminismo atento a sus propias producciones putrefactas y a sus zonas vivientes, a sus variadas hibridaciones. Un feminismo de terror, de clase B, bizarro y extravagante, que mantenga la sospecha sobre los automatismos de sus propias categorías, a la vez que produzca miedo como índice de su amenaza visceral para el orden vigente de la desigualdad económica, social y cultural. Un montaje creativo entre el gótico y la ciencia ficción, entre lo orgánico y lo inorgánico, entre vida y muerte, entre cuerpo y tecnologías, de políticas tortilleras trans feministas cuir descoloniales que hablan en lenguas para “no ser poseídas por la linfa de dios”¹⁶², ni del estado, la patria o el matrimonio.

¹⁶² “Lenguaraz”. Poemario de Macky Corbalán y valeria flores. Editora La mondonga dark. 2012.

¿Por qué el feminismo no coge? Dame placer y te daré la vida, dinero o teoría¹⁶³

El tabú... ese silencio persistente... ese dedo índice que se alimenta de prejuicios... esa tendencia maniquea de la moral a catalogar lo que está bien y lo que está mal sin miramientos, sin grises, represivamente... desconociendo al deseo, desconociendo las motivaciones, los placeres, a los sujetos de las prácticas y a las prácticas mismas...

Verónica Fulco

Crear una narrativa propia, que tenga como protagonistas nuestros propios deseos. Sin reasignar una moral conservadora a las prácticas sexuales en toda su diversidad: poligamia, orgias, tríos, sado masoquismo, bdsm, cultura leather, tener esclavos sexuales, ser ama, portar dildo, usar tacones, mear, escupir, beber sangre, consumir pornografía, desear a personas de diferentes edades, coger no sólo con lesbianas.

Noe Gall

¿hasta qué punto es radical un movimiento que suscribe a un programa punitivo de sociedad, que legitima el lugar político de la prohibición/abolición/censura/represión y le otorga al Estado un rol clave en ese sentido?

Morgan Ztardust

La institucionalización de la teoría queer ha hecho que surjan preguntas sobre su afiliación política y su creciente distancia de las culturas queer; cuando empezamos a desglosar los pros y los contras del reconocimiento institucional, debemos intentar saber qué ocurre dentro de la academia en los debates sobre las actuales prácticas del sexo queer. Sorprendentemente, hablamos de sexo –prácticas sexuales y variantes eróticas- mucho menos de lo que cabría suponer, y esto es, en parte, porque hablamos mucho sobre categorías como lesbiana y

¹⁶³ “Dame placer y te daré la vida. Ésta es la consigna” es una frase medular en la novela “Dame placer”, de Flavia Company (1999, Emecé).

gay. Casi asumimos que prácticas concretas se corresponden con identidades sexuales concretas, aunque nos opongamos a la naturalización del binarismo homosexual-heterosexual.

Judith Halberstam

Podría sospecharse de un pulso antifeminista en la áspera pregunta inicial. Sin embargo, se enuncia desde la propia capilaridad del activismo feminista como provocación y convocatoria a pensar las distancias, los silencios, las proscipciones, las conexiones entre estas prácticas políticas: coger y feminismo, en un momento histórico en que cuanto más se demandan políticas públicas menos se habla de nuestro deseo¹⁶⁴. Arrastrada a un examen de mi propia historia sexual y activista, me interrogo con Preciado. “¿Cómo hemos podido dejarle al Estado la gestión del deseo, de la fantasía sexual, del sentido de habitar o no el cuerpo propio? ¿o habría que decir el cuerpo-del-Estado?”, y diseño mis propias preguntas:

¿Cómo articular un discurso de los placeres sobre un fondo cultural que tiene como tópicos exclusivos del feminismo: la violencia contra las mujeres, el aborto y la trata/prostitución, y sobre el que emergen cuerpos y discursos sembrados de pánico y miedo?

¿Cuánto hacemos por explorar y construir discursos acerca de nuestros placeres, es decir, cuánto tiempo, espacio y reflexión colectiva le dedicamos? ¿Cuánto tiene que ver la creación de

¹⁶⁴ Sobre la (des)conexión entre deseo e identidad dice Preciado: “Desconfía de tu deseo, sea cual sea. Desconfía de tu identidad, sea cual sea. La identidad no existe sino como espejismo político. El deseo no es una reserva de verdad, sino un artefacto construido culturalmente, modelado por la violencia social, los incentivos y las recompensas, pero también por el miedo a la exclusión. No hay deseo homosexual y deseo heterosexual, del mismo modo que tampoco hay deseo bisexual: el deseo es siempre un recorte arbitrario en un flujo ininterrumpido y polívoco”. Terror anal. Pág. 164.

estas acciones con la posibilidad de activar otros modos de subjetivación feminista, con el ejercicio del empoderamiento erótico y la promoción de un comportamiento sexual que no esté basado en la culpabilidad?

¿Cuánto del discurso circulante sobre la violencia hacia las mujeres construye al mismo tiempo su condición de víctimas?

¿No debería inquietarnos que rápidamente se instalen en la agenda mediática aquellos discursos que nos producen como víctimas o nos revictimizan?

¿Cómo construir un discurso del placer en una realidad mediatizada por el peligro sistemático espectacularizado: la inseguridad, los robos, las violaciones? ¿No le seguimos dejando acaso la producción visual del placer a la maquinaria heteropatriarcal a través de la pornografía convencional? ¿Por qué no invertir tanta energía en la contra-producción de imágenes sexuales en vez de censurar las disponibles en el mercado tecnomediático?

¿Es posible construir un feminismo prosexo a nivel local que desarticule los presupuestos morales y conservadores de un feminismo hegemónicamente abolicionista, y aliente una plataforma de resistencia al control y la normalización de la sexualidad que tenga como agentes políticos a múltiples identidades (marimachas, practicantes S/M, trabajador*s sexuales, trans, intersex, travestis, hiperfemmes, drag queens, drag kings, crossdressing, strippers, etc)?

No se trata de decirle a la gente cómo, con quién y bajo qué reglas tiene que coger, cayendo en un nuevo moralismo militante, sino de mostrar que en las performances y estéticas del coger hay inscripciones del poder y de sus resistencias, de las normas y de sus desvíos, que las formas socialmente legibles como “buenas” y “normales” forman parte de una ortodoxia del disciplinamiento del deseo.

Se trata de tener el coraje de hacerle un espacio a la imaginación deseante de/en nuestras vidas, a problemas de la biopolítica heteronormativa que están frente a nosotras, esperando otras respuestas, nuevas formulaciones, nuevas prácticas, para un mayor desarrollo y prosperidad de nuestra cultura sexual, que no sean la prescripción o la proscrición, la sanción o el juicio moral, el diagnóstico o la contravención, todos actuales núcleos dominantes de sentido. Tal como señala Raquel Osborne, “parece haber un cierto acuerdo entre las feministas al hablar sobre lo que es peligroso y poco seguro en relación con el sexo, pero el acuerdo se rompe cuando se trata de expresar lo que produce placer a las mujeres. No hay apenas un espacio creado para este discurso, y semejante táctica incrementa su miedo al sexo”¹⁶⁵.

Lo político, para Mary McIntosh, “no se identifica con la efectucción de demandas al Estado”¹⁶⁶, tal como ha quedado subsumida la política feminista en estos últimos años en nuestro país. Así, renuevo aquello que se planteaba en los Diálogos críticos del activismo lésbico, “toda actividad política requiere de la práctica de la “crítica” como operación de desnaturalización de sentidos. Mostrar, revelar que los signos, las formas, no son nunca inocentes, ni las palabras, ni las imágenes, que la realidad no habla por sí misma, que cobra sentido a través de mediaciones discursivas y que esas mediaciones discursivas deben ser precisamente desmontadas y remontadas. Hay una tarea de la “crítica” que tiene que ver con el hacer, el deshacer y el rehacer los discursos y las prácticas, que es absolutamente clave para tensionar los enunciados y presupuestos de nuestras

¹⁶⁵ Osborne, Raquel. La construcción sexual de la realidad. Pág. 292

¹⁶⁶ Citada en Osborne, Raquel. La construcción sexual de la realidad. Pág. 302

políticas, mostrando los conflictos, antagonismos y contradicciones”¹⁶⁷.

La interpelación *¿por qué el feminismo no coge?* no persigue ningún afán explicativo, más bien busca el efecto de disrupción en el interior de la lengua demasiado seca del feminismo, perturbando radicalmente la adecuación satisfecha entre sexo bueno y sexo malo, y conmocionando los léxicos demasiado en regla consigo mismo de los derechos sexuales y reproductivos y sus índices de legibilidad. Trama de un saber interrogativo que no pretende demostrar sino excitar y perforar el orden de pruebas y certezas de un feminismo identitario abroquelado en lo mujeril y en la moral neo-victoriana, con un tajo especulativo o un lengüetazo húmedo en su didáctica activista moralizante, victimizante y anti-puta, que no duda en hacer alianzas con el Estado y las fuerzas de seguridad antes que con las propias trabajadoras sexuales organizadas. Porque cada unx en su propio camino replantea los términos de los discursos que lx involucran, para expandir o desplazar sus horizontes semánticos, los mapeos eróticos del cuerpo, el imaginar y actuar nuevas formas de comunidad por los sujetos de otro desear, y para repensar lo sexual en nuevas formas, de otro modo y en otro sitio.

Sobre las contradicciones y disputas en torno al trabajo sexual en el campo del activismo feminista, es elocuente la tensión que plantean Eduardo Mattio y Noe Gall: “Pese a que los más diversos feminismos han coincidido en denunciar la moral patriarcal opresiva con la que se ha censurado la libertad sexual de las mujeres -su reducción a un régimen reproductivo, monogámico y heterosexual-, tales luchas no han redundado en una posición unívoca respecto de la significación de una sexualidad

¹⁶⁷ Texto de convocatoria a los III Diálogos críticos del activismo lésbico. 27 de agosto del 2012, en Casa Brandon.

emancipada. En razón de tales desacuerdos, el sintagma “este cuerpo es mío” no parece tener el mismo alcance dentro del campo feminista. En concreto, tal afirmación justifica unánimemente la autonomía corporal de las mujeres a la hora de decidir abortar o no, pero no tiene un efecto semejante al momento de legitimar la autonomía corporal que involucra el trabajo sexual de las mujeres”¹⁶⁸.

La maquinaria discursiva del feminismo abolicionista se lubrica y extiende a través del aparato estatal, se amplifica con la producción mediática de las mujeres como víctimas, y se alía tácitamente con los discursos de los sectores más conservadores acerca de la sexualidad. Pensar en la “prostitución cero” o en la erradicación de la prostitución es proyectar una aniquilación de ciertos deseos que comienza, fundamental y centralmente, en el cuerpo de las trabajadoras sexuales, espejeando una sutil y enérgica operación de eugenesia del género. Como efecto colateral, las trabajadoras sexuales son expatriadas, desterradas del género -a la vez que prisioneras del mismo- y dibujan una nueva figura de abyección dentro del feminismo.

El debate sobre el trabajo sexual emblematisa los avances, los límites y los desafíos de la lucha por la libertad sexual¹⁶⁹, y la tradición de un feminismo moral anti-sexo cristaliza en la postura hegemónica sobre el tema. En los últimos tiempos se debaten y aprueban en las distintas provincias del país, legislaciones de lucha contra la trata, produciendo un

¹⁶⁸ “Sexualidad lesbiana, trabajo sexual y empoderamiento feminista”, de Noe Gall (Asentamiento Fernseh; FFyH, UNC) y Eduardo Mattio (FFyH, UNC), texto presentado en EJE 2. Trabajo Sexual – Prostitución, del Simposio 1: “Feminismos argentinos y latinoamericanos: debates actuales”, durante las XI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VI Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, San Juan, 12 al 14 de septiembre de 2012

¹⁶⁹ Leticia Sabsay, “Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía”. Paidós. 2011

desplazamiento semántico entre trata y prostitución, términos que se han convertido en sinónimos no casualmente¹⁷⁰. Estas legislaciones han sido aprobadas, en general, sin la participación de las organizaciones de trabajadoras sexuales, quienes paradójicamente son las que padecen sus efectos. Concretamente, medidas punitivas de este tipo así como la prohibición de los avisos comerciales de oferta sexual -rubro 59-, han revertido en una mayor clandestinización del trabajo sexual, la criminalización, invisibilización y estigmatización de las trabajadoras sexuales independientes¹⁷¹. Resulta sorprendente que quienes luchan por la descriminalización del aborto acuerden con políticas prohibitivas, sabiendo de antemano cómo esta estrategia conservadora termina expandiendo los circuitos clandestinos. La lucha contra la trata, más que perseguir a los tratantes y proxenetas, tiene como campo de batalla primordial el cuerpo de las trabajadoras sexuales¹⁷². En esta dirección, Marisa N. Fassi destaca que “En Argentina, los silencios en la ley para proteger los derechos de las trabajadoras sexuales

¹⁷⁰ Tal como advierte Sabsay, hablar de prostitución o de trabajo sexual “supone una serie de problemáticas que si bien están articuladas, son disímiles: desde la explotación infantil a las redes transnacionales, pasando por la confusión entre el trabajo sexual independiente y la explotación del trabajo sexual, las alusiones a los cruces entre migración, vulnerabilidad, marginalidad, precariedad económica y explotación con la industria del sexo en sus diferentes registros, o el problema del tráfico de personas...en general, cuando se utiliza el sintagma de la “prostitución” se tienden a homologar todas estas distintas configuraciones de la industria del sexo, y la mayoría de las veces se usa el caso de la explotación infantil y el tráfico para condenar la industria del sexo in toto”.

¹⁷¹ Aquí me interesa destacar la creación de la Red por el Reconocimiento del Trabajo Sexual (Córdoba). En facebook está disponible el documento de lanzamiento. También se puede ver el texto de apertura de la charla-debate realizada en Neuquén “Las trabajadoras sexuales toman la palabra: Experiencias de organización en primera persona”, en <http://escritosheticos.blogspot.com.ar/2012/11/las-trabajadoras-sexuales-toman-la-14.html>

¹⁷² Situaciones denunciadas en estos artículos, “Cuando el procedimiento es improcedente”. AMMAR denuncia que los operativos contra la trata terminan favoreciendo a los proxenetas, 9 de julio del 2012 Página/ 12, <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-198226-2012-07-09.html> y “Putas y autónomas”, por Andrea Lacombe en Suplemento Las/12, Página12, 6 de julio del 2012 <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-7354-2012-07-12.html>

muestran que su marginación legal significa algo más que para "olvidar" este sector. Esos silencios implican más bien reforzar la dicotomía víctimas/ "putas". Esta marginación de la protección legal abre la posibilidad de abusos de todo tipo contra las trabajadoras sexuales sin mayores consecuencias jurídicas¹⁷³.

La victimización sistemática de las trabajadoras sexuales anula y niega su autodeterminación, suprimiendo el capital político, epistemológico y organizacional agenciado en un proceso de empoderamiento y auto-representación en el que el feminismo ha cumplido un papel más de detractor de su palabra que de propulsor de la consigna autonomista "mi cuerpo es mío". Convertidas en víctimas alienadas que han de ser salvadas de la explotación sexual por la tarea redentora del feminismo, son, al mismo tiempo, culpabilizadas de reproducir mecanismos patriarcales que lesionan a las mujeres en su conjunto, especialmente las que no desean ser rescatadas de ninguna "catástrofe" sexual para terminar "incluidas" en el circuito económico precarizado pero digno. Es llamativo que quienes proponen erradicar la prostitución, bajo ideales higienistas o deontológicos, no pongan el mismo énfasis –y ni siquiera lo mencionen como parte de sus análisis– en la erradicación del matrimonio, siendo que el matrimonio civil y el prostíbulo moderno emergen como instituciones de la modernidad al mismo tiempo, para marcar la frontera entre las malas y las buenas mujeres, que administra de manera binaria su localización espacial en la esfera pública y privada respectivamente. A su vez, una perspectiva descolonial nos exige cuestionar la construcción occidentalizada del discurso victimizante respecto de las trabajadoras sexuales del tercer mundo, que además de operar a nivel global y ser la base de políticas internacionales de financiación y subvenciones, parte

¹⁷³ "Enfrentando los Márgenes del Derecho: Resistencia Cotidiana de las Trabajadoras Sexuales". Marisa N. Fassi.

de la idea de que, por un lado, las “putas” occidentales liberadas son libres de elegir su profesión, y por otro, que las mujeres del Tercer Mundo son víctimas forzadas de trata, mujeres inocentes obligadas a ejercer la prostitución por la pobreza, los traficantes o la edad, quienes necesitan ser rescatadas¹⁷⁴.

La emancipación de todas las mujeres está íntimamente ligada a la de las trabajadoras sexuales, porque el estigma de puta se usa para descalificar a cualquier mujer que manifieste iniciativa sexual o económica. Las trabajadoras sexuales independientes defienden el derecho a elegir y lo consideran libre, sin dejar de reconocer las obvias constricciones económicas y sociales que condicionan en muchos casos dicha elección, al tiempo que hacen uso de muchas de las prerrogativas que históricamente han sido propiamente masculinas, como el ejercicio autónomo de la sexualidad, la separación de la esfera sexual de la afectiva y el acceso a recursos económicos propios.

“Katie, una activista de derechos civiles homosexuales que trabajaba como prostituta en un prostíbulo (además de trabajar en un restaurante lésbico durante el día), lo resume muy bien: “Una mujer sola es una puta. Dos mujeres son lesbianas. El control de las mujeres a partir del temor a esas dos acusaciones está codificado en la ley” (en Nestle, 1987: 143)”¹⁷⁵. A través del prisma de la prostitución¹⁷⁶, como activista tortillera no puedo dejar de tejer los hilos de una afinidad política, epistemológica y emocional con las trabajadoras sexuales, sean heterosexuales, bisexuales o lesbianas. Tenemos una larga historia entrelazada, que Joan Nestle (1987) explora en su ensayo “Lesbianas y

¹⁷⁴ Idem.

¹⁷⁵ En “¿Es posible una postura feminista en apoyo de la prostitución? Una exploración de las tendencias actuales”, texto de Kari Kesler (2002), investigadora independiente, Seattle. Traducción de Joaquín Ibarburu.

¹⁷⁶ Gail Petherson. Editorial Talasa, Madrid, 2000.

prostitutas: Una hermandad histórica”¹⁷⁷, mostrando cómo las lesbianas y las prostitutas siempre han estado conectadas, no sólo en la imaginación masculina sino también en sus historias reales y poniendo de relieve cómo ambas estaban relegadas a los márgenes de la sociedad y de la condición de mujer. En determinados momentos históricos, “la prostitución significó para algunas putas lo que pasar por hombres fue para algunas lesbianas: las liberó de la esfera de las mujeres y de su rígido control”, afirma Nestle. Haciendo alusión a los códigos visuales de identificación sexual y social, Nestle establece la siguiente relación entre la vestimenta de las prostitutas y de las lesbianas: “La primacía de los códigos de vestido atraviesa la historia de la prostitución. Esta teatralidad de cómo las prostitutas tenían que ser marcadas socialmente para apartarlas de la mujer domesticada, y cómo la población de prostitutas respondía a estas demandas del estado, me hizo pensar muchas veces en las formas en que las lesbianas han usado ropas para declararse como un tipo diferente de mujer. Las prostitutas, incluso hasta fines del siglo XIX, eran descritas como mujeres antinaturales, criaturas que no tenían conexión con esposas y madres, así como las lesbianas fueron llamadas, años más tarde, “tercer sexo””.

Putas y tortilleras; trabajadoras sexuales y lesbianas, ambas extraviadas de las normas de género, de las normas sexuales de género. Consideradas históricamente como desviadas sexuales¹⁷⁸, hipersexualizadas en los imaginarios culturales, en el sustrato de la doxa popular pervive la suposición de que ambas llegaron a su situación actual como consecuencia de una historia de violencia sexual y/o resentimiento contra los hombres.

¹⁷⁷ Texto disponible en: <http://potenciatortillera.blogspot.com.ar/2012/11/gabriela-adelstein.html>

¹⁷⁸ Recuerdo que al hacerme visible en el aula como lesbiana, entre lxs chicxs surgía el interrogante: “¿Prostituta es lo mismo que lesbiana?”, En “Desandar los caminos del silencio”, Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual. Pag 48.

Ninguna de ellas está vinculada a un hombre que la respalde económicamente; ambas deben mantener en secreto buena parte de su vida, aunque las lesbianas actualmente seamos poseedoras de cierto reconocimiento social y legal. A pesar de ello, aún hoy las feministas intentan distanciarse del estigma asociado al lesbianismo por temor a que afecte la imagen del movimiento. En vez de explorar y reconocer las complejidades de la vida lésbica, las feministas se apresuran a dictaminar que las lesbianas masculinas y las ultrafemme adhieren a un modelo patriarcal no revisado. Una vibrante muestra de esta rúbrica de inhabilitación lo expresa la joven videasta Morgan Ztardust, "...quizás aquí podría saltar el paredón y zambullirme de lleno en el discurso con mi propia historia de femme-queer-feminista, muchas veces he experimentado una fuerte censura y violencia política hacia toda expresión polimorfa de lo femenino dentro del movimiento feminista. La sobre-valoración compulsiva de lo femenino dentro una sociedad heterosexista muchas veces ha dado lugar a una sistemática infra-valoración y denostación de lo femenino dentro del feminismo. Para much*s, nos resulta muy difícil pensarnos, enunciarnos y construirnos desde una alter-feminidad o desde una feminidad que sensiblemente hacemos nuestra y que transitamos políticamente con orgullo y deseo. Así como las chongas, bomberos, invertidas, tribadistas, son existencias, iconografías, presencias-fantasma, obsesiones disonantes para el imaginario sexo-genérico occidental, y figuras-estandarte para gran parte del activismo y las poéticas LGTB, lésbicas, feministas; las putas y las frías, imágenes de una feminidad revulsiva, patologizada, de mujeres impropias, desaprobadas, incorrectas en más de un sentido (moral, biológico, psicológico, político, social) siempre fueron esa gran ausencia, esa gran desgracia, ese enorme e incómodo silencio que suena a vergüenza y fobia dentro de las discusiones, las

historias, las acciones, las reflexiones y los discursos”¹⁷⁹. De la misma forma, en la actualidad cierto feminismo se aleja del estigma de la puta, temeroso de que apoyar el trabajo sexual signifique un retroceso para el movimiento. En general, hay una facilidad de juicio y de condena de la prostitución dado por una cómoda distancia. “El miedo que tantas feministas sienten en relación con las trabajadoras sexuales sólo sirve para debilitar tanto a las prostitutas como a las feministas, y sobre todo a las mujeres que son ambas cosas”¹⁸⁰.

El ímpetu central de la actitud crítica en un contexto en el que se requiere obediencia epistémica y política para certificar la filiación al feminismo administrado por lógicas de impugnación y descarte, se ajusta a la célebre pregunta de Foucault: “cómo no ser gobernado de esa forma, por ése, en nombre de esos principios, en vista de tales objetivos y por medio de tales procedimientos, no de esa forma, no para eso, no por ellos”. Ser gobernadx no es sólo que a unx se le imponga una forma sobre su existencia, sino que nos sean dados los términos -las formas de conocimiento y los mismos modos de ser- en los cuales nuestra existencia será y no será posible. Como feminista prosexo me preocupa y atañe ahondar en los discursos de verdad del propio feminismo y sus efectos de poder sobre los sujetos que dice representar. Comparto la aguda reflexión de Noe Gall, activista prosexo lesbiana feminista, “venimos de un gran legado histórico feminista de emancipación de las mujeres; al cual, personalmente, le debo todo. Pero me parece paradójico que una parte del feminismo insista en instalarse en una moral altamente opresiva con respecto a la sexualidad y el deseo de las mujeres. Como en la posición con respecto al trabajo sexual, la

¹⁷⁹ “Algunas notas de una feminista pro-sexo y NO ABOLICIONISTA”, texto de Morgan Ztardust, disponible en Facebook (2012)

¹⁸⁰ Kari Kesler.

pornografía y las relaciones inter-generacionales (edad de consenso), que se emparentan con una moral conservadora, vulnerando el derecho de las propias mujeres a su autodeterminación”¹⁸¹.

Es interesante sumergirse en los silencios de los estudios de género y sus pocas o nulas preguntas sobre cómo vivimos nuestros cuerpos, especialmente cómo cogemos y en qué pensamos cuando cogemos. “Quizá, en nuestra urgencia por desesencializar el género y la identidad sexual, nos hemos olvidado de desesencializar el sexo”¹⁸², revela Halbertsam. Esto nos exige retomar en serio el discurso sobre los actos en vez de basarnos en identidades, a la vez que nos libramos del romanticismo victoriano en lo referente al sexo. La carencia de un lenguaje sexual para nuestras prácticas que no esté sopesado sobre una gradación jerárquica de lo digno; la conducta sexual promovida desde las filas de un feminismo antisexo y su imperialismo cultural al ignorar las especificidades de las diferentes culturas sexuales; sus preceptos que conducen a la producción de una moralidad sexual representando las prácticas sexuales como algo totalmente limpio, romántico, mutuo y amoroso; así como la concepción del sexo como algo natural¹⁸³ e inmaculado desvinculado de transacciones económicas, precisan ser cuestionados y desarmados. Tal como señala Osborne, “lo que se necesita es una activa defensa de la imaginación sexual, así como de los derechos de los diferentes grupos a definir sus propios materiales eróticos”¹⁸⁴.

¹⁸¹ En “Tomar la palabra/concha”, Noe Gall. Texto de la mesa del Conflicto C: “Relaciones sexo-afectivas: sensibilidades desheterosexualizadas, placeres abyectos, desmoralización del deseo”. Celebración de las amantes. Jornadas de orgullo y disidencia lesbiana. Córdoba, abril del 2012. Texto disponible en <http://potenciatorillera.blogspot.com>

¹⁸² Halberstam, Judith (2008) Masculinidad femenina. Editorial Egales, Madrid. Pág. 137

¹⁸³ Recordemos que la apelación a la “naturaleza” siempre ha funcionado como un dispositivo de legitimación moral de los discursos más conservadores.

¹⁸⁴ Osborne. Pág. 293

Pensar una práctica sexual como algo intrínsecamente degradante instituye arbitrariamente un régimen de legitimidad y clasificación entre “sexo bueno” y “sexo malo,” eludiendo los contextos eróticos –sociales, políticos, culturales, geográficos, etc.-, en los cuales esas prácticas son ejercidas y reconocidas como placenteras y legítimas. Al respecto, Cherrie Moraga expresaba los prejuicios de raza en las interpretaciones feministas sobre ciertas prácticas sexuales: “Lo que necesito explorar no lo encontraré en el dormitorio de la lesbiana feminista, sino probablemente en muchos dormitorios heterosexuales de South Texas, Los Ángeles o incluso Sonora, en México. Además, me he dado cuenta de que las feministas blancas, a la hora de describir la sexualidad, se confinan a sí mismas dentro de unas fronteras en las que sólo utilizan interpretaciones de origen blanco sobre la dominación, la sumisión, el intercambio de poder, etc.”¹⁸⁵. A nivel local, la activista lesbiana Verónica Fulco asumida “orgullosamente histórica”¹⁸⁶ certeramente ilustra “que el deseo y el placer no necesariamente circulan por caminos “rectos”” y que las preguntas por los modos en que la cultura moldea nuestros deseos no le impide vivir esas fantasías “políticamente incorrectas”, asumiendo que su disfrute no la exime de la reflexión.

Los discursos culturales administran las experiencias de los sujetos para que sean audibles y legítimas. Determinadas

¹⁸⁵ Cherrie Moraga, citada en Halberstam. Pág. 147

¹⁸⁶ Que define de este modo. “Quiero que la otra me desee y sepa que la deseo, y al mismo tiempo, quiero que dude. Quiero que sepa que algo pasará entre nosotras de un momento a otro, pero al mismo tiempo busco que ese momento nunca llegue. Quiero que sea insoportable el deseo de pasar ese límite. Que se vuelva dolorosamente obsesiva y excitante la fantasía de lo que vendrá... o de lo que quizás nunca ocurra”. Texto presentado en Conflicto C. Celebración de las amantes. Jornadas de orgullo y disidencia lesbiana. Córdoba, abril del 2012. Texto disponible en: <http://potenciatortillera.blogspot.com>

construcciones argumentativas de las experiencias de las mujeres y otros colectivos se convierten en totalizantes y monovalentes, obturando –y negando al mismo tiempo– otras y variadas narrativas. Por ejemplo, plantear como estrategia retórica que “ninguna mujer desea abortar...” para argumentar a favor del derecho al aborto, vuelve interdicto el “deseo” de muchas mujeres por tal práctica; así como tematizar la interrupción voluntaria del embarazo como el “trauma del aborto” deja en penumbras el contexto de criminalización como condición de producción de una experiencia tejida sobre el padecimiento y la culpabilización como sentimientos autorizados o permitidos. Estas narrativas hegemónicas que se reagrupan en un pacto discursivo como táctica política frente a los sectores más conservadores del poder político y económico, operan de forma normativa al establecer los sentidos legítimos y convenidos acerca de cómo se deben vivir y enunciar las experiencias. Lo mismo podemos pensar cuando se plantea el “drama de la prostitución” y casi en los mismos términos “el flagelo de la trata”, imprimiéndole a cada problemática una superlativa afección trágica que obtura análisis más complejos, minuciosos y, fundamentalmente, ignora las voces y deseos de sus principales protagonistas. Creo que como feministas no podemos perder de vista el fondo cultural sobre el que articulamos nuestras demandas, promoviendo coordinadas discursivas y vectores de enunciación que problematicen las cláusulas de la victimización para erigirse en un sujeto escuchable.

“Si podemos comprender que haya mujeres a las que no les gusta que le acaricien el pecho, aún suavemente, mientras a otras les gusta que les pellizquen los pezones ¿por qué es entonces tan difícil dar un paso más y comprender que hay mujeres a las que

les gusta que le aprieten los pezones con pinzas?”¹⁸⁷, desafía Lynda Hart. Históricamente, al interior del feminismo se estableció una jerarquización o estratificación erótico-sexual que, de manera vigorosa, fue limitando, condicionando y regulando el deseo legítimo, la práctica deseable, el apetito habilitado, excluyendo así un sinnúmero de prácticas y modos de desear. Esta codificación del “deseo correcto” se modula en un contexto particular como el de nuestros días, en el que las diversas políticas sexuales que se han implementado en nombre del reconocimiento de derechos, también han resituado a las identidades no heteronormativas en el escenario reproductivo, monogámico y heterosexualizado de la familia tradicional. Estas políticas vuelven ilegibles e ilegítimos determinados modos de experiencia erótico-afectivo-sexual, expulsándolos de las agendas de debate, lo que provoca el desplazamiento y menosprecio de ciertos cuerpos, ciertas prácticas, ciertos deseos, maximizando su vulnerabilidad, fabricando estereotipos identitarios y forcluyendo otros modos de ser.

“¿Es mi cuerpo siempre el mismo?... Cuando me relaciono sexualmente con alguien o alguienas ¿Puedo decir que mi cuerpo acaba cuando comienza el del otro? ¿Qué constituye el límite de mi cuerpo? ¿Y el límite de mi deseo?”¹⁸⁸, interpela Noe Gall. Si los masoquistas son grandes educadores, afirmaba Deleuze ¿qué lugar ocupan en el ethos feminista ciertas formas de sufrimiento o su intensificación sobre la superficie del cuerpo suficientemente severas como para llevar a una pérdida del lenguaje? ¿qué podrían enseñarnos esas formas sobre nuestros propios cuerpos y las regulaciones culturales del deseo? En particular, las prácticas sexuales S/M se aproximan

¹⁸⁷ “Identidad y seducción: Lesbianas en la corriente principal” por Lynda Hart. Traducido por: Gisela Coiset y Paula Soler. Correcciones: Javier Macías. En <http://royalcaute.blogspot.com.ar/2008/05/identidad-y-seducin-lesbianas-en-la.html>

¹⁸⁸ En “Tomar la palabra/concha “.

frecuentemente a ese extremo, cuando no lo alcanzan plenamente. “Desde un punto de vista occidental, percibimos aparentemente esta experiencia como una cosa violenta y terrorífica. Que pueda ser también una forma de meditación, de profunda relajación o de una benéfica privación sensorial parece incomprendible, sobre todo si es acompañada de una euforia sexualizada”¹⁸⁹. Lynda Hart, interrogándose sobre qué tipo de performance podría ser el S/M lesbiano, afirma que el S/M no concierne a los bártulos sexuales ni al discurso transgresor con los cuales se lo ha asociado en la cultura popular dominante; concierne más bien al elemento inesperado, a la oscilación, cualquiera sea la forma que tome, que sorprende a lxs participantes y produce una forma de placer surgida del hecho de encontrarse de pronto sin defensa, de lo que aparentemente se desprendería un estado de incomodidad agradable. De manera hegemónica, el S/M ha sido una práctica condenada por el feminismo, encapsulada socialmente en el cerco de las perversiones sexuales bajo su custodia patologizante. Concebida como una práctica sexual “artificial”, se contrapone al sexo straight que sería la “cosa verdadera”, es decir, todos los actos sexuales que reivindican una práctica sin mediación de la cultura y de la ideología, cegando de este modo que siempre en un acto sexual estamos de antemano en un escenario del que podemos reconocer o no sus bordes. “El sadomasoquismo es objeto de polémicas tan excesivas entre las feministas no por la violencia que se le supone perpetuar o dejar hacer, sino porque consiste en un conjunto de actos sexuales en los cuales el erotismo es precisamente suscitado en el equívoco entre real y performance, esa “autotextualidad” que Pavis afirma que es “el corazón de la dicotomía ilusión/desilusión”¹⁹⁰. Los ataques dirigidos a las

¹⁸⁹ Lynda Hart.

¹⁹⁰ Idem.

prácticas sexuales sadomasoquistas por parte del feminismo pueden suscitar vergüenza, culpabilidad y miedo en mujeres que están a punto de explorar el S/M o que han comenzado a considerar sus posibilidades, una actitud antagónica nuevamente con la consigna “mi cuerpo es mío”. El movimiento de sexualidad sadomasoquista está en relación con ese límite delicado y precario, donde la puesta a prueba y el franqueamiento de una línea que separa real y fantasmático trastornan profundamente un movimiento feminista investido de una perspectiva de conciencia y claridad. El llamado a expresiones “naturales” de sexualidad es como una maniobra reaccionaria para un movimiento que se dice emancipatorio de los cuerpos.

Dame placer, y te daré la vida, dinero o teoría, todas transacciones en las que nos jugamos el cuerpo. ¿No es la producción académica una transacción comercial? ¿No es el/la intelectual unx trabajadorx que vende su fuerza de trabajo, su capacidad cognitiva, su cuerpo, al Estado? ¿No hay cierto placer en la tarea de investigación? ¿Acaso no debemos pagar todo el tiempo en este sistema capitalista por cualquier tipo de placer al que queramos acceder? ¿La dignidad es un concepto moral de valoración del trabajo estipulada proporcionalmente por el alejamiento y distancia de los genitales? ¿Se constituye en una plusvalía moral para el sujeto? ¿No todos lxs trabajadorxs (re)producimos significados sobre los sexos, las sexualidades y los géneros? ¿Qué es lo in-escuchable, lo inadmisibile, para volverlo invisible por medio de su tachadura y borradura del espacio de legibilidad social de los procesos de agenciamiento del deseo enunciados en primera persona? Por eso, la interpelación inaugural *¿por qué el feminismo no coge?* no puede ser leída como una simplificación referida a las prácticas sexuales concretas de las feministas, sino que intenta la puesta en escena en el espacio público de un discurso enérgico y

poderoso sobre nuestros placeres, nuestros deseos, nuestras eróticas. Porque no se trata de elecciones sexuales personales, de practicar o no el BDSM, tener sexo en orgías, en trío, en pareja o en solitario, de no ser monogámica o de serlo, disfrutar del sexo rudo o vainilla, etc., sino de una política y activismo que apoye, reconozca y estimule la autodeterminación sexual. Como afirma Kimberly O'Sullivan, ser una radical sexual "significa sostener una política progresista sobre los derechos sexuales, el trabajo sexual, la censura y la libertad de expresión, la industria del sexo, el material sexual para adultos, la elección sexual y la libertad sexual. Significa reconocer las actitudes y los valores anti-sexo que tiñen el modo en que la sexualidad es analizada en los medios, en los foros públicos, e incluso dentro de las comunidades gay y lésbicas... Las radicales sexuales miran dentro del núcleo de los temas sexuales e identifican la hipocresía y la opresión"¹⁹¹.

"He aceptado la pureza como la peor de las perversiones", decía Marguerite Yourcenar, a la vez que la reflexión de Joan Nestle tiene una vigencia contundente: "La pureza lésbica, imagen pública que nos envuelve en el manto de las relaciones monogámicas duraderas, los encuentros discretos en la intimidad del hogar, y la necesidad apremiante de recrear la familia, no ayuda a nadie. Al permitir que se nos represente como la homosexual buena, respetable, perdemos más de lo que ganamos. Perdemos la complejidad de nuestras vidas, y perdemos lo que para mí ha sido una lección de toda la vida: no se traiciona a los camaradas cuando comienza la cacería de brujas"¹⁹². Lo que nos anima a un afanoso y prolífero trabajo por hacer, un proceso de rehusar e interrumpir la pretensión de

¹⁹¹ ¿Qué es "radical sexual"?, Kimberly O'Sullivan en Lip. The lesbian magazine, Issue Six, April 1998, Australia. Traducción: Gabriela Adelstein, Buenos Aires, 2012.

¹⁹² Joan Nestle (1987) *A Restricted Country*, New York (134), citada en Javier Saéz (2004) *Teoría queer y psicoanálisis*. Ed. Síntesis, Madrid.

pureza en nuestras prácticas, activando múltiples propuestas y experiencias políticas de empoderamiento, autonomía y reconocimiento de nuestras pasiones, anhelos, afanes, deseos y placeres. Una búsqueda de aquello que Gayle Rubin llamó “justicia erótica”¹⁹³, porque todavía much*s seguimos pagando un precio de vergüenza, dolor y castigo por nuestras conductas sexuales.

¹⁹³ Rubin, Gayle (1989) “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad,” en Vance, Carole (comp.) Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina. Editorial revolución. Madrid.

Topografías de disidencias: masculinidades lésbicas y deconstrucciones heteronormativas

Los números primos, o el último teorema de Fermat, o el problema del mapa de cuatro colores, o la ley de Gödel, nada de eso importa: sí, cuando uno conoce todo el azar desaparece, pero cuando uno está investigando no puede dejar de tenerlo en cuenta de alguna manera. De modo que la idea de lo *aleatorio* es una herramienta filosófica, como *Dios*, o *El Absurdo*, o *Das Unheimliche*, *Existencia*, *Muerte*, *Masculino*, *Femenino*, o *Moral*: no son cosas, son los nombres que les damos arbitrariamente a áreas enteras de cosas; instrumentos para afilar la navaja de percepción con la que cortamos la realidad.

Vol Nonik, poeta. Ciudad de los mil soles.

Las condiciones de vida son también condiciones de vista

María Puig de la Bellacasa

Las butches vienen en todas formas y variedades y lenguajes de masculinidad. Hay butches que son rudos dandies callejeros, butches que son académicas, butches que son artistas, butches rockeras, butches que tienen motocicletas y butches que tienen dinero. Hay butches cuyos modelos de varón son hombres afeminados, drag queens, y muchos tipos diferentes de varones homosexuales. Hay butches trágicos, butches con cuerpos blandos y mentes duras.

Gayle Rubin

...las categorías (y por tanto las identidades) son un lugar desde el que constituirse como sujeto político

Judith Halberstam

Indefectiblemente se nos presenta la imposibilidad de hablar por fuera de las restricciones materiales de un cierto lenguaje. Entonces proclamo: *masculinidad lésbica* como posibilidad de crear discontinuidad al interior de este lenguaje, de producir a

través de la resignificación un espacio de contestación política. Este es un empalme de cabotaje entre la butch¹⁹⁴ del contexto anglosajón y la marimacha o chonga del contexto latinoamericano, sus diseminaciones nominativas y sus especificidades históricas en los modos de autopercepción. Desnaturalizar, fragmentar y dispersar la representación unitaria de las identidades, haciendo vibrar la tensionalidad de su signo en todos sus pliegues y contradicciones, activa el descentramiento de las narrativas lineales del guión de sexo/género/deseo y su reduccionismo a las lógicas binarias de la realidad. Identidades como categorías fisuradas por la sospecha antiesencialista de que no hay verdades originarias ni fundamentos primigenios que garanticen el significado pleno de alguna identidad-propiedad. La reinención del significado de las categorías se logra habitándolas, diluyendo sus fronteras, tallando sinuosidades que esfuman los caminos medidos, promoviéndolas como lugares de problematización permanente.

Los discursos de representación mayoritaria, impulsados por las políticas identitarias del activismo institucionalizado LGTTTB, suelen derivar en la clausura o sutura de la fluidez de estos devenires discrepantes, convirtiendo la identidad en un relato homogéneo y monolítico, desconectada de otras luchas políticas, encorsetada bajo estándares de virtud política cuyos parámetros son la respetabilidad y la decencia ciudadana. Desplazarse de

¹⁹⁴ Para Gayle Rubin, butch es una "una categoría de género lésbico que es constituida mediante el despliegue y manipulación de códigos de género y símbolos masculinos", en "Of Catamites and Kings: Reflections on Butch, Gender, and Boundaries." *The Persistent Desire: A Femme-Butch Reader*. ed. Joan Nestle. Boston: Alyson, 466-482 (1992). Traducción provisoria de María Luisa Peralta. A su vez, para Cornwall y Lindisfarne, "la identidad sexual de la lesbiana butch no representa justamente una identidad masculina superimpuesta o un cuerpo femenino descontextualizado, sino la desestabilización del modo en que ambos términos se presentan en el juego erótico (1996: 38), citadxs en Lacombe, Andrea (2006) "Para hombre ya estoy yo". *Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro*. Antropofagia, Buenos Aires. Pág. 65

una identidad localizable a la ubicuidad desbordante¹⁹⁵ es un movimiento necesario para construir una política del acto crítico. De este modo, nos acusa interpelarnos ¿qué silencios o interdicciones todavía siguen operando al interior de las narrativas lésbicas de la identidad (en relación a las afectividades, eróticas, prácticas sexuales, performances corporales, masculinidades, feminidades hiperbólicas, trabajo sexual, etc.)?.

Diagramar una mirada política de las masculinidades lésbicas es un modo de potenciar el coeficiente minoritario de ciertos desvíos o quiebres de significación, materialmente capaces de hacer estallar el calce satisfecho del género, el mismo que borra la inadecuación y el desacierto como sospechosas marcas que caen fuera del equilibrio de la conformidad, y que sofoca lo que se rebela como incomodidad. Una mirada que trabaje contra la esencialización de las definiciones, la univocidad de los signos y la uniformidad de las pertenencias. La dislocación estética que exhibe sus fallas y excesos, movilizandando heterodoxas pulsiones de cambio, crean una topografía política de las masculinidades lésbicas, y llevan la gramática de las masculinidades hasta límites de intensa tumultuosidad y discordancia.

Para los feminismos cuir, el género opera como un dispositivo privativo que distribuye de manera jerárquica la masculinidad y

¹⁹⁵ "Nuestras categorías son importantes. No podemos organizar una vida social, un movimiento político ni nuestras identidades y deseos individuales sin ellas. El hecho de que las categorías invariablemente tengan filtraciones y que nunca puedan contener todas las "cosas existentes" relevantes no las hace inútiles, tan sólo limitadas. Categorías como "mujer", "butch", "lesbiana" o "transexual" son todas imperfectas, históricas, temporarias y arbitrarias. Las usamos y ellas nos usan. En vez de pelear por clasificaciones inmaculadas y límites impermeables, esforcémonos por mantener una comunidad que entienda la diversidad como un regalo, ve las anomalías como preciosas y trata todos los principios básicos con una robusta dosis de escepticismo". Rubin, Gayle (1992) "Of Catamites and Kings: Reflections on Butch, Gender, and Boundaries." *The Persistent Desire: A Femme-Butch Reader*. ed. Joan Nestle. Boston: Alyson, 466-482. Traducción provisoria de María Luisa Peralta.

feminidad genitalmente administrada, produciendo, controlando y limitando los cuerpos para ajustarlos a la norma sexual establecida. De modo tal que la masculinidad no se define por la testosterona que le atribuye su estatuto mítico, al igual que el estrógeno no determina la feminidad. Desde los discursos y prácticas políticas de la disidencia sexual y feminista, se combaten las consecuencias en los modos de subjetivación y en las estructuras sociales de estas construcciones sexo-genéricas, intentando formular una serie de resistencias y alternativas. En cuanto a la masculinidad como código¹⁹⁶, “guarda una importante relación con los hombres, y una interesante y cada vez mayor relación con los hombres transexuales, y una deuda histórica con las lesbianas butch”¹⁹⁷.

Masculinidad lésbica: reapropiación, reinversión y conversión de conceptos. Desprogramaciones de género y de la vida cotidiana: exilio interno en el feminismo, fuga de la clase mujeres, ese cómodo y persistente armario lésbico. De la injuria a su correlato subversivo: el poder performativo obliga al insulto a trabajar contra sí mismo. Traición de su origen excluyente y normativo: práctica de masculinidad, práctica lésbica, ni adición ni sumatoria, es colapso enumerativo, nueva consistencia que se implica, autosequestro de una zona de libertad para nuestro deseo. Amonestada, inhibida, vetada, la masculinidad lésbica es

¹⁹⁶ Si el género es una tecnología, tal como planteaba Teresa de Laurotis, podemos seguir en la línea de las figuraciones tecnológicas y hacer una analogía entre el código de la masculinidad y el software libre. El código es el material en el cual están escritos los programas informáticos y, por ende, para poder ser modificado, apropiado, reutilizado debe ser accesible, estar abierto. Esto otorga a sus usuarixs la libertad para usar, copiar, modificar y redistribuir sin restricciones el programa de género a partir de la alteración del código. La filosofía del software libre tiene implicaciones políticas radicales al ofrecer la libertad de modificar y mejorar las versiones anteriores, planteándose como una serie de desarrollos posibles en un espacio desjerarquizado y múltiple.

¹⁹⁷ Halberstam. Masculinidad femenina. Pág. 168

una quimera criada por el entusiasmo del desvío en la ficción normativa del género.

Lo que está en juego al pensar la masculinidad sólo como una propiedad del cuerpo de los hombres, y no como un repertorio de conductas que debería estar disponible para cualquier cuerpo, es la cesión de un territorio político/afectivo/epistemológico al heteropatriarcado¹⁹⁸. “¿Por qué es la feminidad tan susceptible de ser representada o encarnada, mientras la masculinidad parece resistirse a la imitación?”¹⁹⁹, se pregunta Judith/Jack Halberstam, al tiempo que alega que “la eliminación de las masculinidades femeninas permite que la masculinidad de los hombres permanezca intacta”²⁰⁰. Resulta incomprensible el rechazo de las masculinidades lésbicas después de un vivo debate que ha habido en los últimos años en el mundo académico sobre la performatividad, el constructivismo y las formas no naturales de corporeidad²⁰¹. En el movimiento feminista hay una tácita penalización de las lesbianas masculinas²⁰², porque no

¹⁹⁸ A nivel local, una de las pocas académicas que lleva adelante estudios e investigaciones sobre masculinidades no hegemónicas, entre las que se destacan las masculinidades lésbicas, es la antropóloga Andrea Lacombe.

¹⁹⁹ Halberstam, pág. 51

²⁰⁰ Idem. Pág. 64

²⁰¹ “Si tres décadas de feminismo teorizando sobre el género han cuestionado completamente la afirmación de que la anatomía es destino, de que el género es natural y de que hombre y mujer son las dos únicas opciones ¿por qué seguimos funcionando en un mundo que asume que las personas que no son hombres son mujeres y que las personas que no son mujeres son hombres (o que incluso asume que quienes no son hombres no son personas)? Dicho de otro modo, si el género ha sido subvertido completamente ¿por qué no tenemos múltiples opciones de género y opciones reales de vida no-hombre y no-mujer en las que encarnarnos y con las que identificarnos?” Judith Halberstam (2008) *Masculinidad femenina*. Editorial Egales, Madrid. Pág. 42

²⁰² Esto vale también para las propias comunidades lésbicas y sus controles de credenciales identitarias. Al respecto señala Gayle Rubin, “...la cultura lésbica contemporánea tiene un profundo surco de xenofobia. Cuando nos vemos confrontadas con fenómenos que no se ajustan claramente a nuestras categorías, las lesbianas hemos respondido con histeria, intolerancia y un deseo de destrozarnos a las realidades confusas y ofensivas. Un “síndrome de club privado” prevalece a veces, en la cual la comunidad lésbica es tratada como enclave exclusivo del cual el lumpenaje debe ser

representamos la imagen de “mujer adecuada” (femenina pero no exagerada, grave pero no virilizada, digna pero no sexualizada) de un movimiento que persigue cierta legitimidad para sus demandas –es más, la ponemos en cuestión- y porque se sigue asociando unívocamente masculinidad con poder patriarcal, casi con un estatuto de inmanencia. La condena de las experiencias de lesbianas y mujeres masculinas así como de trans masculinos por parte de la sociedad en general, así como del movimiento feminista en particular, provocada por la ansiedad, el temor y el pánico sexual que produce la indeterminación genérica al dificultar o imposibilitar la rápida y escópica clasificación de un cuerpo, nutre el empobrecimiento de nuestra comprensión e imaginación acerca de las formas posibles de vivir los cuerpos²⁰³.

De este manera, la masculinidad lésbica adquiere la concentración de una monstruosidad que, al mismo tiempo, es producida y eliminada del discurso oficial del género; una inmediatez teratológica que podría equipararse a los «otros inapropiados/bles» de la teórica feminista y cineasta americano-vietnamita Trinh Minh-ha (1986/7b; 1989). Tal como ilustra Donna Haraway, “ser «inapropiado/ble» no significa «estar en relación con», esto es, estar en una reserva especial, con el estatus de lo auténtico, lo intocable, en la condición alocrónica y alotópica de la inocencia. Por el contrario, ser un «otro inapropiado/ble» significa estar en una relación crítica y deconstructiva, en una (racio)nalidad difractada más que refractaria, como formas de establecer conexiones potentes que

sistemáticamente expurgado... (sadomasoquitas, butch-femmes, bisexuales, trans VaM y MaV)”.

²⁰³ “Estéticas disonantes. Tráfico de masculinidades entre maestra y alumna en el aula”, valeria flores. Seminario “Sexualidades Doctas”. Grupo de investigación “Incorporaciones. Corporalidad, ciudadanía y abyección”. Museo de Antropología de la FFyH, UNC – Córdoba. Diciembre del 2009

excedan la dominación. Ser inapropiado/ble es no encajar en la taxón, estar desubicado en los mapas disponibles que especifican tipos de actores y tipos de narrativas, pero tampoco es quedar originalmente atrapado por la diferencia. Ser inapropiado/ble no es ser moderno ni ser postmoderno, sino insistir en lo amoderno. Think buscaba una forma de representar la «diferencia» como «diferencia crítica interna», y no como marcas especiales taxonómicas que asientan la diferencia al modo del apartheid”²⁰⁴. La producción del cuerpo de la lesbiana masculina como monstruoso, hiperbólicamente sexualizado, es una cuestión de política de la representación, depende de una economía de la mirada, de la construcción de una imagen, de procesos que ponen en relación cuerpos y espacios de acuerdo a ciertas leyes político-visuales para regular su presencia y (in)visibilidad en el espacio público.

Las lesbianas que performamos una expresión de género masculina porque adoptamos modos de vestir, gestos, cortes de pelo, códigos, actitudes, que a nivel social y cultural se consideran “masculinos”, nos exponemos a un plus óptico que repercute en el proceso de estigmatización social y cultural dada por la visibilidad de nuestro deseo. La coexistencia de caracteres masculinos en una anatomía asignada como “mujer” –y por metonimia, “femenina”- es una señal lésbica altamente erotizada y cargada de efectos sociales, culturales, económicos y epistemológicos. Estas poéticas del yo componen vidas y cuerpos, y producen modelos heterogéneos de masculinidad a través de sus performances corporales, estéticas y eróticas, haciendo y deshaciendo el género, alborotando las formas hegemónicas de la cultura, que pueden asumir un estilo más

²⁰⁴ Donna Haraway, *Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles*.

estable o también expresarse en ocasiones especiales o coyunturales.

La masculinidad lésbica permite introducir una distorsión en las conexiones directas entre género y anatomía, sexualidad e identidad, práctica sexual y performatividad, que desafían la estabilidad del sistema binario del género. Es un término que abarca a lesbianas con un amplio rango de masculinidad, por ejemplo: las que usan marcas asociados con lo masculino para indicar su lesbianismo o para comunicar su deseo de involucrarse en tipos de comportamiento sexual activos que en esta sociedad están permitidos para o son esperados de los hombres; las que adoptan modas y maneras de “varón” como una forma de reclamar los privilegios o la deferencia usualmente reservada para los hombres; las que encuentran que las ropas de hombres están mejor hechas y las que consideran la ropa usual de las mujeres demasiado confinante o incómoda o las que sienten que esa ropa las deja vulnerables o expuestas; las que tienen un gusto preferencial por las actividades consideradas “exclusivas” de los varones, etc. Es preciso no perder de vista que los códigos de las feminidades y masculinidades son contextuales y definidos históricamente por una determinada cultura, por las experiencias y expectativas de clase, raza, etnicidad, ocupación, edad y, que a su vez, hay múltiples y diversas expresiones dentro de estos dos modelos hegemónicos de inteligibilidad de los cuerpos. Es decir, nuestra masculinidad como lesbianas se manufactura en una red de prácticas y discursos que acoplan cuestiones generacionales, capital económico y cultural, redes sociales, referentes, aprendizajes, personas que hemos conocido, cuerpos que hemos visto.

El corte de pelo, el estilo de ropa, el tipo de calzado, la habilidad, la fuerza, la velocidad, el dominio físico, el uso desinhibido del espacio y del movimiento, la musculatura, la ausencia de

maquillaje facial, los adornos de cuero, la reticencia al rosa, el predominio de colores oscuros, los rostros de aristas más rígidas, la dureza corporal, la seriedad, el silencio, entre muchos otros, son signos de la masculinidad lésbica. La significación que adquieren estas manifestaciones depende del contexto cultural y de clase; en unos, la fuerza física y la agresión pueden ser las señales privilegiadas de masculinidad; mientras que en otros, lo pueden ser la expresión de cierta intelectualidad y alfabetización.

Hay muchas maneras diferentes de ser lesbiana masculina, tantas como maneras de ser masculinos para los varones o los trans. Así como los hombres logran expresar masculinidad con numerosos y variados códigos culturales, no habría razón para asumir que las lesbianas estamos limitadas a un repertorio de dialectos más acotado. “En realidad, hay más maneras de ser butch, porque cuando las mujeres se apropian de estilos masculinos, el elemento del travestismo produce nuevos sentidos y significados. Las butch adoptan y transmutan muchos de los códigos disponibles de masculinidad”²⁰⁵. La masculinidad define a la lesbiana masculina, sin embargo, no está tratando de vivir en el mundo como un hombre. Para muchas, es importante que la lean como masculina, porque de alguna manera están mostrando su desacuerdo con la modalidad femenina hegemónica y también es significativo que se la lea como alguien que no va a tener esa tensión resuelta. Su fuerza disruptiva está en las diferentes articulaciones y modulaciones que ese habitar torna posibles, desestabilizando los compartimentos estancos de ser mujer y ser lesbiana.

El silenciamiento, rechazo y discriminación que se ejerce sobre las identidades lésbicas se forjan de modo singular cuando esa identidad se combina con una expresión de género masculina,

²⁰⁵ Gayle Rubin

porque marca no sólo una disidencia con respecto a la sexualidad legítima como es la heterosexualidad, sino también por la disidencia de género, es decir, por no encarnar el género asignado al nacer. Si no portamos los signos o las marcas de género establecidas por el binarismo de género que regula la heteronormatividad, si no encarnamos las versiones autorizadas del género, atravesamos sistemáticamente la pregunta compulsiva e inquisidora por la “verdad” de nuestro sexo, que nos somete a un violento control y examen corporal, viéndonos como cuerpos traidores a la “naturaleza” y, por lo tanto, a la normalidad del género y del sexo. Transgredir las fronteras de género supone exponerse a la interrogación social acerca de la propia sexualidad y a la amenazante insistencia de que las formas de masculinidad y feminidad deben ser rígidas en tanto opuestas, dado que la heterosexualidad se marca a través de rígidos binarismos de género. En las instituciones disciplinarias y en la mirada que se proyecta sobre cada uno de los sujetos, existe una jerarquía de corrección para las identidades como modo de mantener estables las categorías; primero se intenta corregir la identidad/expresión de género como una forma de orientar la identidad sexual. Por lo tanto, la problemática pregunta “¿Sos un varón o una chica?” también puede querer decir “¿Sos gay o lesbiana?”²⁰⁶. Por eso mismo, Butler insiste en que el trastorno de identidad de género es una forma encubierta de diagnosticar la homosexualidad, por lo que continuaría estando patologizada.

En este sentido, recordemos la emergencia de la lesbiana como sujeto visible en el discurso científico patologizante bajo la figura de la “invertida”. La lesbiana masculina es la que se convierte en

²⁰⁶ Si no pensemos en la preocupación y ansiedad que generan dentro de las instituciones escolares, las niñas masculinas y los niños femeninos, leídos como potenciales lesbianas y gays. A su vez, es para destacar la inexistencia de estudios sobre la adolescencia que aborden la erradicación de la masculinidad femenina, siendo para las jóvenes uno de los momentos de mayor coacción del dispositivo de feminización.

objeto de interés para la vigilancia científica, más específicamente psiquiátrica. “Inversión” fue el término médico utilizado a fines del siglo XIX y a comienzos del XX para explicar el fenómeno de la homosexualidad. En el caso de la lesbiana, la inquietud y ansiedad estará depositada en la mujer viril activa que encarna una sexualidad fálica, haciendo visible el componente erótico de los lazos entre mujeres. La preocupación de la medicina por la inversión femenina “se produce en una época en que la supremacía del varón masculino ha sido desafiada políticamente por el surgimiento del movimiento de derechos de las mujeres, en el ámbito doméstico por una gran población de mujeres no casadas y en el lugar de trabajo por los cambios en las nociones de género asociadas al trabajo”²⁰⁷, siendo una reacción contra el cuestionamiento que estaban haciendo las mujeres al sistema de sexo-género durante este período.

En general, como rito activista y por el peso de la tradición del feminismo lesbiano, las activistas lesbianas solemos denunciar la invisibilidad como uno de las problemáticas más incisivas para la legibilidad de nuestras vidas. Sin embargo, y sin despreciar la violencia que constituye el borramiento sistemático de nuestras existencias en la cultura, rasgando un poco esa demanda podemos constatar que no es cierto que todas las lesbianas seamos igualmente invisibles. Así como algunas lesbianas se sienten rodeadas de silencio, otras se sienten demasiado mostradas e hipervisibles y pagan un precio muy alto por su extraordinaria visibilidad²⁰⁸. La sexualidad lesbiana es

²⁰⁷ Judith Halberstam, (2008) *Masculinidad femenina*. Editorial Egales, Madrid. Pág. 108.

²⁰⁸ Sobre las diferencias que nos vuelven vulnerables según los contextos, a personas con identidades sexuales y expresiones/identidades de género no heteronormativas, dice Judith Halberstam en referencia al asesinato de la joven negra lesbiana Sakia Gunn: “Queremos ser específicos acerca de qué sujetos queer enfrentan cuál amenaza, de quién y en qué geografía. Mientras en la ciudad, por ejemplo, podemos ver, que la persona gay o transexual de color corre un riesgo mayor de ser objeto de violencia en manos de la

construida simultáneamente como hipervisible (exhibida) e invisible (secreta), por lo tanto, hay distintos silencios y diferentes formas de invisibilidad en relación a diferentes cuerpos lesbianos. “Si el género se ha convertido en un campo de batalla en esta época, merece la pena preguntar: quién está luchando en estas batallas, quién recibe las heridas y queda marcado por cicatrices, y quién muere. La lucha del género es una forma de colapsar el género y la sexualidad, porque para los fugitivos del género, su género desviado a menudo se interpreta como el signo externo de una sexualidad aberrante”²⁰⁹. En este sentido, la lesbiana masculina carga el rechazo y el ostracismo como parte de su capital de experiencias al representar socialmente el estereotipo²¹⁰ repugnante. Uno de los lugares que

policía racista (y de todos aquellos que los ignoran como objetos de todo tipo de violencias); en sitios rurales encontramos que aún aquellos que nacieron y crecieron allí son excluidos si perturban la muy protegida homogeneidad de la comunidad blanca orientada a la familia. También podemos encontrar que, mientras la brutalidad contra una trabajadora sexual transgénero de color (o en nuestro caso, contra una adolescente negra y dyke) no despierta mayores protestas en la comunidad local de activistas queer, el asesinato de un chico blanco en la Norteamérica rural puede generar una enorme respuesta (...) la violencia donde una la encuentre marca diferentes conflictos en diferentes lugares; el homicidio, de alguna manera, siempre representa las micro realidades de otras batallas desplazándolas de lo abstracto a lo trágicamente material. (2001, 34 /5”). En “Crímenes de odio en Estados Unidos. La distinción analítica entre excluir y discriminar”, de María Mercedes Gómez. Pág. 181.

²⁰⁹ Judith Halberstam. Pág. 143

²¹⁰ Los estereotipos suelen borrar las variaciones sustanciales en la experiencia erótica de las lesbianas masculinas, como por ejemplo de aquellas que buscan femmes sexualmente dominantes u otras lesbianas masculinas sexualmente agresivas. A nivel local no hay estudios de la iconografía que erige el estereotipo de la lesbiana masculina; no obstante, algunas similitudes podemos encontrar en la descripción que hace Gayle Rubin del estereotipo de la butch, aunque desfasado temporalmente en los arquetipos visuales mediáticos que especifica. “La iconografía en muchos periódicoslésbicos contemporáneos deja la fuerte impresión de que una butch siempre tiene el pelo muy corto, usa campera de cuero, maneja una Harley y trabaja en la construcción. Este estereotipo butch habla principalmente con monosílabos, es dura aunque sensible, es irresistible para las mujeres y está semióticamente relacionada con una larga línea de imágenes de masculinidad joven, rebelde, sexy, blanca y de clase trabajadora, que se extiende desde Marlon Brando en *El salvaje* (1954) hasta el personaje de James Hurley en “*Twin Peaks*” (1990). Usualmente la acompaña una criatura ultrafemenina semi-vestida arteralmente enroscada a sus botas, su moto, o uno de sus musculosos y tatuados antebrazos”. Rubin, Gayle (1992) “Of Catamites and Kings: Reflections on Butch, Gender,

habitualmente nos recuerdan y señalan públicamente nuestra inadecuación de género son los baños de mujeres. A través de miradas, comentarios indirectos o lisa y llanamente la amonestación verbal, los baños representan la arquitectura de vigilancia de género por excelencia, convirtiéndose en santuario de una feminidad exacerbada. Mientras que en el baño de varones el control se conjuga con la incitación al deseo, el de mujeres se convierte en un espacio veladamente represivo.

Este estereotipo lésbico de marimacha funciona en un doble registro. Por un lado, la imagen de la lesbiana masculina anuncia una identidad excesiva, hace que el lesbianismo sea visible pero en términos de la masculinidad, lo que abona la noción mayoritaria de que las lesbianas no son o no pueden ser femeninas, por lo cual reduce la heterogeneidad de las lesbianas a un grupo seleccionado. Por otro lado, el estereotipo representa a un individuo “verdadero”, un individuo que sí existe dentro de la subcultura. Por lo tanto, desarmar las economías de los estereotipos identitarios no supone el repudio del sujeto estereotipado ni la creación de imágenes positivas, las que siempre dependen de conceptos ideológicos de lo positivo (blanco, de clase media, limpio, respetuoso de la ley, monógamo, en pareja, etc) y que podrían generar nuevos estereotipos, sino que implica distorsionar los sistemas de representación de las identidades.

El cuerpo de la lesbiana masculina combina una especie de visibilidad sobreimpresa sobre otra, una política encarnada de una doble visibilidad: la de una identidad sexo-erótica-afectiva silenciada y una expresión de género que es disruptiva del estándar de feminidad esperado para un cuerpo asignado como

and Boundaries." *The Persistent Desire: A Femme-Butch Reader*. ed. Joan Nestle. Boston: Alyson, 466-482. Traducción provisoria de María Luisa Peralta.

mujer de acuerdo a la tecnología heteronormativa. Este plus de visibilidad, traducido socialmente como el estereotipo de la identidad lésbica, habilita el castigo de las lesbianas masculinas a través del silencio, el estigma o la agresión verbal y física, sólo por adoptar, reconstruir y con-jugar los códigos del género dominante. De modo que la violencia por prejuicio opera performativamente, el gesto violento individual se torna ejemplarizante al estar precedido por un contexto jurídico y cultural que le otorga significación.

Así, la masculinidad encarnada en un cuerpo lésbico es mucho más difícil que sea bien vista y resulta más amenazadora por varios motivos: porque exhibe ese deseo que debería permanecer silenciado y en el orden de la invisibilidad; porque se “apropia” de conductas y modos de actuar que no son “propios de su sexo”, lo que se percibe como una suerte de usurpación de la masculinidad “verdadera”; porque son códigos que tienen que ver con las formas del género dominante y afirman una aspiración de poder, aunque quien (re)construye esas formas no las use como tales; porque pasa a ocupar un lugar de disputa en el campo del deseo o iniciativa sexual; porque la ambigüedad frecuentemente genera miedo y pánico sexual²¹¹.

La visibilidad se relaciona, entonces, con la virulencia de las expresiones de violencia que recibimos, ya que insistentemente se nos coloca en el lugar de un “hombre” y se nos exige que actuemos como tales, es decir, desde las expresiones hegemónicas del género (uso de la fuerza, violencia, competencia, etc), para dar cuenta de nuestra “pertenencia” o “invasión” del territorio de la masculinidad. Identificarse como

²¹¹ Es fundamental mencionar que las fronteras entre las categorías de lesbiana masculina y trans son permeables, complejas y muchas veces, visual y narrativamente difusas, así como descartar una linealidad o continuum, en términos de punto de partida y llegada, entre la masculinidad de lesbiana y la del trans masculino.

masculina supone, para el imaginario social, entrar en un continuum estable y coherente que prescribe conductas estandarizadas, lubricado por una cadena normativa entre género, deseo, configuraciones de rol de género y prácticas sexuales, desconociendo y suprimiendo las múltiples, diversas, ricas y complejas combinaciones de todos estos aspectos. Por eso mismo, ser una lesbiana masculina no implica, necesariamente, el uso de la agresión, la fuerza, la iniciativa, aunque las vuelvan disponibles y accesibles como conductas. Esa es una proyección del imaginario cultural en función del ideal regulador del género.

En cuanto a la conducta sexual, “nos meten de prepo en la cama, de manera unívoca, como penetradoras inalterables. Pobre imaginación sexual la de nuestra cultura. Chongas las hay de todas las formas de coger, de prácticas más fluidas, más rígidas, más salvajes, más vainillas, más hardcore, más sluts. No todo se anuda tan fácilmente, por suerte”²¹². Para el imaginario sexual de nuestra cultura occidental, con su sustrato biomédico nutriendo nuestros cuerpos, hablar de masculinidad es referencia contigua y obligada de penetración, lo que se instituye como operación técnica de feminización. La penetración ha sido un rasgo esencial del modo de ser en el género masculino, confirmando feminidad a todo sujeto penetrado. Sin embargo, la transformación coextensiva de masculinidad en penetración(dor) falla en los cuerpos lésbicos, introduciendo una interferencia en las tecnologías luminosas de la heteronormatividad y la autoprocreación masculina. De este modo, la masculinidad lésbica arrebatada la penetración como prerrogativa de los cuerpos de los biohombres a la vez que la hace implosionar como práctica instituyente de la masculinidad. En este sentido, pensemos en la

²¹² La ternura de las chongas, valeria flores. Setiembre del 2012. <http://escritoshetericos.blogspot.com.ar/2012/09/la-ternura-de-las-chongas.html>

omisión del lesbotipo²¹³ de la lesbiana masculina en el porno mainstream, donde el sexo lésbico suele ser un preámbulo del sexo heterosexual.

La ausencia y escasez de estudios sobre masculinidades no hegemónicas sepulta en la ignominia los procesos de estigmatización, criminalización y normalización que afrontamos las lesbianas masculinas. Una elocuente muestra de esta tachadura la encontramos cuando ocurrió el fusilamiento de la Pepa Gaitán, asesinada por lesbiana marimacha. El feminismo y el feminismo lésbico produjo una pronunciada feminización de su figura, a través de imágenes y comunicados de repudio, como modo de representación visual de lo lésbico, lo que supuso un borramiento y supresión de su expresión de género masculina. Desahuciada y rabiosa por el silencio e inacción del feminismo mayoritario, escribía por aquel entonces: “Inaugurada una primera operación de feminización de la víctima, otrxs emprendimos el desplazamiento identitario para visibilizar la identidad lesbiana, resistiendo que sucumbiera a ese primer término de “mujer” que la devolvía a un lugar por la Pepa impugnado. Implicaba alterar el orden de la percepción a través de otras identificaciones sexuales y de género que no son “mujeres” ni “varones”, desordenando el mapa familiar de las clasificaciones identitarias convencionales y cristalizadas. Emerge allí la falla en las políticas de representación, una fisura en los formatos identitarios que se escabulle al nombrar”²¹⁴. La Pepa fue presentada por el abogado defensor del acusado, Daniel Torres, como una personalidad “amenazante” para efectuar una maniobra de persuasión que justificara el disparo del autor del

²¹³ Tipología visual representable.

²¹⁴ “La escritura de la mosca. Territorios imaginarios, feminismos y cuerpos imposibles”, valeria flores. <http://escritoshetericos.blogspot.com.ar/2011/08/la-escritura-de-la-mosca-territorios.html>

crimen. Las lesbianas masculinas solemos ser leídas y representadas de ese modo por quienes asumen el papel de centinelas de las fronteras de la masculinidad. La intimidación que nos endilgan, provocada supuestamente por nuestro “aspecto”, no es más que la protección de la certeza de que el espacio público está regulado por leyes heteropatriarcales en el que mujeres y lesbianas debemos asumir la fragilidad y la delicadeza como destino.

Recordemos, a su vez, el caso de la boxeadora María José Muñoz, acusada de asesinar a una odontóloga que vivía en el mismo edificio del barrio de Núñez. Rapada en las sienes y con una camiseta de fútbol, Muñoz afirmó al ser absuelta que fue culpada “por ser lesbiana” y “por portación de cara”, y que no cambiará “en nada” su aspecto físico²¹⁵, el que era desinhibidamente masculino. Asimismo, una prueba contundente del intenso pánico sexual que provoca socialmente la figura de la lesbiana masculina, lo encontramos en el experimento en ingeniería fetal que denuncian lxs especialistas Alice Dreger, Ellen Feder y Ana Tamar-Mattis, consistente en el uso prenatal de dexametasona - un esteroide sintético-, para prevenir la “masculinización del comportamiento”, específicamente para evitar el nacimiento de intersex (con hiperplasia suprarrenal congénita), marimachos y lesbianas²¹⁶. Estas manifestaciones de violencia que van de la criminalización a la eugenesia, pasando por la estigmatización y la patologización, revelan que se sigue sospechando y demonizando la masculinidad de las lesbianas aparezca donde aparezca. Por lo cual, resulta más que convincente la reflexión de Gayle Rubin, “la condena de experiencias de masculinidad lésbica empobrece nuestra comprensión, experiencias y modelos de

²¹⁵ “Liberan a la boxeadora acusada de matar a la odontóloga de Núñez” (2007) <http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-96127-2007-12-14.html>

²¹⁶ <http://www.news-medical.net/news/20120803/28717/Spanish.aspx>

género lésbico... [eso] expuso a muchas mujeres a la denigración y el acoso gratuitos y dejó un legado de confusión, placeres perdidos y deprivación cultural”²¹⁷.

La historia de la sexualidad siempre ha estado ligada a las técnicas de representación y, en concreto, a lo que podríamos denominar con McLuhan “las extensiones de la mirada o de lo visible”. De este modo, “ver” opera como una forma de acceso al conocimiento. Desde la matriz positivista, lo visual se fue constituyendo en una fuente inobjetable de conocimiento y, por consiguiente, se fue borrando el carácter cultural de la práctica de ver. Por eso cobra centralidad la problematización de lo visual en nuestra época, y más en relación al género y las sexualidades que han adquirido formas más difusas y cambiantes: qué miramos, cómo miramos, en qué momento histórico y desde qué lugar estamos mirando, qué dejamos de ver, qué omisiones y presencias son protagonistas de la construcción de una imagen, de una mirada, de una identidad.

Las imágenes moldean las formas de entender el mundo en determinado contexto socio-histórico y tienen la capacidad de activar emociones, constituyendo un recuadro con sus respectivas inclusiones y exclusiones. En este sentido, “el género ambiguo, aparezca donde aparezca, se transforma inevitablemente en desviación, en algo inferior, o en una versión borrosa del hombre o de la mujer”²¹⁸. Ante lo cual, la interpelación sobre la interrupción de las economías de la mirada no cesa: ¿Cómo construir una mirada que abra espacio para las variaciones de género y las diferentes inscripciones del cuerpo sexuado? ¿Cómo promover políticas y estéticas de

²¹⁷ Gayle Rubin, op. cit.

²¹⁸ Halberstam, 2008; 43

representación que desarticulen los modos normativos del mirar y valorar los cuerpos, habilitando la negociación de las normas de género y sus representaciones médicas, legales y artísticas? ¿Qué formas de la experiencia perceptiva estimular para celebrar la ambivalencia, el debilitamiento de las fronteras del sujeto, el deseo, otras formas de lenguaje que sean plurisensibles, multitemporales y desterritorializadas? ¿Cómo desplegar una política que conmocione las lógicas sensibles y que interrumpa las coordenadas normales de la experiencia sensorial con mínimas pero elocuentes alteraciones en la concepción estética del género?

La lesbiana masculina es una poderosa figuración para interrogar la espacialización de las construcciones de género, sexualidad, raza y espacio público, dado que está íntimamente vinculada a la resistencia política, a la reestructuración de los espacios de género y al temor social de una invasión del espacio público por parte de las mujeres, considerado como un espacio de producción de masculinidad. En este régimen de espacialización política del género, el dispositivo feminizante (su arquitectura y sus reglas de confinación y encierro) funciona como un regulador de la visibilidad, como un velo destinado a controlar la presencia activa y sexual de las mujeres en el espacio público. El movimiento hacia una mayor visibilidad o transparencia (en nombre de la higiene, seguridad y eficiencia) que hizo devenir la ciudad medieval en la urbe moderna, con sus edificios de departamentos, grandes avenidas, centros comerciales y parques, no fue inocuo para las normas de género. Significó un programa de control social que induce a la aceptación de la vigilancia, bajo el supuesto implícito de que la falta de transparencia lleva directamente a la desviación moral o social. Esta misma claridad que se exige para la identificación

visual del género en los cuerpos, la lesbiana masculina la hace fracasar.

La pujanza que tiene en la cultura occidental y en la modernidad el paradigma visual requiere comprender las formas de visualización como dispositivos políticos, es decir, como formas de construcción del mundo que vivimos. En efecto, la imagen ha tomado un lugar central como representación de la realidad y como medio de conocimiento de ella en el mundo contemporáneo, lo que nos compele a “entrenar” nuestros ojos y a una minuciosa “alfabetización visual”. Nuestras conceptualizaciones son lentes que focalizan la mirada, y al tiempo que permiten ver también invisibilizan. La imagen forma parte de un dispositivo de visibilidad: un juego de relaciones entre lo visible, lo decible y lo pensable, que dibuja por sí mismo una cierta distribución de las capacidades. Hacer una imagen es siempre al mismo tiempo decidir sobre la capacidad de quien mira. Por ello, el conjunto de imágenes visuales construido por el feminismo moldea nuestra percepción de los sujetos representables y los que quedan fuera del campo de visión y de legibilidad. Si la imagen constituye un archivo, registro, prueba, testigo o documento con la potencialidad de rememorar y construir la memoria, y “recordar es, cada vez más, no tanto recordar una historia sino ser capaz de evocar una imagen” (Sontag, S. 2005: 104), tal como señala Susan Sontag, podemos preguntarnos ¿qué lugar ocupa la lesbiana masculina en la historia de nuestros feminismos, en sus archivos conmemorativos?

Atendiendo a las metáforas visuales que configuran la distribución de sujetos y objetos en la producción de conocimiento –y, en particular, a la reflexividad como metáfora del conocimiento mimético, transparente y autoinvisible del

testigo modesto- Haraway aboga por la difracción como la operación metafórica capaz de hacer posible “una clase de modestia más corporal, reflexiva y ópticamente densa”, donde la singularidad y trascendencia de la relación especular sea reemplazada por una multiplicidad de perspectivas situadas, producidas en y a través de prácticas científicas localizadas. Los rayos de su instrumental óptico más que reflejar, difractan, componiendo modelos de interferencia con efectos de conexión, de encarnación y de responsabilidad²¹⁹, que nos pueden enseñar a aprender otras formas de leer el cuerpo.

Las comunidades lesbianas y las lesbianas individualmente hemos sufrido suficiente debido al supuesto de que todas debemos ser lo mismo, o de que cada diferencia debe ser justificada por una declaración de superioridad política o moral, por lo tanto, deberíamos construir una agenda de apoyo explícito para disfrutar y celebrar nuestras diferencias, en la que cada una pueda explorar las posibilidades, complejidades y dificultades de cada estrategia o categoría, ya que todas tienen sus habilidades, logros y desventajas, y ninguna funciona para todas todo el tiempo. Este es el sentido de recrear la masculinidad lésbica de forma imaginativa, ya sea a través de la escritura o de otras formas de producción cultural. Y por supuesto: la masculinidad es lo que hagamos de ella y con ella.

²¹⁹ Haraway, Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles.

[III]

La infancia lesbiana

...había en ella una infancia retrasada, no monstruosa y poética, sino
postiza, perezosa.

Fleur Jaeggy

¿Por qué no dormiré? Porque en la oscuridad hay ubicuos ejércitos que
llegan de mi infancia.

Silvina Ocampo

Una temporalidad anidada en los alveolos de la memoria decapita la lógica adulta del servilismo. Ascende en una particular manera de mover las manos, de guiar los ojos hacia el cielo, en el brillo de la saliva que se descuelga del labio. La infancia es un atrevido juego del escondite, máscara sagaz de las correrías por el grito abierto de la calle. Su ímpetu atenaza las coyunturas hasta amaestrarlas en un delirio sinfín y mascullante de nombres sin idioma. El lapsus brusco de preguntas del vértigo la desarman, sin descanso ni fatiga.

La niña atrapada en las entrelíneas de cronos, la que se divertía escalando los paredones vecinos, espiando el mundo a través de los portones del oscuro y helado galpón cercano a las vías del tren. Todo instante era un aprendizaje de las palabras adecuadas, de la dicción que no tropezara con el escándalo. Tallaba en sus cutículas una rabia informe, embriagante, con vastas dosis de cariño y crueldad. Abandonar la curiosidad como ceremonia de amnistía con el mundo, se le exigía todavía con

afecto mesurado, sin advertir los ramalazos de violencia que cicatrizaban en su lengua.

Lengua con costura invisible, porque sus propios dientes casi la faenan cuando la pila de latas para alcanzar altura se derrumbó estrepitosamente y el cielo estalló en sangre. La infancia es un invento para envejecerla. Se le dice que pasa, la convencen de creer. Pero asoma, está, insiste con su fanatismo por el juego, con su erotismo teatral que demuele los callados preceptos. Ahora, la escribe en sus propios términos.

Monstruosas palabras de vástago animal fueron cosidas entre las papilas. Un parentesco con los ofidios se fue tramando sobre su estampa humana. Con el pecho al aire, detenía el viento que se le incrustaba en la desvergüenza de un cuerpo que, pronto, sería manufacturado por los requisitos de un ser “mujer” que se le imponía, abrupta y dolorosa. Las flechas en el arco de rama deshojada, apuntaban al centro del lenguaje, arrojándolas con su deseo incendiario de atravesar la siesta que adormilaba la ciudad. Aprendió a amar la soledad que apestaba el reposo del barrio, que inadvertida, fue grabando raspaduras en su garganta. Cada vez que habla, las palabras la laceran un poco más. Lesbiana fue un nombre confinado al álbum de las desapariciones, confiscado en la multitud impronunciable de la existencia.

El sol abrasador, acechante de hormigas y cascarudos, se filtraba entre la higuera depredada por las bocas exhaustas de sus hermanos. Trepar y caer con la lengua escariada por el jugo del fruto ardiente, echando la cáscara a la tierra, parda y pegajosa, que teñía sus rotas zapatillas al ritmo de las tontas travesuras. ¿Cuántos silencios masticó en esa higuera seca y apacible pegada a su ventana? Su sombra apenas alcanzaba para guarecer un sueño pequeño que le salía entre las piernas. Entonces, con

cada pedazo de piel que le crecía, construyó su propia sombra de reptil.

En la casa vieja, con paredes de aliento revocado, ella podía percibir la respiración de las palabras acercando el oído al latido de los objetos. “Señorita” era un nombre extraño, siquiera la rozaba con el filo de la costumbre. Era patria de exilio y deportación. Sentía que la expulsaban pero también huía por su cuenta. Tuvo que inventarse un público para el pulular por las tierras del silencio.

Su adorado conejo de maíz dormía en una caja, remendado para evitar que se le escaparan las semillas de pensamiento trashumante. La confección de su ropa la ocupaba en largas tardes de televisión bucólica, ensayando el corte endiablado del género. Las noches de tormenta se le escurrían los miedos más íntimos. Sentía vibrar los vidrios apretujada contra la sábana, o iluminarse a dentelladas el cielo negro con sus rayos inspeccionándola a través de la intermitencia de las rendijas. En el presente, la pesquisa la dirigen ojos anónimos, obsesivos y fisgones que miden su inadecuación.

¿De quién era ese temor tan arcaico que la devoraba? Un único idioma poblaba su lengua muda, pero había algo más en su lengua sonora que se replegaba hacia adentro, que se daba vuelta, ensortijada, no para ahogarla, sino para anunciarle el giro ineludible e imprevisto de eso que había aprendido a nombrar como *su vida*. Con cada sentencia que fabricaba su callada presencia, fue cultivando el odio por una simpatía esclerotizada, por el vaho de un palabrerío que se insinuaba fútil y proveedor de mentiras.

Y en la escuela, sentada, con una prisión blanca asfixiando su cuerpo, dibujaba las palabras y sentía que había algo más allí que no se decía, que en el trazo del lápiz algo se quejaba y desacomodaba la prolija sensatez de la maestra. Había un mapa tallándose invisible en su carne, un tiempo sin fechas ni líneas, un clima de voces arrastradas y somnolientas que rumiaban nubes de polen lumínico.

Un duelo tácito con las palabras fue ocupando el oficio de crecer. Supo detectar sus rendijas para poder respirar. El virar hacia el despunte de la machona emancipada, la fuerza haciendo equilibrio en los ojos de esos niños sumidos en la disciplina del macho. Y los suyos, que comenzaron a hablar un lenguaje de animal herido. ¿Cómo heredó esas ganas de lanzar la jabalina como una fiera desbocada? Comenzó a reír, con escasa frecuencia, con gesto torpe y tímido, que se fue plegando en rápida malicia entre sus cejas...

Siente que esa niña asciende por sus huesos hasta dejarla exhausta, entre la arcilla y el cardo que se le clavan en las encías del tiempo orgánico. La pasión por el desdoble revoca el tiempo tripartito y doler es un péndulo sin reposo que otros dicen *corazón*. Entre aquí y allá, donde acaba la continuidad, se abre una pausa para acomodarse las agallas. La algarabía de una pose indebida que se escamotea a la mirada déspota, pulveriza las expectativas excelsas que recaen sobre ella. La exudación del entrenamiento físico, forzar el músculo hasta volverlo aleación de acero, fue su escritura en hojas sueltas, rasgadas y deshechas.

La letra hacía colapsar su extranjería. No había temblor más gozoso e intempestivo que en la grieta profesada por la escritura. Succionada por una suspensión onírica que enmohecía los señuelos del hábito, ella era feliz. Nadie entiende su extenuación

después de cada palabra demorada en el tiempo, como si escapar de la amnesia no fuera un trabajo agotador. Quedar en estado lagrimeante, como si le hubieran tajeado la piel.

Insistía con revertir el sello que había marcado su carne como mujer. Con mínimas incisiones, drenaba el fluido que agitaba la parálisis. Citada a comparecer, no pudo ingresar más que a sus orillas resbaladizas, entre vulvas y clítoris encadenados en sus manos. Creo que advirtieron sus libaciones estacionales. Lamer un cuerpo lesbiano y besarlo hasta su combustión séptica. Para abolir el estado adulto que gobierna su cuerpo, sobrevino el error, lo inaprehensible que establece la lejanía con los vivos. Supo, después, que la inocencia es el verdugo del deseo.

Pedagogías antinormativas: una herida en el corazón del saber

¿qué es, después de todo, un sistema de enseñanza, sino una ritualización del habla; sino una cualificación y una fijación de las funciones para los sujetos que hablan; sino la constitución de un grupo: doctrinal cuando menos difuso; sino una distribución y una adecuación del discurso con sus poderes y saberes?

Michel Foucault

Los educadores parecen poseer rencor, un rencor a flor de piel y en el tono de voz, un rencor, nos atreveríamos a decir, casi hacia la humanidad en general. Y a lo mejor, gracias a ese rencor, ellos, los educadores, son en esencia buenos educadores.

Fleur Jaeggy

Una maestra me enseñó/más de lo que ella sabía/poniendo palabras en mi mano/
-“¡bonita indita!”/las guardo/se las voy a devolver/un día.

Anna Lee Walters

En el horizonte de nuestro mundo contemporáneo, dislocado, cocido de una multiplicidad de tiempos subjetivos y sociales muy diferentemente vividos, las contradictorias formas en que se asumen, toleran, resisten, protegen, practican, ignoran, defienden las sexualidades, están a la vista de todxs, en una relación agonística con el poder que se juega día tras día en todos los frentes. Trazas de la violencia y la discriminación, marcas que forman parte de nuestro presente tanto como las prácticas del deseo, del afecto, de la amistad, de la afinidad.

Una pedagogía cuir o antinormativa pretende leer en forma compuesta las diversas estructuras de sujeción y opresión que determinan y condicionan socialmente las identidades. Como resorte oblicuo de una crítica político-pedagógica-sexual, esta pedagogía hace suya la insuprimible capa de significados en la reflexión sobre saber/poder, sexualidades y género. Entonces, des-habituarse a las recompensas de la normalidad podría ser una de las operaciones de la pedagogía antinormativa como política del shock.

Por eso, esta pedagogía del sobresalto precisa reinscribir el estudio, primariamente, como sufrimiento y pasión, un alternarse entre estupor y lucidez, descubrimiento y turbación, pasión y acción²²⁰, para reinventarse el ojo con el que (me) miro. Para Agamben, “estudiar y asombrar son, en este sentido, parientes: quien estudia se encuentra en las condiciones de aquel que ha recibido un golpe y permanece estupefacto frente a lo que le ha golpeado sin ser capaz de reaccionar, y al mismo tiempo impotente para separarse de él”²²¹. En la escuela de nuestros días, estudiar es apenas sinónimo de repetición, tedio, desafectación.

Aquí, el shock opera como vía para abrir heridas en el corazón tieso y aterido de la pedagogía normalizadora. Estanislao Antelo destaca la importancia del estudio como articulación de la experiencia. Y en relación al estudio de la pedagogía comprende una operación política e intelectual: “La experiencia, aquella que siempre se ofrece como argumento, no se pasa sola. La experiencia se forma, se fabrica, se modela, a través de lo que se nos ha pasado, es decir, a través de lo que hemos hecho con las

²²⁰ Reinscripción poética del estudiar, que tal como dice Susy Shock, “Hacer de una misma el primer esbozo de una probable poesía, cantarle al gesto de reinventarse, visibilizar militante el color que elijo mientras me reelijo el ojo por donde ahora me miro”. Poemario Trans-Pirado. Ediciones Nuevos Tiempos.

²²¹ En “Idea del estudio”, de Idea de la prosa. Giorgio Agamben. Pág. 42.

cosas que otros nos han dado, o sea, a través de lo que hemos estudiado. Estudiar es operar con lo que nos han dado [...] El que no la estudia, se quita a sí mismo la posibilidad de apropiarse de otras instrucciones, otros léxicos, y, por lo tanto, tiene menos cosas para enseñar [...] El desprecio por la teoría que suele hallarse entre los aspirantes a profesores es sólo esa idea de que basta para enseñar lo que uno tiene. Es decir, pensar que uno tiene lo suficiente, o que uno sabe dónde está aquello que es suficiente para enseñar”²²².

Partiendo de que la teoría queer/cuir no es un corpus homogéneo y coherente de contenidos, sino un conjunto de reglas y dinámicas metodológicas útiles para leer, pensar e implicarse en la vida diaria, para mí la práctica docente ha sido -y continúa siendo- un incesante movimiento de reflexión y deconstrucción, de trabajar en contra de mis propios pensamientos. Será por eso, y por nuestras agobiantes condiciones de trabajo, que las maestras tenemos “una sonrisa maldita...una fisonomía de morgue”²²³ en nuestros rostros.

Como trabajadora cultural y política precarizada con una identidad sexual disidente -tortillera- y una expresión de género inadecuada -masculina- para los cánones femeninos vigentes, me encuentro en permanente tensión con las políticas y estéticas de normalización sexo-genérica y constreñida por los modos en que las docentes se hacen inteligibles. Ejercitarse en la experimentación de un pensamiento pedagógico-político articulado por una perspectiva queer/cuir, lo que intento desde hace algún tiempo, no consiste en definir identidades ni representarlas como un objetivo en sí mismo, sino que llama a resistir las prácticas normales y las prácticas de la normalidad,

²²² En Antelo, Estanislao (1999), Instrucciones para ser profesor. Pedagogía para aspirantes, Buenos Aires, Santillana, pág. 135.

²²³ Dice la protagonista de “Los hermosos años del castigo”, novela de Fleur Jaeggy. Pág. 41

reflexionando y alterando los códigos de los procesos de normalización no sólo sexo-genérica, sino también racial, corporal, nacional, etc. De modo tal que si el currículum es un archivo de prácticas de configuración hegemónica de los deseos, no presupone añadir la historia de las sexualidades desviadas en nota al pie de página, como una corrección anecdótica al currículum, sino que, por el contrario, compromete a abrir paso al análisis de las sexualidades normativas y no normativas, lo que supondría modificar la noción de sujeto que yace como categoría inamovible en su escritura.

A su vez, en disputa por los sentidos de lo educativo, de lo que significa hacer escuela en el siglo XXI, me interesa conectar estas inquietudes sexo-políticas con las condiciones de la escuela contemporánea. En los regímenes de poder disciplinario, el campo educativo está saturado de palabras, de innovaciones didácticas, de renovados recursos, de especialistas en todos los temas, y la sensación es que su fuerza se circunscribe a la creación de una realidad que se alimenta a sí misma mediante una lógica de funcionamiento inmutable ante los contextos vitales, ante los entornos sociales, ante las oscilaciones y las mutaciones de las dinámicas cotidianas.

“Como la potencia de multiplicidad ha roto el régimen de encierro, no hay otro modo de actuar sobre esas subjetividades sino modulándolas en un espacio abierto. El control se superpone a la disciplina” (2006:69), afirma Mauricio Lazzarato. No se trata de la desaparición de los mecanismos disciplinadores, sino que se pone en primer plano la contundencia de una nueva forma de regulación más próxima a la modulación que al molde, en la que la escuela ha perdido centralidad en la vida de las poblaciones, cuya expresión más visible es la destitución de la institución escolar, y en general, de un modo de vivir, producir y

pensar la experiencia escolar²²⁴. Por eso, podemos hablar de un desfundamiento de su sentido histórico o de pérdida del poder fundante de la subjetividad en tanto institución estatal.

Fisuras en/de la identidad docente: el éxodo de la maestra tortillera

En términos de identidades, solía encontrarme con una paradoja inacabable e inexorable en cuanto al colectivo docente, un dilema que me sometía a importantes y complejas contradicciones. Vivía la cotidianeidad escolar y corporal desde un doble proceso. Por un lado, de identificación: en términos de clase, de trabajadora, de reclamos por las condiciones de trabajo, y de impulso de políticas de conocimiento que reconocieran el lugar protagónico del/la docente en la construcción del saber pedagógico; y por otro, de extrañamiento y des-identificación: de los mandatos disciplinadores, de los modelos de comportamiento asexuado, heterosexualizantes y moralizantes, de la lógica jerárquica y militarizada de obediencia institucional que constituye la dinámica escolar.

¿Cómo se vincula en la enseñanza el régimen de conocimiento heterosexual con la propia identidad de la docente? ¿qué efectos produce en la práctica educativa el closet como epistemología de la ignorancia? ¿de qué modos se intervienen las construcciones hegemónicas del saber escolar por cuerpos de maestras y profesoras identificadas como lesbianas? ¿cómo aparece el cuerpo y el deseo de la maestra en los registros y escrituras de la enseñanza? ¿qué modalidades singulares le imprimen a su

²²⁴ Me refiero a un proceso general en el sistema educativo, ese del que se proclama reiteradamente que está en “crisis”, como lo está toda institución de la modernidad frente a las transformaciones del régimen de poder, y los conflictos derivados de una convivencia yuxtapuesta entre un sistema disciplinario y el sistema de control. Así, el sistema público de educación se ve precarizado y devaluado ante un creciente y expansivo sector privado, que prospera a costa de los derechos laborales de sus trabajadorxs, entre otras condiciones.

práctica pedagógica? ¿qué hiatos se abren en la articulación del activismo lésbico y la práctica educativa? ¿cómo se recepciona la visibilidad como lesbiana en la localización encarnada de una “maestra” dentro del ámbito escolar? Son preguntas que abren un campo de interrogación crítica sobre la relación entre cuerpo del saber y el saber del cuerpo en las coordenadas de la enseñanza institucionalizada.

Punzada por todas estas inquietudes, desazones, búsquedas, interpelaciones, así transité la escuela por mucho tiempo, hasta que el “éxodo” de la institución fue el itinerario sucesivo casi por elección y saturación²²⁵. El éxodo es una figura de la deserción, de la fuga, en este caso de la escuela primaria, y sugiere una opción posible de buscar un más allá del tipo de relaciones y condiciones de reproducción de la vida y del trabajo. "De este modo, la acción política del éxodo consiste en una sustracción emprendedora. Sólo el que se abre una línea de fuga puede fundar", afirma Paolo Virno²²⁶. No es una simple estrategia existencial basada en licencias, inasistencias, certificados médicos, que son otros modos de la huida para hacer frente al malestar; el éxodo es un modelo de acción de pleno derecho en tanto rechazo de una situación con la esperanza de gestar otra en otro lugar. Éxodo como forma de desobediencia frente al sistema y a la razón de Estado, articulado por el principio de intemperancia²²⁷, de inservidumbre voluntaria.

²²⁵ Tengo 15 años de trabajo en escuelas primarias del sistema público.

²²⁶ "Virtuosismo y revolución: notas sobre el concepto de acción política".

²²⁷ "Conviene recordar la distinción- muy neta en la ética antigua, pero casi abandonada a continuación- entre «intemperancia» e «incontinencia». Mientras que este último término significa un vulgar desarreglo, un desconocimiento de las leyes, un consentimiento a la codicia más inmediata. Por el contrario, la intemperancia consiste en el hecho de oponer un conocimiento intelectual a la norma ética y política. Como principio que inspira la acción, se adopta una premisa «teorética» en lugar de una «práctica», con consecuencias extravagantes y peligrosas para la armonía de la vida asociada. Para Aristóteles el intemperante es un vicioso, porque yuxtapone y confunde dos géneros de discurso esencialmente diferentes. No ignora la ley, ni se contenta con contestarla, sino que la

El aplastamiento escolar, la insoportabilidad de una situación y la fatiga creciente nos impulsan a buscar algún desvío que nos devuelva la calma, nos dé un respiro antes de reingresar a la batalla o nos arroje a ensayar modificaciones imprevisibles, no preexistentes. Estas fugas, movimientos imperceptibles para los ojos que se detienen en grandes y totales transformaciones, se desatan “cuando ya no se soporta lo que hasta ayer se soportaba; se ha producido un cambio en nuestra distribución de deseos”, afirma Deleuze. Deserciones que, aunque se piensen como rehuir de lo político, expresan “una politización de la existencia, estableciendo una relación afirmativa con el propio malestar, introduciendo un giro subjetivo que funde lo personal con lo colectivo” (López Petit, 2009, Dustchazky, 35).

No obstante, el éxodo de la institución escolar no supone la evasión de un pensar lo educativo. Cuando eso que molesta se hace pregunta, cuando ya no es sólo malestar sino una condición que exige ser pensada, entonces estamos frente a una oportunidad. Hay preguntas que no dejan de acosarme y que fueron construyendo un campo de reflexión que se conforma a partir de tenaces interpelaciones que vuelven una y otra vez desde diferentes perspectivas, o a partir de variadas preocupaciones que, a su vez, se entrecruzan entre sí.

¿Cómo articular una pedagogía que trabaje contra los procesos de normalización desde una concepción de identidad como posición enunciativa y estratégica en un campo de poder sin que se la despoje de la carga experiencial de sufrimiento, violencia,

desacredita de la manera más grave en la medida en que hace derivar una conducta pública de ese Intelecto puro que, al gozar de un cuadro propio, no tendría que interferir con los acontecimientos de la polis. El Éxodo tiene en la Intemperancia su virtud cardinal. La obligación preliminar de la obediencia hacia el Estado no es rechazada por incontinencia, sino en nombre de la conexión sistemática entre Intelecto y Acción política. Cada defección constructiva hace alusión a la realidad aparente del general intellect, sacando de ella consecuencias prácticas en ruptura con las «leyes civiles». En fin, en el recurso intemperante al Intelecto-en-general se perfila un virtuosismo no servil.” (Virno)

goce y deseo, del sujeto que la encarna contingentemente? ¿Cómo evitar la circulación de las identidades como información, como sujetos preexistentes? ¿Cómo sostener una identidad como punto de vista experiencial, irreductible, tenso, festejante, en duelo, que tensione o contradiga o interfiera la política informacional? ¿Cómo des-articular la violencia que la inteligibilidad supone para aquellxs que nos volvemos ininteligibles por las normas sexuales y de género? ¿Cómo trabajar las sexualidades separándola de los confines de la identidad? ¿Cómo pensar las condiciones de la práctica, desde un corpus jurídico habilitante, para ensayar modos escolares de interrupción de la codificación sexo-genérica? ¿Qué puntos de vista (o de tacto) supone articular una práctica descolonial/descolonizadora con un proceso de des-escolarización de la sexualidad para reintegrarle su condición de conflictividad?

El estallido del dispositivo escuela

Estoy convencida que resulta urgente una reflexión acerca de cómo en el siglo XXI continuamos sosteniendo un modelo institucional propio de la pedagogía del siglo XIX, legitimando y afirmando un modelo de ciudadanx basado en la separación entre varón y mujer como fundamento de la patria, poniendo en práctica el proceso de feminización para la minorización e inferiorización de cualquier sujeto subalterno. La discriminación y represión son dinámicas inmanentes a la estructura educativa, cuyos modelos de sociabilidad se basan en la familia como entidad normalizada de convivencia, sostenida por la moralidad de una cultura católica que se empeña en continuar interviniendo en la definición de los sentidos de lo nacional.

Todas las sociedades modernas han depositado en la educación la promesa de la realización igualitaria. Cada país ha definido a lo

largo de su historia un sistema de selección y diferenciación educativa que se corresponde y adecúa a su configuración cultural, marcando límites y posibilidades a las prácticas y discursos que se suceden en su espacio social. Sobre este modelo institucional, se recortan nuevos diagnósticos como el ADD²²⁸ para disciplinar las infancias emergentes que cuestionan las estructuras escolares decimonónicas con nuevas formas de subjetividad. El malestar de la infancia en la escuela se patologiza y medicaliza. Desde la década del '90 se volvió una costumbre medicar a los niños y niñas que no encajan en las expectativas de sus padres, madres o maestrxs, y suelen ser rápidamente diagnosticadxs siguiendo el manual de Diagnóstico y Estadística de Trastornos Mentales que, desde Estados Unidos, se impone como guía en buena parte del mundo. Hay un abismo entre lxs niñxs y las escuelas que se cierra químicamente con pastillas²²⁹ y psicoterapia.

Otro fenómeno que se acrecienta en las escuelas como síntoma del desasosiego son las ausencias, no sólo de niñxs y jóvenes, sino de lxs propixs docentes. Lxs chicxs ingresan a la escuela y se encuentran con la ausencia reiterada de sus maestrxs que, cada vez con más frecuencia, solicitan licencias. Es evidente que un exceso de malestar es lo que impulsa las retiradas. En una proporción creciente, si lxs docentes pudieran elegir, no estarían

²²⁸ Siglas en inglés que significan “Trastorno por déficit de atención con hiperactividad”. Al respecto, “El auge de la patologización de chicos inquietos y desatentos en la escuela ha llegado a tal punto que ya se está indicando medicación a nenes de jardín de infantes. También se están prescribiendo psicofármacos a alumnos de primaria que son “desafiantes” y “rebeldes” en el aula. El inquietante dato fue revelado en el simposio internacional sobre el tema que terminó ayer en Buenos Aires y en el que participó más de un millar de psicólogos, docentes, pediatras, psiquiatras y psicopedagogos preocupados por el sobrediagnóstico del llamado síndrome ADD en la Argentina”, en “El problema del ADD”, por Mariana Carbajal.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-86337-2007-06-10.html> 10 de junio del 2007.

²²⁹ La más usada es la ritalina, que disminuye el comportamiento impulsivo y, supuestamente, promueve la concentración.

en la escuela, manifestando a menudo un hondo deseo de abandonarlas.

En general, el problema del ausentismo docente es pensado meramente como un obstáculo en el funcionamiento institucional, como un déficit a corregir, por lo cual recibe soluciones de tipo administrativo, arbitrándose formas de regulación que afectan el salario, como por ejemplo el presentismo. Esta interpretación técnico-administrativa del incremento de las licencias propone soluciones acordes a su modo de plantear el problema. Desde esta perspectiva se intenta preservar el estado de cosas en las coordenadas de un estilo instituido de funcionamiento escolar, corrigiendo los comportamientos disfuncionales de sus agentes.

Nos inmiscuimos en las vísceras de esta interrogación, tal como agudamente lo hacen Duschatzky, Farrán y Aguirre²³⁰, ¿qué hay en la huida? Ya en los términos de esta pregunta, el problema de las ausencias -lo que no hay- se desplaza a las huidas y desde aquí es posible registrar una intención -las ganas de no ir-, un gesto que habla de una afección y una forma de tramitación. El abandono del aula, en un sistema armado a partir de la retención de la presencia, de una presencia obligatoria, expresa el agotamiento de un modo tradicional de hacer escuela. “La huida se activa ante el agotamiento de un modo conocido de habitar la escuela. Expresa el reconocimiento de un límite, la caída de un modo conocido pero que ya no sirve y la ausencia de otras posibilidades que habiliten la permanencia en la institución. La huida es signo del agotamiento pero también de un movimiento frente a él, de preservación... y en este sentido, supone un resto de vitalidad, que no encuentra aún los modos de reinventarse

²³⁰ Escuelas en escena. Una experiencia de pensamiento colectivo. Silvia Duschatzky, Gabriela Farrán y Elina Aguirre. Paidós. 2010

pero que pretende conservar la organización de un cuerpo sustrayéndolo de un desgaste agobiante” (2010: 31).

Pensar los problemas como pruebas de experimentación social, nos desafía a tomar cada acontecimiento que nos afecta, nos concierne, nos conmueve, como modo de producción subjetiva. La diferencia en el modo de percibir un dato, siempre efecto de una construcción de sentido, revierte las soluciones habilitadas. Pensemos, entonces, de manera articulada y liguemos este malestar con el malestar que provoca la hostilidad por el silenciamiento ante la identificación como tortilleras, maricas, trans. Probemos imaginar cómo proponer la educación sexual con docentes que no quieren estar en la escuela. ¿Cómo trabajar en esa interferencia entre ese derecho a la presencia de temáticas sobre cuerpos y sexualidades, con un deseo de ausencia del propio cuerpo en ese espacio?

La escuela es una fábrica de ordenar las pasiones; un ordenamiento que des-apasiona. ¿Cómo ordena la escuela las pasiones que desvitaliza y genera deseo de fuga? ¿Qué tipo de institución es la condición para que la sensibilidad, como flujo desbordante de afectaciones, encuentre un terreno de despliegue, de expresión, y cuyo límite no suponga un cierre al misterio de todo devenir? Conflicto es uno de los nombres de lo que conocemos como pasión. Interpretados como impedimentos empíricos que socavan los sueños armónicos, hay una fuerte presión para relegarlos y confinarlos al ámbito privado.

No obstante, lo político también puede nombrarse pasión, aquella de la que se suele decir que no tiene futuro, que no puede planificarse. ¿Qué pasiones arrastran a las ausencias? ¿Qué de lo político se juega en esos éxodos, como el que yo misma emprendo? Chantal Mouffe distingue entre lo político y la política. La política es una actividad cuyo fin es establecer un

orden que hace posible la convivencia humana pero con la presencia inefable de lo político. Aceptar la necesidad de lo político es aceptar a la vez la imposibilidad de un mundo sin antagonismos, una idea impugnada en las dinámicas escolares. Los conflictos no son, entonces, perturbaciones que la mala fortuna impide eliminar. Negar lo político no hace que su desaparición se torne posible. Por último, si la política es aquella actividad que procura domesticar a lo político para establecer un orden, siempre ha de vérselas con el conflicto y con el antagonismo. Quiere decir que si la política es el acto mismo de institución contingente del vínculo social, la educación será siempre -incesantemente-, la tarea/operación de reparto, muestra de cartas y apropiación de aquello que se ha instituido.

Prácticas educativas/prácticas de género: ¿una cita con la ley?

Creo que una de las líneas medulares para pensar el campo educativo y el campo de los feminismos y la disidencia sexual se encuentra en la efectuación de las prácticas, dado que si el género como performativo es una práctica, la educación también puede ser comprendida como una práctica performativa.

Los códigos de género, de las masculinidades y feminidades, son repeticiones y citas ritualizadas de la ley heterosexual en un contexto particular de poder. Estos enunciados son performativos, por lo tanto, sujetos a fallo, por eso deben ser reiterados una y otra vez, reefectuados en el habla y en la acción, y sus fracasos o equívocos son sancionados mediante la exclusión, la injuria o la abyección. Según Derrida, esta fuerza del performativo no procede ni del lenguaje mismo ni de la autoridad concreta que lo pronuncia, sino de la posibilidad de cortar un determinado enunciado y desgajarlo de un determinado contexto de poder, así como de la posibilidad de

desplazarlo e injertarlo en otro. La fuerza performativa deriva de la creación y repetición de un contexto ritualizado donde la citación es reteatralizada. Por lo cual, no hay fuerza performativa sin un cierto “proceso de repetición regulado”. Así, en la propia repetición se encuentra la posibilidad de su subversión, por efecto del injerto, del trasplante, al re-citar ese gesto discursivo de autoridad en una situación inesperada.

Volviendo a la práctica pedagógica y al género como práctica, Foucault afirmaba que “son las prácticas entendidas como modos de actuar y a la vez de pensar las que dan la clave de inteligibilidad para la constitución correlativa del sujeto...” (2008; 32). De este modo, y siguiendo el planteo de Butler acerca del género como ficción performativa, es también a través de los modos de hacer educativos, del montaje de una propuesta pedagógica, que nos convertimos en sujetos inteligibles -o no- para la cultura. En este mismo sentido, Deborah Britzman señala que “nuestra conducta sexual es una práctica y no una ventana a través de la cual estaríamos limitadas a descubrir nuestra verdadera y racional identidad”, cuestionando así la perspectiva normativa sobre la sexualidad que intenta fijar ciertas identidades sexuales a través del saber.

Entonces, las prácticas como modos de hacer y pensar revisten una singular relevancia en la construcción de la corporalidad, de la identidad genérica y sexual así como de las situaciones pedagógicas. Si el género y la educación construyen sus propios imaginarios normativos o mapas de hegemonía, determinando qué se hace legible en el marco de sus fronteras y qué no, la inquietud micropolítica pretende contaminar estas estrategias de espacialización y valoración social del conocimiento, creando las condiciones de posibilidad de un pensar desbordante de las lógicas identitarias de las disciplinas y los territorios de enunciación.

Toda cita se inscribe en la cadena de repetición de un acto con carácter ritual y carga de autoridad, estableciendo al mismo tiempo las condiciones de su realización performativa así como la posibilidad de su fracaso. Si la cita con toda práctica escolar supone la anulación de la identificación sexo-política del sujeto docente, el gesto mínimo de estimular el debate sobre otros modos de producción de conocimientos que desordenan los márgenes y destinos de la producción intelectual como práctica política e interpelan sus atravesamientos morales, se organiza como una operación de descontextualización de dicha cita.

Desde las perfoances de hablas des/autorizadas, un ejercicio táctico de repensar una política de conocimiento dialogante y habilitadora de sentidos múltiples que desterritorialice el aparato disciplinario que autoriza, legitima y canoniza una determinada práctica de saber, una determinada identidad o expresión de género, requiere una intervención no sólo a nivel de los contenidos abordados, sino también a nivel de los dispositivos pedagógicos que proponga, es decir, de las dinámicas de trabajo y las relaciones que genere en los sujetos entre sí, y entre éstos y los saberes puestos en juego. Por eso, instituir un espacio de (auto)formación que busque experimentar nuevas formas de adquirir, compartir y producir conocimientos, y nuevas formas de pensar colectivamente, precisa componer una interrupción como discontinuidad, no sólo en el ejercicio del poder sobre la subjetividad, sino también y sobre todo en la reproducción de hábitos mentales y de hábitos corporales.

De este modo, la práctica educativa así como el género son una cita con la ley, con las formas hegemónicas de hacer y pensar, al mismo tiempo que en esa repetición se abren a la posibilidad de una re-citación subversiva como interferencia de los códigos normativos.

Heteronormatividad: contra un discurso desencarnado

Las políticas de enunciación y localización en clave de autoafirmación identitaria que practico comprenden la autodesignación como tortillera masculina maestra y blanca, asumiendo el privilegio de la blanquedad que busca ser desarmado contra las políticas racistas estatales. De acuerdo a la ley consuetudinaria que regula la producción, puesta en circulación, valoración y acreditación de saberes y capitales intelectuales, la posición de maestra me ubica en esa pirámide del conocimiento siempre como receptora²³¹ de saberes expertos, de carácter técnico, construyéndome así como un sujeto deficitario para el trabajo intelectual. En este sentido, la enunciación como “maestra”²³² funciona a la manera de la apropiación de la injuria queer/cuir, del insulto lesbofóbico, y requiere de una des-identificación del protocolo de autenticidad y legitimidad del saber científico, que remite a sujetos de carne y hueso a prototipos objetivados de un discurso académico desencarnado.

Una operación complementaria demanda esta localización. Es necesario problematizar al sujeto del conocimiento moderno (europeo y masculino) utilizando la figuración propuesta por Donna Haraway del testigo modesto, para deconstruir el modo en que la objetividad se sostiene en la capacidad de la modestia definida por su autoinvisibilidad. Testigo modesto es aquel que se presenta a sí mismo como un mero observador de fenómenos y hechos que ocurren sin su intervención y sin que esa intervención ni los relatos científicos destinados a dar cuenta de la misma se vean afectados por su posición situada. Es el ventrílocuo autorizado que se limita a reflejar el mundo que es su objeto de estudio.

²³¹ Excepto en relación a la infancia, la cual aparece siempre en una posición subalterna.

²³² Sin hacer mención deliberadamente del título como Prof. De Educación Primaria.

Carlos Skliar es incisivo al mostrar el reverso de la ilusión de normalidad de la academia y su trabajo de invención de incapacidades que crea ficciones de legitimidad. "Puesto que en la Universidad estamos invadidos de saberes y discursos que patologizan, culpabilizan y capturan al otro, trazando entre él y nosotros una rígida frontera que no permite comprenderle, conocerle ni adivinarle; puesto que en la Universidad, la presencia del otro sobre el que se habla, del otro a quien se estudia y del que algo - que suele confundirse con el todo- se conoce pero del que nada se sabe; puesto que la presencia real del otro es, en la Universidad, prácticamente nula y no podemos acercarnos a él para ver su rostro, escuchar su voz y mirarnos en su mirada, sólo nos resultaría posible percibir, escuchar y adivinar al otro, abriendo nuestros sentidos y haciendo pensar a nuestro corazón sobre la perturbación que en nosotros produce su posible presencia"²³³.

Un modo de perturbar el orden de autoridad en la jerarquía del saber y como práctica de autoafirmación política de la disidencia sexual, es la narrativa en primera persona. Desde mi experiencia, esa primera persona se trama en un collage y décollage con otras muchas voces. Las narrativas del yo pueden ser una estrategia política/textual para dar voz a las/os propias/os docentes – siempre presas/os del discurso “experto”-, como participantes de la realidad educativa; voces que ponen de manifiesto un relato de la contingencia histórica en la que ejercitamos nuestra tarea. Entendida como práctica crítica, nos posibilita reconocer nuestra propia tecnología semiótica de construcción de significados, sostenida desde una mirada corporizada, desde un cuerpo marcado que pretende dar cuenta de esas marcas, deshacerse de ellas, problematizarlas, desplazarlas, analizando la red de relaciones en las que se significan y los poderes que suscitan.

²³³ "Pequeño manual del buen especialista", Skliar.

Como bien dicen Suárez, Dávila y De la Fuente acerca de las narrativas de las/os docentes (2007), “el saber experto y burocrático ocluye la posibilidad de llevar a cabo prácticas con carácter transformador, en tanto no reconoce otro modo de nombrar lo que sucede en las escuelas que no sea el propio. Lejos de ello, limita la sensibilidad y la imaginación pedagógicas de los docentes, pretende colonizarlas, reducirlas a las formalizaciones técnicas requeridas por la administración instrumental del aparato escolar”. Así como en el ámbito social y político las narrativas en primera persona sobre la identificación sexopolítica permiten denunciar la condición opresiva de vivir en el silencio y lo inhóspito que resulta el lugar de la abyección, en el ámbito educativo permitiría desprivatizar el saber de la experiencia docente y recuperar la subjetividad y singularidad de las propuestas.

Comencemos con una paráfrasis en clave educativa de los interrogantes que Preciado presenta en el Manifiesto Contrasexual (2002, 17): “¿Modifican su proyecto las prácticas sexuales de la persona que enseña? ¿debe la maestra entregarse al “serial fucking” cuando enseña sobre el sexo como tema educativo o, por el contrario, debe guardar las distancias respecto a tales actividades y ello por razones educativas? ¿se puede enseñar sobre la heterosexualidad siendo marica o torta? E inversamente ¿se puede enseñar sobre la homosexualidad siendo hetero?”. El lenguaje impone ciertas condiciones para hablar al mismo tiempo que se constituye como una oportunidad para una fisura o discontinuidad en su interior, de producir a través de la resignificación un espacio de contestación política, invirtiendo las posiciones hegemónicas de enunciación que provoca. Entonces, ¿cómo la posición “lesbiana” interpela los códigos educativos? ¿qué movimientos imperceptibles insinúa en los itinerarios de la práctica pedagógica?.

Los mapas de conocimiento que trazan y organizan la práctica pedagógica, con sus genealogías, herencias o filiaciones teóricas y metodológicas, no están exentos de los legados prácticos de la ciencia -como aparato de construcción cultural- que administran y gestionan las fronteras de lo decible, lo pensable, lo vivible, lo investigable. Habitamos una temporalidad que interpretamos como discontinua, entre políticas de igualdad a nivel estatal y declaraciones de derechos y un régimen institucional cuyos campos de fuerza aún siguen regenteados por la autoinvisibilidad del sujeto que conoce, erigido en voz legítima y autorizada del saber, que podría estimularnos a explorar y densificar un territorio crítico-reflexivo que intersekte posiciones discursivas como las identidades lésbicas –entre muchas otras- y la práctica educativa.

Tal como afirma Haraway, “la localización no consiste en una lista de adjetivos o una asignación de etiquetas como raza, sexo o clase... la localización es el juego –siempre finito, parcial y cargado- entre delantero y trasero, texto y contexto, que constituye la investigación crítica”, por eso “lesbiana” más que una identidad sexual es un emplazamiento político; que acontece como máquina, prótesis, truco, programa, conexión, falla, interruptor o broma ontológica. Algo similar ocurre con el posicionamiento docente como sujeto implicado y situado en coordenadas espaciales y discursivas de la institucionalidad. De esta manera, la disidencia sexual opera como un prisma crítico que descompone los engranajes que hacen que la heterosexualidad sea normalizada en el currículum escolar, lo que Michael Warner (1993) denomina “heteronormatividad” o la obsesión por normalizar la sexualidad a través de discursos que posicionan a lo “queer” como desviado.

La heterosexualidad como sinónimo del aparato del Estado establece que las relaciones de gays y lesbianas, desde el

nacimiento de sus hijos/as a su última voluntad y testamento, sean socialmente descartables, aunque en nuestro país contemos hoy con ciertos derechos que garantizan las formas más hegemónicas de convivencia como el matrimonio²³⁴. Esta desvalorización institucional y social forman parte, en gran medida, del capital sexual de la juventud gay y lesbiana: tales condiciones dan forma no sólo al significado del sexo gay y lésbico sino también al significado del sexo heterosexual. En tanto aparentemente está en todas partes, la heterosexualidad es construida como sinónimo de la moralidad dominante de las políticas de género, de la imposible mitología cultural del romance y el final feliz, y de los imperativos del patriarcado, los aparatos del estado y la economía política de los códigos civiles. Con esta clase de constreñimientos institucionales -esto es, las simultáneas proscripciones e invisibilidades legales de las prácticas sexuales, y la evitación cotidiana de las preocupaciones gay y lésbicas - no resulta una sorpresa que los/as jóvenes gay y lesbianas se constituyan como una de las poblaciones más aisladas dentro de las escuelas.

Políticas de la enunciación: la autoafirmación tortillera como subversión de la cita educativa

Tortillera es una subjetividad segregada, estigmatizada, borrada en el espacio escolar, por la fuerza del ideal nacional y moral que construye la identidad docente. He llevado adelante políticas de visibilidad lésbica dentro de la escuela, como estrategia para perturbar su estatuto de mudez y subrepresentación, una acción

²³⁴ En este sentido, los derechos no son una meta, no son un lugar de llegada, sino que son una conquista de un plano de legitimidad ciudadana para seguir sosteniendo en nuevos espacios nuestras luchas cotidianas para deshacer esa ficción de las democracias liberales capitalistas de que efectivamente vamos a poder neutralizar el conflicto y vivir en una suerte de armonía ciudadana. La adecuación política del estatuto de derecho que permite transformar nuestras prácticas cotidianas demanda acciones reflexivas de impacto micropolítico, es decir, en los procesos de subjetivación y configuración de los deseos.

primaria que, junto a otras, busca darle carnadura a otros deseos en el propio ámbito escolar y en el propio cuerpo docente, un modo de actuar que insta a inaugurar una forma diferente de ser maestra. No obstante, esta táctica de la primera persona resulta insuficiente para desarmar las lógicas heteronormativas si no hay otras prácticas que cuestionen las políticas de conocimiento de la propia institución escolar.

Aprender a ocultar se torna una parte del propio capital sexual, y la persona siempre tiene -lo quiera o no - una relación con “el closet”. Como señala Eve Sedgwick (1990), no es que uno/a “finalmente” salga, sino que como acto del lenguaje se repite a lo largo de toda la vida. Salir del closet, quedarse en él, o hacer salir a otros/as es siempre una decisión momentánea e inacabada²³⁵. El supuesto universal acerca de que la heterosexualidad no requiere que los y las heterosexuales piensen sobre el yo y su relación con lxs otrxs en estos términos, me zambulle como protagonista de la escena sexopolítica disidente en el empeño de combatir y marcar una relativa inflexión en el sistemático borramiento y silenciamiento epistémico de esta posición identitaria a nivel académico-político. De este modo, el sujeto tortillero habla y produce un saber sobre sí mismo, creando un desplazamiento radical del sujeto de la enunciación científica y política. Este saber no procede de la culpabilidad o de la vergüenza, no busca excusarse o legitimarse, no es descripción de la patología o de la deficiencia, sino que se presenta como una forma de crítica política-estética de transformación social.

²³⁵ Desafiar un posicionamiento sexual naturalizado es, en palabras de Eve Sedgwick, “la violencia más íntima posible” y “central para la moderna historia de la opresión homofóbica”. Por lo tanto, llamarse a unx mismx lesbiana o gay permanece no sólo como un acto de resistencia, sino también acarrea una necesaria autoridad. No obstante, en este dilema de tener que mantener una identidad coherente, si bien ficticia, mientras simultáneamente se realiza el esfuerzo por deshacer la distinción binaria, es importante considerar que la estrategia de visibilidad no siempre es eficaz para todxs, en todos lados, por lo cual es preciso sensibilizarse con estrategias políticas y retóricas que tengan en cuenta raza, clase, etnia, edad, nacionalidad, y un sinnúmero de otras diferencias.

Podemos explorar cierta analogía entre lo que sucede con las identidades no heteronormativas de lxs docentes y lo que pasa en el ejército, que bien describe Butler²³⁶ a través de la operación “no preguntes, no digas”. No existe en Argentina un corpus legalmente explícito que prohíba esta enunciación, no obstante, funciona como una interdicción, un veto tácito, sobreentendido, obvio. Es decir, esa identidad lésbica, gay, bisexual no impide incorporarse a la docencia mientras no la declares.

Butler plantea que el personal del ejército goza de algunos derechos y obligaciones de la ciudadanía, pero no de todos ellos, construyendo al personal de esta institución como una zona de ciudadanía parcial. En esta misma dirección podríamos pensar la docencia, donde algunas de las características de la ciudadanía se mantienen y otras están tácitamente suspendidas por las regulaciones de la moral hegemónica. Algo similar sucede, por ejemplo, para afirmar públicamente la identidad sexual y para la demostración de afecto. Para aquellxs que no creen en las fronteras nacionales y en la patria como parafernalia simbólica, deben cumplir con esos rituales, forzando los múltiples gestos de resistencia y desobediencia. La mención de nombres prohibidos por leyes no escritas se convierte en la ocasión de una comunicación incontrolable, y en el caso de los enunciados sobre la sexualidad que se transmiten a través del habla, se transforma en un espacio de contagio. De esta manera, decir puede incitar, escuchar puede provocar.

En el discurso educativo, lesbiana o gay son términos usados para describir a otrxs, pero no pueden ser usados por aquellxs que quieran hacerlo con el propósito de describirse a sí mismxs. Es una autoafirmación que el espacio pedagógico intentará evitar por omisión y borramiento. De este modo, no se restringe tanto

²³⁶ Butler, lenguaje, poder, identidad.

el uso del término homosexualidad en la cultura escolar pero sí en el contexto de autodefinición docente. Si no pensemos ¿qué implicaría que una maestra, además de torta, enunciara públicamente su no monogamia o su no exclusividad sexual en el noviazgo o su participación en prácticas sadomasoquistas? ¿cómo habría de afectar esa enunciación su práctica pedagógica a la recepción y la lectura de sus textos sobre pedagogía?

Pedagogía cuir o antinormativa: ¿una pedagogía que trabaja contra sí misma?

Una gramática de la disidencia sexo-política en la educación no puede escribirse con las mismas reglas que soportan la heteronormatividad, sino a través de ellas, dentro de ellas, contra ellas, más allá de ellas. Esto requiere invertir nuestra energía emocional y política en gestar, mediante un proceso de implicación mutua, los dispositivos de autoalteración de la vida que gestionan tiempos y espacios autónomos en los que podemos decidir/planear/fantasear/ cómo queremos vivir nuestros cuerpos, nuestras vidas.

La intersección de procesos pedagógicos con sexualidades genera dilemas que son simultáneamente “personales” y “profesionales”, arrojándonos a una intensa interrogación ética e intelectual. Enseñar sobre sexualidades requiere giros epistemológicos radicales, procesos en los cuales la identidad del /la docente se vuelve una “herramienta”, con frecuencia, en formas incómodas o impredecibles.

Por eso, pensar una pedagogía queer/cuir impugna el diseño de una respuesta totalizante y única, desafiándonos a enfrentar la obstinada pregunta interruptus de la normalidad, que pone en escena lo extraño y raro del locus de la normalización y sus formas de subjetivación gestionadas por la blanquedad del

mundo occidental, la heteronormatividad, el monoculturalismo del Estado, la mercantilización de la vida. En la formulación y práctica de una pedagogía cuir se ponen en cuestión los marcos de reconocimiento y legitimidad de lo que va a ser considerado humano en el propio saber que ponemos en juego, a través de interrogantes encarnados en una situación, indagando las condiciones restrictivas pero habilitantes de la acción, revelando así los intersticios disidentes y apostando a desarrollar los lenguajes que hagan falta para la apertura del deseo como acontecimiento y potencia. Esto implica considerar el carácter inconcluso e incompleto de los sujetos tanto como de la pedagogía.

"La pedagogía es la distribución inmediata de las ideas hacia los campos específicos de su rédito social (que son) campos de entrenamiento listos para agregar obedientes soldados cognitivos a la esfera de saberes circulantes"²³⁷. Una pedagogía antinormativa se monta frente a esta lógica de la erección, de la posición y la verdad, que se muestra incapaz de valorar el riesgo creativo de lo incierto, lo tentativo, lo inexacto, como una voz incompatible, discordante, con el tono pedagógico normalizado. Una pedagogía de-generada que burla las delimitaciones de género académicamente reconocibles de la disciplina, una pedagogía de perversiones²³⁸ que rompe, exhibicionistamente,

²³⁷ Galende, op. cit., p. 11. En Nelly Richard.

²³⁸ La "perversión" como lectura consiste en un ejercicio oblicuo o bastardo de interpretación. "En el sentido común, "perverso" suele utilizarse para calificar conductas "desviadas" de la norma, específicamente sexual. Recordemos que el término "perversión" definió, en el siglo XIX, uno de los discursos sobre la desviación del modelo ideal de sexualidad burguesa, que consideraba como máxima expresión: la pareja heterosexual casada y reproductora, con el fin de sostener una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora. Como "perversos" fueron definidos, entre otros pero con especial énfasis, homosexuales y lesbianas. El término que Freud inventó para señalar el potencial del ser humano para una sexualidad fluida, "perversidad polimorfa", es retomado desde un sector de los estudios queer para proponer lecturas y análisis que no estén sometidos a la lógica heteronormativa. Desde esta perspectiva, la perversión funciona como una forma de cuestionamiento de las cadenas de significación dominantes, a través no de un nombre sino de la continua ausencia de uno que

el protocolo académico del cuerpo docente para multiplicar las marcas de lo inefable, contaminado, infecto, con la radicalidad de una sospecha crítica que afecta su sistema de nominaciones y denominaciones. Consiste en activar la curiosidad, esa que vale la pena practicar con cierta obstinación: “no la que busca asimilar lo que conviene conocer, sino la que permite desprenderse de uno mismo. ¿Qué valdría el empeño del saber, si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos, y no, en cierto modo y en la medida de lo posible, el extravío del que conoce? Hay momentos en la vida en los que la cuestión de saber si se puede pensar de modo diferente a como se piensa y percibir de otro modo a como se ve es indispensable para continuar contemplando o reflexionando”²³⁹, o enseñando, podemos añadir.

Existe un modo endogámico de pensar la pedagogía, cuyos límites son interpelados por Silvia Serra, que “la constituye en un objeto pre-masticado, listo para servir, sin aristas, ni misterios, ni asperezas”. Y agrega que prefiere “definirla de otro modo, no por sus propiedades actuales, por sus terrenos bien ganados, por sus réditos a corto plazo, sino por las relaciones que establece con otros elementos del campo. Como la maestra que sienta al alumno escurridizo al lado del ordenadito, o al charlatán al lado

distorsiona un sistema de connotación. Por eso llamo a este ejercicio “perverso”, en el sentido de que está alentado por el potencial de resistencia a la norma y porque implica las formas no-reproductivas de la sexualidad. Es así que para Teresa de Lauretis (1995) “perverso significa no patológico, sino más bien no heterosexual o no normativamente heterosexual” (1995: 37). La perversión se presenta como el lado negativo o inferior de la sexualidad, aquella que se desvía del naturalizado modelo de sexualidad positiva, “normal”, heterosexual y reproductiva. También, la investigadora Déborah Britzman (2001) insiste en la definición de perversidad como simplemente “placer sin utilidad”, siendo la base de la posibilidad de la propia sexualidad”. valeria flores, en “Sobre penes, dildos y orgasmos. Un ejercicio “perverso” para pensar la educación sexual”, trabajo presentado en el II Coloquio Interdisciplinario “Educación, sexualidades y relaciones de género. Investigaciones y experiencias”- UBA (2007) <http://escritosheticos.blogspot.com.ar/2009/05/sobre-penes-dildos-y-orgasmos-un.html>

²³⁹ Gabilondo, Ángel (1999), en Michel Foucault. Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales volumen III. Paidós. Barcelona, pág. 11.

del tímido, o al revoltoso en la primera fila en su mismísimo escritorio, para ver si produce algún efecto, apostamos a ofrecerle nuevas yuntas. Porque si la pedagogía es lo que es, es fruto de sus relaciones con el higienismo, la psicología evolutiva, el disciplinamiento de las conductas, la ortopedia, y cuántos otros saberes con olor de abuelas pero con más vidas que los gatos. ¿Qué sucede si la filosofía, la lingüística, la tecnología, el análisis del discurso, la teoría de la estética, la teoría política o el rock se convierten en partenaires de la pedagogía, se sientan por un tiempo en su mesita?"²⁴⁰. Entonces, nosotrxs invitemos a esa mesita a lxs raritxs, las tortilleras, maricas, drags, bisexuales, trans, intersex, queers, crossdresser, tanto como a las teorías feministas, queer, los estudios poscoloniales, las teorías trans e intersex para desestabilizarla y enfiestarla un poco.

Ante el asedio de los discursos sobre la sexualidad codificados por el pánico del abuso sexual, la amenaza del embarazo adolescente y el peligro de las infecciones de transmisión sexual, como aspectos adversos y a erradicar, y frente a la creciente patologización y criminalización de las infancias, una pedagogía cuir/antinormativa trabaja contra el optimismo hiperbólico del discurso escolar y se sitúa desde una negatividad crítica y jubilosa, deconstruyendo la educación como una de las formas de control de la vida sexual. En este sentido, desde perspectivas liberales se movilizan políticas de tolerancia, inclusión y diversidad que se anudan, fiel y fácilmente, a los discursos escolares impulsados por el afán de domesticar los conflictos. Por eso, es impostergable problematizar la pedagogía de la tolerancia y la inclusión que de ella se deriva.

Una pedagogía de la tolerancia entraña una relación asimétrica de poder, alguien tolera y otrxs son toleradxs. Sostenida por una

²⁴⁰ En Cuadernos de Pedagogía. Rosario, 1998.

epistemología liberal de la inclusión redistribuye a la población en aceptadorxs, aceptables, aceptadxs. Como la normalidad necesita del “diferente” para constituirse y reconocerse a sí misma como tal, el señalamiento de la diferencia se presenta como referencia negativa de la normalidad y medida de control. En general, el “otrx” es representado como un estado de desviación, dolencia o carencia; como alguien que hay que contener. De este modo, la tolerancia no pone en cuestión un modelo social de exclusión e impide examinar los valores de la cultura contemporánea.

Configurada como una estrategia moralizadora y reguladora de la propia normalidad, postula una “convivencia armónica” que termina deshabilitando la pregunta por la complejidad de la trama ideológica que organiza la discriminación y el repudio. Por lo tanto, sigue produciendo la exclusión al fijar y ordenar las identidades en narrativas estandarizadas y estereotipadas, sin historias ni sufrimientos ni deseos, mutiladas en su capacidad de agenciamiento. Mediante un proceso de exotización o folklorización de las diferencias, se despolitizan las desigualdades y se invisibiliza por qué el “otrx” se convierte en “otrx”, “diferente”. Orientada por un principio de universalidad que tiende a la homogenización, la tolerancia se naturaliza como la respuesta más indemne ante los antagonismos identitarios, que promueve la displicencia o la coacción frente a lo extraño y una excesiva comodidad frente a lo familiar.

Por el contrario, una pedagogía antinormativa/cuir propone desarmar las condiciones que hacen de la discriminación la trama de constitución de los sujetos “diferentes”, poniendo en discusión cómo el propio discurso institucional es habilitante de la violencia y problematizando sistemáticamente los binarismos fundantes de la instituciones y prácticas de normalización. Si la normalidad es una historia de cuerpos, un archivo acerca de

cómo pueden vivirse las relaciones sociales y cómo pueden imaginarse las políticas, una pedagogía antinormativa/cuir promueve la proliferación no jerárquica de deseos, identidades, otros modos de vida, cuestionando el imperativo reproductivo y los órdenes de existencia codificados por una epistemología patologicista de las identidades (por ejemplo, que instaló la homosexualidad como enfermedad y sigue sosteniendo las identidades trans como trastornos) y su glosario de términos bio-médicos que rotulan y roturan los cuerpos. Experimenta con prácticas que marquen la norma y desmarquen la diferencia como modo de desordenar los cánones de la normalidad (clasismo, heterosexismo, sexismo, racismo, xenofobia, discapacidad, nacionalismo, etc) y construir otro régimen de visibilidad. Desde una sensibilidad no moral, enuncia el propio límite como condición de una potencia y se guía por un principio de situacionalidad al singularizar las respuestas en cada situación.

La pedagogía antinormativa, más que una definición o una teoría, es una práctica. No puede existir como una serie de generalidades, de afirmaciones prescriptivas que trazan un programa, un método o conjunto de valores. En tanto no hay pensamiento crítico universal sino producciones críticas ligadas a condiciones específicas, la fuerza disruptiva de un acto antinormativo se ve en la acción, incrustado críticamente contra algún elemento de la estructura autorizada de la sociedad y la cultura a la que se enfrenta.

Transformar la rutina en acontecimiento implica desplazarse de los parámetros cotidianos del acto educativo, empleando la desidentificación como forma de extrañamiento. Practicar una pedagogía cuir exige, necesariamente, una alteración de la conciencia práctica, de aquello que lxs actores saben tácitamente sobre cómo actuar en los contextos de la vida social, aunque no

puedan darle una expresión discursiva directa. La rutinización de los encuentros sociales y los datos del escenario cotidiano que brindan seguridad y confianza, comienzan a resquebrajarse y a ponerse en tensión porque la práctica cuir opera como interruptora de las prácticas repetitivas y previsibles. Registrar los desvíos -imperceptibles a las representaciones pedagógicas-, y las energías que puján por hallar formas de expresión, tal vez pueda transformar las redundantes y clausurantes preguntas (¿cómo parar la violencia? ¿cómo frenar la atención dispersa? ¿cómo evitar los ausentismos?), que cancelan travesías audaces desde su propia formulación, hacia búsquedas afirmativas, sinuosas, abiertas, dejándose extrañar a sí misma y al entorno. Las preguntas no intentan definir un estado de cosas, sino apresar, conectar, tal vez descifrar, un movimiento con el único objetivo de maximizar las consecuencias inéditas de un proceso de aprendizaje.

Para la pedagogía cuir, la lucha comienza por el uso subversivo de los espacios institucionales en tanto flujos polémicos y vectores de creación de espacio público. La escuela se interpreta como lugar posible de “ocupación cultural”, producción de visibilidad y transformación social, alentando el propósito del conocimiento de trabajar contra sí mismo más que afirmando el orden de cosas. A la vez, esta estrategia escolar se modula con la interrupción y modificación de las “normalidades” deliberadas y peligrosas de las pedagogías informales, que son mucho más poderosas que cualquier institución educativa.

Tanto para el activismo de la disidencia sexual así como para una pedagogía cuir, decirse lesbiana, marica, trans, no es ni una pose, ni una moda, ni siquiera un gesto de coraje. Es al mismo tiempo una declaración de guerra y un modo de exponerse, vulnerable, frente al lenguaje y la mirada dominantes. Como práctica de descentramiento radical de la enunciación, intenta producir una

ruptura epistemológica -y no una confesión de verdad alguna- que surge de desordenar “la llamada “distancia científica” que marcó la tradición centroeuropea y colonial de las ciencias humanas y que condujo a la producción del “homosexual” como figura política de la degeneración, estratégicamente situada en una cartografía de los anormales junto con otras figuras liminares como la mujer violenta, la prostituta, el hombre criminal, el enfermo mental o el discapacitado”²⁴¹. Pero no basta para conseguirlo, con contentarse con “dar la palabra” a los sujetos concernidos, sino que es necesario crear las condiciones de un ejercicio, quizás paroxístico, de esta enunciación.

En todo este proceso, la tiza ha sido reemplazada por el dildo, la asamblea sindical por la cama abierta, la planificación por la deconstrucción de las metáforas escolares, la didáctica por la micropolítica, el borrador por la escritura bastarda, el guardapolvo por la genealogía política.

Contra los(as) órdenes de la explicación

Contra la lógica de un saber explicativo, el saber interrogativo de una pedagogía cuir busca perforar el orden de las pruebas y certezas de cientificidad con el tajo –especulativo- de la duda, de la conjetura o bien de la utopía. En su lucha académico-institucional, este saber busca operar sobre tramas concretas de sentido y referencias para intervenir el soporte de la institución en su materialidad concreta, que censura la escritura del cuerpo y el cuerpo de la escritura en nombre de una moral académica. Por eso, desde esta práctica y política de conocimiento se asume el desafío de una afirmación o de una negación que, por provisionarias que sean, se atreve a decidir y a ejercer la responsabilidad práctica de un acto de sentido. Se pronuncia a

²⁴¹ Terror anal, de Beatriz Preciado. pág. 158-9.

favor o en contra de ciertas decisiones, sin adherir al suspenso de una ilimitada cadena de indefiniciones, deteniéndose así, contingentemente, en algún sitio ubicable desde el cual tirar líneas, marcar posiciones, señalar y revelar los cambios.

Este saber interrogativo se modula desde la errancia como experiencia configurante de la práctica pedagógica, auscultando y tanteando procedimientos inéditos que permanecen sumergidos, privados de toda elaboración pública. Sin embargo, desconocida en sus dimensiones socialmente productivas, aún no se instituyen los conceptos, los recursos y los escenarios para un pleno reconocimiento de estas prácticas errantes, las que quedan menospreciadas en sus posibilidades.

A su vez, esta pedagogía antinormativa, este saber interrogativo, esta práctica de la errancia, proclama, siguiendo a Jacotot²⁴², la igualdad como punto de partida, el axioma o hipótesis que fomenta el pensamiento, el experimento y la invención. La igualdad no es ni una promesa ni un hecho empírico ni una recompensa en un futuro distante²⁴³, sino, por el contrario, la igualdad es una práctica, una hipótesis pragmática.

El acto de emancipación comienza con la decisión de hablar y de pensar a partir de la presunción de la igualdad de inteligencias, la decisión de que se tiene la capacidad y el tiempo del que no se es dueñx según el pacto establecido por el orden y la división de lo sensible reinante. El acto de la emancipación es el acto de alejamiento del lugar que se tiene asignado en el orden social, el

²⁴² En "El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual", Rancière toma la experiencia de Joseph Jacotot, quien a principios del siglo XIX, anunció la igualdad de la inteligencia de todas las personas y elaboró lo que él llamó la "enseñanza universal", incluyendo la posibilidad de enseñar lo que no se sabe y la capacidad del analfabeto de emancipar a sus hijos.

²⁴³ Jacques Rancière. La educación pública y la domesticación de la democracia. Maarten Simons, Jan Masschelein y Jorge Larrosa editores. Miño y Dávila. 2011. Introducción. Pág. 20

acto con el cual se altera la configuración en la que alguien tiene cierta posición desde la que puede ver, decir y hacer algo y, por lo tanto, el acto por el cual unx se distancia de sí mismx. La emancipación no es un cambio en términos meramente de conocimiento, sino fundamentalmente en términos de ubicación o de posicionamiento de los cuerpos, por eso esta configuración se relaciona con la dimensión estética de la política.

La emancipación es una lucha acerca de las palabras, que interrumpe el consenso con respecto a lo dado por supuesto, por obvio, reformulando el terreno de lo decible, de lo visible, de lo pensable y de lo posible al interferir el orden explicativo y forcejear contra las formas de subjetivación gubernamentales.

Si la escuela como instancia de constitución de subjetividades está en crisis, dado que los viejos ideales de formación del sujeto se transforman en obstáculos para pensar los modos post nacionales de subjetivación, ¿por qué el pensamiento crítico moderno deviene obstáculo? Porque supone la existencia de una serie de condiciones que se desvanecieron con el agotamiento del Estado Nación como práctica dominante. Estas nuevas formas comandadas hoy por las lógicas mediáticas no ejercen censura ni represión sino que, en términos de Suely Rolnik, secuestran las capacidades inventivas, se nutren de ellas, de las proliferaciones múltiples, despojándolas de su tono experimental y libertario, poniéndolas al servicio de la mercantilización, de la repetición, del aniquilamiento creativo y del consumo.

La enseñanza está, en general, ligada a alguna forma de evaluación y la cultura de la escuela hace que la enseñanza de hechos sea más importante que la comprensión de cuestiones íntimas, estableciendo que las respuestas estables sean -y deban ser- las esperadas. En esa cultura, los modos autoritarios de interacción social impiden abrir nuevos debates y temáticas,

desestimando el desarrollo de una curiosidad que pueda llevar a profesorxs y estudiantes en direcciones que podrían revelarse sorprendentes. Todo ello hace que las cuestiones de la sexualidad sean relegadas al espacio de las respuestas correctas o equivocadas²⁴⁴. Por eso, el modelo de educación sexual propuesto desde una pedagogía cuir/antinormativa exige mucho más, o algo diferente, que una “explicación” de parte de lxs profesorxs. Lxs profesores y maestrxs precisan preguntarse cómo su contenido pedagógico afecta la curiosidad del/la estudiante y sus relaciones con ellxs, y estar dispuestxs a estudiar la postura de sus escuelas y a ponderar cómo esa postura puede impedir o hacer posibles los diálogos con profesorxs y estudiantes.

Desvincularse del orden de la explicación como modelo canónico de la enseñanza nos demanda como docentes estar preparadxs para la incertidumbre de nuestras indagaciones y crear las oportunidades para explorar la extensión y los sorprendentes síntomas de nuestra propia ansiedad. Pero juntamente con el análisis de por qué la sexualidad es tan difícil de ser discutida en el contenido escolar, también se hace ineludible construir una disposición de parte de lxs docentes para desarrollar nuestro coraje político, en una época en que parece no ser tan popular suscitar interpelaciones y cuestionamientos radicales sobre el cambiante conocimiento de las sexualidades y los estilos corporales. Esto significa que la sexualidad está estrechamente sujeta a la capacidad para la libertad así como a los derechos civiles, entre otros tópicos.

Generalmente, lxs educadorxs nos sentimos un poco desconcertadxs cuando nos vemos confrontadxs con las ideas de provisoriedad, precariedad e incerteza, tan frecuentes en los

²⁴⁴ Curiosidad, sexualidad y currículum. Deborah Britzman.

discursos contemporáneos. Un poco por legado de nuestra formación y también por las propias dinámicas escolares que funcionan con conductas estandarizadas y rígidos marcos de interpretación, preferimos contar con referencias seguras, directas, claras, metas sólidas e inequívocas. De forma mucho más usual, somos lanzadxs en las escuelas a situaciones absolutamente imprevisibles, algunas trágicas, otras fascinantes, casi todas inexplicables para las matrices habituales de sentido, aumentando nuestra sensación de vulnerabilidad. El ritmo y el carácter de las transformaciones sociales y culturales pueden convertir ese recurso en inmovilidad y parálisis. Por el contrario, para muchxs otrxs -y aquí me reconozco- una opción es asumir los riesgos de la precariedad, admitir las paradojas, las dudas y contradicciones, sin pretender darles una solución definitiva, ensayando resoluciones provisionarias, múltiples, contingentes, localizadas. Volverse curiosxs sobre las propias conceptualizaciones sobre el sexo y las sexualidades, los cuerpos y los géneros, es una inquietud inicial primordial, mirando alrededor, utilizando las herramientas que se tienen a mano, evaluando posibilidades y alternativas de reorganización de materiales para cubrir una necesidad, gestar un deseo, producir una fuga. Se arma un bricolaje pedagógico como procedimiento artesanal en el que las combinaciones y las maneras de vincular los elementos a los que se recurre y se crean, tienen sentido sólo en las situaciones y con los materiales utilizados para la ocasión.

Nos tenemos que atrever a pensar el hecho de que, a pesar de la disponibilidad de nuevas leyes y discursos, los debates públicos y las presentaciones que visibilizan la presencia de identidades gay, lesbiana, trans, travesti, no han sido acompañados por una metamorfosis de las prácticas institucionales y estatales que hagan efectivo el reconocimiento social. Esta extraña paradoja/esta paradoja queer -la de las identidades emergentes tornándose más visibles y aún así menos comprendidas-

necesita ser interrogada, ya que la creciente visibilidad de sensibilidades gay/lesbianas en conflicto, al menos en las áreas urbanas, interviene en la forma en que el aislamiento podría ser vivido y desafiado.

Escribir las prácticas como una forma de hacer teoría: una técnica barata

Desde el movimiento punk emergieron prácticas de invención de técnicas baratas de intervención crítica que apelaban a su dimensión políticamente incorrecta, sucia e irrecuperable. En respuesta a la mercantilización del cuerpo en la cultura de masas e inspirado al mismo tiempo por la excentricidad sexual del movimiento LGTB, por el glam rock y por el situacionismo, el movimiento punk hace del cuerpo abyecto el centro de su escena. Expresión radical de un sentimiento antisistema, se buscaba escapar de los estigmas sociales mediante la ofensa y molestia al buen gusto, la moral y la tradición. "Házlo tú mismo/a" fue el lema que incentivó la producción punk sin acudir a las vías generalmente aceptadas como habituales, fomentando la fabricación casera de artefactos culturales a muy bajo costo (fanzines, música, ropa, etc). En este mismo sentido, podemos pensar la escritura como una técnica barata para promover la recreación del pensamiento pedagógico crítico.

Los modos de escritura y lectura que circulan en la institución escolar, poco tienen que ver con las reflexiones de maestrxs sobre la propia tarea que llevan adelante. En general, la experiencia y el saber de lxs docentes se ve cautivo del saber experto y de formas de documentación de la cultura escolar que produce la burocratización de la escritura bajo los formatos típicos del registro pedagógico convencional (informes, boletines, diagnósticos, proyectos, etc). En los modelos comunicacionales, la tendencia a reducir la palabra a su

eficiencia para trazar caminos expeditos y sin ningún titubeo en la transmisión, empobrece las posibilidades del descubrimiento, hipotecando el lenguaje a la prosa formularia que condena a muerte la creatividad e inhabilita toda marca subjetiva. Ese enjambre de significados, relaciones y sentidos que es nuestra práctica queda sometida a un casillero, o un tilde, o a fórmulas que de tan repetidas han colapsado su poder de significar, porque no pueden capturar las complejas vicisitudes a las que nos enfrenta hoy la contemporaneidad.

En esta gramática de la escritura que estructura la práctica docente, se diluye y omite la singularidad que adquiere cada propuesta pedagógica, las decisiones que toma cada docente, día tras día, así como las tensiones que enfrenta y que se materializan en el acto de educar. A su vez, las políticas de capacitación son políticas de conocimiento que suponen posiciones de saber vinculadas a distintos actores del sistema escolar, y la capacitación es un dispositivo en el que se concreta esa política. En las últimas décadas, bajo la presión de modelos educativos que promovieron el rol técnico del docente, se ha instalado con fuerza la descalificación de los-as educadores-as, ubicándolos en el lugar del “no saber” y la “no competencia”, desde el punto de vista de un déficit que tiene más que ver con las transformaciones del mundo contemporáneo, incluidas las que afectan a las instituciones educativas, que con una condición per se de la profesión. Entonces, un amplio espectro de especialistas emergió para saldar las carencias de lxs docentes. Esto provocó la expropiación del saber sobre la práctica y la desvalorización de las experiencias pedagógicas, así como su privatización o desconocimiento permanente, desestimando estas acciones como modo privilegiado para la producción de nuevas prácticas y reflexiones teóricas.

Gran parte del bagaje de saberes escolares sobre la enseñanza no encuentra vías para ser comunicado, consultado, rescatado, reconstruido por sus protagonistas y por otras-os docentes. Llamativamente, las experiencias que dan vida a la función primordial de la escuela quedan encerradas en sus propias paredes o relegadas a un lugar marginal en la historia personal de las-os maestras-os. Así, la mayor parte del saber reflexivo e innovador acumulado en esas experiencias, una porción importante de sus contenidos transformadores de la práctica, se pierden o naturalizan en la cotidianeidad escolar, o bien se convierten en anécdotas ingenuas y comentarios apresurados sin valor profesional.

Asimismo, estas aspiraciones reflexivas antagonizan con aquellas identidades que las instituciones contribuyen a desarrollar desde ciertos atavismos jerárquicos y que tienden a subordinar la creatividad e iniciativa de lxs protagonistas a los requerimientos orgánicos y administrativos, configurando las precondiciones de lo que se puede pensar y de lo que puede pasar, operándose una especie de secuestro de la experiencia docente.

De esta manera, se limita la sensibilidad y la imaginación pedagógicas de las-os docentes, colonizándolas y reduciéndolas a las formalizaciones técnicas requeridas por la administración instrumental del aparato escolar. Si las prácticas producen saberes y los saberes producen prácticas, estas experiencias de lxs docentes van tramando aquello que Foucault denominó como los saberes sumergidos o sometidos, aquellos saberes enmascarados y silenciados por un régimen de verdad, los que no tienen un estatuto de legitimación dictaminado por el discurso institucional.

Inscribir el propio trazo en el texto escolar como muesca de una singularidad mediante la escritura de la práctica, supone entrar

en disputa con la obiedad y los modos de hacer irreflexivos. Pensar la práctica es hacerle lugar a la pregunta, a la incomodidad epistemológica que disloca el conocimiento hegemónico como proceso de normalización.

“Escribe tú mismx” sería la contraseña para desbaratar el régimen de escritura institucional/académica que nos apresta a ignorar nuestro propio cuerpo, a ubicarnos en un lugar de ilocalización de nuestra corporalidad situada como condición de verdad. Así, nuestra voz es apenas un murmullo que circula en las orillas bajo la vigilancia de las categorías que vendrán a decirnos qué somos o qué nos pasa, creando un marco de inteligibilidad en que ese susurro es audible en tanto intromisión subjetiva ilegítima. Como prerrequisito de pertenencia a este régimen se exige una posición enunciativa que sospeche de la sensibilidad y se exilie de todo rastro subjetivo. Entender la pedagogía como una forma de trabajo cultural, introduce la proposición “escribe tú mismx” como una máxima que confronta la división del trabajo entre lxs que hacen y lxs que piensan, forjando la escritura en términos de tecnología de pensamiento.

"El uso de metáforas en la escritura incita a recrear la experiencia interior de quien escribe. Ello es así porque la imagen metafórica nos permite escribir y describir el mundo, las cosas, la educación y, como es el caso, sobre los educadores, sin recurrir a la frecuente rigidez de los conceptos definitorios, las teorías contrastadas o los sistemas cerrados. Es cierto que la metáfora privilegia los contornos y las texturas, que hace difícil la precisión de un contenido o la explicación inequívoca acerca de lo que un educador es o debe ser, hace o debe hacer. Pero al colocar la imagen antes que la idea, y la idea antes que el discurso, la metáfora hace de su límite una potencia"²⁴⁵. De modo

²⁴⁵ De la presentación del libro *Metáforas del educador*. Juan Sáez Carreras y José García Molina (compiladores). Nau Llibres. Valencia. 2011.

que la experiencia no habla por sí misma, sino que lo hace a través del lenguaje. A una de esas formas del lenguaje le podemos llamar teoría, en la cual encontramos vocabularios y léxicos que no son más que ficciones –ya sean normativas o disruptivas- para lxs educadorxs. La producción teórica de la pedagogía tiene una tarea urgente para hacer: ¿Cómo cada docente ha llegado a construir esos vocabularios y apropiarse de ellos? ¿Hay otros posibles? Unx docente que rechaza la teoría carece de instrumentos, tretas, artefactos y artilugios para operar; es unx docente desarmadx, desprovistx de magia.

El/la docente también es un inventorx: inventorx del lenguaje. Construye gramáticas, elabora redescpciones, interviene activamente en la lucha por los significados, nombra y des nombra mundos y cuerpos. Y ya sabemos feministas y disidentes sexuales que un nombre cambia las cosas. Sabemos que la lucha que llevamos a cabo como educadorxs es una lucha de/por las palabras. La propia escritura del/la docente interpela la economía textual de la institución, cuyo imperativo de uniformidad empapa la identidad docente y nos mantiene cautivxs de modelos normativos y estandarizados del escribir y del pensar. En esa escritura se esparce el saber expropiado del/la docente; por eso, escribir la práctica es hacer la práctica, es un modo de pensar, una cisura en la robusta dicotomía teoría-práctica. De esta manera, la propia escritura docente abre grietas en su función técnica atribuida por la burocracia y política estatal, y en sus consecuentes jerarquías del saber. Por eso, el llamado “déficit docente” tan promocionado en estos tiempos, es un invento para desautorizar nuestra autonomía intelectual como trabajadorxs culturales y organiza nuestra práctica como una anatomía patológica de la educación.

Cuestionar todas las certezas no implica una apología del entumecimiento del pensamiento, por el contrario, para algunxs

constituye una fuente de energía intelectual y política. Construirse como autorx en la producción escrita implica asumir la responsabilidad política y ética del trabajo pedagógico, dando cuenta públicamente de nuestras reflexiones y posiciones, así como también vitalizar la pasión como trabajadores/as culturales e intelectuales que producen conocimientos como experiencia inherente a nuestra práctica docente. “Si nos posicionamos ante el desafío de escribir sobre/nuestra tarea como docentes, la escritura se nos presenta como la varilla del rabdomante, de aquel o aquella que busca los sentidos ocultos, enterrados, sumergidos, y que combina un poco de adivinación, un poco de técnica, y mucho de curiosidad. Así, el texto se vuelve impulso contagioso de otros deseos educativos, de decir de otros modos la escuela, de inscribir las variaciones vitales de lo escolar, de otras conmociones pedagógicas”²⁴⁶.

²⁴⁶ valeria flores, “Escribir las prácticas, leer los cuerpos, desarmar violencias: *una poética del derecho*”, <http://escribirlaspracticadocentes.blogspot.com.ar/> y <http://utecongresopedagogico.blogspot.com.ar/>

La pedagogía como aparato de producción corporal

Los cuerpos, por lo tanto, no nacen, son fabricados.

Donna Haraway

El amo asumía en primer lugar y en particular la figura del maestro de escuela.

Jacques Derrida

Los niños se desinteresan de los padres cuando se les abandona. No son sentimentales. Son pasionales y fríos. En cierto modo algunos abandonan los afectos, los sentimientos, como si fueran cosas. Con determinación, sin tristeza. Se vuelven extraños. A veces enemigos. Ya no son ellos los abandonados, sino quienes se baten mentalmente en retirada. Y se marchan. Hacia un mundo oscuro, fantástico y miserable.

Y, sin embargo, a veces simulan felicidad. Como un ejercicio de funámbulos. Los padres no son necesarios. Hay pocas cosas necesarias.

Algunos niños se las arreglan solos. El corazón, cristal incorruptible. Aprenden a fingir. Y el fingimiento se convierte en la parte más activa, más real, más atractiva como los sueños. Ocupa el lugar de lo que consideramos verdadero. Quizás sea sólo eso: algunos niños tienen el don del desapego.

Fleur Jaeggy

“Las historias de la ciencia pueden ser poderosamente contadas como historias de las tecnologías, las cuales son formas de vivir, órdenes sociales, prácticas de visualización: las tecnologías son prácticas habilidosas. ¿Cómo ver? ¿Desde dónde ver? ¿Qué limita la visión? ¿Para qué mirar? ¿Con quién ver? ¿Quién logra tener más de un punto de vista? ¿A quién se ciega? ¿Quién se tapa los ojos? ¿Quién interpreta el campo visual? ¿Qué otros poderes

sensoriales deseamos cultivar además de la visión?”²⁴⁷. En línea con esta afinidad interrogativa marcada por Donna Haraway, podemos comprender las prácticas pedagógicas como prácticas de visualización que, en tanto educadorxs, configuran nuestro campo de acción-visión, nuestro marco de inteligibilidad, nuestras zonas de ceguera.

Es oportuno pensar que la educación también es una historia y una práctica de las tecnologías de la visión. Disponer la visión como sentido hegemónico de un modo de conocer no es un asunto caprichoso. El ojo fue instituido como el órgano perceptual por excelencia de la modernidad, a partir del cual se organizó toda una epistemología colonial, ordenada por la distancia con el propio cuerpo y con los otros cuerpos, como paradigma de la objetividad en detrimento de otros sentidos que funcionan desde la cercanía, como por ejemplo el tacto. La visión es siempre una cuestión del “poder de ver”, por lo tanto, los ojos, sean los nuestros o los artefactos protésicos de las modernas ciencias tecnológicas, son sistemas perceptivos activos que construyen traducciones y maneras específicas de ver, es decir, formas de vida²⁴⁸.

De manera sugerente, Haraway afirma, “la teoría es corporal, y la teoría es literal. La teoría no es algo distante del cuerpo vivido; sino al contrario. La teoría es cualquier cosa menos desencarnada”²⁴⁹. Si las teorías son máquinas de ver, la cuestión será mantener los ojos bien abiertos, más bien estrábicos, capaces de ver lateralidades, y alojando las tensiones necesarias e ignoradas. En este sentido, desde un ojo bizco cuir

²⁴⁷ Donna Haraway. Ciencia, cyborg y mujeres.

²⁴⁸ Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. Donna Haraway.

²⁴⁹ Idem.

desacatado²⁵⁰ que interrumpe la mirada estandarizada, me interesa establecer conexiones entre visión, cuerpos, géneros, a partir de imaginar la pedagogía como aparato de producción corporal, generadora de esas ficciones somatopolíticas que son las identidades sexuales y de género.

Haraway formula una categoría fecunda para una teoría feminista de los conocimientos situados: el aparato de producción corporal. Retomando el análisis de Katie King sobre la producción del poema como un objeto de valor literario, muestra las herramientas que clarifican ciertos asuntos controversiales en los debates feministas sobre la objetividad. King sugiere el término “aparato de producción literaria” para poner de manifiesto el surgimiento de lo que toma cuerpo como literatura en la intersección de arte, negocios y tecnología. De este modo, el aparato de producción literaria es la matriz de la que nace la “literatura”. Centrándose en el poderoso objeto de valor llamado “poema”, King aplica su marco analítico a la relación de las mujeres con las tecnologías de la escritura (King, 1987b). Haraway adapta -y adopta- su trabajo para comprender la generación —la producción y reproducción actuales— de cuerpos y de otros objetos de valor en los proyectos científicos del conocimiento. Así como los objetos de Katie King, los “poemas”, son lugares de producción literaria en los que el lenguaje es un actor, también los cuerpos como objetos de conocimiento son nudos generativos semiótico-materiales.

²⁵⁰ Para Jorge Díaz, la mirada disidente u ojo desacatado trata ahí donde lo autoevidente deja de ser natural y se da la posibilidad de restarse de la mirada positivista de la clasificación, la claridad, la precisión y exactitud. “Pretender cuestionar qué o cómo vemos me parece una necesidad radical, una ramificación desde lo focal que permite comprender de qué forma vamos a incluir en el análisis de la visión totalizante una discusión sobre lecturas contextuales”. Feminismo decapitado. *Ficciones ópticas y sobreesaturación travesti*. Jorge Díaz Fuentes -III Circuito de Disidencia Sexual (2011), Chile.

Las fronteras del cuerpo se materializan en la interacción social y son establecidas según prácticas roturadoras. De modo que los objetos no existen antes de ser creados, son proyectos de frontera. Pero las fronteras cambian desde dentro y lo que contienen provisionalmente permanece siendo generativo, productor de significados y de cuerpos. Por eso, implantar y ver fronteras es una práctica arriesgada. Esto nos hace pensar que los organismos son encarnaciones biológicas; en tanto que entidades técnico-naturales, no son plantas, animales, protistos, etc. pre-existentes con fronteras ya determinadas y a la espera del instrumento adecuado que los inscriba correctamente. Por el contrario, los organismos emergen de un proceso discursivo, de allí que la biología es un discurso y no el mundo viviente en sí.

Los diversos cuerpos biológicos emergen de la intersección de la investigación biológica, el trabajo literario y la publicación; de las prácticas médicas y de otras prácticas empresariales; de las producciones culturales de todo tipo, incluidas las metáforas y narrativas disponibles; y de la tecnología. Los cuerpos, por lo tanto, no nacen, son fabricados. Han sido completamente desnaturalizados como signo, contexto y tiempo. “Una no nace mujer”, dijo certeramente Simone de Beauvoir. Al campo epistemológico-político de la postmodernidad le tocó responder, en un co-texto, al texto de Beauvoir: “uno no nace organismo”.

En la actualidad, el cuerpo es concebido como un sistema estratégico altamente militarizado en terrenos clave de imaginación y de práctica. El sexo, la sexualidad y la reproducción son teorizados en términos de estrategias de inversión local. El cuerpo deja de ser un mapa espacial estable de funciones normalizadas para convertirse en un campo enormemente móvil de diferencias estratégicas.

Entonces, hasta aquí tenemos modos de mirar que hacen ciencia. Tenemos modos de mirar que fabrican cuerpos. Tenemos ciencia que hace cuerpos. Tenemos cuerpos manufacturados por una multiplicidad de prácticas y tecnologías. Desde el ojo bizco que explora lateralidades y límites, se hinca la pregunta ¿qué tiene que “ver” la educación con la industria del cuerpo?

Si la identidad sexual no es la expresión instintiva de la verdad prediscursiva de la carne, sino un efecto de reinscripción de las prácticas de género en el cuerpo ¿de qué modo las prácticas educativas que desarrollamos como educadorxs en las instituciones estatales participan de la performatividad del género, de las formas en que se inscriben los códigos de la normalización en los cuerpos? Es a partir de aquí que propongo pensar la pedagogía como aparato de producción corporal. Es decir, de ir un poco más allá de entender las prácticas pedagógicas como configurantes de subjetividades, sino mejor y en todo caso, de cuerpos.

La heteronormatividad como régimen de inteligibilidad social, vectorizada por una matriz binaria de género, es concomitante con un régimen de visión social. Inspección y control ocular son procedimientos de asignación de género, de búsqueda de la verdad del sexo, del establecimiento de coherencias e identificación de anomalías. Tenemos en nuestra retina el binarismo instalado para ver el mundo, un mundo de cuerpos. Es el ojo hetero diseccionando cuerpos y organizando la realidad para su provecho. Este ojo hegemónico, este modo de mirar y percibir, que no es otra cosa que un modo de pensar, crea zonas de ceguera, oscuridad, penumbras, que en términos de la oftalmología podríamos llamar *escotoma*.

El *escotoma* es un fenómeno por el cual, a veces, la mente suprime incongruencias en cosas que miramos. Bajo condiciones de visión binocular, las imágenes vistas por uno de los ojos se vuelven predominantes, mientras que las que observa el otro no se perciben, se anulan. El área de visión deprimida o suprimida dentro del campo visual, puede ser comprendida como aquellas interferencias al orden (hetero)sexual vigente, es decir, todas aquellas desviaciones de la norma que son silenciadas y destinadas al campo de lo impensable, de lo intolerable de mirar: algo que está ahí pero la visión es incapaz de percibir. Opera como un procedimiento ceguera construido por las normas de género y sexualidad que establecen los marcos de inteligibilidad de lo humano. De este modo, la invisibilidad es ausencia, (des)memoria de cuerpos, inexistencia de subjetividades, desaparición de identidades. Así, la mirada heterosexual que traza guías binarias para organizar su campo de visión, produce la ceguera por exceso de visión, ceguera por haber mantenido demasiado tiempo los ojos abiertos, colmados de imágenes dicotómicas. Las identidades sexuales y de género no (hetero)normativas son los *escotomas* del régimen de visión de la heterosexualidad.

Si Derrida afirmaba que “toda cultura se instituye por la imposición unilateral de alguna “política” de la lengua”²⁵¹, la que prohíbe el acceso al decir, a cierto decir, radicando allí la interdicción fundamental que opera por caminos más solapados, pacíficos, silenciosos, liberales, podemos afirmar que la heterosexualidad se instituye por la imposición unilateral de una política de la visión que actúa por modos de mirar/decir que, al mismo tiempo, efectúan una operación de supresión. Y la

²⁵¹ Jacques Derrida, El monolingüismo del otro. Pág 57.

pedagogía tiene que “ver”, paradójicamente, con esos modos de visión.

Contra esta hegemonía hipervisual -ocularcentrismo cartesiano- en que el ojo es el medio privilegiado para el conocimiento, no nos queda más que ultrajar los modos de mirar, los modos de percibir, los modos de pensar. Porque el dispositivo ceguera del ojo hetero se articula con el procedimiento mutismo de su voz. El mutismo no marca el límite de lo que puede ser hablado y pensado, sino que es un elemento que funciona junto a las cosas dichas. Al respecto proclamaba Foucault, que no cabe hacer una división binaria entre lo que se dice y lo que se calla; habría que intentar determinar las diferentes maneras de callar, cómo se distribuyen los que pueden y los que no pueden hablar, qué tipo de discurso está autorizado o cuál forma de discreción es requerida para los unos y para los otros.

Entre el régimen de decibilidad heteronormativo y el campo de visualidades que construye, se encuentra el armario como institución social, que lejos está de ser un artefacto privado, aunque exista un empeño sistemático para hacernos creer que es un lugar que nos pertenece y que nos contiene. Ese régimen de decibilidad es un régimen de conocimiento/ ignorancia. Eve Sedgwick ha mostrado en su obra “Epistemología del closet” que el armario es el lugar de una contradicción imposible: no puedes estar adentro y no puedes estar afuera. No puedes estar adentro, porque nunca estarás seguro de haber logrado mantener tu homosexualidad en secreto; después de todo, uno de los efectos de estar en el closet es que no puedes saber si las personas te tratan como hetero porque lxs has engañado y no sospechan que eres gay o lesbiana, o porque te siguen el juego y gozan del privilegio epistemológico que les confiere tu ignorancia de que ellxs lo saben. Pero si nunca puedes estar en el closet, tampoco

puedes estar afuera, porque aquellos que alguna vez gozaron del privilegio epistemológico de saber que no sabes lo que ellos saben, se niegan a renunciar a tal privilegio e insisten en construir tu sexualidad como un secreto al que tienen un acceso especial, un secreto que se descubre ante su mirada lúcida y superior.

La epistemología del armario es no sólo un modo de conocimiento, sino también una forma de ignorancia en la medida en que oculta la naturaleza política de su interés en preservar y mantener la construcción epistemológica de la heterosexualidad como un hecho obvio que puede ser conocido universalmente sin ostentaciones, y una forma de vida personal que puede ser protegida como algo privado sin constituir una verdad secreta. Esta epistemología vertebró la cultura occidental desde la modernidad, por lo tanto, suministra los andamios discursivos de todas las disciplinas, entre ellas la pedagogía. El secreto público es una forma de conocimiento y constitución de saber socialmente disponible que, en el propio sentido común de los géneros entrelazados significativamente con las sexualidades, regula los sentidos de legitimación de la verdad de la propia identidad.

De este modo, la institucionalidad del armario produce efectos ideológicos y políticos de encierro y/o intemperie que capilarmente, desde materialidades discursivas, prácticas pedagógicas y rituales institucionales, obligan a una verdad sexual, La Verdad, exigida como naturaleza primaria y definitoria de lxs sujetxs, al mismo tiempo que dispensan cartas de legalidad y legitimidad que regulan sus experiencias y percepciones cotidianas de la sexualidad y el género.

A su vez, lejos de ser una narrativa totalizadora o un conjunto monolítico de prácticas prefabricadas de antemano, la pedagogía es un conjunto complejo y cambiante de intervenciones teóricas y políticas dentro de una relación de conocimiento que se articula a partir de este régimen de conocimiento/ ignorancia. Como práctica cultural dedicada a la producción de conocimiento, identidades y deseos, tiene por objeto al cuerpo, una relación cuerpo a cuerpo cuya preposición articula una sintaxis de micro-relaciones, discursos y prácticas en torno al reconocimiento. Organizada como aparato de producción de corporal, los sujetos de la intervención pedagógica, sean niños, jóvenes, adultos, no son un a priori de sus procedimientos, sino que constituyen el nudo de intersección de todos sus dispositivos, el campo de intervención de toda una serie de tecnologías del cuerpo, del espacio, del tiempo, de las posiciones, de los placeres, de la economía, etc.

La pedagogía como aparato de producción corporal hace del género un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades. Como disciplina científica, participa de un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, que junto a las técnicas farmacológicas y audiovisuales, producen la certeza de ser hombre o ser mujer como ficciones somaticopolíticas de la época.

Así, las prácticas educativas son una máquina –una más-especializada en la programación de género, “una tecnología psicopolítica de modelización de la subjetividad que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una

sexualidad fijas”²⁵². Por eso, la historia de la normalización, de esa sensación imperceptible en el aula, de esa uniformidad indistinguible como sinónimo de cotidianidad, de esa historia de la lectura, de la escritura y de su pedagogía, no son historias de signos, no son hermenéuticas, sino historia de cuerpos, procesos de incorporación subjetivante de saber que determinan potencias de actuar.

Lxs críticxs transgéneros y transexuales, como Del LaGrace Volcano, Dean Spader o Pat Califia, Marlene Wayar, Mauro Cabral, entre otrxs, insisten hoy en que existe una continuidad coercitiva entre el control de los dispositivos culturales de reproducción sexual y de filiación y la normalización de los modelos educativos de reproducción cultural. Para desmontar estas programaciones no hay una forma privilegiada de oposición sino una multitud de fugas. Una posibilidad es ensayar la constitución contingente de comunidades de prácticas y discursos que faciliten explicitar colectivamente los dispositivos de construcción de grupos subalternos (de clase, de raza, de religión, de género, de sexualidad, de edad...), así como la historia oposicional, las narrativas disidentes y las plataformas de resistencia que hacen posible la supervivencia de estos sujetos abyectos de la historia. Esto nos exige más inventiva que archivo, más osadía que planificación, más astucia que burocracia, más escucha que retórica.

El poder no es uno solo y está arriba, sino que se dispersa en sutiles redes de autorización e interdicción que ordenan -con distinto grado de historicidad, contingencia y contextualización- a los grupos sociales y a las personas en sistemas de inclusión y exclusión. Es decir, en entramados políticos que anudan jerárquicamente esa dispersión. La inteligibilidad

²⁵² Beatriz Preciado. Testo yonqui, pág. 90

institucionalizada de los cuerpos, de aquello considerado humano como lo mismo (lo uno) y lo diferente (lo otro), amparada sobre una trama patriarcal del binarismo genérico heteronormativo, construyó prejuicios, naturalizaciones y estigmatizaciones sobre las diferencias genérico-sexuales.

Los sistemas educativos han estado históricamente orientados a la formación de identidades de Estado (hegemónicas) y a la transmisión y validación de modos de ser y conocer logo-falo-etno-adulto-céntricos (entre otros centrismos), excluyendo o marginando otros. Funcionan como un dispositivo ideológico de moralización ciudadana desde una ficción universalizadora de valores restrictivos y, en general, menguantes de derechos efectivos. Pese a lo avances legislativos en derechos de la infancia, continuamos conviviendo con una escolaridad de un fuerte tono militar, salvaguardada por la institucionalidad normativa que liga machismo y nacionalismo mediante una exaltación patriótica de la masculinidad, en la que pervive la tiranía de una mirada tutelar que históricamente se agenció la figura cultural del patronato adulto como función de control de lxs niñxs.

Estas identidades se conforman como respuestas a interpelaciones que procuran darnos lugares y tiempos bien delimitados, así como modos de ser transparentes y unívocos. Como lo plantea Foucault, podríamos pensar esas interpelaciones como verdaderos dispositivos discursivos que producen disciplinamientos y dictan a los sujetos lo que pueden y lo que no pueden. Acosadas por las interpelaciones, los procesos de identificación nos van aglutinando a medida que vamos construyendo las diferencias. Es decir, que vamos demarcando y seleccionando de los repertorios disponibles los que más ayudan a diferenciarnos de otras identidades. Nuestro

deseo no está preconstruido con anterioridad a que la institución lo mapee, sino que ciertamente, las tramas institucionales sostienen habilitaciones y deshabilitaciones para deseos posibles, un mecanismo fundacional absolutamente naturalizado desde donde se cimientan, también, las identidades sexuales y de género. La homosexualidad es un conjunto de relaciones sociales que hacen de una práctica sexual uno de los campos más beligerantes de la subalternidad y de las relaciones de poder, ya que primero se tiene que poner a lo homosexual en la alteridad: hacerlo otro, es decir, lo otro²⁵³ de lo hetero, que obviamente es la norma desde la cual se marca al resto.

Actualmente, la escuela y los medios como operadores ideológicos del pánico moral escenifican la atribución identitaria de “peligrosidad” y “anormalidad” como rasgos propios de la juventud y, específicamente, de la adolescencia, generando un estado de opinión pública que descifra cualquier “desvío de la norma” como pánico sexual. Además, los discursos acerca del abuso sexual infantil cargan una significativa homofobia, filtrándose la homosexualidad como perversión²⁵⁴ y abonando el

²⁵³ “El “otro”, sin embargo, no existe ontológicamente. Es una invención discursiva. ¿Quién inventó al “otro” sino el “mismo” en el proceso de construirse a sí mismo?”. Geopolítica de la sensibilidad y del conocimiento. Sobre (de)colonialidad, pensamiento fronterizo y desobediencia epistémica. Walter D. Mignolo (2010).

²⁵⁴ “Las estrategias de conocimiento y control que llevan a la estigmatización o a la criminalización social estaban desplazándose desde la figura decimonónica del homosexual, absorbida y normalizada por la “cultura gay”, hasta la figura del pedófilo como nuevo límite de lo humano. Habría que preguntarse con Hocquenghem y Schérer: ¿qué quiere decir pedofilia? ¿cuál es la relación política que existe entre los constructos de edad y de sexualidad? ¿cuál es la máquina social que la pedofilia encarna? ¿qué produce y qué consume esta máquina pedofílica? ¿qué placer colectivo nos procura la sexualización de la infancia? ¿cuál es el deseo sublimado tras el delirio paranoico frente a la pedofilia? ¿acaso no es el miedo a reconocer los deseos pedófilos colectivos que se codifican y territorializan a través de la institución de la familia lo que nos hace ver e inventar al pedófilo como figura de lo abyecto? ¿qué hay de la pedofilia en el “deseo de tener un hijo”? ¿y en la promoción del cuerpo joven y su reconstrucción técnica?”. Terror anal, de Beatriz Preciado. Pág. 169/170,

pánico sexual hacia las sexualidades consideradas despreciables por el régimen heteronormativo²⁵⁵.

Un aparato de construcción corporal, como la pedagogía, toma el cuerpo en tanto intersección de todas estas tecnologías. La heterosexualidad se implanta como sinónimo del aparato del Estado, lo que implica la desvalorización institucional y social de las identidades sexuales y de género que disienten y difieren de la norma heterosexual, incluyendo la privación de la protección económica, médica y legal proporcionada a los heterosexuales que se organizan según las formas sancionadas. Esto forma parte, en gran medida, del capital sexual de la juventud LGTB y esas condiciones dan forma no sólo al significado del sexo e identidad no heteronormativa, sino también al significado del sexo heterosexual.

Britzman señala que un aspecto a explorar en educación es lo que Dank (1971) llamó la “disonancia cognitiva” de los/as jóvenes gay y lesbianas. “La mayoría de las personas que eventualmente se identifican a sí mismas como homosexuales debe realizar un cambio en el significado de la categoría homosexual antes de poder ubicarse a sí mismos/as dentro de esa categoría” (Citado en Herdt, 1989:7). En un contexto histórico donde persiste la estigmatización, con resabios de patologización y criminalización, de las prácticas gay y lesbianas;

²⁵⁵ Esta apreciación de “peligrosidad juvenil” implica que lxs jóvenes no tienen desarrolladas todas sus capacidades, no son adultxs, por eso son menores, por lo que no sólo no es posible que sean “responsables de sus actos”, sino que se lxs considera “moralmente inestables”. Esta idea de minusvalía no sólo habilita, sino que exige la obligación de lxs adultxs de “vigilar” (y no de acompañar) a lxs sujetos que parecen poder ponerse en riesgo y poner en riesgo permanentemente a lxs otrxs por ser incapaces de medir o entender las consecuencias de sus actos. Esta concepción ha sido refuncionalizada mediáticamente como parte de un discurso político del dispositivo de vigilancia institucional reciclada históricamente. Lxs jóvenes aparecen asociados permanentemente al descontrol, a enfermedades (bulimia, anorexia, alcoholismo, drogadicción) y a actos delictivos de mayor o menor cuantía (incluyendo el suicidio). Paralelamente, se estimula a lxs xadres para que investiguen los e-mails de sus hijxs, indaguen en sus conversaciones por chat, entre otros modos de invasión a la privacidad, como modo de “protegerlxs”.

junto al supuesto de homogeneidad por el cual todas las relaciones entre tortas, maricas, trans, son iguales; los mismos significantes gay, lesbiana y trans deben ser rearticulados en formas que sean placenteras, interesantes, y eróticas. Esta rearticulación del significante homosexualidad, transexualidad o transgénero requiere, coincidentemente, que la heterosexualidad se separe de los discursos de la naturalidad o de los discursos de la moralidad, para que pueda llegar a ser considerada como una posibilidad entre muchas. Sin embargo, aún hoy, con cierta normativa jurídica favorable, hay una ferviente insistencia en posicionar a las posibilidades eróticas como un riesgo. Es decir, que estos procesos de identificación, desidentificación, y rearticulación, de construir un nuevo discurso del yo, de los/as otros/as y del deseo, ocurre en contextos hostiles y perturbadores.

El cuerpo específico, tropo por excelencia de la pedagogía, es el de la infancia. Cuerpos de niños, cuerpos de niñas, cuerpos anómalos. Philippe Ariés advierte que la infancia, tal como se la entiende hoy, es una invención que tiene unos trescientos años (Ariés, 1998)²⁵⁶. Fabricada para la gobernabilidad de los sujetos en la medida en que éstos son colocados en tiempos y lugares de habilitación y restricción, la infancia se hace ficción somatopolítica. Como un artefacto biopolíticamente construido que permite la producción y normalización del adulto, será el sistema educativo el dispositivo específico que produce la infancia a través de una operación política singular: la dessexualización del cuerpo infantil y la descalificación de sus afectos²⁵⁷.

²⁵⁶ Beatriz Preciado, *Terror anal*. Pág. 46

²⁵⁷ *Idem*. Pág. 165

“La infancia no es un estadio pre-político sino, por el contrario, un momento en el que los aparatos biopolíticos funcionan de manera más despótica y silenciosa sobre el cuerpo. El primer objetivo de la tarea educativa es la privatización del ano (control de esfínteres), llevando a cabo un diseño sexopolítico del cuerpo en el que ciertas zonas son radicalmente excluidas de la economía libidinal. Después viene la represión de la masturbación, el aprendizaje de la escritura y de la lectura y la inserción en la “máquina heterosexual”²⁵⁸. Para René Schérer, autor de “La pedagogía perversa”, existe una relación estructural entre infancia y escritura. Históricamente, la infancia aparece con la imprenta y la cultura del libro. El acceso a la lectura como técnica de subjetivación marca la diferencia entre dos tipos de cuerpos: los infantes o cuerpos-sin-texto y los adultos a los que se puede acceder de modo virtual a través de la lectura y la escritura. Allí donde estaba la masturbación vendrán el aprendizaje de la escritura y la lectura, el seguimiento rítmico de las clases, la disciplina del cuerpo, el encierro y la repetición de tareas: la mano que acariciaba el cuerpo, ahora sujeta un instrumento a través del cual el cuerpo deja un rastro y se vuelve sujeto. Nos encontramos aquí frente a una paradójica incitación represiva: no se trata tanto de eliminar la masturbación, sino de conseguir a través del control y la privatización de las prácticas de placer autoerótico, de fabricar un nuevo sujeto sexual, individualizado y autoconsciente, que se percibe a sí mismo como el continente de una identidad sexual y que se siente como un peligro potencial para sí mismo. Aprendemos así a tener miedo de nuestro cuerpo, a olvidar que tenemos ano y a afirmar una identidad²⁵⁹.

²⁵⁸ Idem. Pag. 165

²⁵⁹ Idem. Pág. 166

En las instituciones educativas y en la familia, esta dessexualización adopta la forma específica de una represión de la homosexualidad. De esta manera, la pedagogía asume su condición de disciplina heteronormativa destinada a transformar el cuerpo en sujeto heterosexual, a través de la producción de la masculinidad y la femineidad normativas. Para aprender y para enseñar (a ser heterosexual), por lo tanto, es necesario cerrar el ano, evitar la pasividad; por eso la relación de aprendizaje debe ser una relación de transferencia de saber viril.

¿Qué sucede con las niñas que no tienen pene ni parecen masturbarse –aunque lo hagan-?. La niña como víscera hueca, lesbiana, marimacho, parece caer fuera del circuito masturbación-escritura-educación que preside la pedagogía masculina. La institución educativa es, ante todo, una “industria política de genderización” del cuerpo, para decirlo en términos de Teresa de Lauretis. La pedagogía y su dispositivo tecnopolítico, la escuela, son espacios altamente performativos donde el cuerpo del alumnx (tubo dérmico más que niño o niña) aprende, ensaya y pone a prueba modelos discursivos, estéticos y biopolíticos de normalidad y de desviación de género²⁶⁰.

La experiencia de la niñez como invención de un cuerpo obediente implica el aprendizaje de la discreción como neutralización de la potencia del deseo, como trabajo de ocultamiento de su “sin fin”. Un cuerpo acatado es un cuerpo rescatado, recuperado o sustraído de su indecencia, de su sospechosa perversidad polimorfa, de la enfermedad de sus instintos, de su desafío a la autoridad.

La doctrina heterosexual impone una idea de infancia como desmesura, como indiscreción moral, osadía del deseo, audacia

²⁶⁰ Idem. Pág. 167

de su tender hacia, haciendo de la educación un intento constante y estable de contención de una otredad, de un cuerpo otro, que tiene la fuerza para abrir nuevos horizontes de experiencia. De este modo, se le retacea y extirpa a la infancia su posición abierta a las diferenciaciones, como sensibilidad exploradora, como ser en devenir.

Repensar la pedagogía como aparato de producción corporal articulado por un régimen de visión heterosexual que hace inteligible los cuerpos, en especial los de la infancia, nos interna en las tensiones, contradicciones y posibilidades de crear prácticas educativas que desbaraten las tecnologías que gobiernan los cuerpos de lxs niñxs.

Prácticas pedagógicas e imaginarios estéticos: políticas de (hetero)normalización de lo sensible

aunque no me mueva, aunque no viaje, hago, como todo el mundo, mis viajes inmóviles que sólo puedo medir con mis emociones, expresándolos de la manera más oblicua y desviada de mis escritos.

Gilles Deleuze

...criaturas voraces se yerguen a veces como buitres en las fisonomías de los que hemos amado.

Fleur Jaeggy

Abrirse a lo posible es recibir, como cuando uno se enamora, la emergencia de una discontinuidad en nuestra experiencia, y de construir, a partir de la mutación de la sensibilidad que el encuentro con el otro ha creado, una nueva relación, un nuevo agenciamiento. Uno se enamora menos de la persona que del mundo posible que ella expresa; se capta en el otro menos su existencia actualizada que nuevas posibilidades de vidas que el encuentro ha hecho surgir.

Mauricio Lazzarato

La emoción dentro de los límites de la razón no nos propone más que una vida encogida.

George Bataille

Toda práctica pedagógica acuña una propuesta estética al poner en juego “modos de dividir y compartir lo sensible y lo inteligible, ofrece unas categorías de la experiencia sensible, opera sobre los cuerpos y hace cuerpos, regula emociones y nos introduce en unos particulares regímenes de experiencia y conocimiento”²⁶¹. De esta manera, una propuesta estética

²⁶¹ Graciela Frigerio y Gabriela Diker, en *Educación: (sobre)impresiones estéticas*, Frigerio y Diker (comps.) del estante ed., 2007, Bs As. Pág. 10

comprende un modo de conocer que vuelve disponible lo pensable. Los actos estéticos son configuraciones de la experiencia que citan modos del sentir, inducen formas de subjetividad política y producen efectos de conocimiento mediante prácticas que impresionan y afectan el orden sensible. Así, la estética es una “fábrica de lo sensible”²⁶², un régimen de sensibilidad, que remite a un modo de articulación entre las maneras de hacer, las formas de visibilidad de esas maneras y los modos de volver pensables sus relaciones, nos propone Rancière²⁶³.

La escuela es un dispositivo estético²⁶⁴ en cuyo escenario se libran batallas sobre el mundo sensible y sus modos de (in)inteligibilidad. Representante de la máquina institucional más efectiva de occidente en la fijación de hábitos, en la escuela se aprende una versión del conocimiento despojada de emociones y rastros subjetivos. Esta modelización del saber diseña un tipo de sensibilidad, un paradigma de percepción, que se efectúa en la captura y doblegamiento de las pasiones, cuyo efecto es una pérdida de vitalidad del mundo, entre otros.

La forma es una de las materias del pensar en clave estética²⁶⁵, lo que nos remite a conjeturar cómo la repetición ritual de la

²⁶² Expresión utilizada por Rancière en “Estética y política”.

²⁶³ Rancière se va a referir a la “división de lo sensible” como ese sistema de evidencias sensibles que pone al descubierto al mismo tiempo la existencia de un común y las delimitaciones que definen sus lugares y partes respectivas. Por lo tanto, una división de lo sensible fija al mismo tiempo un común repartido y unas partes exclusivas. Este reparto de partes y lugares se basa en una división de los espacios, los tiempos y las formas de actividad que determina la manera misma en que un común se presta a participación y unos y otros participan en esa división. La división de lo sensible muestra quién puede tomar parte en lo común en función de lo que hace, del tiempo y del espacio en los que se ejerce dicha actividad. Así pues, tener tal o cual “ocupación” define las competencias o incompetencias con respecto a lo común. Esto define el hecho de ser o no visible en un espacio común, estar dotado de una palabra común.

²⁶⁴ “La escuela como dispositivo estético”, de Javier Sáenz Obregón, en *Educación: (sobre)impresiones estéticas*, Frigerio y Diker (comps.) del estante ed., 2007, Bs As. Pág. 81

²⁶⁵ Frigerio, pág. 33

disposición de los cuerpos, los tiempos y los espacios; de las formas de la verdad, la moral y la esperanza; del método impersonal; hacen de la escuela un lugar hostil a la improvisación, a la ambivalencia, a lo paradójico, a lo impensado, a los desenlaces inciertos. Las prescripciones sobre el cuerpo según el género, la crítica de las pasiones/emociones y sus desordenados movimientos, producen dos formas sensibles: la forma-temor y la forma-vergüenza, dos sentimientos pedagógicos que instituyen una moralidad de prohibiciones y restricciones, una moralidad que es consagración del estatus quo. De este modo, la identidad corporal bajo el registro de la estética occidental europea y uniforme, se instala como paradigma de la identidad humana, civilizada, normal, exclusiva y excluyente.

En este sentido, la estética escolar se sobreimprime a la tecnología de género que va a establecer los ideales o parámetros normativos -preceptivos a la vez que descriptivos-, que funda un enlace de subordinación mutua entre lo “bello”, lo correcto, lo normal, adecuado para cada cuerpo en cuanto a vestimenta²⁶⁶, movimientos, modos y tonos de dicción, gestualidad, objetos y modos de uso, colores, sentimientos y expresiones, etc. Por eso, la sensibilidad como constelación de prácticas de percepción es un punto de gravitación fundamental en la normalización sexo-política.

²⁶⁶ Sobre las prescripciones de género sobre la vestimenta, cito: “Si “la ropa es, sobre todo, un artefacto social, una forma de comunicación” (Lek, 2005; 183), el modo de vestir sigue siendo un potente comunicador de mi género sexual, de mi orientación erótica y de mi resistencia a la heteronorma, así como también lo son mi forma de caminar, sentarme, pararme”. A su vez, en una ocasión, “en que varias docentes nos encontrábamos reunidas en la sala de maestras/os, una de ellas comenta que necesita una par de zapatillas para una niña de su grado. La directora le contesta que cuenta con unas, pero que “no es para nenitas, porque son botines para jugar al fútbol”. flores, valeria (2008) “El armario de la maestra tortillera. Políticas corporales y sexuales en la enseñanza”. IX Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y IV Congreso Iberoamericano de Estudios de Género – Rosario.

La pedagogía como artefacto cultural no sólo instituye un modo de ver a lxs otrxs, dibujando en el tejido de la experiencia sensible las formas del dominio o de la igualdad, sino que establece también una disposición y un modo de sentir, de percibir, de aprehender a lxs otrxs. La estética entraña una división del conocimiento, de un saber que es siempre dos cosas en una: un conjunto de conocimientos y, a la vez, una cierta distribución de las posiciones²⁶⁷, un reparto sensible de los lugares y de las competencias que estructura el orden jerárquico. De ese modo, la experiencia sensible hace corresponder a las posiciones sociales y de género, determinados gustos, actitudes, saberes, ilusiones, perfoances corporales. Esa sensibilidad requiere un adiestramiento que, en general, no es consciente, se enraiza en los cuerpos, hace cuerpos, por lo cual “no es natural distinguir un hombre de una mujer, aprendemos a hacerlo porque somos entrenados para naturalizar –tornar natural y de ese modo irrefutable- la existencia de hombres y mujeres como dos inconmensurabilidades”²⁶⁸.

La estética de los modos escolares de conocimiento se compone de: políticas de visualidad y decibilidad, poéticas de percepción, regulación de espacios y tiempos, todas ellas interceptadas o saturadas de programaciones de género, es decir, de las ficciones somatopolíticas de la masculinidad y feminidad que estimulan modalidades de sensibilidad diferenciada, en las que ciertas disposiciones sensoriales, afectaciones²⁶⁹, pasiones, son

²⁶⁷ Educar: (sobre)impresiones estéticas, Frigerio y Diker (comps.) del estante ed., 2007, Bs As. Pág. 285

²⁶⁸ Lacombe, Andrea (2006) “Para hombre ya estoy yo”. Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro. Antropofagia, Buenos Aires. Pág. 57.

²⁶⁹ Baruch Spinoza define los afectos como “las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo”, al mismo tiempo que también son las ideas de esas afecciones. Los afectos, en general, no son ni positivos ni negativos; pueden ser tanto una cosa como otra. Lo relevante es notar que son los afectos los que pueden causar un aumento de la capacidad de obrar del cuerpo. Para este filósofo, el deseo es potencia, la “esencia misma del hombre

habilitadas y promovidas mientras otras son clausuradas y proscriptas de acuerdo a cómo son leídos/reconocidos los cuerpos, con el propósito de hacer previsibles y uniformes los comportamientos. Al hablar, definir y representar, mapeamos, diagramamos y jerarquizamos las identidades de acuerdo a definiciones coloniales que aún hoy regulan los mundos de la representación. Arriba abajo adentro afuera, son algunas de las metáforas compulsivamente masculinas heterosexuales armadas contra el pánico a la ambigüedad. Por eso, comprender la heteronormatividad como régimen institucional y político significa, a su vez, entender su profunda dinámica afectiva. La actitud homo/lesbo/trans-fóbica, lejos de ser un asunto individual, es el efecto de una compleja configuración (inter)subjetiva que incluye contradicciones, miedos, ansiedades, resistencias; que fogonea una profunda economía del afecto y del deseo, hecha en gran parte de sentimientos como repugnancia, asco, vergüenza y odio, entre otros.

Si “el género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades”²⁷⁰, las prácticas educativas son una pieza sustancial del conjunto de tecnologías de domesticación de los cuerpos que producen la ficción somática de ser hombre o mujer. El régimen estético que gobierna los ideales de género funciona como un sistema de las formas que a priori determinan lo que un cuerpo puede experimentar. Resulta un protocolo que delimita tiempos y

en cuanto es concebida a hacer algo en virtud de una afeción cualquiera que se da en ella”, “apetito acompañado de la conciencia del mismo”. Así, el cuerpo experimenta apetito hacia aquello que le afecta de modo que se vea favorecida su capacidad de obrar. Toda afeción envuelve un afecto, que puede aumentar o disminuir mi potencia. La tristeza y la alegría son las dos grandes tonalidades afectivas; en tanto la tristeza es el afecto que corresponde a una disminución de potencia, la alegría corresponde a su aumento.

²⁷⁰ Beatriz Preciado, *Testo yonqui*, 2008. Pág. 89

espacios, lo visible y lo invisible, la palabra y el silencio. La educación sentimental, la educación de los sentidos, la regulación de las emociones, los regímenes de visibilidad, la configuración de la experiencia sensible, van a estar filtrados siempre por los modelos normativos del género. Colores, vestuarios, disposiciones, gestos y posiciones de género no son casuales, sino que responden a una campaña histórica de producción estética: esas marcas son premiadas o sancionadas, permitidas o prohibidas, de acuerdo a su grado de adaptación al modelo de belleza impuesto por la institución educativa²⁷¹ y su estética binaria.

Así, la escuela es un sistema de lugares, una distribución esperable de ciertos cuerpos y ciertos objetos en las capas de visibilidad que se conforman en sus aulas, pasillos, patios y baños. Y no cualquier cosa puede decirse, pensarse, mostrarse o suponerse en cada lugar, en cada posición; hay una escala implícita en el interior de los espacios escolares que va desde lo que se muestra con orgullo hasta lo que se esconde con vergüenza y que opera distribuyendo sentidos para los cuerpos y los objetos²⁷².

En tanto la vida no existe más que como un cúmulo heteróclito de sensaciones, percepciones, vivencias, recuerdos, pulsiones, la potencia estética de sentir ocupa una posición privilegiada en el seno de las conformaciones colectivas de enunciación de nuestra época²⁷³ frente a la hegemonía mediática, nos advierte Félix Guattari. “Las maquinas tecnológicas de información y comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana,

²⁷¹ Pablo Pineau, en *Educación: (sobre)impresiones estéticas*, Frigerio y Diker (comps.) del estante ed., 2007, Bs As. Pág 110.

²⁷² Daniel Brailovsky, “Luces resplandecientes” en *Educación: (sobre) impresiones estéticas*, Frigerio y Diker (comps.) del estante ed., 2007, Bs As. Pág 138

²⁷³ Caosmosis, Félix Guattari. Pág. 125

no únicamente en el seno de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos y de sus fantasmas inconscientes”²⁷⁴. Las prácticas pedagógicas como almacenamiento de datos y cuerpos, protocolos de experimentación y control de género, y (hetero)diseño del mundo sensible, nos incitan a pensar en estrategias de desmoronamiento, contrahegemonía, ex/a/propiación y resistencia perceptual/discursiva cotidianas.

Para ello, inventar una pragmática de lo sensible como zona de convergencia inaudita entre prácticas de dislocamiento y descalce, es una propuesta a desplegar y diseminar. Esta pragmática o fisiología de creación de significados, de acuerdo a Donna Haraway, se compone de mecanismos para desenredar conexiones viscosas y crear nuevas relaciones, con sugerencias sobre los tejidos conectores, los lubricantes, códigos y actores de los mundos. Practicando la rebeldía epistémica, desde un pensamiento rumiante que busca activar potencias e instigar a una microfísica de la vinculación de prácticas (corporales, teóricas, políticas, estéticas, afectivas), pretendo explorar, de manera implicada y modesta, una pragmática de lo sensible como un arma, una tecnología blanda que aporte al desmantelamiento del régimen heteronormativo escolar y sus compulsivas configuraciones estéticas. Una pragmática que no parte de definiciones a priori sino que se va armando, contingente e ingeniosamente, en el entramado de actos, contextos y relaciones, como un puñado heterogéneo y

²⁷⁴ Idem. Pág. 14. Pensemos que el tono afectivo de las ciudades se encuentra definido hoy por los miedos y angustias, que no son una condición natural sino que pueden ser concebidos como el resultado de un conjunto de dispositivos de control cotidiano sobre la vida. Organizados en capas diversas y entrelazadas del gobierno de la subjetividad a través de la gestión de la moneda, la información y el mundo del trabajo, con prolongaciones en los tratamientos terapéuticos y las medidas de seguridad, coordinan sentimientos privados (fobias, pánicos, paranoias, etc.) que forman el paisaje del neocapitalismo contemporáneo.

promiscuo de prácticas alfabetizadas en los dominios de las operatorias del género y la heteronormatividad. Impulsada por el reverso estético, sus intervenciones-afectaciones pueden interrumpir las coordenadas normales de la experiencia sensorial, transformando los umbrales de la percepción y del gobierno de los afectos.

Tramar de otro modo el orden sensible de la vida escolar implica mínimas pero elocuentes alteraciones de la estética del aula, el cuerpo, la vestimenta, los objetos cotidianos, los espacios y sus ocupaciones, la lengua, etc. Una pragmática de lo sensible que es, a la vez, pedagógica y política porque reseña lo que se ve y lo que se puede decir, revelando quién tiene competencia para ver y condiciones para decir, identificando cuáles son las propiedades de los espacios y los tiempos. Una sensibilidad que nos arrastre hacia un tiempo en suspenso, que posibilite vacilar, y donde el acontecimiento sea ocasión para pensar de nuevo, comprometiéndonos en una práctica perceptiva que nos sitúe más allá de las representaciones utilizadas por la lengua hetero.

La heteronormatividad como matriz de inteligibilidad corporal produce sus propias estéticas del conocimiento²⁷⁵. Este régimen

²⁷⁵ En este sentido, Britzman sugiere tres mitos comunes y muy contradictorios acerca de la división homo/hetero. *En primer lugar*, para muchos heterosexuales que imaginan que su identidad sexual es “normal” y “natural”, existe el temor de que la sola mención de la homosexualidad fomentará prácticas homosexuales y hará que los/as jóvenes se unan a comunidades de lesbianas y gays. La idea es que la información, y la gente que la proporciona, trabajan para “reclutar” a la juventud inocente. Parte de este mito es correcto: la identidad sexual es social y depende de comunidades y lugares de prácticas comunes, representaciones de dichas prácticas, y discursos. Como afirma Jeffrey Weeks (1986:24) “... la sexualidad sólo existe a través de sus formas sociales y sus organizaciones sociales”. Pero este mito estructura el supuesto dual de que sin conocimiento de la existencia de dichas comunidades, los/as estudiantes pueden decidir que es mejor ser heterosexual que experimentar el solitario estereotipo del homosexual. Dentro de este complejo mito también se ubica la ansiedad de que cualquiera que ofrezca representaciones de gays y lesbianas en términos de aceptación es pasible de ser acusado de ser homosexual, o bien de promover una sexualidad ilícita. En ambos casos, el conocimiento y las personas se perciben como peligrosas, depredadoras, y contagiosas. *Un segundo tipo de mito* se refiere a la fantasía que supone que los/as adolescentes son o

sexo-político-estético produce una poética de la sensorialidad con afecciones y percepciones secretas, prohibidas, intolerables, abyectas. ¿Por qué cada demostración pública de afecto entre tortas o maricas es un acto lesivo a la moral pública, al ojo hetero que no soporta eso que ve? ¿por qué la demanda de respeto supone nuestra inhibición pública? ¿cómo se renaturaliza el closet con esta exigencia? ¿luchar contra la heteronormatividad no supone una desorganización del orden visual de los cuerpos y de los “entre” cuerpos? ¿qué declamaciones del movimiento lgttbi institucionalizado deja intacto el orden (hetero)estético establecido? ¿cómo los modos de percibir se van a modificar si se re-privatizan las sexualidades en el marco conyugal? ¿qué valor fundacional tiene para la subjetividad la autorización de unx docente para que el resto de lxs niñxs miren a unx compañerx con una performance diferente de género como unx otrx radical? ¿cuánto de la política de premios y castigos afectivos (atenciones,

muy jóvenes para tener identificaciones sexuales gays o lesbianas, o que los/as adolescentes con cualquier conducta sexual aún no se relacionan con formas de sociabilidad gay o lésbicas. En el primer caso, el mito supone que Freud está totalmente equivocado en lo que se refiere a la infancia y la sexualidad. En el segundo, se supone que los/as adolescentes todavía no tienen familiares o amistades lesbianas o gays. El concepto de madres lesbianas o padres gay es considerado un oxímoron. Lo que no es un oxímoron es la familia heterosexual normativa. De hecho, este mito ofrece una definición muy estrecha de lo que es una familia pero, por supuesto, no tiene que admitirlo. *Una tercera clase de mito* supone que las distintas identidades sexuales están separadas y son privadas: el conocimiento de la homosexualidad y el de la heterosexualidad son posicionados como si no tuvieran nada que ver uno con el otro. Se asume que la ignorancia acerca de la homosexualidad no tiene nada que ver con la ignorancia acerca de la heterosexualidad. El hecho es que las formas en que las escuelas mediatizan los discursos de lo privado y lo público operan para dejar intacta la visión de que las (homo)sexualidades deben ser ocultadas. Más aún, la insistencia en que la sexualidad debe ser confinada a la esfera privada la reduce a las prácticas específicas y literales que cada uno/a realiza, como si la experimentación con la conducta sexual fuese una experiencia de igualdad de oportunidades. Más aún, incluso si esto fuese así, lo cual no es cierto, este mito hace que resulte imposible imaginar a la sexualidad como si tuviera alguna relación con lo estético, con los discursos, las políticas, el capital cultural, los derechos civiles, o el poder cultural. La privatización de la sexualidad es quizás de lo más insidiosa en su utilización como justificación del “closet”, como si un espacio imaginario tal pudiese ser una elección inofensiva e interesante. Considerados en conjunto, estos mitos operan fuertemente para producir nociones normativas en las que la heterosexualidad es la sexualidad estable y natural. Sostener tanto como desarmar esos mitos, requiere una gimnasia mental significativa.

inhibiciones, abandonos, indiferencias, etc) se relacionan con las pedagogías informales de lograr el ajuste al género correcto? ¿no es llamativo que las niñas masculinas sufran aislamiento por parte de sus pares y cierta postergación de parte de lxs docentes²⁷⁶? ¿cuándo los niños afeminados, que comúnmente encuentran en las chicas un refugio afectivo, se convierten en el proyecto pedagógico de algún maestrx ya sea para protegerlos o para encauzarlos? ¿no es curioso que cuando se habla de gays, lesbianas, trans, aparezcan recurrentemente dolorosas historias de sujeción y tormentos como si fuera el único lugar autorizado para escucharnos? ¿qué sucede con la atención a nuestras historias de deseo y amistad que persisten a pesar de las condiciones hostiles, que las tenemos que repetir una y otra vez? ¿qué pasa cuando la institución mira en el género la anticipación de una futura sexualidad, persiguiendo y controlando un modo identitario que debe fijarse?

La referencia implícita a la identidad sexual en las preguntas inquisidoras frente a la ambigüedad de género está anclada en entender la homosexualidad desde el modelo de inversión de género. Los discursos científicos acerca de la homosexualidad tuvieron como objeto construir una diferencia evidente, con

²⁷⁶ Britzman menciona en su artículo “¿Qué es esa cosa llamada amor?”, la situación de Natasha, una niña de diez años, excelente arquera de fútbol que durante un partido, un padre pone en duda su sexo, y advierte cómo probablemente esta niña se transformará en el “proyecto pedagógico” de algún/a docente, intentando “refeminizarla”, premiándola si usa vestidos, lápiz labial, etc., y desvalorizándola si no lo hace. “Los gestos, tenor, y ofertas afectivas de docentes y estudiantes, dentro del mundo de Natasha, bien pueden ser contingentes con el hecho de que la vean capaz de “lograr el género correcto” o no. Al interior de ese trabajo de mantenimiento de categorías reside, entonces, una jerarquía de corrección para las identidades: ostensiblemente, esta lógica afirma que primero se “logra” el género correcto y luego se “logra” la heterosexualidad”. Las ambigüedades de género en la infancia sólo dicen ese momento presente de cada sujetx, en tanto la escuela mira esa indeterminación como un equívoco o confusión, que cifra su futuro genérico y sexual completo. Estas experiencias ponen de manifiesto que transgredir las fronteras de género implica estar sometidx a la interrogación social acerca de la propia sexualidad y resistir la amenazante insistencia de que las formas de masculinidad y feminidad deben ser rígidas en tanto opuestas.

supremacía visual, del sujeto homosexual, que provocaron la consolidación del estereotipo de asimilación de la persona no heterosexual con el sexo contrario. De este modo, se establecieron el gay afeminado y la lesbiana masculina como sujetos identificables y detectables a simple vista, ninguno de ellos considerados respectivamente, como un “verdadero” hombre o mujer. Por eso, la inversión consiste básicamente en la inadecuación al género, lo que favorece la identificación en forma visual de los sujetos que no se adaptan a los requerimientos específicos del género normativo. Si la medicina utiliza el ojo para instituir la “verdad” del sexo al inspeccionar los genitales del recién nacido y ubicarlo en un modelo binario del género, la pedagogía implementa una minuciosa vigilancia escópica para mantener la normatividad sexual.

En este sentido, las estéticas del conocimiento hetero producen efectos turbadores sobre los sujetos de la educación con identidades no heteronormativas. Retomando los aportes de Martín y Hetrick (1988), Britzman señala cuatro clases de aislamiento interrelacionadas, que afectan a jóvenes gay y lesbianas: (1) el aislamiento cognitivo, en el que el conocimiento, las prácticas y las historias de gays y lesbianas no están presentes; (2) el aislamiento social, en el cual los y las jóvenes gay y lesbianas sufren el rechazo social proveniente de los/as jóvenes y adultos/as heterosexuales, y quedan aislados entre sí; (3) el aislamiento emocional, donde ser abierto/a acerca de la propia sexualidad es considerado un acto de hostilidad, en tanto permanecer en el closet nos etiqueta como anti-sociales; y (4) el aislamiento estético, donde los y las jóvenes gay y lesbianas deben rearticular las representaciones recibidas acerca de la heterosexualidad con sus propios significados, en tanto construyen imaginativamente una estética y un estilo gay y

lésbico²⁷⁷, un proceso que oscila entre “empezar de cero/hacerse de la nada” (Beam, 1991) y “declarar una identidad que me enseñaron a despreciar”. Aún así, el aislamiento discursivo de los/as jóvenes gay y lesbianas en lugares como las escuelas, las comunidades, los grupos de pares y las familias, y en espacios como el currículum escolar oficial y el Estado, toman un giro diferente hacia el reconocimiento político -pero no por ello menos hostil- cuando consideramos la visibilidad actual de las luchas por la representación cultural y los derechos civiles, con la presencia mediática de activistas gays, lesbianas y trans.

La experiencia estética no normativa que se perfila sobra la activación de la curiosidad, del deseo de saber, la conmoción, la duda, la paradoja, el conflicto vital, el juego, habilita un espacio para un pensar sensitivo, para la escisión y el extrañamiento. Contrariamente a una posición moralizante que pone énfasis en el uso correcto y responsable de la sexualidad, como tópicos especiales, plenos de peligro y carentes de placer, desde esta pragmática de lo sensible podemos comprender la sexualidad como revolución permanente del aprendizaje.

El carácter difuso de la sexualidad y la dispersión de la actuación emocional, bajo el signo de lo incierto y lo incompleto, nos pone ante el desafío de reinterpretar la vida y sus condiciones contemporáneas de vulnerabilidad. Es apremiante *incorporar* el sentido de la vulnerabilidad humana en el corazón de nuestras reflexiones políticas, de una vulnerabilidad humana en común que surge con la vida misma como una condición de despojo inicial y asumir una responsabilidad colectiva por la vida de lxs otrxs. La idea de que todxs estamos a merced de lo que no controlamos, de que lo que nos constituye -y nos iguala- como humanxs es nuestra dependencia fundamental de otrx anónimo,

²⁷⁷ Britzman, Déborah, ¿Qué es esa cosa llamada amor?

nuestra subordinación inexorable a un conjunto de fuerzas y de circunstancias que no podemos prever ni controlar es un asunto ético imposible de soslayar. Judith Butler sostiene que la vulnerabilidad alude a una forma de violencia que nos hace lo que “somos”, que nos constituye, que nos deshace pero siempre nos da cierto margen de acción. No sería un atributo de un sujeto previo, sino más bien condiciones de la existencia de tal sujeto, que revelan la performatividad de la existencia del sujeto y de la vida. Aún cuando la vulnerabilidad puede estar en sintonía con muchas formas de opresión, no está atada a ellas. De hecho, puede ser fructífera, puede generar políticas de reconocimiento, de cuidado mutuo, que visibilicen la dependencia humana, esa relacionalidad radical en la que vamos constituyéndonos permanentemente sin tener demasiado en claro dónde las fronteras de la subjetividad acaban.

Desde la crítica al régimen hegemónico de sexo-género, esta pragmática de lo sensible busca desplegarse como espacio de invención de técnicas de producción de subjetividad que escapen a la re-producción biopolítica del género, como “potencial inexplicable para perturbar muchas de las formas de pensamiento tradicionales sobre la sexualidad”, diría Sedgwick. Se trata de un proyecto en afinidad con lo que George Bataille (1986) llamó “erotismo”, una cierta práctica subjetiva que predispone al cuestionamiento, que posibilita que el yo sea llamado a ejercer un papel en ese cuestionamiento. Así, en los modos de hacer más insospechados y menos previsibles se crean relaciones eróticas que movilizan nuestra capacidad para aprender. La curiosidad, el placer²⁷⁸ y la vulnerabilidad estimulan prácticas de conocimiento que hacen y deshacen

²⁷⁸ Britzman señala que su definición de perversidad es simplemente “placer sin utilidad”. Pero en la insistencia de que el placer esté confinado a la utilidad, los aparatos de la educación, de la ley y de la medicina se preocupan por confinar a la sexualidad dentro de los límites de la elección apropiada de objeto y del sexo reproductivo marital.

posibilidades para crear identidades y prácticas sexuales, configurando una erótica del pensar.

No obstante, como el erotismo es “el desequilibrio dentro del cual el ser se cuestiona a si mismo”²⁷⁹, la crítica a la escuela no sólo se dirige a una práctica social o a la institución: también implica que yo misma quede en entredicho para mí. El autocuestionamiento se convierte en consecuencia ética de la crítica, eso tiene que ver con una estética del yo, poniéndose una misma en riesgo, volviendo inestable e incierta la posibilidad de ser reconocida como trabajadora de la educación con un cuerpo manifiestamente sexuado y generizado. Nos urge contaminar el paisaje escolar con dispositivos estéticos no institucionalizados que celebren la ambivalencia, el debilitamiento de las fronteras del sujeto, el deseo, nuevas formas de lenguaje, formas plurisensibles, multitemporales y desterritorializadas, como técnicas políticas de resistencia a la (hetero)normalización de lo sensible.

²⁷⁹ George Bataille, pág. 341

Educación sexual y dispositivo pornográfico: un currículum postpornográfico o la blasfemia sexo-educativa

La sociedad contra-sexual promueve la modificación de las instituciones educativas tradicionales y el desarrollo de una pedagogía contra-sexual high-tech con el fin de maximizar las superficies eróticas, de diversificar y mejorar las prácticas contrasexuales.

Beatriz Preciado

La pornografía, por tanto, no es un género descriptivo, sino performativo: no nos dice cómo es el sexo, sino cómo debe ser.

Corpus Deleicti²⁸⁰

¿Qué modos de lectura y conexiones acontecerían si sustituimos en el epígrafe inicial de Corpus Deleicti el término “pornografía” por el de “educación sexual”? ¿Qué sentidos cambiarían y cuáles mantendrían cierta continuidad? ¿Qué zonas de visibilidad crearía? Si estamos ante una expansión creciente e incesante de

²⁸⁰ “El objetivo de Corpus Deleicti es reflexionar sobre la construcción del género y sus representaciones visuales y discursivas. Entiende el género como un conjunto complejo de tecnologías (médicas, legales, religiosas, visuales...), que producen construcciones corporales de la masculinidad, la feminidad y la sexualidad. En el sistema occidental estas tecnologías obedecen a unas normas de heterosexualidad obligatoria. Se opera por división y fragmentación del cuerpo, creando una diferencia sexual (hombre/mujer, masculino/femenino) con efectos políticos, sociales, culturales y económicos dicotómicos, opositivos y desiguales. Estos efectos se ven también producidos por las interrelaciones entre el género y otros ejes estructurantes de identidad como la edad, la clase social, la raza, la discapacidad o la sexualidad. De esta manera, las estructuras de poder del estado organizan a las personas y los cuerpos en un plano semiótico-material diseñado como una forma de controlar el comportamiento humano y mantener este control para el futuro... Corpus Deleicti interroga este régimen de economía visual, explorando cuestiones relacionadas con las prácticas de corporización, de deseo, las políticas (post)identitarias, la sexualización del espacio público... ¿Qué puede ser visto y representado? ¿Bajo qué condiciones de visibilidad? ¿Mediante qué procesos de producción? ¿Para quién?... Utiliza el performance y la imagen como práctica de intervención en la esfera pública y como estrategia política de visibilización, reflexión y subversión de representaciones normativas.” Ver <http://corpusdeleicti.blogspot.com.ar/>

la pornografía²⁸¹, una de las industrias pilares del régimen que Beatriz Preciado llamó capitalismo fármaco-pornográfico²⁸², ¿cómo se tensiona esta práctica social con los discursos sobre la educación sexual escolar? ¿A qué llamarle "educación sexual" y cómo evitar que la repetición del nombre suene taxativamente a un programa que designa un modelo a aplicar supuestamente dotado de una homogeneidad de formas y contenidos? ¿acaso no es la pornografía una forma de educación sexual con un alto poder disciplinador y productor del deseo? Preguntas que exponen una invitación a mirar nuevamente un paisaje de constante discordia, que no debieran resultar tanto ofensivas como problemáticas, que juegan un código de incorrección que alega por un miramiento a interpelaciones que han sido continuamente desplazadas a posiciones marginales de los saberes pedagógica y políticamente legislados.

Si intentáramos –aunque sea en vano– definir qué es la "educación sexual", nos encontraríamos con un término que designa un conjunto variable de prácticas y perspectivas que no responden a un diseño uniforme e incluso son antagónicas y contradictorias entre sí. Cuando hablamos de educación sexual en el ámbito pedagógico se asume que cierta comunión en los imaginarios comparece, no obstante, tal consenso se resquebraja rápidamente apenas la adjetivación de “sexual” comienza por (des)vestir la práctica educativa. Tan dinámico, móvil y ambivalente como el conjunto de significaciones que genera la

²⁸¹ Una propagación que supone una extensión de sus códigos dominantes y la globalización de un lenguaje sexual único, en una encrucijada emplazada en una especie de “hazlo tú mismx” de la industria pornográfica amateur, convertida en una oportunidad para el pornocapitalismo de extraer abundante plusvalor y plusplacer de estos cuerpos aficionados que deciden filmarse.

²⁸² Para ello, Preciado toma como referencia los procesos de gobierno biomolecular (fármaco-) y semiótico-técnico (-porno) de la subjetividad sexual, de los que la píldora anticonceptiva y Playboy son paradigmáticos. En este régimen del capitalismo, la fuerza de trabajo es la potencia gaudendi, o fuerza orgásmica, que se trata de la potencia (actual o virtual) de excitación total de un cuerpo. Testo yonqui, Espasa (2008), pág. 38.

sexualidad, resulta también el campo de la educación sexual. Podemos convenir que la educación sexual es un campo de tensión crítica, un territorio de disputas de saberes, de modos de subjetivación, de paradigmas de inteligibilidad del género, de valores sociales y culturales, en definitiva, una disputa por la legitimidad de ciertos cuerpos, ciertas prácticas, ciertos deseos. Ya sea desde posturas hegemónicas o minoritarias, la educación sexual en el marco escolar puede comprender desde la enseñanza de la abstinencia hasta la correcta colocación del preservativo, desde el funcionamiento del aparato reproductor a la prevención del abuso sexual, desde la secuencia ilustrada del embarazo y el parto hasta la información sobre cómo hacerse un aborto seguro, desde la problematización de los estereotipos de género a la reafirmación de la diferencia sexual prescrita por la anatomía genital, desde la promoción de la heterosexualidad como sexualidad única, legítima y normal a la presentación de modelos identitarios de la “diversidad”, sólo por nombrar algunas temáticas que se hacen presente en las escuelas.

Este abanico de núcleos de abordaje expresan una movilidad de posiciones diferenciadas que arma contrastes entre discursos heterogéneos que no siempre se pueden ordenar en tipologías. Sin embargo, algunos rasgos que comparten varios discursos sobre la educación sexual, hacen que ciertas preguntas sean in-formulables o silenciadas en el ámbito escolar: ¿cómo avanzar teórica y políticamente hacia la construcción de modos no medicalizados de la educación sexual si hasta en los abordajes críticos la biomedicina tiene la primera y la última palabra, es decir, la que define qué y cómo son y deben ser los cuerpos? ¿por qué no se propone que las adolescentes usen dildos para explorar otras prácticas sexuales en las clases de educación sexual? ¿si sólo se habla de métodos anticonceptivos no es una forma de producir ignorancia o ilegitimidad sobre las prácticas

sexuales no-reproductivas? Recordemos que la heterosexualidad es un régimen político totalitario y una lengua hegemónica que nos hace hablar y nos habla.

Déborah Britzman señala que “la teoría queer no es una afirmación sino un compromiso. Sus molestos y descarados principios son explícitamente transgresores, perversos y políticos: transgresores porque ponen en duda las regulaciones y los efectos de los condicionamientos categóricos binarios tales como lo público y lo privado, el interior y el exterior, lo normal y lo raro, y lo cotidiano y lo perturbador; perversos porque rechazan la utilidad a la vez que reclama la desviación como un ámbito de interés, y políticos porque intentan desestabilizar las leyes y prácticas instituidas situando las representaciones subversivas en sus propios términos cotidianos”²⁸³. Por eso, desde una pedagogía cuir me interesa proponer una lectura “obscena”, es decir, fuera de la escena normalizada de la educación sexual escolar, que desborda una inscripción fácil en la retícula del saber y que vindica para sí esa condición de frontera respecto a los campos disciplinarios constituidos. Una lectura que no puede omitirse cuando el sexo constituye uno de los enclaves estratégicos de la gubernamentalidad. Una lectura como provocación que incite y excite al pensamiento límite, para desatar la imaginación a menudo clausurada por los códigos pedagógicos hegemónicos y para fomentar registros apartados de las doxas institucionalizadas. Un ejercicio de carácter provisorio y tentativo, impreciso en sus contornos, de colocar juntas cosas que están separadas, de articular como modo de significar, de relacionar como condición del pensar, que se inscribe en una gramática de producción intelectual al margen del reconocimiento institucional. Una lectura sexo-pedagógica-

283 Britzman, Deborah (2002) “La pedagogía transgresora y sus extrañas técnicas”, en R. Mérida Jiménez (Ed.), *Sexualidades Transgresoras. Una antología de estudios queer.* . Ed. Icaria, Barcelona. Pág. 202-203

política bastarda que no se deja localizar según los parámetros que definen el saber ortodoxo; reivindicando su impropiedad en relación a la disciplina tradicional y a la noción tradicional de "disciplina", entendida como un corpus de enseñanza cuyas reglas de especialización fijan y controlan la relación entre objetos, saberes y métodos. Por eso, las formas por las cuales hablamos sobre la sexualidad y las formas por las cuales intentamos producir significados a partir de los cuerpos de otrxs, nos deberían estimular a realizar nuevas preguntas: ¿qué es lo imaginado cuando el sexo es imaginado y qué es lo imaginado cuando aquello que es llamado "educación sexual" es imaginado?

En general, el conocimiento áulico acerca de la sexualidad es típicamente presentado como sinónimo de la reproducción heterosexual y, aún así, la llamada información técnica acerca de la reproducción sexual sigue siendo muy cuestionada por los sectores conservadores debido a que esta información sobre el sexo es vista como causa del aumento de la actividad sexual, presuponiendo a lxs estudiantes como meros imitadorxs. No obstante, hasta la versión crítica de la educación sexual no consigue traspasar el moralismo y las categorías eugenistas de la normalización. Cuando el conocimiento dominante de la sexualidad está tan preso y constituido por los discursos del pánico moral, por la supuesta protección de criaturas inocentes, por la monomanía de la normalización, y por los peligros de las representaciones explícitas de la sexualidad ¿cómo podemos imaginar cuál conocimiento posibilitará nuevas prácticas del yo?

Cuando el tema del sexo y la sexualidad es colocado en el currículum, difícilmente podemos separar sus objetivos y fantasías de las consideraciones históricas sobre ansiedades, peligros y discursos predatorios que parecen catalogar ciertos tipos de sexos como inteligibles, en tanto otros tipos son

relegados al dominio de lo impensable y de lo moralmente reprehensible²⁸⁴. La versión de la sexualidad aún inadmisibile²⁸⁵ -al menos en el currículum escolar- es ejercitada, en tanto, en las vidas cotidianas de las personas y en el dominio de la cultura más amplia, como la literatura, el cine, la música, la danza, los deportes, la moda, el humor, internet, y podemos agregar en nuestros días, con especial intensidad, en el porno.

Mi interés perverso consiste en establecer larvadas relaciones entre educación sexual y pornografía, explorar la articulación de ambos discursos en una zona de convergencia inesperada, indagando acerca de sus similares efectos de funcionamiento y sus contextos de emergencia. Tanto la versión escolar hegemónica de la educación sexual así como la pornografía mainstrein son tecnologías de género que producen cuerpos²⁸⁶. Son máquinas de producción de subjetividades no sólo en el orden de la representación sino en la modelización de los comportamientos, la sensibilidad, la percepción, las relaciones sociales y sexuales, y los imaginarios. No persigo invalidar la enseñanza sobre sexualidades en las escuelas, sino albergar el

²⁸⁴ Curiosidad, sexualidad y currículum. Deborah Britzman

²⁸⁵ Britzman discute los efectos sociales de exclusión y normalización provocados por una educación sexual que tiene como norma la sexualidad blanca, de clase media y heterosexual. Propone un modelo preventivo de educación sexual como un tipo de "educación efectiva" en términos foucaultianos, es decir, de creación y búsqueda de discontinuidades. Este modelo tendría en cuenta: la prevención del daño corporal (en el cual la educación sexual se torna un conocimiento preventivo de varias infecciones de transmisión sexual y de prevención del embarazo precoz); protección contra la homofobia y el racismo (en el cual la educación sexual critica y corrige prácticas de subordinación corporal); y la prevención de estereotipos sobre feminidad, masculinidad, incapacidades físicas (en el cual la educación sexual critica representaciones e ideales que regulan el cuerpo).

²⁸⁶ En este sentido, "El cuerpo heterosexual, uno de los artefactos con más éxito gubernamental de la sexo-política decimonónica, es el producto de una división del trabajo de la carne según la cual cada órgano se define con respecto a su función, tanto reproductora como productora de masculinidad o feminidad, de normalidad o de perversión. Una sexualidad implica una territorialización precisa de la boca, de la vagina, de la mano, del pene, del ano, de la piel [...] buena parte de este trabajo disciplinario consistirá en extraer el ano de los circuitos de producción de placer". Preciado, Testo yonqui. Pág. 59.

desafío de re-pensar nuestras propias prácticas e imaginarios sexo-educativos, porque es en la práctica donde nos hacemos, donde el género nos (des)hace, donde la educación acontece, donde la sexualidad nos atraviesa. Esta lectura bastarda y obscena parte del reconocimiento de que la pornografía es la pedagogía de la sexualidad –hegemónica- más eficaz en la construcción de modelizaciones corporales normativizadas, en la cual las configuraciones somatopolíticas de género presentan a los cuerpos biopolíticamente asignados al sexo varón como penetradores naturales. Es así un dispositivo de adoctrinamiento de los cuerpos. De este modo, la educación sexual escolar se vuelve una versión “ñoña” e “ingenua” de las sexualidades, muchas veces impulsadas por un afán implícito que termina desexualizando su perspectiva²⁸⁷. Sin embargo, pornografía y educación sexual en tanto discursos comparten fines didácticos y técnicas de producción de los cuerpos, los géneros y los deseos. Ambas son modelos de conocimiento y organización corporal que diseñan una topología visual de la sexualidad, modos de administración y distribución de los placeres así como de regulación de la mirada, que son objeto de custodia estatal.

La pornografía²⁸⁸ llega en los años ‘90 a un período histórico de máxima expansión y globalización. Por una parte, la industria

²⁸⁷ Al respecto, cuando se afirma que “la sexualidad no se reduce a la genitalidad”, podemos acordar ampliamente. Sin embargo, varias perspectivas de carácter antagónico pueden desprenderse de esta afirmación. Están aquellxs que ponen énfasis en la educación sentimental y dejan en las sombras las prácticas sexuales normativas. Están lxs otrxs que fusionan sexualidad y amor en un vínculo reproductivo. Estamos quienes pretendemos la desterritorialización del placer circunscripta a los llamados “órganos genitales y/o reproductivos”.

²⁸⁸ Sobre la emergencia de la pornografía, comenta Preciado: “El museo inventó el porno. En 1987, en The Secret Museum, el historiador Walter Kendrick emprende un estudio genealógico y lingüístico de los diferentes discursos en los que la noción de pornografía emerge en la modernidad. La conclusión de Kendrick establece nuevas coordenadas para el debate: la noción de pornografía emerge en las lenguas vernáculos europeas modernas entre 1755 y 1857 dentro de una retórica museística, como efecto de la controversia que suscita el descubrimiento de las ruinas de Pompeya y la exhumación de un conjunto de imágenes, frescos, mosaicos y esculturas que representan prácticas corporales y del

pornográfica produce más películas que ninguna otra industria cinematográfica y, paralelamente, las nuevas tecnologías, económicas y de fácil acceso, como las cámaras digitales de vídeo, fotografía o de teléfonos celulares, internet, las webcams, sms, chats, han cambiando los hábitos de producción, distribución y consumo del porno.

El discurso de la pornografía es el reflejo -como exceso visual- de las disciplinas económicas, médicas, legales, familiares y educativas de la modernidad. Todas ellas comparten con la pornografía el esfuerzo por normalizar o patologizar, por mostrar u ocultar diversas prácticas corporales. En este sentido, la pornografía es un discurso, entre otros, sobre la “verdad del sexo” y opera como pedagogía prescriptiva que nos dice qué es el sexo y cómo se debe hacer, produciendo formas visibles/vivibles de genitalidad, recortadas de acuerdo a sus funciones reproductivas y reproductoras.

debate acerca de la posibilidad o imposibilidad de que sean vistos públicamente [...] La palabra pornografía, aparece en este contexto museístico, de la mano de un historiador del arte alemán C. O. Müller que reclamando la raíz griega de la palabra (porno-grafei: pintura de prostitutas, escritura de la vida de las prostitutas) denomina los contenidos del Museo Secreto como pornográficos. Así, la definición de 1864 del Diccionario Webster en inglés de «pornography» no es otra que «aquellas pinturas obscenas utilizadas para decorar los muros de las habitaciones en Pompeya, cuyos ejemplos se encuentran en el Museo Secreto» [...]. El muro del museo materializa las jerarquías de género, edad y clase social, construyendo diferencias político-visuales a través de la arquitectura y de su regulación de la mirada, estableciendo una división entre los cuerpos que tienen acceso a la excitación sexual en público, por oposición a aquellos cuerpos cuya mirada debe ser protegida y cuyo placer debe ser controlado. Ver más en: Pornografía y basura urbana, de Beatriz Preciado. Revista Zehar.

Sobre los discursos sociales acerca de la pornografía encontramos, por un lado, el feminismo anti-sexo o anti-pornografía que promueve un discurso pro-censura, en el cual la pornografía se ve reducida a un mecanismo de sujeción de las mujeres, donde no existe ninguna posibilidad de generar otras prácticas de recepción y procesos de identificación más allá del sexo del/la espectador/a, que pudiera incluir otro tipo de miradas disidentes, activas y deseantes. Por otro, los sectores religiosos y conservadores consideran la pornografía inaceptable e inmoral, ya que aleja al sexo de su contexto “natural”, el del matrimonio y la reproducción. De este modo, en Estados Unidos en los años '80, las representaciones pornográficas se vieron atacadas por dos frentes que, a pesar de tener orígenes e intereses distintos, terminaron articulando un frente común para conseguir un marco legal de prohibición y censura.

Como régimen de representación de la sexualidad que comienza en el siglo XVIII, la pornografía define, delimita y regula los cuerpos, no sólo en función de unos órganos sexuales-genitales dicotómicos y de unas prácticas sexuales heteronormativas, sino también en términos de raza, deseo, edad o (dis)capacidad, siendo contemporánea del recrudescimiento de otros discursos normativos sobre la subjetividad, como el derecho o la medicina, otorgando visibilidad a un conjunto de prácticas y de cuerpos que aparecen como normales o bien como perversos. En aquel entonces, formó parte de un conjunto de medidas higiénicas desarrolladas por urbanistas, fuerzas policiales y sanitarias, para gestionar la actividad sexual en el espacio público. De esta manera, la pornografía emerge como categoría del higienismo al concentrarse en la regulación de la sexualidad de las mujeres en el espacio público tanto como en la gestión de los servicios sexuales de las mujeres fuera de las estructuras institucionales del matrimonio y de la familia. Definida como una política del espacio y de la visibilidad que genera segmentaciones precisas de los espacios públicos y privados, se trata de una cuestión de muros y orificios, de ventanas y puertas abiertas o cerradas, de espacios accesibles o inaccesibles a la mirada pública, de fachadas e interiores, de cómo cubrir lo descubierto y como destapar lo oculto, de separar las mujeres limpias de las sucias, el animal comestible de la carroña, lo útil de la basura, la cama heterosexual de la calle y sus perversiones.

Dentro de las retóricas del higienismo, la pornografía opera como una técnica de vigilancia y domesticación del cuerpo político, formando parte de lo que Foucault denominó el dispositivo de la sexualidad característico de las tecnologías de poder del siglo XIX. Actúa como el brazo público de un amplio dispositivo biopolítico de control y privatización de la sexualidad de las mujeres en la ciudad moderna. A finales del siglo XIX, las

instituciones médicas, contando por primera vez con el apoyo de los aparatos fotográficos y cinematográficos, adquieren el monopolio de la representación de la sexualidad. Ese es el momento en el que se forjan nuestras nociones contemporáneas de heterosexualidad y homosexualidad, constructos médico-jurídicos adecuados a un nuevo sistema de producción económica del capitalismo industrial. Por eso, la mirada médica, psiquiátrica y ginecológica del siglo XIX ha influenciado la construcción de los personajes femeninos en la pornografía.

La pornografía funciona como una prótesis masturbatoria de subjetivación de carácter virtual, externo y móvil, que se caracteriza por estar reservada al uso masculino. Una vez más, las técnicas visuales de producción de placer sexual están segregadas en términos de género, edad y clase social. No son las imágenes consideradas pornográficas las que son intrínseca y naturalmente masculinas sino que, cultural e históricamente, las mujeres han sido distanciadas de las técnicas masturbatorias audiovisuales, una distancia que es comparable a la exclusión de las mujeres de la calle, del comercio sexual, y que es constitutiva de la construcción del espacio público hasta mediados del siglo XX como un espacio masculino y blanco.

El momento de creación de la fotografía y del cine es un punto clave de formación de la racionalidad sexopolítica moderna. La invención de la fotografía como imagen-movimiento viene a insertarse en un conjunto de técnicas de producción de la diferencia entre lo normal y lo patológico. Es imposible desligar la historia de las tempranas representaciones pornográficas de la historia de la fotografía médica de los desviados, del cuerpo deforme y discapacitado, y de la fotografía colonial. Es el momento en el que se inventan las identidades sexuales -

heterosexual, homosexual, histérica, fetichista, sadomasoquista, entre otras-, como tipologías visuales representables.

Si la representación médica busca hacer confesar al cuerpo “la verdad del sexo” a través de la imagen, la pornografía buscará hacer visible el placer -y sus patologías-. Cinematográficamente, la imagen pornográfica pertenece al conjunto de imágenes de representación del cuerpo en movimiento. El placer visual procede de lo que los teóricos del cine denominan una traducción sinestésica, es decir, de la traslación desde el sentido del tacto a la vista. Más aún, la pornografía pertenece al tipo de imágenes en movimiento que producen una reacción involuntaria en el cuerpo del espectador, por lo cual la imagen corporal tiene la capacidad de mover el cuerpo y sus afectos.

Siendo uno de los discursos reguladores de la subjetividad, del cuerpo, del género y del deseo, la pornografía mainstream actúa como panel de control que fija unas identidades a través de tareas y programas de heteronormatividad, delimitando unas prácticas sexuales y modelos corporales como aceptables y otros como patológicos y perversos. Su barra de herramientas produce montajes repetitivos y mecánicos que recortan el cuerpo, definen las relaciones y representan la sexualidad “normal”, generando las directrices para una educación (hetero)sexual pretendidamente universal y verdadera. Así, se produce una territorialización precisa del cuerpo y de lo que ha sido calificado como “actividad sexual”.

De esta manera, la pornografía mainstream constituye un dispositivo discursivo, visual y sonoro, de representación heterocentrada que naturaliza un tipo de cuerpos, géneros y prácticas sexuales, patologizando y criminalizando todo aquello que queda fuera de esta matriz. Pero ¿cómo opera la

pornografía? La tecnología pornográfica²⁸⁹ pone en funcionamiento estas operaciones:

- Desmembración y resignificación del cuerpo en “órganos sexuales” (sólo de dos tipos) y “no sexuales”.
- Fetichización del cuerpo y de los objetos (ropa interior, tacones, prendas de látex, etc).
- Gestualidad corporal y facial exagerada para hiperbolizar la teatralización del placer (sobre todo en las mujeres)
- La eyaculación masculina como centro gravitacional, el money shot o cum shot siempre visible se convierte en prueba de la verdad del sexo.
- Montaje repetitivo y mecánico de la penetración (vaginal y anal)
- Felaciones consecutivas, interminables, y primeros planos de los genitales.
- Escasez de trama narrativa y escasa originalidad de escenarios.
- Interrupción de la diégesis para dar paso a escenas sexuales repetitivas pero con variabilidad de poses y encuadres: penetración vaginal, anal, escena de lesbianismo chic, felación.

Por otro lado, la versión hegemónica de la educación sexual fundada –tácitamente- en la heteronormatividad, que implanta el acto sexual coitocentrado como imperativo de enseñanza, también es un régimen de producción corporal, eso sí, sin lubricante, sin movimiento ni sonidos –y mucho menos gemidos-. La versión escolar del coito es una representación siempre indirecta, desplazada, metaforizada (bajo las sábanas, en una

²⁸⁹ Tomo el análisis realizado en “Sexualidades en descontrol y prácticas indigestas: condensadores biopolíticos”, Corpus Delecti (Elena González Polledo, Desiré Rodrigo y Judit Vidiella), en Panel de control: interruptores críticos para una sociedad vigilada. Colectivo zemos 98.org (2007)

cama matrimonial). En general, casi no hay manuales o libros dedicados a la educación sexual escolar que contengan fotografías de los genitales, los que habitualmente aparecen representados a través de dibujos e ilustraciones. En esta versión dulcificada del “acto sexual” legítimo, heterocentrado, que hace de la penetración pene-vagina la esencia de la normalidad, se lo despoja de fluidos, de gestualidad y, en general, de movimiento – si es un video-. La fijeza o ausencia de movimiento es parte de la topología visual del cuerpo desnudo, una arquitectura sexual en la que el territorio corporal es dividido por la funcionalidad reproductiva, donde no hay otro orificio penetrable que la vagina.

De este modo, el monopolio institucional sobre la representación de la sexualidad y de las prácticas sexuales es asumido por la industria pornográfica. La pornografía que logra imponerse comercialmente, contrariamente a lo que podríamos imaginar, es un lenguaje autoritario que reproduce las normas policiales de género, marcando con códigos muy precisos lo que un cuerpo puede o no puede hacer según su asignación de género y sexual. La pornografía aparece aquí como un género que produce formas visibles de genitalidad (penetración, felación, eyaculación masculina), privilegiando la producción de placer del ojo del varón heterosexual.

Las estéticas y coreografías de la sexualidad que se ponen en escena en la pornografía, muy próximas a los códigos médicos y jurídicos, producen una economía visual sobre “la verdad del sexo”. Un sexo recortado y limitado a un canon estético y representacional determinado, destinado principalmente a saciar la mirada escópica y voyeurista de un espectador supuestamente masculino. Por eso, la pornografía funciona como una técnica de gestión del espacio público y, más

particularmente, de control de la mirada, de vigilancia del cuerpo excitado o excitable en el espacio público.

Si bien en la representación pornográfica el sexo entra en escena para ocupar la esfera pública como un dispositivo biotecnológico de reproducción de normas y convenciones sociales, esta misma ubicuidad hace posible que la pornografía se convierta en un eventual espacio de subversión. Entender el sexo como representación abre la puerta a posibilidades de intervención, negociación y resistencia que desplacen, confundan y cuestionen las representaciones normativas, naturalizadas y universalizadas del régimen de heterosexualidad obligatoria.

Así como la pornografía es uno de los mecanismos políticos de normalización del cuerpo y la mirada en la ciudad moderna, la pedagogía tiene su propio porno currículum que administra, controla y gestiona para el público infantil y juvenil –al tiempo que lo construye como tal- la ficción del sexo, la representación del cuerpo, la tipología visual de las identidades, el gobierno de la actividad sexual, la auditoría de la mirada.

Entonces, ¿estoy proponiendo enseñar porno en la escuela como técnica de educación sexual? ¿como modo de interrumpir las pedagogías cotidianas informales mediáticas y tecnológicas que hoy poseen más poder subjetivante que la escuela? ¿como ejercicio deconstructivo de los discursos hegemónicos en que se construyen las disposiciones somáticas del género y la sexualidad? En realidad, estoy pensando en que el asunto es más complejo pero tan disruptivo como su eventual posibilidad. De lo que se trata es de contaminar el porno-currículum con prácticas blasfematorias contra-pedagógicas de la postpornografía, que experimentan con estéticas y políticas de representación sexual desde una perspectiva centrada en las estrategias de resistencia

a la normalización de los sujetos sexuales, de género y corporales disidentes.

La postpornografía²⁹⁰ es el nombre de una de las diferentes estrategias de crítica y de intervención en la representación que surgirán de la reacción de las revoluciones feminista, homosexuales, queer, punk, frente a las técnicas sexopolíticas modernas de control del cuerpo y de la producción de placer, de división de los espacios privados y públicos y del acceso a la visibilidad que éstos despliegan.

La punzante crítica al régimen pornográfico no procede de gestos jurídicos o morales que pretenden acabar con esta representación de la sexualidad criminalizando o prohibiendo su producción y difusión. No se trata de que la sexualidad sea

²⁹⁰ El término postpornografía fue empleado por Wink van Kempen para definir un tipo de producto pornográfico cuya intención no era exclusivamente masturbatoria sino la crítica, el humor o la política (María Llopis, *El postporno era eso*, 22). En 1990, cuando Annie Sprinkle -trabajadora sexual y actriz porno norteamericana- utilizó por primera vez la expresión “postpornografía” para presentar su espectáculo *The Public Cervix Announcement*, en el que invitaba al público a explorar el interior de su vagina con la ayuda de un espéculo, nació un nuevo género de representación del sexo, crítico tanto con la imagen del sexo generada por la medicina como con la generada por los códigos de la pornografía tradicional. A la “verdad del sexo” pornográfico -recogiendo una fórmula de Foucault- Sprinkle oponía la producción teatral y artística de diversas ficciones del sexo. Con esta acción, puso en tela de juicio esa “verdad del sexo” y desnaturalizó de forma paródica la relación entre los dispositivos de visualización de la medicina y de la pornografía. Su trabajo, situado en la tensión entre lo estético, lo político y lo teórico, conceptualiza la pornografía y las representaciones del género y del sexo como un espacio a intervenir en dos direcciones: (a) para romper con la naturalidad y el esencialismo del sistema binario de género y de heterosexualidad obligatoria en el marco del capitalismo actual y (b) para proponer representaciones y vivencias del género y de la sexualidad diferentes a esta norma. Durante los últimos años, la iniciativa de Sprinkle ha encontrado una prolífica continuidad, desde diferentes ámbitos y con diversas inscripciones teóricas y estéticas. Todos ellos comparten una misma perspectiva: quienes hasta ahora habían sido el objeto pasivo de la representación pornográfica (mujeres, actores y actrices porno, putas, maricas y tortilleras, perversos, etc.) aparecen ahora como los sujetos de la representación, cuestionando así los códigos (estéticos, políticos, narrativos) de visibilidad de sus cuerpos y prácticas sexuales, la estabilidad de las formas de hacer sexo y las relaciones de género que estas proponen. María Llopis hace un amplio mapeo de los grupos que se dedican al postporno en Europa, en su libro *El Postporno era eso* (Melusina, 2010).

privada o pertenezca al dominio de lo no representable, como reclaman ciertos movimientos del feminismo conservador o de la derecha y la izquierda abolicionistas. Por el contrario, la postpornografía viene a afirmar que la sexualidad es siempre representación, siempre performance. Se trata, por tanto, de evitar el monopolio de la representación, de oponer resistencia a la regulación normativa de la performance que se hace pasar por “la verdad natural del sexo”. La postpornografía trata de crear representaciones de la sexualidad divergentes, minoritarias, alternativas, a las propuestas por la pornografía dominante, a través de la apropiación de las tecnologías de producción visual y digital cuyos circuitos de producción y consumo han generado contextos políticos de visibilidad.

Desplazando las fronteras de la pornografía, se abre un espacio de saber y de acción en el que emergen otras conexiones de cuerpos, deseos, prácticas y posiciones de sujeto. Se alteran las divisiones binarias entre lo natural y lo cultural, lo normal y lo perverso; lo masculino y lo femenino. El conjunto de performances, instalaciones, imágenes, textos y, en general, representaciones visuales que se afilian como postpornografía, resultan de una perspectiva crítica ante la pornografía mainstream y sus estereotipos de género y sexo, creando una plataforma de enunciación política e insubordinación crítica de los cuerpos. Esta estética de representación de la sexualidad, lejos de renunciar de manera purista a posiciones políticas, emerge precisamente de una politización de la mirada pornográfica. Esta configuración de un nuevo campo de saberes minoritarios señala una ruptura epistemológica y política: otro modo de conocer y de producir placer a través de la mirada, pero también una nueva definición del espacio público y nuevos modos de habitar la ciudad.

Entre las transformaciones políticas y epistemológicas que implica la postpornografía, se ubica el agenciamiento de los objetos pasivos de la pornografía hegemónica, que se convierten, al empuñar las tecnologías de visibilización y representación, en sujetos activos de enunciación en primera persona. Este proceso de auto-representación hace que no sólo cambien los sujetos actores, sino también las historias, las vidas, los cuerpos y las prácticas representadas. La producción (post)pornográfica excede las convenciones y el circuito de producción y consumo de la industria pornográfica hegemónica, para abrir posibles espacios de agenciamiento y empoderamiento en comunidades de sexualidades disidentes. De hecho, las nuevas representaciones crean espacios donde la ficción producida puede ser vivida, analizada y utilizada para generar las condiciones de una vida más habitable. Se podría decir que sus efectos sobrepasan lo estrictamente representacional para empezar a encarnar los intersticios entre identidad de género, cuerpo, construcción socio-médica del sexo y sexualidad.

Las estrategias y los medios utilizados para la consecución de esas representaciones paródicas, creativas y heterotópicas del género y de la sexualidad son variados. Diversas prácticas culturales (estudios porno, galerías, museos, festivales, seminarios académicos) han convertido la pornografía en objeto de estudio o de deseo, atraídos por el grado de provocación que produce con respecto a las narrativas artísticas y morales contemporáneas y, quizás, por el poder de representar por primera vez sexualidades “disidentes” o “transgresoras”. Este uso de la pornografía por parte de las instituciones ha supuesto la revalorización de un género en principio considerado de uso privado y marginal. Asimismo, esta utilización ha convertido a la (post)pornografía en un género estilístico en manos del capital cultural, que en ocasiones asimila y debilita su fuerza política. En

cualquier caso, esta tensión entre lo estético, lo teórico y lo político, es la que marca las acciones de colectivos de artistas, activistas, académicxs y, a menudo, otras posiciones que cruzan simultáneamente estas tres fronteras en el marco de la postpornografía.

Tim Stürtgen, teórico alemán de postporno y performer, plantea que la pornografía convencional genera un tipo de placer o de goce conocido, mientras que el postporno crea una ruptura, y nos exige reconstruir nuestro deseo bajo nuevos parámetros²⁹¹. Entonces, ¿cómo pensar el currículum de la educación sexual desde una postpornografía anticapitalista y descolonial, que desmonte el circuito excitación-frustración propio de la sociedad farmacopornográfica y altere el consumo sexual normalizado? ¿en qué consistiría experimentar un currículum postporno como dispositivo deconstructivo y argumental del corpus político hegemónico de la educación sexual? ¿o como plataforma móvil para repensar la educación sexual escolar en tanto género narrativo-visual más que de representación de la sexualidad? ¿qué saberes minoritarios postpornográficos sobre los cuerpos y sus resistencias serían imprescindibles para un currículum crítico de la educación sexual con capacidad de modificar la sensibilidad, reprogramar los deseos, desterritorializar la sexualidad (por ejemplo, desplazando el interés por los genitales a cualquier parte del cuerpo)? ¿cómo hacer de estas reflexiones perversas una oportunidad creativa para interferir en las formas canónicas de visualidad y sexualidad y la arqueología narrativa de los placeres? ¿cómo transitar pedagógicamente el trayecto desde la indicación de perversiones por parte de la(s) norma(s) a la perversión política de la(s) norma(s)? ¿cómo articular una práctica de pensamiento

²⁹¹ El Postporno era eso, María Llopis (Melusina, 2010). Pág. 38.

postporno que lucha por construir otros cuerpos, por producir otros placeres, que lejos de renunciar a los dispositivos técnicos de representación de la sexualidad, decide reapropiarse de ellos de manera crítica y creativa? Estas son apenas preguntas hilvanadas con el arrojo y agudeza que exige articular reflexiones incómodas sobre la educación sexual escolar, cautiva de pánicos y temores, que hagan implosionar esa versión –aunque de menor difusión- que la hace funcionar de manera tan prescriptiva como lo hace la pornografía, en términos de producción y representación de cuerpos e identidades. A la vez, estos interrogantes intentan recuperar prácticas estético-políticas disidentes, feministas y de la disidencia sexual, para repensar los límites del currículum de la educación sexual escolar, sin dejar de luchar para que el mismo acontezca de modo crítico en el ámbito institucional.

Tal vez ésta sea sólo una performance textual que procura interferir la semiótica visual de los imaginarios pornográficos que nos constituyen molecular, microfísica, capilar, local e intensivamente como sujetos de la cultura, como sujetos sexuados y generizados, como trabajadorxs de la educación, y aunque educación y pornografía parecen repudiarse mutuamente, al mismo tiempo se ensamblan en la maquinaria sexopolítica de la normalización corporal.

Escupamos sobre la diversidad²⁹². Discursos de normalización y borramiento de identidades

Debilitar una hegemonía puede significar también volver a instituir otra, por lo cual la vigilancia crítica no debe descansar nunca.

Jacques Derrida

No digamos públicamente la palabra "deficientes", "negros", "indios", "delincuentes", etc., pero imaginémoslo a gusto, a lo largo y a lo ancho de nuestro pensamiento.

Carlos Skliar

Y quiero sueños en colores como el de anoche, y además nada de interpretación, los sueños son las ventanas que el Ateo entreabre a sus criaturas y tratar de descifrarlos es como hacer sopa de pollo en tu capilla Sixtina.

Armonía Somers

Escupir como resistencia, como vindicación, como marcación de un límite, como provocación. Escupir sobre la diversidad para desapaciguar la conciliación neutral de la suma y los acuerdos pasivos entre identidades que fabrican el pluralismo de la indiferencia del mercado y el consenso. Escupir sobre la diversidad y su hermenéutica de otrificación. Escupir para desordenar los planos y superficies de representación que las ideologías culturales pretenden mantener lisas, sin huellas de las guerras de interpretaciones que se desatan continuamente en torno a las jerarquías, arbitrariedades y censuras de los códigos

²⁹² Inspirada en el tono purulento del texto que Carla Lonzi publicó en 1972, "Escupamos sobre Hegel". Escritos de 'Rivolta Femminile', en el que plantea una crítica al feminismo burgués y, a su vez, al marxismo. Afirmaba que si las mujeres pretenden ocupar otro lugar en este mundo, el camino no es la búsqueda de la igualdad de oportunidades -premisa de moneda corriente en las luchas feministas de la época- sino desarmar el edificio del pensamiento moderno, patriarcal en sus matrices. El manifiesto fue una impugnación de las fuentes de la propia filosofía que alentaba el pensamiento revolucionario de la época.

de legitimación simbólica y política de las sexualidades y los géneros. Escupir como gesto de un pensamiento crítico que produce el trastorno de las coherencias establecidas, la torsión de los enunciados dados hasta entonces como válidos y estructurantes. Escupir como mueca de desprendimiento²⁹³ de las epistemologías imperiales.

“Las transformaciones sociales que han venido teniendo lugar en el marco de las llamadas democracias avanzadas han colocado las luchas por el reconocimiento en el centro de la escena. En este contexto, la noción de “diversidad” ha asumido un rol central en la concepción actual de las políticas democráticas. Tanto es así que, de hecho, se ha convertido en uno de los factores que definen el carácter democrático de algunas políticas”²⁹⁴. La lucha contra la discriminación y por la defensa de los derechos humanos ha erigido a la equidad de género y el reconocimiento de la diversidad sexual en arquetipos infaltables de las democracias liberales, que han ido transformando sus marcos jurídicos. Sin embargo, la reformulación de las normas sexuales que de ellos se desprenden, ha dado lugar a nuevas regulaciones sexuales y de género que redefinen los límites de lo moralmente aceptable para ser unx ciudadanx.

La industria discursiva de la diversidad nos arroja, como activistas sexo-políticos, a desmentir el sentido aparente y neutral de los términos, volviéndolos extraños a sí mismos, y a problematizar las categorías organizadoras de los relatos de la

²⁹³ “Desprenderse significa que no aceptas las opciones que se te brindan”, afirma Walter Mignolo, y devendría en una condición necesaria para un pensar decolonial, siendo epistemológicamente desobedientes de las políticas de conocimiento teológicas (Renacimiento) y egológicas (Ilustración), que se basaron en la supresión tanto de la sensibilidad como de la localización geo-histórica del cuerpo. En “Geopolítica de la sensibilidad y del conocimiento. Sobre (de)colonialidad, pensamiento fronterizo y desobediencia epistémica” (2010).

²⁹⁴ Sabsay, Leticia (2011) Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía. Paidós. Pág. 67-8

disidencia, de las experiencias de las identidades estigmatizadas, criminalizadas y patologizadas por la tecnología heteronormativa y de género. La retórica de la diversidad nos instala en una epistemología neoliberal y colonial, en la que la compasión, la tolerancia²⁹⁵, el respeto, la simpatía, constituyen fórmulas medulares de su prédica victimizante y paternalista. De este modo, se pone a circular lo *otro* en el mercado de lo conocido. Se destituye su heterogeneidad, se disuelve el episodio inaudito como efecto, para finalmente citar a comparecer a los sujetos *otros* –lesbianas, gays, travestis, transexuales, trans, bisexuales, intersex- en la categoría “diversidad” y domesticar así su emergencia rebelde. Sometido lo *otro* a su reordenamiento funcional en las burocracias discursivas de la academia y el Estado, hacen progresar el conocimiento de lo nuevo en la exclusiva dirección de significaciones calculables y administrables, en lugar de abrirlo al riesgo de lo intempestivo²⁹⁶.

Estamos ante una inflación discursiva de la “diversidad sexual”, si con suerte y cierto arrojo políticamente correcto, se la adjetiva de tal modo, ya que se suele emplear sólo “diversidad” como término paraguas que contiene cualquier tipo de diferencia, con un alto grado de ambigüedad e indefinición que podría ser cualquiera y ninguna al mismo tiempo. La inquietud y el control exclusivo de la posibilidad de establecer su significado “verdadero” por parte de determinadas instancias de saber-poder, insta un proceso de confinamiento de sus manifestaciones identitarias “correctas” o “normales” y, por omisión, todo desvío de esa ficción hegemónica es expulsado del campo de la articulación del saber legitimado. Tal confinamiento

²⁹⁵ “...el discurso de la tolerancia tiende a fijar y reproducir la diferencia en los términos de una identidad clausurada y totalizadora, propia de un pluralismo que replica en la figura del individuo liberal”. Sabsay, L. Pág. 36

²⁹⁶ Nelly Richard, citando a Federico Galende, en Residuos y metáforas.

supone una abyección; una expulsión radical del espacio de la humanidad legítima, un espacio inhabitable que, no obstante, está densamente poblado por un amplio espectro de realidades afectivas y sexuales que no se adecuan a los parámetros de normalización y respetabilidad ciudadana.

A pesar de que desde la retórica liberal se pondera la diversidad como un hecho aparente y manifiesto, no existe un claro consenso acerca de lo que esta diversidad es, o acerca de qué es lo que debería incluir o involucrar. Esa operación de citación de lo “obvio”, deja en penumbras que la diversidad ya está normativizada y limitada por ciertas exclusiones, que son paralelas a nuevas inclusiones, en la que ciertos sujetos, como las trabajadoras sexuales²⁹⁷ u otros grupos no normativos, suelen quedar fuera del espectro de las reivindicaciones a atender²⁹⁸. Por eso, la diversidad constituye un “precinto conceptual”²⁹⁹ listo para ser destrozado.

²⁹⁷ En este sentido, en este último tiempo es elocuente el silenciamiento, borramiento y descalificación de las voces y el saber de las trabajadoras sexuales organizadas, como AMMAR nacional y AMMAR-Córdoba, por parte del Estado y el feminismo hegemónicamente abolicionista, en lo que concierne a la prohibición del rubro 59 y en la legislación contra la trata, que las afectan directamente y terminan clandestinizando y criminalizando aún más su situación.

²⁹⁸ Sabsay. Pág. 40

²⁹⁹ En términos de sujeción y atadura. “...me interesa que nos interroguemos sobre los límites políticos que hoy dibujan lo sexual desde los feminismos y la disidencia sexual. Más que describir cuáles son las prácticas de brujería contemporánea, podríamos interpellarnos acerca de cómo se constituye en este momento histórico, y ante el apocamiento de la desmesura y la imaginación política, esa práctica desbordante de la ley que dicta un habla codificada bajo los términos de la perspectiva de género y la diversidad sexual. Como nuevos precintos conceptuales del neoliberalismo, ambas perspectivas se utilizan para visibilizar ciertas desigualdades, pero al mismo tiempo imponen restricciones y constricciones a lo pensable, decible y practicable en relación a los cuerpos, deseos, sexualidades y géneros. Así, ambas perspectivas se han convertido en el límite de lo político y sexualmente imaginable en este escenario cultural, componiendo un paisaje amansado y demasiado correcto. Me pregunto cómo sería un porno con perspectiva de género. De este modo, la política feminista y LGTTTB parece constipada, ceñida por los límites discursivos de un paradigma epistemológico colonizador. La operación técnica de la perspectiva de género y la diversidad sexual ha despojado de eferescencia crítica a los saberes producidos por las prácticas micropolíticas subversivas del binarismo de género y el régimen heterosexual”. valeria flores. “herética pravivatis: entre brujerías sexuales y fugas políticas”. Texto presentado

Actualmente, la única forma posible, representable, concebible, de hablar (a) las sexualidades y géneros no heteronormativos es bajo la supremacía del sentido de la “diversidad”. De este modo, esta categoría modélica impone un colapso de las múltiples y heteróclitas variaciones subjetivas, políticas, afectivas, corporales, estéticas, sexo-genéricas, que se articulan no como categorías ontológicas sino como estrategias en las luchas por la representación. Bajo las pingosas prolongaciones de la diversidad estatal, lo “otro” de la heterosexualidad –la diversidad- somos todo lo mismo, lo otro de lo mismo, lo mismo de lo mismo. Lo “otro” que se espera, que está disponible en el mercado de las identidades. “El discurso de la diversidad, tanto en su vertiente cultural como sexual, reontologiza las disímiles configuraciones de la identidad desde el momento en que las concibe como un abanico de identidades discretas y claramente clasificables, las cuales habrán de incluirse con más o menos fortuna en un modelo de representación que no se cuestiona a sí mismo como tal”³⁰⁰, nos alerta Sabsay. En este proceso de reontologización liberal del individuo, la diferencia es constituida como atributo y la identidad se esencializa, desdibujándose su emergencia a partir de un contexto relacional así como su condición contingente y provisoria. Ya lo decía Wittig, constituir una diferencia y controlarla es un acto de poder ya que es un acto esencialmente normativo, pero hay que ser socialmente dominante para lograr presentar al otro como diferente³⁰¹. Por lo tanto, mapear cultural y políticamente la diversidad como lo no heterosexual, supone un control y disciplinamiento exhaustivo de las narrativas no heterosexuales por parte de instancias institucionales, que se transforma en

en el Panel “Lo sexual es político”, durante el II Congreso Interdisciplinario sobre Género y Sociedad: “Lo personal es político”. Córdoba, mayo de 2012

³⁰⁰ Sabsay. Pág. 38

³⁰¹Wittig, Monique (2006) “El pensamiento heterosexual”, en El pensamiento heterosexual y otros ensayos. Egales, Madrid. Pág. 53.

mandato hacia las propias comunidades de la disidencia sexo-genérica: travestis decentes y no escandalosas, lesbianas que parezcan mujeres y no camioneras, maricas casados y padres de familia y no promiscuos, trans que se ajusten a las tipologías visuales de la feminidad o masculinidad normativa y no que generen ambigüedad o confusión... y así nos controlaremos lxs unxs a los otrxs, premiándonos con el privilegio de la “integración” si logramos armar un currículum corporal aceptable para la diversidad. De esta manera, la diversidad constituye una política de gestión de la multiplicidad identitaria de los aparatos gubernamentales, que rechaza todo aquello que perturbe la fantaseada armonía de las clasificaciones, y que sigue discriminando entre prácticas e identificaciones más y menos legítimas, entre respetables y menos respetables, entre buenos y malos, entre aceptables e inaceptables disidentes sexuales.

A su vez, la “diversidad” se esfuerza por anular la pertinencia, la credibilidad o la posibilidad misma de las estrategias de contestación autónomas a que da lugar el activismo sexopolítico. Al subsumir los conflictos de poder inherentes a los procesos de agenciamiento político en una tipología de identidades definible y definida de antemano, desplaza del centro de atención, interés e interpelación a la norma (hetero)sexual y (bio)política con sus brutales efectos de violencia y exclusión, relegándola a una zona de penumbras. “Los discursos que apelan a la “diversidad” como modelo de la integración son también rápidamente apropiados por un liberalismo universalista. No tienen ninguna politicidad en sí mismos, más que gestionar un campo virtual donde las identidades subalternas se reúnen: negros, mapuches, gays, mujeres, pueden convivir más como valor patrimonial de unas identidades reconocidas, que como un conjunto de políticas que se enlazan y comunican para producir transformaciones

culturales. Supuestamente la diversidad habla de todo pero en realidad y específicamente no habla de nada, hace desaparecer las diferencias en su montaje cultural. La diversidad es el modo de ordenar los disturbios políticos”³⁰², apuntan lxs compañerxs de la CUDS.

Cuestionar los modos de configuración discursiva del saber para que las palabras de lo nuevo no sigan cautivas de los viejos moldes de exposición, implica comprender la “diversidad” como zona de pacificación del antagonismo, modelada como una novedosa feria de atracciones que se conforma simplemente con ordenar y exhibir/visibilizar una suma amansada, domesticada, de identidades y saberes complementarios, destinados a integrar una nueva totalidad de conocimientos más abarcadora y funcional que deja finalmente intocados los contornos de cada identidad heredada. En la negociación institucional de las categorías de identidad que supone la diversidad, asimétrica desde el principio, se conjuga la aparición de algunas posiciones posibles de sujeto tanto como la imposibilidad del surgimiento de otras; sólo algunas diferencias son susceptibles de ser aceptadas, mientras que otras ni siquiera son percibidas. Afortunadamente, la identidad sexual y de género –así como cualquier otra- siempre excede el marco de sus derechos.

Como dispositivo discursivo de saber, la diversidad reinstala nuevas programaticidades de conocimiento que terminan complaciendo el llamado técnico a sólo producir un nuevo saber en orden, que reclasifica, sin que la lengua encargada de transmitirlo acepte dejarse interrogar por la fuerza extrañante de lo desclasificado o de lo inclasificable. Reorganizar el

³⁰² CUDS (Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual) “Las paradojas de la política homosexual en tiempos de derecha”. Texto leído por Cristian Cabello en el Foro ¿Estamos conformes?: Chile y la diversidad sexual después de la ley Zamudio. Escuela de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. 14 de junio de 2012.

conocimiento en complicidad de voces y cuerpos con identidades hasta ahora subrepresentadas o suprimidas por el canon académico del saber institucionalizado, no debería anular las tensiones de los desbordes, los márgenes, los reversos indómitos, que hacen vibrar la constitución jerárquica de la cultura. En el destramar y retramarse de los montajes culturales, la identidad es algo para poner en riesgo, que sostiene un estado de experimentación con incalculabilidad de efectos. La identidad, visualizada desde este prisma antiesencialista como una construcción histórica y política, siempre retrospectiva y materializada narrativamente sobre el trasfondo de una matriz cultural, está sujeta a diversos procedimientos de ficcionalización -lo mismo que un texto- y, por lo tanto, se supone incompleta, abierta y supeditada a la indeterminación de un sentido o de una lucha política que nunca podría clausurarse.

Las formas alternativas a la producción de subjetividad uniformizante, nos convocan a imaginar e inventar espacios de enunciación colectiva de procesos de singularización y no modelos de restricción de despliegues inusitados de identidades y subjetividades como es el llamado a la diversidad. Félix Guattari, al pensar la alteridad como proyecto, como posibilidad de un proceso de heterogénesis en los sujetos, entiende la experiencia de la subjetividad como la vivencia de un extraño en nosotrxs, como presencia insondable de la alteridad en unx mismx. Un extrañx en nosotrxs que, sin embargo, se imagina como peligro de desintegración, o como terror a lo otro, o como amenaza de lo que nos es ajeno. Una dolencia de lo extranjero en nosotrxs mismxs. Por eso, es imposible postular un sujeto, una identidad, anterior a las prácticas de subjetivación. La diversidad acoge el extraño en nosotrxs como carencia y déficit, e impulsada por la ilusión de completud no queda lugar para los vagabundeos

existenciales expulsados de los territorios restrictivos del yo o del sí mismx.

La diversidad establece un modo de la escucha y de la solidaridad, una escucha que se vuelve centinela –y cantinela- de los modos autorizados del decir/se. Si no se enarbola el sufrimiento en la diferencia que encarnamos, que nos cristaliza en el lugar del daño sistemático, no hay audiencia para nuestras palabras. En los procesos de victimización, el otro al que hay que proteger es bueno mientras siga siendo una víctima. Así, el sujeto “victimizado”, pieza de exhibición y denuncia, es congelado y reducido a una víctima impotente. De este modo, el “diferente” es ubicado como carente, deficitario, constituido como ser necesitado antes que deseante. Reconocemos que somos sujetos dañados, pero “el problema no estaría en verificar este “daño”, de poseerlo y agenciarlo como estrategia política, sino más bien en la insistencia del remedio, del fármaco para que una correcta migración de células rotas cierre la herida”³⁰³. Una política remedial de la diversidad espera de nosotrxs –LGTTTBI- sujetos claros, sanos y coherentes, sin “daño”. Escupir sobre la diversidad es un modo de “dañar” las políticas de igualdad y derechos que hacen de las identidades víctimas per se, desafiando que el sufrimiento³⁰⁴ sea el locus exclusivo y excluyente de la política. En este sentido, es impostergable repensar que sólo las pasiones tristes sean la energía motriz de la pulsión/acción política, para poder imaginar otros horizontes celebratorios y festivos para la movilización y encontrar fundamentos distintos –al menos no jerarquizantes- al sufrimiento individual o colectivo.

³⁰³ “mujeres” con daño, de Jorge Díaz Fuentes (CUDS) en la presentación del libro “Nudos Feministas: Política, filosofía, democracia de Alejandra Castillo”. Chile, 2011

³⁰⁴ El sufrimiento es el combustible de la máquina cristiana de la salvación.

En general, los poderes sociales y estatales ponen en funcionamiento procesos homogeneizadores, borrando la diferencia como táctica de normalización y estableciendo las fronteras de lo esperable o posible de ser esperado. Dado que las normas de género fundamentalmente acorralan, constriñen y encierran la sexualidad en procesos naturalizados de “generización”, la exotización es un elemento integral del pensamiento colonial pasado y presente. Toda variación de ese ethos cultural normalizado y de esos saberes normalizadores, aparece como la excepción, lo extraordinario, y son esos mismos saberes los que producen la extrañeza³⁰⁵. De este modo, la diferencia es aquello que debe ordenarse para organizar la normalidad. Tal como expresa Rosi Braidotti, “La proliferación de prácticas discursivas referentes a la “otredad” no pueden ni

³⁰⁵ En el campo educativo, Guacira Lopes Louro advierte al respecto: “Hace algunas décadas el movimiento feminista, el movimiento negro y los movimientos de las llamadas minorías sexuales vienen denunciando la ausencia de sus historias, sus asuntos y sus prácticas en los currículos escolares. La respuesta a esas denuncias, con todo, no pasó en la mayoría de los casos del reconocimiento retórico de la ausencia y eventualmente, en la institución, por las autoridades educacionales, de un día conmemorativo: el día de la mujer o del indio, la semana de la raza negra, etc. Como resultado, las escuelas reservan algunos momentos para “contemplar” esos sujetos y sus culturas, al tiempo que profesoras/es bien intencionados se esfuerzan para listar las “contribuciones” de esos grupos para el país –su parcela de formación en la música o danza, su colaboración en las actividades económicas o en las artes, etc. Estas actividades...no llegan a perturbar el curso “normal” de los programas ni para desestabilizar el canon oficial. Estas estrategias pueden tranquilizar la conciencia de los planeadores, pero en la práctica acaban por mantener el lugar especial y problemático de las identidades “marcadas” y, más que eso, acaban por presentarlas a partir de las representaciones de las narrativas construidas por el sujeto central. Aparentemente se promueve una inversión, trayendo al marginal para foco de la atención, pero el carácter excepcional de ese momento pedagógico refuerza, una vez más, su significado de diferente y de extraño. Al ocupar, excepcionalmente, el lugar central, la identidad “marcada” continúa representada como diferente”. Por eso, una política educativa que reformule los sentidos pedagógicos de la escolaridad y, por lo tanto, el estatuto de “verdad” ciudadana formulado y producido a partir de los prejuicios, las naturalizaciones y las estigmatizaciones culturales, se enciende con una lógica de la pregunta y de la sospecha antepuesta y contrapuesta a las lógicas de yuxtaposición y sustitución de contenidos. En este sentido, la “perspectiva de género” debería no ser meramente un protocolo de lo políticamente correcto en la inclusión de cupos en los programas oficiales, sino, una problematización política de la trama ideológica de construcción de los géneros, históricamente naturalizada. De otro modo, la reproductibilidad estatal del machismo como forma cultural histórica y variable, pero siempre disponible, es legitimada socialmente por el autoritarismo institucional de género.

deberían ser separadas de las relaciones de poder materiales y geopolíticas en la era del postindustrialismo... En este aspecto avalo una definición de la posmodernidad tardía en términos de la construcción sistemática y del mercadeo de las "diferencias" consumibles, representables y negociables que se intersectan con las relaciones estructurales de poder... que dan por resultado una proliferación de prácticas sociales y también discursivas" cuya consecuencia es la "comercialización" de las diferencias pluralistas y; la "comodificación" de los "otros" bajo la forma del consumismo y de la apropiación neocolonial, romántica, de su diferencia"³⁰⁶. Por lo tanto, la explotación mercantil de las diferencias en la producción cultural capitalista tiene su traducción en el terreno de la representación política.

La diversidad funciona a partir de una matriz de clasificación donde "lxs diversxs" se cuentan como "casos" para ejemplificación del saber de otrxs, como verdad estandarizada sobre quienes, en un impecable juego de correspondencias pautadas, son previstxs ya como "tipos" de sujetxs. No hay espacio para el propio deseo, para el propio saber tortillero, marica, travesti, trans, queer, disidente, reduciendo y simplificando las identidades a categorías ontológicas. En general, disminuidos a historias de vida -siempre colectivizadas por otrxs- o a taxonomías visuales de la diferencia o a ejemplos de la transgresión, somos compendiadxs bajo los términos institucionalizados de alguna teoría. La grilla de las identidades reconocibles y sus catálogos de comportamientos, vestimentas y discursos, opera a manera de profecía de género. En la escuela, por ejemplo, bajo los usos futuroológicos del género³⁰⁷, una niña machona o un niño afeminado anticipan su (homo)sexualidad a partir del registro desplazado de la normalidad de género.

³⁰⁶ Citado en Sabsay. Pág. 38

³⁰⁷ Juan Pechin.

Sabemos que todo proceso de (des)identificación de género y sexual no es tan lineal ni simple. Tal como se menciona en la fundamentación del "Proyecto Chonguitas: masculinidades de niñas", "las múltiples y poderosas constricciones del binarismo de género y la heteronormatividad, la fuerte presión social por la feminización como expresión única y correcta para las mujeres, los contextos históricos en los que nos criamos, así como las condiciones culturales y geopolíticas en las que vivimos, van haciendo de nuestros cuerpos campos de batalla del género, tanto del que se nos impone violentamente hasta del que deseamos. Además, la plasticidad y fluidez del deseo, tanto como las comunidades en las que pueda ser viable, van transformando nuestros modos de percibir y vivir el género"³⁰⁸.

Así, la diversidad termina siendo el gobierno de la producción permanente de diferencias en el terreno de los cuerpos, de lo sexual, del género. De allí, la línea estratégica estatal y del mercado de apropiación de elementos organizativos y discursivos provenientes de las prácticas activistas. Estas mismas invenciones disidentes pasan a funcionar, una vez que han sido recodificadas y fagocitadas por las lógicas burocráticas y administrativas, como procedimientos de orden, de pacificación, de construcción de sociedad civil. La diversidad como política liga de un modo íntimo la búsqueda de una cierta normalidad añorada con una amnesia respecto de los efectos políticos de violencia de la norma³⁰⁹. Las políticas actuales que fomentan la aceptación de la diversidad implican que ciertas

³⁰⁸ Libro disponible, entre otros sitios, en:

http://mondongadark.blogspot.com.ar/2013/02/chonguitas-masculinidades-de-ninas_25.html

³⁰⁹ Ante cualquier protesta de la disidencia, tendremos un especialista para explicarnos o como bien lo dice irónicamente Skliar: "Aumentemos el volumen de nuestra voz, si es que el otro parece estar, curiosamente, en desacuerdo". "Pequeño manual del buen especialista". Carlos Skliar

normas sexuales y de género continúen regulando los modos en que entendemos nuestra relación con el cuerpo, el placer, el deseo.

¿Cuestiona la diversidad la epistemología del armario como régimen de conocimiento/ ignorancia? ¿o cómo la heterosexualidad es normalizada y hecha pedagogía? ¿o el imperativo institucional de la diferenciación sexo-genérica? ¿o viene a fabricar otros armarios? ¿estimula la retórica de la diversidad la duda, la fluidez, la indefinición o la vaguedad del deseo como estatuto posible de la diferencia? Si el género permanece intacto e indiscutido detrás del régimen de la sexualidad y la sexualización obligatoria y compulsiva, la diferencia genérica se justifica y naturaliza como necesaria para que funcione la reproducción sexual reconfirmando el sexo verdadero como biológicamente natural. De esta manera, la sexualidad se constituye como protocolo normativo que supone obligatoriamente que se produzca, defina y funcione un modo programado, deseado, trabajado e impulsado desde la heteronormatividad y el binarismo de género. La hostilidad organizada contra las identidades no heteronormativas se vuelve domesticación sistemática que preserva la propia seguridad de la jerarquía sexo-política.

Las identidades políticas vueltas orientaciones sexuales, funcionan como moldes identitarios que prefabrican escenarios y escenas posibles. Las identidades LGTTTBIQ se transforman en existencias enlatadas listas para consumir, o en lockers de fronteras lindantes con la mismidad, o se diluyen bajo una retórica pudorosa, conservadora, que asépticamente desexualiza la diversidad al despojarla de su cualidad de “sexual”. Las políticas de visibilidad de lo diverso se sobreimprimen al orden visual hegemónico y ya no habría nada que altere el orden perceptivo vigente.

Es preciso abandonar la posición ingenua que ignora y subestima las historias de subordinación y resistencia experimentadas por algunos grupos sociales, al mismo tiempo que hay que dar cuenta de la desigualdad que está implícita en la idea de tolerancia. Asociada al diálogo y al respeto parecen incuestionables cuando son mencionadas en las políticas educativas oficiales y en los currículos. Se liga a la condescendencia, al permiso, a la indulgencia –actitudes que son ejercidas por aquel que siempre se percibe como superior-. Una perspectiva crítica desconfía de la inocencia de las palabras y pone en cuestión la neutralidad de los discursos.

La diversidad como pedagogía diseña los límites de un problema -los antagonismos en el régimen heteronormativo- y lo vuelve respuesta, con premisas de convivencia y consenso, características de un modelo social cargado de pautas convencionales, de imaginarios que diseñan un mundo feliz, sin distorsiones, ni enfrentamientos. La diversidad es así un signo sin defecto, bien localizada en nichos de identidad pura e incontaminada, prototipo al cual todos deben parecerse, libre de pasiones y pecados mundanos, marcando nuevos patrones y estándares de respetabilidad. Esta ansiedad por el control es síntoma del reclamo por recetas universales, magistrales y exhaustivas, que puedan ser aplicadas de una vez y para siempre en todos los lugares, algo muy propio del colonizador pensamiento moderno.

Entonces, si pensás que no encajás y no querés embutirte el traje de la decencia, recato, estereotipo y pudor que forzosamente nos reclaman, escupe conmigo sobre la diversidad. Escupamos sobre la diversidad. Tal vez la saliva pueda ablandar, desdibujar,

desgastar, corroer un poco la fijeza de la letra que captura nuestras experiencias.

Entre saber y no-saber. Desobediencia epistémica

¿qué es un travesti? ¿cuándo te diste cuenta que eras así? ¿te sentís discriminada? ¿qué se siente al ser lesbiana? ¿cuántos casos de intersexualidad hay? ¿cómo le explico a mi hijx lo que son? ¿quieren ser aceptados como minoría? ¿cómo hacemos para convivir con los diferentes?

Y así, cientos de preguntas que nombran y producen la diferencia, las diferencias. Preguntas que exigen un saber, una revelación, una explicación, una confesión. Pero también preguntas que exhiben un saber. Se sabe, porque se aprende, que la distancia como condición de impunidad e inmunidad para hablar del otrx no se marca en la respuesta sino en la propia formulación de la pregunta.

Estas reflexiones emergen de mi posicionamiento como activista y como maestra, que se inscribe en una escena compleja denominada por un conjunto de activistas y teóricxs, dispersos o agrupados, como “disidencia sexual”, que lejos de consistir en sostener un proyecto emancipatorio y revolucionario con vistas a un futuro que nunca alcanzaremos o exigir la encarnación de dicha aspiración en un sujeto o cuerpo o identidad particular de corte vanguardista, se emplaza en la estimulación de un horizonte crítico de pensamiento que tensiona los discursos y prácticas más liberales y modernas acerca de los cuerpos, sexualidades, géneros y deseos, de las políticas feministas y LGTTTBI.

La escuela asiste hoy, y desde hace un tiempo, a fuertes interpelaciones sobre el sujeto de la educación ante la visibilidad de cuerpos no heteronormativos, cuyas identidades lesbianas,

gays, travestis, transexuales, trans, bisexuales, intersex, portan una extrañeza que le resulta difícil de asumir, por más avances jurídicos logrados. El reconocimiento legal es importante, pero resulta insuficiente frente a la lógica escolar y sus dinámicas subjetivantes.

La escuela es embargada solemne y frenéticamente por la ansiedad cultural de saber qué es el otrx, “esto” otro que irrumpe. Y “esto” viene a dar cuenta en primera instancia cómo se impone la lengua de la reificación para mantener el control de la inteligibilidad. Entonces, una rápida y efectiva batería de conceptos, tácticas y recursos intentan tramitar esa ansiedad. Componiendo esa caja conceptual encontramos en un lugar central, la categoría de “diversidad sexual” o “diversidad sexoafectiva”. Así, como política terapéutica que viene a saldar, en idioma escolar, la ininteligibilidad de ciertos sujetos que ella misma produce, “diversidad sexual” se convierte en enunciado hegemónico, bajo el signo de lo predecible, autorizado y calculable.

Hace casi dos décadas, desde la propia antropología y desde otras disciplinas, así como desde los pueblos originarios, grupos migrantes y afrodescendientes, el uso del término “diversidad” se ha cuestionado, problematizado e impugnado para nombrar los procesos de (des)colonización cultural, fundamentalmente porque desactiva los conflictos y antagonismos que crean las normas del racismo y el etnocentrismo. Llamativamente estas interpelaciones son pasadas por alto desde algunos sectores del activismo LGTTTBI y descartadas por las políticas estatales.

Todo término está cargado políticamente y ante un incipiente proceso de institucionalización, se seleccionan aquellos que portan “buena presencia”, es decir, categorías que provoquen

menos colisiones, pugnas y enfrentamientos para las prácticas institucionales. La incorporación de estos sujetos –nosotrxs- en los términos más aceptables para la normalización institucional supone un proceso de traducción de nuestras subjetividades a datos funcionales para el Estado, y la instauración de especialistas y profesionales que esquematizarán el corpus para hacernos legibles y legítimos mediante el repliegue y borrado de los tonos más discordantes. ¿Será el precio que debemos pagar para ser gobernadx de esa forma a cambio de nuestro reconocimiento o ese es el modo que en que únicamente podemos ser reconocidxs como sujetos por el Estado?

Las políticas públicas intentan domesticar los discursos de las diferencias mediante el blanqueamiento de las demandas de los nuevos sujetos políticos, desplegando sobre ellos narrativas de subordinación. Para una vaga evocación de lo que significa la institucionalización como desactivación de la potencia política de las prácticas y saberes gestados en la subalternidad o en las periferias de los centros legitimados del poder, recordemos la creación de los centros de Estudios de Género –permuta de los Estudios Feministas- en las universidades, resemantizando y desalojando el componente central de su demanda como es el desbaratamiento del sistema cultural, social y político que sostenían los saberes y prácticas del activismo feminista. De este modo, se resituían las desobediencias de los callejeos del saber en el marco de una categoría programática y aséptica. Además, efectuando una grosera analogía podríamos pensar que a nadie se le ocurriría analizar el régimen capitalista en términos de diversidad de clases como equivalente interpretativo de la lucha o antagonismos de clases.

Sin embargo, en las democracias del consenso, el lenguaje liberal se instaló cómodamente en las hablas cotidianas e institucionales

y, ahora, enseñar sobre/la diversidad sexual viene a expulsar del centro de la reflexión a la heteronormatividad como régimen de control y regulación de los cuerpos. Tal vez, de esta manera, con este deslizamiento semántico y político acallemos las insidiosas preguntas sobre el poder de disciplinamiento que siguen ostentando las instituciones estatales sobre las políticas de los cuerpos y los procesos de subjetivación.

Una sustanciosa expresión de este cambio escénico sobre la normatividad, re-espacializándola hacia los márgenes del abordaje analítico-reflexivo, que centra su foco en los sujetos que produce, es el Cuadernillo de ESI³¹⁰ “Para charlar en familia”, del Ministerio de Educación de la Nación. Sin entrar en un análisis exhaustivo de la política textual e iconográfica, me interesa señalar los sentidos que promueve respecto de las comunidades LGTTTBI. Como primera lectura llana –si es que existe-, y ante la resistencia y oposición de los sectores más conservadores y fascistas a la aplicación de la Ley Nacional de ESI, la publicación constituye una acción afirmativa de indiscutible valor político. No obstante, desde una lectura disidente³¹¹ podemos tensionar y polemizar sobre los significados hegemónicos que pone a recircular acerca de las sexualidades.

³¹⁰ Educación Sexual Integral.

³¹¹ La crítica como desacuerdo y disidencia es formulada por Manuel Asensi Pérez en “Crítica, sabotaje y subalternidad”. En el mismo sentido, Halperin prosigue los análisis de Sedgwick, para quien se trata de “dejar de jugar por un tiempo a fin de tomar distancia del juego, observar sus reglas y examinar nuestra situación estratégica: cómo se ha planteado el juego, en qué términos y favorables a quién, y con qué consecuencias para cada uno de los jugadores. Al hacer esto, nos muestra un ejemplo del método foucaultiano del análisis discursivo que consiste en lo siguiente: no involucrarse con el contenido de los discursos autoritarios –en este caso, con el contenido de los discursos homofóbicos- y analizarlos en términos de sus estrategias globales” (Halperin, 2000: 60), determinando las diferentes maneras de callar, cómo se distribuyen los que pueden y los que no pueden hablar, qué tipo de discurso está autorizado y cuál forma de discreción es requerida para los unos y los otros (Foucault).

El cuadernillo cuenta con varias secciones³¹², pero me voy a centrar someramente en dos de ellas. La primera lleva por nombre “Cuanto más sepan, mejor...”³¹³, y está dedicada a tres temáticas: El embarazo en la adolescencia; Las falsas creencias sobre la sexualidad; Los métodos anticonceptivos y Vih-sida: hablemos sin miedo. Reproducción, coito y anticoncepción nos hacen inferir que el “saber” que se tiene que “saber” es sobre la heterosexualidad y, específicamente, sobre la práctica sexual de la penetración. En la siguiente sección, denominada “Igualdad de derechos para todos y todas”, se exponen los derechos de las mujeres, de la diversidad sexual y la discapacidad. Sobre la diversidad sexual dice el texto oficial:

“Este es un tema muy importante y del que puede ser difícil hablar: las distintas maneras de vivir la sexualidad. Cuando nos enteramos de que algún chico o chica del barrio, de alguna familia conocida o de nuestra propia familia es homosexual, podemos llegar a sentir curiosidad, frustración, preocupación, miedo o vergüenza y no saber cómo actuar...no es raro que nos pase esto. Es que a veces pensamos que hay una sola manera de vivir la sexualidad”³¹⁴.

Sin detenernos a examinar los motivos que impulsan ese abanico de sensaciones ante la existencia de una lesbiana o un gay, reparemos en el adverbio de frecuencia: “a veces”. Esta repetición exigua y reducida en que la gente pensaría que hay una sola manera de vivir la sexualidad, hace de lesbianas y gays casos excepcionales, lisa y llanamente una “minoría”. La

³¹²“Las partes del cuerpo” constituye la primera sección, mientras que la segunda es “La llegada de un bebé”. Ya el orden de aparición de las secciones marca una lectura centrada en la reproducción heterosexual.

³¹³ Cuadernillo “Para charlar en familia”, Página 24.

³¹⁴ Página 35. Señalo aquí la ausencia plena de la intersexualidad y las escasas referencias a las identidades trans, con una mención a las travestis a través de un párrafo que alude a la discriminación (pág. 36) y luego una alusión de las personas “transexuales” al final de la parte dedicada a la diversidad sexual (pág.37).

discriminación y violencia hacia las sexualidades no heteronormativas se vuelven un asunto individual, motorizadas por una creencia errónea y falaz que el cuadernillo viene a corregir. Lo político de la (hetero)sexualidad queda congelado simplícidamente en un problema personal y psicológico.

La propia organización textual, colocando en primer lugar la sección dedicada a la heterosexualidad, aunque no se la nombre como tal porque la norma –el saber que se sabe– opera tácitamente, y a continuación, aquellos sujetos que devienen “especiales”, emplaza nuevamente a la heterosexualidad como sexualidad legítima, construyendo al mismo tiempo una serie de sexualidades periféricas o subalternas. De este modo, el ideario de reproducción de la patria-nación en el discurso escolar se rearticula de modo de someter bajo sus leyes toda revuelta identitaria.

Finalmente, la sección dedicada a la diversidad sexual cierra con una pregunta engañosa: *“¿o nos gustaría que nos ocultaran algo tan importante para sus vidas?”*. Detengámonos en principio al borde del pronombre personal “nos”. ¿Quién constituye ese “nosotros” al que no le gustaría el secreto? ¿Quién es ese “nosotros” que se desentiende del ocultamiento como producción cultural? La posición de enunciación estatal produce desde ya una división dicotómica y jerárquica: un nosotros heterosexual y un ellos homosexual (lesbianas y gays), un nosotros sabemos/un ustedes ocultan. Reconocerse como lesbiana o gay supone estar regido por un régimen moderno de conocimiento que nos impone el imperativo de confesión. Apresados en una revelación compulsiva y prohibida a la vez, tal como afirma Eve Sedgwick, ocultamiento/revelación son procesos de un régimen epistémico que se despolitizan y se transforman en una decisión individual, una declaración de

confianza. Las condiciones sociales e institucionales que construyen el closet se suprimen de toda discusión. Esta autora ha mostrado en su obra “Epistemología del closet”, que el closet es el lugar de una contradicción imposible: no puedes estar adentro y no puedes estar afuera³¹⁵. Cuando sales es, al mismo tiempo, demasiado pronto (¿por qué me lo estás diciendo ahora?) y demasiado tarde (¿por qué no me lo dijiste antes?).

¿Puede alegrarse una torta o marica de que éstos sean los términos en que cobramos existencia? Por lo menos para mí es motivo de preocupación, porque en la política de los cuerpos el modo de nombrar tiene efectos prácticos y políticos, y estas conceptualizaciones modelizan el proceso de normalización identitaria que estamos viviendo en nuestro presente.

Las preguntas epígrafe que abren este texto no hacen más que expresar el privilegio y la violencia epistémica que asume su formulación. Lesbianas, gays, travestis, trans, transexuales, bisexuales, intersex, vueltos temáticas a enseñar, un grupo específico y homogéneo a describir (somos todxs más a menos lo mismo), con un nombre determinado de una vez y para siempre para poder identificar, con algún origen que justifique nuestra

³¹⁵ “No puedes estar adentro, porque nunca estarás seguro de haber logrado mantener tu homosexualidad en secreto; después de todo uno de los efectos de estar en el closet es que no puedes saber si las personas te tratan como hetero porque los has engañado y no sospechan que eres gay, o porque te siguen el juego y gozan del privilegio epistemológico que les confiere tu ignorancia de que ellos lo saben. Pero si nunca puedes estar en el closet, tampoco puedes estar fuera, porque aquellos que alguna vez gozaron del privilegio epistemológico de saber que no sabes lo que ellos saben, se niegan a renunciar a tal privilegio e insisten en construir tu sexualidad como un secreto al que tienen un acceso especial, un secreto que se descubre ante su mirada lúcida superior. De esta manera, ellos logran consolidar su pretensión de una inteligencia superior sobre cuestiones sexuales que es no sólo distinta del conocimiento sino también su opuesto, es decir, una forma de ignorancia, en la medida en que oculta al conocimiento la naturaleza política de su interés en preservar la epistemología del closet y en mantener la construcción epistemológica de la heterosexualidad como un hecho obvio que puede ser conocido universalmente sin ostentaciones, y una forma de vida personal que puede ser protegida como algo privado sin constituir una verdad secreta.” (Halperin, 2000: 57-58).

existencia. En este sentido, al construirnos como víctimas de la incomprensión, tal como se afirma en el Cuadernillo, requerimos “respeto, comprensión y apoyo”. Algo nos falta, de algo carecemos, algo necesitamos. Recordemos que Foucault advertía que la inclusión es una figura constitutiva de la exclusión, no es lo contrario, sino que ambas figuras son mecanismos de control del sujeto. A su vez, cabe distinguir por un lado, la vulnerabilidad constitutiva de los cuerpos y las condiciones que la distribuyen de manera asimétrica de acuerdo a las normas sociales de género y raciales, haciendo que ciertas vidas se vuelvan invivibles; y por otro, aquellos procesos de victimización como modo de gobierno de esas vidas. “La exigencia de reconocimiento por parte del Estado debe ir acompañada de una crítica: ¿para qué necesitamos el Estado? A pesar de que a veces lo necesitamos para algunos tipos de protección (inmigración, propiedad, hijos), ¿debemos dejar que defina nuestras relaciones?”, se interrogaba Judith Butler en una entrevista³¹⁶. Construidxs como víctimas, se socaba nuestro agenciamiento político y nos hace dependientes forzosxs y forzadx de cierta tutela democrática.

El riesgo de toda política identitaria es que la identidad insiste en la fijación, persiste en la detención del otrx en un nombre, una palabra, una etiqueta. Entonces, en la escuela se tratará de transparentar al otrx mediante una didáctica de la simplificación, esperando que seamos sujetos claros, sanos y coherentes. Así, en la lógica escolar -y mediática- las identidades devienen información y pierden carnadura. Por eso mismo, los discursos de la información como estrategia pedagógica han sido agudamente cuestionados por la pedagoga queer³¹⁷ Deborah

³¹⁶ Entrevista a Judith Butler en febrero de 2008, con motivo de una conferencia impartida en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB). Texto: Fina Birulés.

³¹⁷ A nivel local, ciertas lecturas y recepciones sedantes de la teoría queer que tienden a la supresión de las identidades, exhibiendo una concepción de lo postidentitario más cercano a la licuación de las identidades que a su sospecha táctica, nos reingresan a un

Brizman. Esta estrategia se basa en el mito de que la información neutraliza la ignorancia y presupone que el conocimiento de los hechos nos proporciona un acceso directo a la realidad y a un comportamiento correcto. Por lo tanto, para evitar la discriminación se explicará qué es una marica, ejemplificando la hostilidad que se padece con alguien del grupo que lo sea o lo parezca. Esta incorporación de información no supondría ningún inconveniente ni interpelación subjetiva para quien aprende, menos para quien enseña. Bajo el supuesto de que se aceptarían ideas nuevas sin tener que lidiar con las antiguas, en tanto la información constituye un reflejo de la realidad y antídoto para la ignorancia, el aprendizaje no implica ningún tipo de conflicto. En realidad, el problema central aquí no tiene que ver con la falta de información, sino con un saber hegemónico sobre los cuerpos y sexualidades que establece los marcos de interpretación bajo criterios restrictivos y normativos. Sí se sabe socialmente lo que es una marica, una torta, una travesti: aquello que no se debe ser, de lo que no se debe hablar, aquello que hay que expulsar de la propia identidad para constituirse a sí mismx como “normal”.

En este sentido, podríamos examinar por qué una persona siente *“frustración, preocupación, miedo o vergüenza”* –tal como dice el Cuadernillo- cuando se entera de que alguien es lesbiana o gay y qué relación tienen estos sentires con el orden heteronormativo, el que también administra diferencialmente los sentimientos. Si el afecto está relacionado con los órdenes conceptuales, habría

nuevo silenciamiento. Como simple operación de inversión, pensemos si se les pide a lxs heteros que supriman su identidad y los privilegios asociados con ella. Por eso, queer no es una identidad, es un conjunto heterogéneo de herramientas conceptuales y operaciones políticas, provenientes del activismo callejero y la reflexión teórica de los feminismos críticos y la disidencia sexual, para desarticular y poner en tensión todo proceso de normalización (sexual, de género, racial, de clase, nacionalidad, corporal, etc), prestando aguda atención a que la identidad es una ficción reguladora que construye sus propias exclusiones y silencios, a la vez que se la emplea como estrategia política.

que considerar que los sentimientos no pueden existir sin convenciones discursivas y sus propias estructuras de inteligibilidad. Todo rastro que revele una discrepancia con la norma está conectado a una forma perceptiva-afectiva, por lo cual, dichas sensaciones no son de orden natural sino que están vinculados a la estigmatización que recae sobre las identidades no heteronormativas³¹⁸.

A su vez, las lógicas explicadoras que estimulan los discursos de la información son lógicas de atontamiento, según el maestro Jacotot³¹⁹, en las cuales una inteligencia está subordinada a otra. La lógica del explicador es el arte de la distancia y las tendencias totalizadoras que la alientan resuenan en las palabras de Bataille, “El pensamiento resuelto es el que revela el servilismo de todo pensamiento”³²⁰.

No obstante, cuando se introduce en el acto educativo la pregunta *¿Y tú qué piensas?* se abre una posibilidad para la emancipación intelectual. Por eso mismo, más que concentrarnos en definir qué es el otrx, una práctica antinormativa se articula por un cambio en la óptica de la mirada que invita a proponer preguntas impertinentes para la pedagogía: *¿cómo intervine yo en esa producción del otrx? ¿cómo intervine yo/nuestra institución en la producción del silencio sobre las lesbianas? ¿cómo y qué pensé yo para que una travesti se convierta en un*

³¹⁸ Las emociones, las pasiones, los afectos, los sentimientos, están inscriptos en relaciones sociales históricamente situadas, se construyen, se formatean, se regulan, se educan. Los horizontes sociales, culturales, conceptuales y valorativos condicionan nuestros repertorios de sentimientos, es decir, los afectos que sentimos no son naturales, ni nacen del corazón o las entrañas. Ana Abramowski, *Maneras de querer. Los afectos docentes en las relaciones pedagógicas*. Paidós, 2010. Pag. 33-34.

³¹⁹ El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual. Jacques Rancière. Editorial Tierra del sur. 2006

³²⁰ “No saber”, en *La felicidad, el erotismo y la literatura*. George Bataille. Ensayos 1944-1961. Adriana Hidalgo. 2008. Pág. 249

sujeto abyecto? ¿qué marcas de la lengua que hablo ponen en tela de juicio la humanidad de los sujetos LGTTTBI?

Si la identidad es el topos de una polémica, podríamos arriesgarnos a ensayar una pedagogía que permita el desmantelamiento de los órdenes conceptuales que esconden cómo la diferencia marca la diferencia. Esto nos exige convertir nuestra propia matriz de inteligibilidad en un problema, una incomodidad, una negatividad, que nos permita establecer marcos de lecturas más abiertos y no protocolizados donde incluir miradas sospechosas de los modos de comprensión de las identidades. Jacques Rancière señala que el lugar del sujeto político es un intervalo o una falla que se lleva a cabo entre los nombres, las identidades o las culturas. Afirma que “La lógica de la subjetivación política es así una heterología, una lógica del otro, según tres determinaciones de alteridad. Primero, ella nunca es la afirmación simple de una identidad, sino que siempre es a la vez, una negación de una identidad impuesta por otro, determinada por la lógica policial. La policía quiere en efecto nombres “exactos”, que marcan la asignación de las personas a su posición y su trabajo. La política por su parte, es una cuestión de nombres “impropios”, que expresan una falla y manifiestan un daño. Segundo, la política es una demostración, y ésta supone siempre un otro al que se dirige, aunque este otro rechace la consecuencia. Es la constitución de un lugar común, aunque no sea el lugar de un diálogo o una búsqueda de consenso según el método habermasiano. No hay ningún consenso, ninguna comunicación sin daño, ningún arreglo del daño. Pero hay un lugar común polémico para el tratamiento del mal y la demostración de la igualdad. Tercero, la lógica de la subjetivación consiste siempre en una identificación

imposible”³²¹. Por eso, ese intervalo o falla hace de la educación un proceso de subjetivación política.

El desafío desde una pedagogía cuir o antinormativa consiste en repensar cada uno de los términos de esas preguntas iniciales y desarmarlas, desmontarlas como estrategia discursiva del pensamiento hetero, binario, racista, burgués. A contrapelo de la explicación, mito de la pedagogía, no se trata de enseñar *qué es una travesti, qué es una lesbiana, qué es un intersex*, sino de desaprender las formas de pensamiento e interrogación heteronormativas.

He escuchado asentir a activistas y docentes con quienes comparto afinidades políticas y sindicales, que estos planteamientos críticos vendrían “después” de que se haya instalado el debate sobre la “diversidad sexual”, como si fuera una suerte de acumulación necesaria, homogénea y lineal del evolucionismo cognitivo. Sin embargo, esta perspectiva entierra la discusión de que los términos que establecen la inteligibilidad escolar de las identidades sexuales y de género bajo la designación de diversidad, marcan los límites de lo pensado y lo pensable, de lo que está autorizado a decir y de lo que se espera escuchar. Esta idea de lo lineal, de lo que sólo avanza para adelante, es casi análoga a pensar la política como una cuestión de mirada y tiempo, mirar hacia adelante para imaginar un mejor futuro, no mirar hacia atrás. Contradictoriamente, se nos exige como compromiso histórico sostener la memoria de los crímenes de la dictadura genocida y se nos exhorta, tácitamente, a dejar atrás las memorias de las luchas sexo-políticas que no escindían el reconocimiento cultural de la redistribución económica, siendo que las luchas sexuales eran luchas por la transformación social.

³²¹ Jacques Rancière (1998), Política, identificación y subjetivación.

Irrumpir en el terreno en el que se arman esas preguntas que suturan la contingencia y el acontecimiento, contra las lógicas explicativas y atontadoras de la escuela, nos abisma al reto de componer una pedagogía antinormativa que se configura sobre una paradoja o tensión inmanente: entre saber y no-saber, entre las luchas contra la “pasión por la ignorancia” -normalidad exorbitante- y la condición de un no- saber del/sobre el otrx como enclave de la singularidad.

Gayatry Spivak afirma que todo proceso de aprendizaje significa dejar de saber algo, la cuestión es ¿qué es lo que se debe y lo que no se debe aprender? Para la pedagogía entrañaría construir la normalidad como un problema histórico y verla como producto de ella misma, a la vez que desaprender las formas heterosexualizadas del pensar y sentir. Si la normalidad es una máquina de binarismos y se convierte en sinónimo de cotidianeidad al instituirse como uniformidad indistinguible del día a día, la condición que le permite reconocerse a sí misma como lo normal es produciendo la otredad como extrañeza. De modo tal que una práctica educativa cuir o antinormativa oscilaría en un contrasentido, suspendido entre una deserción a conocer, a conocer como modo de colonización del otrx desde una epistemología imperial, y un deseo de saber sobre las múltiples y paradójicas formas de sujeción que implanta la normalidad.

La “pasión por la ignorancia” es un concepto propuesto por Débora Britzman para dar cuenta de que la ignorancia no es falta o ausencia de conocimiento, sino el efecto de un conocimiento hegemónico. Este “no saber” sobre las identidades LGTTTBI (expresado en frases como: “Yo no sé nada de esto”), no tiene que ver con la falta de información, sino con la hegemonía de la

norma heterosexual que construye al otro como desconocimiento. Al mismo tiempo que la heterosexualidad se construye como el saber sobre la sexualidad, constituyéndose a sí misma como “La sexualidad” –natural y verdadera-, produce sus propias ignorancias que delimitan el campo de lo abyecto o inefable. Por el contrario, el otro no-saber sobre el que trabajaría una pedagogía cuir-antinormativa refiere a un modo de conocimiento descolonizador del otrx, sin pretensión de transparentarlo y encapsularlo en una identidad fija³²². Este des-saber cuestiona y dimite de las necesidades epistemológicas de la matriz colonial del poder que regula las instancias enunciativas: la medición, la cuantificación y la objetivación del otrx. Este “no-saber” implica la suspensión de una lógica de la explicación como gesto de atención, justicia y ética. Aquí, el “no es el término medio de un conocimiento que tiene como fin –o como negación de su fin- la pasión de no saber “³²³, que hace entrar en crisis el orden del conocimiento. “Este no conocimiento es la condición necesaria para que algo ocurra, para que sea asumida una responsabilidad, para que una decisión sea tomada, para que tenga lugar un suceso”, afirmaba Derrida³²⁴, donde el otrx es acontecimiento no programable, irrupción y venida, una novedad que supone memoria. De modo que el reconocimiento del otro implica una ausencia de conocimiento³²⁵.

³²² Lo que Sennet ha llamado “igualdad opaca” – por oposición a la igualdad transparente -, este aceptar en el otro lo que no entendemos. De este modo, el desconocimiento no resulta un obstáculo a despejar sino un rasgo constitutivo de la relación pedagógica. En “El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad” (2003). Barcelona, Anagrama. Pág. 129.

³²³ “No saber”, en La felicidad, el erotismo y la literatura. George Bataille. Ensayos 1944-1961. Adriana Hidalgo. 2008. Pág. 245

³²⁴ Citado en Por amor a Derrida, Mónica B. Cragnolini (comp.) La Cebra, 2008. Prólogo, pág. 8.

³²⁵ Al respecto, Žižek plantea: “La intersubjetividad se basa en el hecho de que el otro es fenomenológicamente experimentado como una incógnita, como un abismo sin fondo que nunca podremos sondear” (1998, 259). En “Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político”. Paidós.

La legitimación legal no puede obturar o impugnar los procesos de innovación política y experimentación cultural, dado que son éstos los que dinamizan la vida social de una comunidad, desorganizando las simbólicas del poder con sus irrupciones imaginativas y la pulsión nómada de rupturas estético-políticas. Reinventar la práctica educativa implica trabajar sobre esa falla o intervalo donde acontece lo político, esa apertura de posibilidades para cambiar la propia vida y re-pensar las prácticas de libertad con el propósito de intensificarlas en los cuerpos, para así dismantelar un régimen de asignación forzada del género cuya diferencia sexual binaria legaliza un repertorio restringido y compulsivo de identidades estatales: varones y mujeres³²⁶.

Precisamos experimentar para nuestra sobrevivencia una práctica educativa que insista en un doble juego que no resulta cómodo ni sencillo ni calmo, un juego de tropiezos y desuniones. Por un lado, instando al reconocimiento de múltiples identidades sexuales y de género, afirmándolas en situaciones que implican vulnerabilidad política, social y económica; y por otro, provocando a una proliferación de identificaciones críticas que no partan de una definición de identidad, estimulando un giro perceptual y conceptual -y por lo tanto, práctico- en los marcos de inteligibilidad del género, entreabriendo una multiplicidad de formas y estilos corporales. Un doble juego que admita atravesar y contaminar el lema “tenemos derecho a esto porque somos aquello” con el “tenemos derecho a esto para devenir otra

³²⁶ Tras la aprobación de la Ley de identidad de Género, una aguda reflexión plantea la compañera activista trans Marlene Wayer en la nota “Qué pasó con la T?”, publicada en el Suplemento Soy del diario Página/12, el 11 de mayo del 2012 <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2436-2012-05-12.html>. Allí resalta cómo los casilleros de Hombre/Mujer siguen inamovibles tanto en la vida cotidiana como en las opciones que presenta el documento de identidad. Aunque disiento de ciertas generalizaciones que realiza respecto de las identidades trans, eso no le quita sagacidad a su argumento.

cosa”³²⁷. Promover una práctica educativa como espacio rapsódico, de coexistencia tensa e interrogativa de muchas lenguas y cuerpos en una misma contienda política, es también construir las condiciones de posibilidad y habitabilidad de nuestras vidas en nuestros propios términos, una desobediencia epistémica en la que lo propio no conlleva una autonomía absoluta sino una desujeción crítica en el trabajo sobre nuestros límites. Una labor paciente para dar forma a la impaciencia de la libertad, como diría Foucault, porque entre saber y no saber se aloja una intensidad inédita que irradia potencias por venir.

³²⁷ Lazzarato, Mauricio (2006) Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control. Traficantes de Sueños, Madrid. Pág. 189

“interrucciones”. Ensayos de poética activista
de valeria flores
Editora La Mondonga Dark
Neuquén - 2013

La propuesta de interrupciones es partir del corte y el desvío (con su poderosa indecencia contranatura), del rubor anárquico del borrador y de la feroz antología de escansiones, ruidos, grafismos, perspectivas quebradas, afonías, *glitches*, borras, borrones y alborotos residuales que pueblan la escritura, y llegar ahí al cuerpo. Echar una luz que despierte el hervor de todas sus estrías dormidas y que amplifique la respiración (en famélico crescendo) de los jirones que antes creíamos tramas compactas.

Morgan Ztardust

valeria flores es escritora activista de la disidencia sexual tortillera feminista heterodoxa cuir masculina maestra prosexo que vive en Neuquén (Argentina). Autora de “Notas lesbianas. Reflexiones desde la disidencia sexual” (Hipólita, 2005), “Deslenguada. Desbordes de una proletaria del lenguaje” (Ají de Pollo, 2010), “Lenguaraz” junto a Macky Corbalán (La Mondonga Dark, 2012), “Bruma coja” (La Mondonga Dark, 2012). Compiladora con Fabi Tron de “Chonguitas. Masculinidades de niñas” (La Mondonga Dark, 2013) Sostiene los blogs:
<http://escritosheteticos.blogspot.com>
<http://elemento119poesia.blogspot.com>